

ERLE STANLEY
GARDNER



PERRY MASON

EL CASO
DE LA LATA VACIA



se

La aparición de una lata vacía entre las conservas de la señora Florencia Gentry será la pista para resolver el asesinato ocurrido en la vivienda contigua. Mason es contratado por el vecino de arriba, Elston A. Karr, para ayudar a la policía a descubrir donde está el cadáver y quien fue el asesino y poder seguir así con sus misteriosos negocios.



Erle Stanley Gardner

El caso de la lata vacía

Perry Mason - 19

ePub r1.1

Titivillus 28.12.2014

Título original: *The case of the empty tin*

Erle Stanley Gardner, 1941

Traducción: Marta Vidal

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BLAINE John: Guardia de corps y secretario en una pieza de su jefe Karr.

DRAKE Paul: De la agencia de detectives de su nombre, colaborador de Perry Mason.

GENTRIE Arthur: Bonachón y casero marido de Florence, sin relieve alguno.

GENTRIE Florence: Esposa de Arthur; una excelente ama de casa, aficionada a las mermeladas.

GENTRIE Rebeca: Hermana de Arthur; una solterona todavía de buen ver, aficionada a la fotografía.

HESTER: Sirvienta de la familia Gentrie, eficiente pero poco locuaz.

HOCKSLEY R. E.: Vecino de la familia Gentrie, de actividades no muy claras.

JUNIOR: Hijo mayor, 19 años, de los Gentrie; apuesto y muy enamorado.

KARR Elston: Ex traficante de contrabando en China, ahora perseguido por sus antiguos colaboradores.

LOONG Gow: Silencioso y enigmático sirviente chino de Karr.

MASON Perry: Gran abogado criminalista, luchador incansable.

PAHLIN Sarah: Ama de llaves de Hocksley, desaparecida al mismo tiempo que su patrono.

STEELE Delman: Joven arquitecto, realquilado en casa de los Gentrie.

STREET Della: Guapa secretaria de Mason; eficiente y decidida.

SUNLEY Opal: Joven y agradable secretaria de Hocksley.

TRAGG: Teniente de la Brigada de Homicidios, eterno contrincante de Mason.

TUCKER Dow: Socio de E. A. Karr; desaparecido misteriosamente en China.

WENSTON Rodney: Hijastro de Karr; pertenece a la Aviación.

WICKFORD Doris: Pretendida hija de Dow Tucker, dispuesta a luchar por su herencia.

Capítulo 1

Mistress Florence Gentry dirigía su hogar con esa minuciosa atención a los detalles que distingue a toda buena ama de casa. Su cerebro era una enciclopedia de diversos conocimientos caseros. Aparentemente sin ningún esfuerzo mental, conocía cuándo los agujeros que aparecían en los calcetines de Junior debían atribuirse a mala calidad del tejido de los mismos. Cuando su marido salía en viaje de negocios, sabía qué camisas habían vuelto de la lavandería, y estaban listas, por tanto, para ponerlas en su maletín. Las demás camisas se lavaban en casa, escrupulosamente, a mano.

Ya cuarentona, se jactaba de que «no padecía de nada». No comía tanto como para engordar demasiado, mas nunca se había privado de comer hasta el punto de convertirse en una neurótica. Sus caderas no tenían las mismas formas que veinte años antes, pero aceptaba tal situación con una resignada filosofía realista. Al fin y al cabo, no era posible que una dueña de casa con marido, tres hijos y una cuñada solterona, teniendo que alquilar una habitación y no debiendo pasarse en los gastos de la casa, conservase todavía la delgada silueta de una joven recién casada. Según la propia expresión de mistress Gentry, era «fuerte como un toro».

La hermana de su marido no representaba una gran ayuda. Evidentemente, Rebeca no era una solterona, ni tampoco podía hablarse de ella como de una «pariente soltera». En una palabra: era una señorita soltera chapada a la antigua, delgada, que gustaba de beber té, amante de los gatos, chismosa, locuaz, critica, y, a pesar de todo, una soltera de edad bastante guapa.

Mistress Gentry no contaba con mucha ayuda por parte de Rebeca en los quehaceres de la casa. Físicamente, era ésta demasiado delgada como para que secundara a aquélla en el trabajo doméstico; por otra parte, era demasiado atolondrada como para

confiarle responsabilidades. Además, frecuentemente padecía de «achaques», durante los cuales no parecía sufrir de una determinada enfermedad, sino de una contrariedad psíquica que buscaba desahogarse a través de una manifestación física.

Sin embargo, Rebeca tenía a su cargo el aposento que mistress Gentry alquilaba. Por ahora, esta habitación la ocupaba un arquitecto, llamado Delman Steele. Rebeca tenía dos manías, a las cuales se entregaba con ese entusiasmo que caracteriza a las personas cuyos sentimientos se encuentran reprimidos. Era apasionadamente aficionada a los crucigramas y a la fotografía. En el sótano había un cuarto oscuro, equipado con cámaras, ampliadoras y reveladores, casi todo lo cual había sido construido por Arthur Gentry, que poseía una verdadera habilidad con las herramientas, y a quien agradaba acceder a los caprichos de su hermana.

Había ocasiones en que mistress Gentry sentía un profundo resquemor contra Rebeca, a pesar de que trataba de luchar contra ese sentimiento y procuraba que no se transparentase. Rebeca no se llevaba bien con los niños, porque en lugar de celebrar sus pueriles indiscreciones, los juzgaba como si fueran personas adultas. Esto —agregado al hecho de que poseía una asombrosa habilidad para imitar las voces, y de que no había nada que le agradara más que observar a los niños rabiarse cuando ella repetía una parte de su conversación telefónica— introducía cierto azoramiento en la casa, que mistress Gentry encontraba terriblemente molesto.

Tampoco Rebeca, que hacía excelentes trabajos fotográficos, se preocupaba de tomar buenas fotografías de los niños.

Ante la apremiante solicitud de mistress Gentry, había accedido a fotografiar a Junior el día que éste cumplió diecinueve años. La prueba desagradó tanto a Junior como a Rebeca, lo que se manifestaba por el retrato de Junior, el cual habría sido bastante malo de por sí, aun cuando Rebeca no hubiese estado experimentando con uno de sus nuevos caprichos fotográficos, y no hubiese hecho una ampliación en una hoja de papel sujeta por un ángulo. El resultado había sido un retrato semejante a los falsos reflejos de los espejos curvos de Penny Arcades.

No había torpeza alguna en los actos de Rebeca cuando se trataba de cosas que a ella le interesaban. Nada sucedía en la casa

que ella no supiera. Su curiosidad era insaciable, y la forma como indagaba secretos, ya fuese por una observación inadvertida o por un indicio casual, habría enaltecido a un detective realmente bueno. Mistress Gentry sabía que Rebeca había consentido encargarse de la habitación de Delman Steele principalmente porque le agradaba husmear en sus cosas, sobre lo cual nada podía hacer ella, y como la limpieza se hacía mientras Steele se hallaba en su oficina, no había muchas probabilidades de que llegase a descubrir las ocultas actividades de Rebeca.

Hester, la sirvienta que venía durante el día, era una mujer fuerte, fornida, taciturna, sin hijos, que vivía en las inmediaciones. Su marido sufría periódicamente de asma, pero podía levantarse y moverse, y estaba ocupado como sereno en uno de los laboratorios en que los nuevos modelos de aeroplanos eran sometidos a prueba en el túnel de viento.

Mistress Gentry se detuvo para hacer mentalmente un examen de la casa. La mesa del almuerzo había sido levantada. Arthur y Junior se habían ido al almacén. Hester planchaba las servilletas del té con la plancha eléctrica y Rebeca, siempre con sus crucigramas, se esforzaba por resolver los del periódico del día, con el lápiz en la mano, y sus oscuros ojos mirando en actitud meditativa. *Mephisto*, el gato negro al cual tanto cariño profesaba, se hallaba en la silla; el sol entibiaba el ambiente del aposento.

Todavía quedaba fuego en el hornillo. La gran tetera cantaba con sonido tranquilizador. En el cesto de costura había un montón de piezas para remendar y... mistress Gentry se acordó de la fruta en conserva que se hallaba en el sótano. Simplemente tenía que inspeccionarla. Hester siempre cogía la lata que tenía más a mano, y mistress Gentry estaba casi convencida de que en el rincón oscuro del sótano había algunas latas desde el año 1939.

Se detuvo un momento, tratando de recordar dónde había una linterna, que los niños siempre estaban utilizando. Había una vela en la despensa, pero... Recordaba que en la alcoba de Junior había una linterna provista de un gancho para sujetarla al cinturón. La tomaría prestada por un momento.

Con la linterna en la mano, descendió por la escalera del sótano. La gran estufa de gas, con sus reguladores automáticos, estuvo encendida desde muy temprano para caldear la casa. Mistress

Gentrie la había apagado cuando la familia hubo salido, pero el sótano aún permanecía templado.

Vio las telarañas de las cañerías que había al fondo. Hester tendría que bajar a efectuar una limpieza. Las latas de conserva y los frascos de vidrio se hallaban en esmerado orden en los estantes que se extendían a lo largo de todo el sótano. Mistress Gentrie echó sólo una mirada superficial a la sección próxima a la ventana, en la que se encontraban las conservas del presente año. Pasó por alto la primera parte de las conservas del año anterior, y para examinar los remanentes, que se hallaban atrás, en el rincón oscuro, se sirvió de la linterna de Junior.

En seguida se dio cuenta de que Hester había descuidado este rincón; así lo revelaban las telarañas. Casi en el mismo instante, la linterna de Junior enfocó dos latas de peras de 1939. Había algunos tarros de conserva de fresa, latas de dulce de manzana hecho en la casa... 1939...

Mistress Gentrie, perpleja, permaneció inmóvil. La linterna enfocó los costados resplandecientes de una lata sin rótulo, que parecía recién traída del almacén.

Mistress Gentrie no podía comprender cómo se había introducido aquella lata sin marbete en su clasificación sistemática de conservas. Usaba tela adhesiva para pegar los rótulos, de modo que era muy difícil que cayeran. Además de eso, algo había en el mismo aspecto de la lata que la hacía aparecer como entremetida. Los bordes eran tan nuevos y brillantes... Ni siquiera tenía una telaraña o una mancha.

Mistress Gentrie la cogió con su mano izquierda. Inconscientemente, midió el esfuerzo muscular necesario para levanten sus manos un peso de un kilo, pero la lata parecía saltar alegremente del estante antes que ella advirtiera que no pesaba más que una lata vacía.

La miró con un fruncimiento de ceño lleno de disgusto, tal como lo haría una persona ordenada que se encontrara con algo completamente distinto a lo que esperaba.

Tomando la lata en sus manos, le dio vueltas y la examinó por todos lados. La parte de arriba estaba un poco hundida y muy bien cerrada, como si el recipiente hubiese sido llenado con fruta y jarabe, pero la brillante y suave superficie, un tanto grasienta, de la

lata, indicaba que se hallaba tal como había venido del almacén..., salvo que había sido cerrada muy cuidadosamente.

Mistress Gentry contrajo el ceño, y la observó como si hubiese visto pruebas de que un ratón había estado en el estante. Caminó hacia la escalera del sótano, y en voz alta llamó:

—¡Hester, venga, Hester!

Al cabo de unos momentos oyó el fuerte ruido de los pasos de la sirvienta por el piso de la cocina, y en seguida la voz de ésta, que respondía:

—Sí, señora.

—¿Cómo se halla aquí esta lata?

Hester bajó unos escalones, tratando de observar el tarro que sostenía su patrona. La vaguedad de su expresión fue respuesta suficiente a la pregunta.

Mistress Gentry dijo:

—Estaba en ese rincón. Y he notado, Hester, que usted no recoge las conservas de mil novecientos treinta y nueve. Anoche nos servimos peras de mil novecientos cuarenta, pero quedan todavía varias latas de pera de mil novecientos treinta y nueve.

—No lo sabía —contestó Hester.

—Y esa lata —observó mistress Gentry— se hallaba entre las conservas de mil novecientos treinta y nueve.

Hester movió la cabeza. Su larga experiencia en el servicio doméstico le había enseñado que nunca se ganaba nada alegando. Cuando el ama se le ocurría censurar alguna falta, permanecía impasible, la dejaba hablar cuanto quisiera, y en seguida emprendía nuevamente su trabajo. Por tanto, Hester pensaba que había dejado de planchar durante todo este tiempo, y le preocupaba la ropa que quedaba en la cocina.

Cerca de la estufa había un gran cajón de madera, en el que Arthur arrojaba mendrugos de pan, pedazos de lata y de madera, y de cuando en cuando un tarro. Mistress Gentry arrojó a este cajón la lata que había provocado su disgusto, y mientras subía la escalera dijo:

—No parece posible que nadie haya puesto una lata vacía en ese estante. No me imagino que usted, Hester, hiciese una cosa por el estilo.

Hester volvió a subir los tres o cuatro escalones que había

descendido, y se dirigió a planchar sin pronunciar una sola palabra.

Rebeca, interrumpiendo la solución de su problema de palabras cruzadas, preguntó a su cuñada, que también había subido:

—¿Qué pasa? No, no me digas. No quiero saber. Estoy perdiendo el tiempo que necesito para resolver estas palabras cruzadas. El periódico indica el tiempo que debe tardar una persona de mediana inteligencia. Florence, ¿cómo puede llamarse un salmón joven, cuyo nombre tiene sólo cuatro letras, de las cuales las tres últimas son *a-r-r*?

Mistress Gentry movió la cabeza, e indicando con un gesto que la pregunta no le interesaba, respondió:

—Ésos son problemas muy difíciles para mí —y se acercó al cesto de los remiendos.

El rayo de sol que bañaba a *Mephisto* se había corrido hacia el borde de la silla. El gato se desperezó, bostezó, se corrió un poco, y se acomodó, haciéndose un ovillo.

Rebeca, con el ceño fruncido, estudiaba su crucigrama. Mistress Gentry dijo a Hester:

—En primer lugar, no comprendo la razón que pudo tener nadie para cerrar una lata vacía.

—Así es, señora.

Rebeca dijo:

—Si tuviera la palabra de cinco letras con la cual se designa el costado de un foso junto al parapeto, tendría la primera letra de esa palabra que designa el salmón joven.

—¿Por qué no consultas *parapeto*?

—Ya lo he hecho. Dice: «muro, baluarte o altura para proteger a la tropa; trinchera».

—Tal vez ese diccionario no es muy completo.

—¡Oh, sí que lo es! Es la quinta edición del diccionario Webster. Contiene todo lo necesario para descifrar las palabras cruzadas de los periódicos.

Rebeca estudió una vez más el problema, y en seguida observó su reloj. La exclamación que proferieron sus labios reveló el verdadero disgusto que sentía.

Arrojó a un lado el tapiz y exclamó:

—No puedo. Sencillamente no he podido concentrarme; me he estancado. ¿Y qué significa toda esa conversación sobre una lata?

—Nada —dijo mistress Gentry—; simplemente que encontré que una lata nueva vacía había sido colocada entre las conservas de mil novecientos treinta y nueve, en un extremo del estante. Advierto que cuando Junior colocó las nuevas conservas en el estante, puso las viejas detrás, en el rincón oscuro. El próximo año procuraré que haga lo contrario, para que consumamos primero las viejas.

—Pero, ¿cómo puede ser posible que alguien haya colocado una lata vacía entre las llenas? —preguntó Rebeca.

—No lo sé. Y eso es lo que me molesta.

—¿Tenía la lata algún rótulo?

—No.

—¿Dónde está?

—La tiré al cajón de la basura del sótano.

Rebeca contrajo el ceño y dijo:

—Preferiría que no me hubieses hablado sobre el asunto.

Mistress Gentry rió respondiendo:

—Tú me preguntaste. ¿No tienes algunas de las letras de tu palabra «parapeto»?

—La segunda y tercera respectivamente, son: *c-a*.

Mistress Gentry alzó los dedos, preguntando:

—¿Cinco letras?

Verificó las letras con los dedos, y de súbito dijo:

—Ya sé, Rebeca, es...

—¡No, no me ayudes! Quiero dar con ella yo sola. Quiero ver si puedo hacerlo en menos tiempo que el que se me indica para una «inteligencia corriente». No me interrumpas, Florence.

Mistress Gentry sonrió, tomó la caja de remiendos, la trasladó al rincón del desayuno, cogió uno de los calcetines de Junior, introdujo en el mismo el huevo de zurcir, y enhebró la aguja.

Rebeca dijo bruscamente:

—Pues no sé cómo pudiste encontrar tan pronto esa palabra de cinco letras.

Mistress Gentry contestó con dulzura:

—¿No es acaso una base el hecho de que la segunda y tercera letra sean respectivamente *c-a*? Tienes algunas vocales que difícilmente combinarían. Luego, entre las consonantes, creo que *s* es tal vez la única que combine con *c*. Con la cual ya tienes *s-c-a*.

—¡Ah, ya sé! —dijo Rebeca—. *S-c-a-r-p*^[1], pero, ¿quién ha oído hablar alguna vez de un pequeño salmón llamado *parr*^[2]?

—Consulta el diccionario.

Rebeca hojeó el diccionario y dijo:

—Sí. Aquí está, *P-a-r-r*.

Anotó rápidamente con el lápiz, y en seguida miró nuevamente su reloj. Durante un momento permaneció en silencio, y luego arrojó el lápiz, exclamando:

—Veo que no puede una concentrarse si sigue pensando en latas vacías encontradas en los estantes. Sea lo que fuere, ¿cuál sería el motivo para colocar una lata vacía en un estante?

Mistress Gentry sonrió con indulgencia, y dijo:

—Es algo que no puedo contestarte. Sigue con tu crucigrama, Rebeca. Estoy segura de que tu inteligencia es muy superior al término medio. ¿Qué otra dificultad tienes?

—Una palabra de cuatro letras con la cual se designa a un árbol del este de la India, que se emplea para fabricación de mástiles.

—¿Tienes ya alguna letra?

—Sí; tengo las dos primeras. *P-o*.

—¿Qué otras letras te pueden servir de guía?

—Una palabra de cuatro letras: «de animales domésticos, vehículos, etc., a la izquierda». ¿Qué diablos será tal palabra?

Mistress Gentry frunció el ceño.

—¿No agregan algo respecto de *near side*^[3] y *off side*^[4] de un animal? Espera un minuto. Es *nigh*^[5]? Con lo cual tenemos que ese árbol se llama *p-algo-n*. ¿Por qué no consultas el diccionario y buscas bajo *p-o*? Es seguro que no habrá muchas palabras.

Rebeca movió los dedos con rapidez y nerviosismo, y luego dijo:

—Ya lo tengo..., ¡*poon*! Ya lo tengo todo. *Sabertoothed*^[6], y *poon* eran las dos palabras que me faltaban y el resultado es que tengo una inteligencia superior a la corriente. Lo he sacado en un tiempo mucho más corto que lo que dice el periódico. ¿No es magnífico?

Mistress Gentry respondió:

—Es magnífico, verdaderamente. ¿No crees que sería conveniente que arreglaras la habitación de mister Steele?

—¡Oh, no es hora todavía!

—Son las diez y media.

—¡Santo cielo, cómo vuela el tiempo! Sí, ya es hora. A veces

viene a mediodía. ¿Sabes, Florence, que dudo de que sea arquitecto en realidad? Ayer dejó en su aposento algunos croquis y me parecen muy mal hechos, como si fueran de un aficionado.

—No creo que debamos preocuparnos por sus croquis.

—Bueno, ¡Dios mío!, se hallaban en un sitio donde cualquiera tenía que verlos. En su escritorio, en el cajón de arriba de la derecha, donde no podía dejar de verlos.

—¿Dejó abierto el cajón de su escritorio?

—No; pero tú sabes cómo se acumula el polvo en los tiradores; cuando estaba sacudiendo, el cajón se abrió un poco, y yo atisé.

—No es menester que un arquitecto sea un artista.

—Tal vez no; pero, sin duda, debería saber trazar los planos de esta casa de manera que pareciera..., pues bien, un profesional.

—¿Los planos de esta casa?

—Exactamente. Tiene un plano completo del sótano, que comprende los garajes, mi habitación, los entrepaños, la ventana, la escalera y todo lo demás.

Mistress Gentry observó:

—Pues bien: yo creo que eso probaría que es un arquitecto que se interesa por esta antigua arquitectura.

Rebeca hizo un gesto desdeñoso, y dijo:

—Y si no lo es, resultará que está husmeando la construcción de la casa, y un inspector de obras se presentará a decirnos que nuestros cimientos se hallan en estado defectuoso, y que tenemos que hacer una serie de costosos trabajos de reparación.

—Cruzaremos ese puente una vez que lleguemos a él. Mientras tanto, apresúrate a arreglar la habitación, Rebeca.

Mistress Gentry, hacía dos años, había convertido un zaguán en una habitación y baño, que podían arrendarse. Delman Steele era un inquilino reciente; hacía sólo diez días que había ido a vivir al hogar de la familia Gentry. Sin embargo, en esos pocos días había llegado a ser como de la familia. Por las tardes acompañaba frecuentemente a Rebeca, ayudándola a resolver sus crucigramas o a revelar sus fotografías en la cámara oscura.

La enorme casa, anticuada y con recovecos, tenía sus defectos. Costaba caldearla y mantenerla limpia, pero era espaciosa, y el alquiler de la habitación compensaba muchos de los inconvenientes debidos al tamaño de la casa.

Además, como ésta se hallaba en una ladera, en el sótano se habían construido dos garajes. Uno de éstos estaba arrendado a R. E. Hocksley, que vivía en uno de los departamentos próximos. Mistress Gentry nunca había visto a Hocksley en persona, pero su secretaria, Opal Sunley, que venía durante el día, pagaba siempre puntualmente, por adelantado, el alquiler convenido. Eso hizo que mistress Gentry comenzara a pensar en Junior. Últimamente, Junior había demostrado mucho interés por Opal Sunley. En cierto sentido, ya tenía edad suficiente para cuidarse él solo; pero en los últimos días, mistress Gentry había observado en los ojos de Opal una expresión afectada, que no le agradaba. Opal era cuatro o cinco años mayor que Junior, y mistress Gentry estaba segura de que era casada y se había separado de su marido. ¡Cuánto mejor sería que Junior pasase más tiempo con algunas niñas de su propio grupo! Suponiendo que Opal tuviera veintitrés o veinticuatro años, esos pocos años significaban una gran diferencia.

Mistress Gentry suspiró al darse cuenta de que los últimos años habían empezado a correr con suma rapidez.

Capítulo 2

Mistress Gentry se despertó durante la noche, con la vaga sensación de que había oído abrirse y cerrarse una puerta y de que oyó pasos en la escalera..., los cautelosos pasos de una persona que trata de no hacer ruido, y logra sólo dejar la impresión de que penetra o escapa furtivamente.

Era la hora de la noche en que los músculos y los nervios cansados se refugian en el sueño como bajo un manto protector, narcotizando profundamente los sentidos.

Mistress Gentry no experimentó temor; tan sólo un ligero enojo. Sus sentidos adormecidos luchaban con su desasosiego, y vencieron. Tan pronto como los ruidos dejaron de percibirse, se volvió tranquilamente y se sumió en un sueño más profundo, del cual la despertó violentamente un ruido tan siniestro, que se encontró sentada, muy tiesa, en la cama, tratando de apagar un ruido que se había convertido en eco en sus oídos.

A su lado, Arthur Gentry, aún semidormido, le preguntó:

—¿Qué sucede?

—Me pareció oír ruidos, Arthur.

—Es mejor que duermas.

—Arthur, sonó como..., como si cerraran estrepitosamente una puerta o..., o... como un disparo.

Arthur Gentry se volvió y dijo:

—Bueno... —y casi inmediatamente su respiración tomó un ritmo que pronto se hizo más regular, convirtiéndose en un suave ronquido.

Nuevamente oyó ella ruidos en la escalera, producidos por alguien cuya intención era que no escucharan sus pasos y que escapaba de prisa. Crujió una tabla.

Mistress Gentry encendió la luz que había sobre la cabecera de

su cama. Miró a su marido, que dormía, dándose cuenta en seguida de que antes que despertara y él comprendiera la importancia del caso, ya sería demasiado tarde. Se deslizó de la cama, calzó sus chinelas y abrió la puerta que conducía al vestíbulo.

Abajo, en el extremo del corredor, al lado de la puerta del cuarto de baño, la vaga luz de la noche semejaba una confusa iluminación, suficiente para avanzar hasta la puerta.

Mistress Gentry se frotó los ojos para ahuyentar el sueño y se dirigió a la parte superior de la escalera. Se detuvo para escuchar, pero no oyó nada. Sintió el intenso frío del aire de la noche y se apretó más el salto de cama alrededor de su cuerpo. Tiritó nerviosamente. Sabía que un siniestro ruido la había despertado y, sin embargo, sólo inciertamente tenía consciencia del mismo. Podía tratarse de una puerta que se había cerrado con estrépito. Podía ser que alguien hubiese tropezado con una silla, o...; pues bien: podía haber sido un ruido producido por la explosión de un neumático de camión. Ya más despabilada, rechazó la idea de que pudiera tratarse de un disparo.

Luego, de las oscuras entrañas de la casa surgió otro ruido sordo, destemplado, como si alguien hubiera chocado con algo en la oscuridad, o derribado algo. Ese ruido provino definitivamente del piso bajo. La situación exigía ya que su marido entrara en acción.

Volvió apresuradamente a su aposento. Ahora estaba temblando, y de pronto advirtió que el viento inflaba las cortinas de encaje, manteniéndolas desplegadas durante un rato, y que luego las plegaba nuevamente, dejándolas caer sobre la persiana con un ruido estrepitoso.

Ella se había acostado primero. Su marido había estado pintando en el sótano. Ése era el resultado de encomendar a Arthur que abriera las ventanas. Había olvidado recoger las cortinas. Podría haber un intruso en el piso inferior. Mistress Gentry concedió entonces a las cortinas principalísima importancia. Golpeándose fuertemente contra esa empolvada persiana, las cortinas se ensuciarían... Llamó a su marido, mientras atravesaba la habitación para asegurarlas.

Su esposo no contestó. Tuvo que despertarle para que se enterara de una vez que se habían producido una serie de ruidos. Arthur Gentry exclamó:

—Ha sido Junior al entrar.

La señora miró el reloj. Faltaban veinticinco minutos para la una de la mañana, por lo cual dedujo que su hijo se encontraba en casa, y dijo:

—Hace rato que debe de haberse acostado.

—¿Fuiste a su habitación?

—No. Te digo que fue alguien que corría, y que tropezó con algo.

—Ha sido el viento, que hizo cerrar una puerta cuando Junior entró en casa.

—Pero también oí otros ruidos procedentes del piso inferior.

—No ha sido otra cosa que el viento —replicó; y luego, en vista de que el silencio en que se sumió su esposa significaba que ésta no estaba de acuerdo, gritó—: ¡Bueno, iré a echar un vistazo!

Ella sabía que Arthur miraría superficialmente. Podía oírle moverse en el piso bajo y encender las luces. Deseó saber de Junior. Una vez más recorrió el pasillo, dirigiéndose a la parte superior de la escalera. La habitación de Junior era la primera a la derecha, conforme se subía la escalera. Su puerta estaba cerrada. La abrió suavemente y miró al interior, llamando:

—Junior.

Nadie contestó. Había algo en la oscuridad del aposento que indicaba que nadie se encontraba allí. Hizo girar el interruptor de la luz. Junior no se hallaba en su habitación. El cubrecama blanco, suave, sin una arruga, le pareció una nueva causa de alarma. Pero los pesados pasos del marido, que subía la escalera cansadamente, parecieron tranquilizarla. Y, de pronto, deseó proteger a Junior... No quería que su marido supiera que no había regresado.

—¿No había nadie? —preguntó, retirándose de la puerta del aposento de Junior.

—Por supuesto que no —contestó él—. El ruido que oíste fue el de la puerta del sótano al cerrarse. El viento la cerró, y *Mephisto* saltó.

—¡La puerta del sótano!

—Sí, la que se usa cuando se baja por la cocina.

—¡Cómo! Esa puerta siempre está cerrada...

—No. Anoche la dejé abierta. Estuve pintando, y quería que se ventilara. El viento la cerró; eso es todo.

Mistress Gentry se sintió pusilánime. La misma calma con que hablaba su esposo, el abatimiento que demostraba, caminando por el pasillo, con los hombros caídos, la convencieron aún más. Se había puesto nerviosa, y habíase permitido exagerar y desfigurar los ruidos de la noche. Arthur, caminando afanosamente por el pasillo, tenía el aspecto de un hombre que ha aprendido, después de una vida matrimonial de veintinueve años, que a las mujeres suelen ocurrírseles ciertas ideas y que, en esos casos, envían a sus maridos a efectuar investigaciones nocturnas. No había nada que hacer al respecto; no era menester insistir más sobre el asunto después de que todo había terminado, sino sólo volver a la cama, tratar de entrar en calor nuevamente y disponerse a dormir.

Sintiendo que debía justificarse, ella siguió a su marido a la cama. Se arrimó junto a él, oyó una vez más el suave ritmo de su respiración y sintió el delicioso calor de la modorra que se apoderaba insensiblemente de ella como una poderosa droga sumiéndola en el agradable olvido del sueño.

El reloj la despertó por la mañana. Interceptó la campanilla y cerró la puerta. Se puso su salto de cama y fue a abrir la llave de gas del horno del sótano. En la penumbra de esa temprana hora de la mañana, sus temores de la noche anterior le parecieron más bien ridículos. Pero no pudo resistir la tentación de mirar en el aposento de Junior.

La ropa de su hijo estaba colocada sobre una silla al lado de la ventana, hecha un montón. Junior estaba acostado, con las mantas arrolladas en torno a su cuerpo, durmiendo profundamente.

Sólo después de que le hubo visto comprendió cuánto había temido que al volver a abrir la puerta se encontrara con ese cubrecama sin una arruga y las almohadas, con suaves y blancas fundas, tal como cuando dio un vistazo a la habitación treinta y cinco minutos después de medianoche.

Mistress Gentry cerró la puerta suavemente. Su hijo no necesitaba levantarse hasta una hora después.

Y así comenzaron en la casa los trajines cotidianos, rutina que no se alteró en nada hasta que el ruido de chillonas sirenas interrumpieron el silencio del vecindario y el apacible funcionamiento de la máquina doméstica de mistress Gentry.

Capítulo 3

Perry Mason se hallaba junto al puesto de tabaco, comprando un paquete de cigarrillos, cuando Della Street entró en medio de la oleada de gente que se volcaba en la oficina. Varios ojos masculinos la miraron con aprobación, mientras ella se cimbreaba caminando junto a la hilera de empleados que entraban. Desde la recta costura de sus medias, hasta la curva de su barbilla, representaba un conjunto femenino de pulcra eficiencia, cualidad que distinguíase agradablemente en sus ojos.

Perry Mason depositó una moneda sobre el cristal de caja y volviéndose hacia los ascensores se encontró con que Della le miraba sonriente.

—¿Qué hay? —preguntó ella.

Mason, tomándola del brazo, contestó:

—¡Sorpresa!

—Así parece. ¿Por qué ha venido tan temprano? ¿Flota en el aire un asesinato que yo no he advertido? No esperaba verle antes de las once, sobre todo después de haber visto cómo se quedó trabajando anoche, cuando salí de la oficina. Me imagino que el escritorio está convertido en un desorden.

—Su suposición es exacta —dijo—, y no trate de guardar los libros en la biblioteca de Derecho. Tengo una nueva teoría sobre el caso de la «Consolidated». Los libros están todos abiertos, dispuestos unos encima de otro, en el mismo orden en el que quiero seguir dictando un informe en la oficina.

Juntos se dirigieron hacia los repletos ascensores; se colocaron en el fondo de uno de ellos, empujados por el compacto grupo. Todavía Mason estrechaba el brazo de Della Street; este pequeño gesto de amistad y de comprensión era la nota fundamental de la relación que entre ambos existía.

—¿Va a ganar ese juicio? —preguntó ella.

Él hizo una señal afirmativa con la cabeza y sonrió, pero no habló hasta que el ascensor se detuvo y salieron del mismo; en seguida, mientras caminaban a lo largo del pasillo, él dijo:

—Es una ganga, ahora. Siempre pensé que debía hacerse la defensa sobre la base de la «última posibilidad existente», pero no podía dar con las bases que sostuvieran ese argumento. Anoche, alrededor de las once, di con la jurisprudencia que necesitaba.

—¡Me alegro! —observó Della.

Abrió la puerta de la oficina particular de Mason, que tenía echada la llave, y luego dijo:

—Me asomaré a la oficina exterior, y veré qué hay de nuevo. ¿Le traigo la correspondencia?

Mason sonrió y luego dijo:

—No toda la correspondencia. Deje las facturas a un lado y el resto colóquelo en el estante «diferido».

—Donde descansará debidamente durante una o dos semanas, para luego ser trasladada al archivo de «correspondencia olvidada».

—¡Oh, pero si algo importante hubiera, ya sabe lo que hay que hacer!

Mason, que odiaba la correspondencia con la aversión que un hombre de acción siente por todo lo que sea trabajo rutinario, dejó su sombrero en el guardarropa, se dirigió hacia la ventana, observó durante un momento el tumulto del enmarañado tráfico y luego volvió a su escritorio. Alcanzó un libro de Derecho, que estaba abierto sobre la carpeta, y empezó a estudiar la sentencia. Mientras ponía su atención en un confuso principio legal a través de un intrincado laberinto de considerandos, su ceño fruncido revelaba su estado de concentración. Lentamente, como si no hubiera estado muy seguro de lo que hacía, arrimó la silla giratoria y se sentó frente a su escritorio, sin interrumpir la lectura.

Varios minutos después se abrió la puerta y entró su secretaria particular. Esperó a que Mason alzara su vista. Transcurrieron casi cinco minutos antes que éste, al volver una hoja, la viese.

—¿Qué hay? —le preguntó.

—Un aviador que quiere verle en nombre de su padrastro —contestó Della Street—. Está esperando en la oficina de fuera.

—No me interesa verle —replicó Mason—. Mi cerebro está

ocupado con este juicio de la «Consolidated», y no quiero que nadie me interrumpa.

—Es un muchacho alto y guapo —dijo Della—, y sabe que lo es. Dice que su padrastro es inválido y no puede venir personalmente; desea encomendar a usted un importante asunto legal, y que como anoche hubo un disparo en el piso bajo, teme que la situación pueda complicarse.

Mason, un tanto pensativo, depositó el volumen sobre su escritorio.

—El disparo puede complicar la situación —dijo sonriendo burlonamente—. Nunca puedo concentrarme en un alegato cuando hay tiros por medio. ¿Cómo se llama, Della?

—Rodney Wenston. Es uno de esos muchachos entusiasmados por la aviación; que vive, según deduzco, principalmente de bienes heredados de su madre. Dudo de que su padrastro lo apruebe íntegramente; también tengo mis dudas de que el muchacho apruebe completamente a su padrastro, a quien menciona como su tutor.

—¿Qué edad tendrá? —preguntó Mason.

—Poco más o menos, treinta y cinco. Alto, erguido y con toda la apostura del hombre acostumbrado a la buena vida. Cuando se halla en aprietos, cecea y se advierte que se encuentra molesto.

—¿No toma la aviación como una profesión con la cual ganarse la vida, sino como un deporte?

—Como una afición o entretenimiento, según dice.

—Se ve que usted ha averiguado muchas cosas.

—Las informaciones que debo procurarme —contestó ella fríamente—. Pero, en esta ocasión ni siquiera debí averiguar. En realidad, el hombre desató la lengua. Tal vez sea por eso por lo que me inclino a su favor. Él no considera que la secretaria es una valla para saltar, sino que la considera como un elemento integrante de una organización comercial. Tan pronto le dije que era la secretaria de usted y le pregunté qué se le ofrecía, Wenston soltó la lengua.

—Con esos antecedentes en favor de él y el cebo del disparo, le recibiremos. ¿Y qué me dijo del ceceo, Della?

—¡Oh, no es gran cosa! Verdaderamente parece muy distinguido: buena figura, ojos azules, cabello rubio y abundante, muy buen perfil, tal vez demasiado mimado, pero una personalidad

a toda prueba. El ceceo le desconcierta un poco, pero se recupera después de que se ha entusiasmado conversando.

—Muy bien, hágale pasar.

Della Street tomó el teléfono y dijo:

—Gertie, haga pasar a míster Wenston a la oficina de míster Mason —colgó el auricular y exclamó—: Bueno, no consulte nuevamente ese libro.

—No lo haré —prometió Mason.

—En este mismo instante, su mente está enteramente en ese libro.

De mala gana, Mason colocó el volumen sobre su escritorio, abierto, con el lomo hacia arriba. Se abrió la puerta de su oficina particular y entró Rodney Wenston, que saludó deferente:

—Buenoz díaz, míster Mazon. Ezpero que me perdonará por moleztarle tan temprano; pero ezo ze debe a que mi tutor ze encuentra excitadísimo. Parece que anoche hubo un dizparo en el pizo bajo y eztá temerozo de que la Policía practique indagacionez en loz contornoz, las cualez eztorbarían el azunto para el cual quiere verle. Dice que ez terriblemente importante, y me ha comisionado para que conziga un *habeaz corpus*, *mandamus*, o como diabloz le llaman a ezo loz abogadoz, para que uzted ze traslade allí en zeguida. Mi padraztro promete que le pagará lo que uzted pida, ziempre que vaya inmediatamente.

—¿Puede decirme de qué se trata? —preguntó Mason.

Wenston sonrió, y luego respondió:

—Francamente no lo zé. Mi padraztro ez terriblemente individualizta. Yo debía actuar como intermediario. Él...

Sonó el timbre del teléfono. Della Street contestó y después de un momento, tapando el receptor con la mano, dijo a Mason:

—Está en el teléfono Elston A. Karr. Dice que envió a su hijastro a conversar con usted y que ahora querría hablar él personalmente.

El abogado hizo a su secretaria una seña afirmativa con la cabeza, cogió el teléfono y dijo:

—Aló! —Oyó una voz delgada y aguda que, con meticulosa exactitud de pronunciación, contestó:

—Míster Mason, habla Elston A. Karr. He dado mi dirección a su secretaria. Supongo que ella ya tomó nota. Parece que anoche se ha cometido un crimen en el departamento que queda debajo del mío.

La Policía acudirá. Por ciertas razones que por teléfono no puedo explicarle ahora, deseo consultar a un abogado. Se trata de un asunto sobre el cual hace varios días que estoy pensando. Quiero dejarlo arreglado antes que la Policía empiece a mezclarse en mis asuntos privados. ¿Puede venir inmediatamente? Me hallo aprisionado en una silla de ruedas, y no puedo visitarle en su oficina.

—¿A quién asesinaron? —preguntó Mason.

—No sé. Ese asunto no tiene absolutamente ninguna importancia, salvo en lo que estorbará lo que deseo hacer.

Mason, tratando de hacer un tanteo psicológico, preguntó:

—¿Cree que pueda sospecharse que usted es cómplice de este crimen?

Rápida y desdeñosamente, Elston A. Karr contestó:

—Por supuesto que no.

—Entonces, ¿por qué tanto apresuramiento en verme?

—Se trata de algo que le explicaré cuando esté aquí. Es sumamente importante. Estoy dispuesto a pagarle la suma que usted me indique, siempre que sea razonable. Le necesito personalmente, míster Mason. No quedará conforme con ningún otro abogado. Pero tendrá que decidirse pronto.

Mason se volvió hacia su secretaria y le dijo:

—Dígale a Gentrie que no toque los libros que están sobre la mesa de la biblioteca. Muy bien, míster Karr, salgo en este momento. Un minuto. Della, ¿tiene la dirección?

—Sí.

Mason colgó el auricular y dijo:

—Vamos a salir, Della.

—Me alegro que haya hablado con él, míster Mason —comentó Wenston sonriendo—. El viejo es un as. Yo no le acompañaré. En ciertas ocasiones no nos entendemos muy bien. Voy de un lado a otro cumpliendo sus encargos, pero no somos muy amigos. Y, en confianza, permítame que le dé un dato al oído: no se deje dominar por él. Hará todo lo posible por conseguirlo, y si lo logra, desde ese momento le perderá el respeto. Y si me permite, le daré otro informe confidencial: recuerde, es un hombre astuto. Puede parecer muy sencillo, pero tiene una mentalidad oriental. Tanto es así, que cuando quiere ir al Norte, parte hacia el Este y hace un rodeo. Ha

alquilado el departamento a nombre mío; verá mi nombre en la puerta.

—Bueno, tendré cuidado. Gracias por su amabilidad al venir a verme. Buenos días.

Mason se puso el sombrero en el momento en que Wenston salía. El abogado y Della bajaron en el viaje siguiente del ascensor y se dirigieron al garaje, donde se hallaba el coche de Mason. Éste corrió a la máxima velocidad posible en medio del tráfico matinal, y detuvo el automóvil, aparcándolo a media manzana de la dirección que su cliente había dado a su secretaria. Ante la casa, de fachada estucada, de dos pisos, se hallaban ya aparcados cuatro o cinco coches; contrastaban el color crema y las tejas rojas de la casa, lo mismo que su construcción, con la anticuada casa de madera de la esquina en que vivían los Gentry.

Mientras caminaban, con pasos apresurados, hacia el departamento, Della dijo:

—Esa casa de la esquina es ya demasiado antigua.

Mason miró con curiosidad.

—Alrededor de mil novecientos se construyeron muchas casas por el estilo. Eran entonces la última palabra en cuanto a mansiones lujosas. Naturalmente, ahora parecen anticuadas, y es porque esta parte del país es muy nueva, y los estilos han cambiado con una rapidez vertiginosa. Considere las viejas ciudades del país, y verá que las casas antiguas no parecen tan fuera de lugar. Encontrará innumerables casas de setenta y cinco a cien años, que no parecen tan antiguas como ésta. Este departamento corresponde a la dirección de nuestro cliente, ¿no es así?

—Sí. Llamemos con el timbre de la izquierda. El de la derecha dice: Robinale E. Hocksley.

—Espero que no nos tengan parados aquí —dijo Mason—. ¡Qué suerte sería la nuestra si se asomara a la puerta el teniente Tragg, y...!

De repente, abrieron la puerta del departamento de la izquierda. Apareció un chino alto, vestido con ropa oscura, y preguntó:

—¿Cómo está, *místel* Mason? *Sílvase entlal, ligelo, pol favol.*

Mason y Della entraron y subieron la escalera. La puerta fue cerrada silenciosamente por el chino de rápidos movimientos. Cerca de la parte superior de la escalera Mason oyó el rumor de ruedas de

caucho, que giraban rápidamente por el piso de madera, y en seguida distinguió la misma voz que había hablado por teléfono, y que decía:

—Está bien, John. No se moleste. Yo atenderé.

Luego, por una puerta con cortinas avanzó una silla de ruedas, conducida por un individuo delgado, que escudriñó a Mason con sus penetrantes ojos grises, sumidos bajo tupidas cejas en un rostro enjuto.

El hombre sentado en la silla de ruedas daba la impresión de poseer una ilimitada energía y vigor. Era como si la fuerza de que carecía el cuerpo se hubiese convertido en energía vital. La concentración de aquellos ojos grises era tan intensa que el hombre parecía olvidar lo curioso de la situación. Pasó por alto completamente a Della Street, y dedicó su atención en estudiar al abogado.

Un hombre que surgió, corriendo apresuradamente detrás de la puerta encortinada del aposento, interrumpió la tensa situación al preguntar:

—¿Míster Mason?

El abogado hizo una seña afirmativa con la cabeza. El hombre avanzó sonriendo. Tenía anchas espaldas y brazos cortos y musculosos. Tendió a Mason sus manos de dedos gruesos, y se presentó así:

—Blaine, a sus órdenes, John Blaine.

Karr bajó la vista. En ese momento, su rostro se puso tan transparente y semejante a la cera, que parecía un cadáver. Luego abrió los ojos lentamente. Había desaparecido aquella mirada de intensa concentración. Pestañeaba y sonreía, bondadosamente. En seguida dijo:

—Perdóneme, míster Mason. He menester de un buen abogado. Mucho he oído hablar acerca de usted. Desearía ver si se halla a la altura del hombre que yo necesito.

Y diciendo estas palabras, tendió su mano a Mason, quien advirtió cuán frío estaba, y la fragilidad de los huesos de su cliente.

—Mi secretaria, miss Street —dijo Mason, presentando a Della.

Una vez cambiadas las palabras de rigor, Karr agregó:

—Y mi sirviente, Gow Loong.

Mason miró al chino con verdadero interés. Poseía éste, en

cierto modo, más aspecto de compañero o de socio que de criado. Su amplia frente, la tranquila placidez de su semblante, la firme inescrutabilidad de sus ojos oscuros, le daban un aspecto distinguido.

—No se interese mucho por él —advirtió Karr, hablando rápida y nerviosamente—. Es demasiado oriental. Aunque usted quiera comprenderle, no podrá. Un perpetuo misterio... Despierta su curiosidad, y luego le da un portazo en su propia cara. Y ahora tenemos mucho que pensar..., mucho que conversar. Me alegro de que haya traído a su secretaria. Ella tomará notas y no tendré que repetirle las cosas dos veces. Me pongo terriblemente nervioso cuando tengo que repetir. Y ¿por qué nos quedamos aquí? Sírvanse acompañarme; vamos a sentarnos cómodamente y a poner manos a la obra.

Asió los aros de goma de la silla de ruedas, hizo avanzar rápidamente ésta y, demostrando una increíble fuerza, la empujó a tal velocidad que los demás quedaron muy distanciados.

La habitación del otro lado de la puerta con cortinas era una sala de recepción muy bien arreglada, con piso de madera dura, suntuosas alfombras chinas y muebles que, evidentemente, habían sido traídos del Oriente. La oscura madera de estos muebles estaba grabada hábilmente, en los dibujos el motivo que predominaba era el dragón.

Karr hizo avanzar la silla de ruedas y la detuvo en un instante. La manejaba con la diestra habilidad de una larga práctica. Luego, con su voz delgada y aflautada, dijo:

—Siéntese, siéntese. Por favor, dejemos la etiqueta a un lado. No tenemos tiempo. Mason, siéntese aquí. Miss Street, ¿quiere usar esa mesa para escribir? ¡No! Espere un minuto. Hay otras mesas, que pueden acondicionarse a la altura que sea menester. ¡Gow Loong...! ¿Ya está? Siéntese, John. ¡Diablos!, me pone usted nervioso cuando empieza a dar vueltas...

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Mason.

—Por favor, escuche atentamente —dijo Karr—. ¿Tiene lista su libreta de apuntes, miss Street? Muy bien. Me hallo en una situación delicadísima. No deseo entrar en detalles en seguida, pero ha de saber usted que yo tenía un socio en China. Por otra parte, se trataba de una sociedad escabrosa. Introducíamos armas de fuego

por el Yangtzé. Si le pillan a uno le rebanan en trozos menudos. La llaman «muerte de los mil tajos». Pues bien: en todo caso, mi socio y yo los proveíamos de armas de fuego. El negocio nos producía zozobra y dinero. Sin embargo, por ahora, no tiene mayor interés ese aspecto. Sólo diré que estoy haciendo algo relacionado con esa antigua sociedad..., y tengo que mantenerlo oculto hasta que esté consumado. No puedo tolerar notoriedad alguna..., no quiero que nadie tenga noticia de mí. Según se sabe, a Elston A. Karr le mataron río arriba. Arrendé este departamento a nombre de mi hijastro, Rodney Wenston. Él firma los cheques, paga el alquiler, y todo lo demás. Yo no figuro para nada. Sin embargo, no todos se tragan el anzuelo. Desconfíe siempre del oriental. Son tardos para comprender las cosas, pero son certeros. Además, en ocasiones no son tan lerdos. Bueno, como dije, debo evitar toda publicidad. Nadie debe verme aquí. No puedo ser interrogado. Pues bien: el asunto sobre el cual quiero hablarle tiene que ver con la antigua sociedad. No empecé a hacer rodar la bola hasta que me convencí de que mi trabajo aquí no había despertado el interés de nadie. Por eso escogí este momento para proseguir; sucede ahora que abajo se ha cometido un crimen. Me coloca en una situación difícil. Me imagino que los periodistas describirán la casa y sus inquilinos. El crimen no ha podido ocurrir en peor momento.

—¿Y no sería mejor arrinconar este otro asunto? —preguntó Mason.

—Ya lo he empezado —exclamó Karr irritado—. Ya se lo dije, míster Mason. Ya empecé a hacer rodar la bola. Ahora no puedo detenerla. Y mientras más misterioso se haga el crimen de abajo, mientras más tarde en resolverse, más publicidad adquiriré, y más peligro habrá para mí.

—¿Todavía no ha venido aquí la Policía? —preguntó Mason.

—No. Y por eso tenía tantos deseos de que usted viniera rápidamente. Quiero que me ayude a tratar con la Policía.

—¿Cómo no han venido todavía? —preguntó Mason, con el ceño fruncido.

—Lo que pasa es que envié a John y a Gow Loong a averiguar lo que había ocurrido —dijo Karr—. La Policía los interrogó. El teniente de la Brigada de Homicidios del Departamento Central de Policía... ¿Cómo se llama, John?

—Tragg.

—Eso es, Tragg. El teniente Tragg. ¿Le conoce usted, Mason?

—Sí.

—Le dijeron a Tragg que yo estaba enfermo, que tendría que subir para entrevistarme, y que en todo caso, yo no sabía nada. Esto último no es verdad. Oí el disparo, pero no sé nada más al respecto.

—Creo que si usted me dijera por qué consideró tan necesario llamarme, podríamos comenzar a proceder más satisfactoriamente —dijo Mason.

Karr movió la cabeza violentamente. Ahora sus ojos resplandecían con el fuego de su devastadora y nerviosa energía, que parecían ser excesiva para su frágil cuerpo. Al cabo de un momento preguntó:

—Pero, ¿acaso puedo hablar delante de su secretaria? ¿Cree usted que puedo hacerlo?

—¡Sí, señor!

—¿Puede usted responder de ella?

—¡Claro está que sí!

—El asunto es importante..., tremendamente importante.

—Mi secretaria es discretísima.

—No sé qué es lo que ha ocurrido en los bajos —dijo Karr—. No me importa un bledo. Me hallo confinado en mi silla de ruedas. No puedo levantarme ni moverme. Me tienen que sentar y levantar. No estoy en condiciones de tributar a nadie ningún acto de cortesía..., ni quiero conducirme cortésmente. Todo lo que pido es que me dejen solo. Ahora surge este maldito asesinato, y me imagino que los periodistas empezarán a entrometerse. Algo que yo no puedo soportar, Mason, es la publicidad. No la quiero en torno a mi persona. No puedo tenerla.

—¿Por qué me hizo llamar? —preguntó Mason.

—A eso voy. No me interrumpa. Cuando empiezo, me gusta continuar y que no me hagan repetir. Me pone nervioso tener que repetir. ¿Dónde estaba? ¡Ah, sí, hablaba de publicidad! Le diré por qué no puedo tolerar publicidad alguna. Estoy escondido. Tratan de asesinarme. No me sorprendería que el asesinato de abajo hubiera sido cometido por un criminal mercenario que equivocó los números. Empleé la mayor discreción al tomar este departamento. Está situado en un lugar ideal para lo que me propongo. Pero

cometí un error. Debí arrendar también el departamento de abajo, y alojar allí a Gow Loong. Cuando yo vine aquí, hacía más de un año que el departamento de abajo se hallaba desalquilado. Piden un alquiler muy elevado. Arrendé este departamento y me trasladé por la noche...

—Y ¿por qué no alquiló el departamento de abajo? —preguntó Mason—. En su situación, sería mejor vivir en la planta baja.

—No —replicó Karr—. No puedo ir a ninguna parte si no lo hago en mi silla de ruedas. No tengo deseos de salir, si no es para tomar un poco el sol. Aquí tengo una magnífica galería, que da al Sur y al Oeste. Allí tomo el sol. Por eso me agrada el departamento. Esa gran casa antigua cubre prácticamente el lado Norte e intercepta los vientos fríos de esa dirección. Me gusta vivir en un recinto tibio. Mi sangre es débil. He vivido durante mucho tiempo en los trópicos. He padecido disentería, malaria y otras muchas enfermedades. Pero no importa. No hay necesidad ahora de que hable de eso. ¿Por qué me puse a hablar de escaleras? ¡Ah, sí!, porque usted me preguntó. Le dije que no me interrumpiera, que me dejara hablar —agregó levantando una mano y acusando a Mason con su largo y huesudo índice.

—Hay ciertas cosas que debo conocer —observó Mason, sonriendo.

—De acuerdo. Y se las diré. Espere a que termine, y en seguida pregúnteme lo que le parezca. ¿De qué estábamos hablando?

—De publicidad —contestó John Blaine, en el medio segundo de silencio que siguió a la pregunta de Karr.

—De asesinato —corrigió Gow Loong.

Mason desvió la vista en dirección al chino, y le miró con sumo interés. La única palabra que éste había pronunciado, la pronunció sin énfasis, sin acentuarla, y sin vacilar. Era la única palabra sugeridora que Karr necesitaba.

—Eso es —dijo Karr—. Hablaba de asesinato. Soy un hombre a quien buscan, mister Mason. Hay gente que desea saber dónde estoy. Si lo descubren, soy muerto. En mi situación, no puedo moverme rápidamente. Me costó mucho trasladarme a este lugar sin ser observado. John Blaine alquiló el departamento y nos mudamos. Él y Gow Loong me trasladaron, amparados por la oscuridad. Nadie me ha visto nunca. Esto es lo magnífico de mi refugio. Esa galería,

bañada por el sol, no puede verse desde ninguna parte. No hay ninguna otra casa que pueda dominar la perspectiva. Es la ventaja de esa profunda hondonada..., «barranca» la llaman en este país. Es una de las razones por las cuales pensé que no arrendarían el departamento inferior. Hay mucha gente que teme que pueda haber un terremoto..., y que todo el edificio caiga en la hondonada..., en la barranca. Aquí en Hollywood, puede que haya casas mejores, pero no tuvimos tiempo para buscar mucho. Me perseguían. A decir verdad, iban pisándome los talones. Comprenda usted que un hombre que tiene que moverse en una silla, no es invisible. En el limitado espacio de tiempo que dispusimos, John anduvo con suerte. Es una casa más que regular. Pero no puedo someterme a averiguaciones. No quiero hablar con la Policía. No quiero que me interroguen. No puedo recibir a ningún periodista.

—¿Qué sabe usted —preguntó Mason— sobre lo ocurrido?

—Un hombre se mudó al piso de abajo poco más o menos después de que yo hube arrendado esta casa —dijo Karr—. Nunca le he visto, ni él me ha visto a mí. Se llama Hocksley. Supongo que verían su nombre en su placa... ¿No es así?

Mason hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—No sé qué es lo que hace... Me parece que tiene relación con los estudios cinematográficos; tal vez escriba argumentos. Su hábito de vida está fuera de lo normal. Algunas noches le he oído dictar. Parece que siempre dicta por la noche. No sé qué hace durante el día. Me imagino que duerme.

—¿Dicta a una taquígrafa? —preguntó Mason.

—No. A un dictáfono. Así parece, y creo que no estoy equivocado. Una muchacha viene durante el día y escribe a máquina. Parece que le reúne bastante trabajo. Fue ella quien descubrió el crimen.

—¿Viene todos los días? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Vive él solo allí?

—No. Tiene un ama de llaves. ¿Cómo se llama, Gow Loong?

—Sarah Pahlín.

—Eso es, Sarah Pahlín. Nunca recuerdo los nombres. En todo caso, ése es un nombre raro. Nunca la he visto. Dígale, John, cómo es el ama de llaves.

—De cincuenta y cinco años —dijo Blaine, concisamente—, alta, angulosa, ojos oscuros, cabello gris fino, que peina estirado hacia atrás, usa tacones, no se esfuerza por aparecer atrayente. Vive en la casa, y creo que ocupa la habitación que queda al fondo. Mide, poco más o menos, un metro cincuenta y pesa entre cincuenta y sesenta kilos. Está allí para trabajar, y eso es todo; es mujer reservada; cocina, cuida la casa, no lava, y es evidentemente una buena cocinera. Siempre utiliza el horno. Hasta aquí llega el olor. Parece que no hace muchos fritos.

—Es suficiente —dijo Karr, alzando la mano—. Ya Mason tiene una idea de ella..., y no es necesario que sepa qué clase de dentífrico usa. La mujer ha desaparecido.

Súbitamente, el timbre de la puerta interrumpió las palabras de Karr.

—Debe de ser la Policía —dijo Mason.

—Exclúyame, Mason. Tiene que hacerme a un lado y proceder de manera que la Policía no me interrogue.

—Usted ha hablado mucho, pero no ha ido al grano —dijo Mason, con impaciencia—. Y eso ha ocurrido porque no me ha dejado interrumpirle y hacerle preguntas. Gow Loong, vaya a abrir. Si es Tragg, reténgale allí durante unos minutos. Karr, dígame exactamente qué sucedió.

Karr frunció el ceño, irritado, y respondió:

—No me interrumpa. Yo...

—Cállese —dijo Mason—. Responda a mi pregunta. ¿Qué sucedió?

John Blaine miró a Mason, consternado, y dijo:

—Míster Karr se pone nervioso cuando le interrumpen, míster Mason. Él...

—Cállese —dijo Karr a Blaine; y dirigiéndose a Mason—: Anoche, alrededor de las diez y media, sonó un disparo, después de lo cual se oyeron idas y venidas en el piso de abajo. Yo no hice nada al respecto. No podía. Solamente habría podido gritar. Y no traté de gritar, pues mis gritos no habrían resuelto nada.

—¿Y los demás de la casa? ¿Dónde estaban?

—Me encontraba solo. Por lo general, yo me quedo solo. Yo...

—Si es Tragg, hágalo entrar —dijo Mason, dirigiéndose a Gow Loong—, pero distráigale cuanto pueda. Vaya a abrir la puerta. Muy

bien, Karr, continúe.

—Oí que alguien corría, y que cerraban la puerta con estrépito —continuó diciendo Karr—. Durante los diez o quince minutos siguientes no oí nada. Luego, también oí que una persona andaba por la casa, sigilosamente, y que un nombre hablaba, tal vez por teléfono.

—¿Y qué más?

—En la hora siguiente, nada más. Nuevamente, al cabo de una hora, escuché el sonido de algo que se arrastraba por el suelo, y que salía por la puerta falsa. Parecía un cuerpo arrastrado por alguien y que no podía levantar. Me imagino que eran dos personas. Yo estaba en cama. No podía siquiera aproximarme a la ventana o al teléfono, al lado de mi cama. Me pongo demasiado nervioso si suena el timbre por la noche.

—¿La puerta falsa?

—Exactamente. La puerta falsa se hallaba a la derecha frente al garaje de la casa que queda al Norte. Hocksley tiene arrendado ese garaje y guarda allí su coche. En ocasiones lo usa su secretaria.

—¿No oyó nada más?

—Oí voces; una, creo que de mujer. Oí el ruido producido por la partida de un automóvil. Una hora después, poco más o menos, el coche volvió al garaje. A esa hora, Gow Loong ya estaba en casa.

—¿Y míster Blaine? —preguntó Mason, al oír pasos en la escalera.

—Regresé cerca de las dos —dijo Blaine.

Las pisadas en la escalera resonaron más fuertes. Gow Loong dijo:

—*Sílvase subil. Lástima que no vino antes.*

Antes que el teniente Tragg reconociera a Mason, estuvo parado alrededor de un minuto en el umbral de la puerta, examinando al grupo. Cuando reconoció al abogado, un leve rubor cubrió sus mejillas, pero no hubo otra exteriorización de sorpresa o de disgusto. Luego dijo:

—Muy bien. ¡Qué sorpresa verte por aquí! ¿Puedo saber a qué se debe su visita?

—Mi cliente, míster Karr —dijo Mason—, se encuentra nervioso. Usted comprenderá que tal estado es muy fácil que sobrevenga a un hombre respetuoso de la ley que, de súbito, se halla en contacto con

actos delictivos. Naturalmente, se siente aprensivo. Desde hace algún tiempo, míster Karr estaba pensando hacer su testamento, y el desgraciado suceso de abajo ha servido para acentuar su pensamiento acerca de la incertidumbre de los tiempos que vivimos. Me hizo llamar para..., para tratar sobre el asunto.

—¿De modo que está extendiendo su testamento? —Preguntó Tragg con escepticismo.

—Pues bien —replicó Mason—: no creo que algo se gane con discutir los asuntos privados de míster Karr. Usted, teniente, puede sacar sus propias conclusiones.

—Las estoy sacando —dijo Tragg, significativamente.

Mason hizo las presentaciones, diciendo:

—Míster Karr, míster John Blaine y Gow Loong, el sirviente.

—Necesito hablar con míster Karr. Ya conozco a los demás —repuso el teniente Tragg.

—Me parece que míster Karr no podrá ayudarle mucho. Le he interrogado acerca del asesinato; le he hecho las preguntas de rigor que cualquiera haría por simple curiosidad.

—Sí —dijo Tragg; y después de una pausa muy significativa, agregó—: por simple curiosidad.

—Sin duda, Tragg —dijo Mason, haciendo una mueca y mostrando los dientes—. Espero que no creerá que si yo tuviera interés por lo que ha ocurrido abajo obtendría informaciones valiéndome de medios indirectos.

—La experiencia me ha enseñado —comentó Tragg— que en ocasiones usted se vale de métodos indirectos, pero siempre certeros, para obtener diferentes informaciones.

—Sírvase sentarse —le dijo Mason, riéndose—. Temo que míster Karr no pueda servirle gran cosa. Vea usted: él oyó dos estampidos en las primeras horas de la mañana, pero pensó que el ruido provenía del escape de un camión, y...

—¡Dos estampidos! —le interrumpió Tragg.

—Así es. ¿No fueron acaso dos? —dijo Mason, mirándole con los ojos muy abiertos y demostrando inocencia.

—¿Qué hora era? —preguntó el teniente.

—¡Oh, tal vez la una o las dos de la mañana! No miró su reloj. Pero cree que era esa hora.

—¿Por qué lo cree si no miró el reloj?

—Había despertado a las doce y media, y empezaba a quedarse dormido nuevamente —contestó el abogado.

Tragg frunció el ceño y observó:

—Esa declaración no está de acuerdo con las hechas por todos los testigos.

—¡Demonios! —observó Mason, aparentemente sorprendido—. Pues bien, Tragg: míster Karr no puede estar muy seguro al respecto. Es cierto que realmente oyó estampidos; pueden haber sido del escape de un camión y no verdaderos disparos, y haberse producido a una hora más temprana de la noche.

—Hubo sólo un disparo —dijo Tragg.

Mason emitió un leve silbido. El teniente miró a Karr, y le preguntó:

—¿Está seguro de que fueron dos?

—Me parece que no estoy en condiciones de agregar nada más a lo que le ha dicho míster Mason —respondió Karr.

—He estado tratando el asunto con él —comentó el abogado con volubilidad—, y no esta seguro de nada, Tragg. Por eso le dije que no creía que pudiera servirle de mucho su declaración.

—¿Qué sabe usted del inquilino Hocksley, que vivía en el departamento de abajo?

—Nada —contestó Karr—. No le he visto nunca. Me encuentro condenado a mi silla de ruedas y a la cama. No me preocupan los vecinos, y no presto atención a si ellos se ocupan de mí o no. Aun en el caso de que Hocksley hubiese llevado una vida corriente, completamente normal, probablemente nunca le habría visto; pero, por otra parte, no llevaba tal vida.

—¿En qué sentido no la llevaba?

—Me imagino que debía dormir la mayor parte del día, porque le oía a todas las horas de la noche, hablando y hablando. Se me figura que dictaba a un dictáfono.

—¿Y por qué no a una taquígrafa?

—Es probable que dictara a una taquígrafa —replicó Karr—, pero la manera de dictar producía más bien la impresión de que dictaba a un dictáfono, pues lo nacía con voz pareja, monótona, sin que, aparentemente, mediaran pausas. He notado que cuando se dicta a un taquígrafo o taquígrafa, la persona que lo hace se detiene de cuando en cuando. En ocasiones, median pausas verdaderamente

largas, mientras trata de concentrarse para expresar en la mejor forma sus ideas. Hay algo en el dictáfono que acelera la concentración del hombre. En todo caso, a mí siempre me ha parecido así.

Tragg contrajo el rostro, y miró la punta de sus zapatos. Después de un rato, dijo:

—¡Ah, ah! —y luego volvió hacia Mason, a quien se puso a examinar pensativamente.

—¡Oh, bueno! —comentó Mason alegremente—, es probable que la cosa marche bien. Por experiencia sé que existen siempre pequeñas discrepancias en las declaraciones de testigos. ¿Y qué fue lo que sucedió, Tragg?

—Hocksley había arrendado el departamento de abajo —respondió el teniente—. Tenía un ama de llaves, una tal Sarah Pahlin. Una taquígrafa, Opal Sunley, venía diariamente y transcribía a máquina los fonogramas. Tiene usted razón, míster Karr: Hocksley dictaba al dictáfono; eso es lo que me ha declarado Opal Sunley, y me alegro de que usted me lo haya confirmado.

—¿De qué se ocupaba? —preguntó Mason.

—No sé —contestó Tragg.

—¿No lo sabe? ¿No ha hablado acaso con su mecanógrafa?

—Esa es la cuestión. La mecanógrafa hace un relato absolutamente imposible de creer.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Al parecer, Hocksley se dedicaba a exportaciones. Escribía muchas cartas en las cuales daba explicaciones detalladas sobre conocimientos de embarque, direcciones de destinatarios y datos por el estilo. Escribía a representantes de fábricas sobre compras de mercaderías y a las compañías de navegación sobre entregas. Y todas las cartas eran falsas.

—¿Cómo es eso? —preguntó Mason.

—Las cartas constituían la clave de algún asunto, porque, según lo que miss Sunley declara, no era lo que a primera vista parecía ser.

—¿Lo sabía ella? —preguntó Mason.

—No. La muchacha trabaja mecánicamente: se coloca los auriculares del dictáfono, transcribe las cartas y olvida todo su contenido.

—¿Y qué deduce usted de los duplicados de las cartas? — preguntó Mason.

—Pues esa es la cuestión. Hocksley le hacía sacar copias con un papel carbón; pero no hay archivos. La muchacha no sabe dónde están las copias o qué se ha hecho de ellas, y nos ha sido imposible encontrarlas.

—¿Es Hocksley el muerto?

—Hocksley o su ama de llaves o ambos. Los dos han desaparecido, y existen señales de tiros. Habíamos estado conjeturando que Hocksley dio muerte a su ama de llaves o que ésta mató a Hocksley, porque sólo teníamos noticias de un disparo. Pero, en el caso de que los disparos hayan sido dos, tal posibilidad puede cambiar completamente la situación.

—Si hay algo en que podamos ayudarle, Tragg, no titubee en acudir a nosotros. En cuanto a míster Karr, está pasando por un período de postración nerviosa terrible. Ha sufrido un gran trastorno nervioso y sus médicos le han aconsejado que viva aislado, donde no se encuentre con extraños, no cultive sus amistades ni trabee nuevas; será mucho mejor que trate, en lo posible, de no interrogarle.

Tragg retiró su silla, se puso en pie, introdujo sus manos en los bolsillos del pantalón, y examinó a Karr; al cabo de un momento le preguntó:

—¿No interpretará como una gran indiscreción que le pregunte la razón por la cual usa esa silla de ruedas?

—La utilizo porque padezco artritis en las rodillas y en los tobillos. No puedo soportar ningún peso; tienen que levantarme; se me deja en determinada posición, y me siento perfectamente cómodo; pero cualquier movimiento que haga con las piernas me produce un intenso dolor. Los médicos me han aconsejado diatermia. Durante un tiempo ensayé tal tratamiento, y llegué a la conclusión de que obtendría los mismos resultados envolviendo mis piernas en una manta y manteniéndolas calientes todo el tiempo. Bebo agua y jugos de fruta en abundancia, y estoy mejorando.

—¿Actualmente no le atiende ningún doctor?

—No, señor. Me harté de pagarles tanto dinero y de que me aliviaran tan poco. En los casos de enfermedades en su período agudo, los médicos pueden ayudar a curar a un enfermo. Cuando se

trata de enfermedades crónicas, no pueden hacer nada, y ellos lo saben. Tratan de engañar al paciente, para mantenerle alegre. ¡Al diablo con todos ellos! ¡No los quiero! Nunca me han engañado, y no acepto empezar a ser engañado ahora. No me hablen de ningún doctor. El último que me atendió se enojó conmigo y me dijo que nunca mejoraría, y que, con el tiempo, probablemente empeoraría. Habían estado tratando mi mala dentadura, como si a consecuencia de la misma hubiese padecido infecciones locales. Sin consultarles a ellos, voy mejorando. Durante los últimos meses he estado mejor que en cualquier otro tiempo. Lo único que hago es mantener las piernas calientes todo el tiempo.

Tragg le observó con marcado interés, como si examinase a un ejemplar raro a través de una cubierta de cristal. En seguida se volvió para mirar a Mason pensativamente, y de súbito dijo:

—Bueno, míster Karr, siento mucho haberle molestado. Sólo tenía que completar mis indagaciones. Usted debe comprender que son cuestiones del oficio. Probablemente ya no será necesario que vuelva a incomodarle. Lamento mucho su enfermedad, y espero que mi intromisión no sea causa de empeoramiento.

—Está bien —contestó Karr—. Me agrada conversar con hombres inteligentes. Temía que un torpe y brusco policía viniera aquí a hacerme una serie de preguntas estúpidas. Usted es muy diferente, y puede venir cuando guste.

—Gracias —dijo el teniente—. Trataré de llevar este caso hasta el final, y en esa forma nadie más tendrá que molestarle.

—Se lo agradezco debidamente.

—Y ahora —prosiguió diciendo Tragg, con aparente indiferencia—, ¿qué puede usted decirme sobre Rodney Wenston?

—Ignora completamente el suceso. Es mi hijastro, y vive cerca de la playa. El teléfono lo puse a su nombre y también es su nombre el que aparece en la placa de la puerta de mi casa. En realidad, es él quien arrienda el departamento; y lo he hecho así deliberadamente, para que yo pueda mantenerme retirado. Cuando vienen mercachifles a preguntar por míster Wenston, podemos contestarles, sin faltar a la verdad, que no se encuentra aquí, y que no sabemos cuándo vendrá. No quiero que nadie me moleste. Me sirvo de Wenston como de un amortiguador.

Tragg pareció muy bien impresionado por la explicación. Movi

la cabeza, en señal de comprensión, y dijo:

—Lo comprendo perfectamente. ¿Existe alguna razón especial por la cual usted trata de no encontrarse con nadie, míster Karr?

—Por supuesto —respondió éste—. Soy un hombre nervioso, iracundo..., terriblemente iracundo. Los médicos me han dicho que no trate de derrochar mi energía nerviosa. No puedo dominarme cuando estoy con otras personas, especialmente con extraños. Éstos hacen muchas preguntas antipáticas, demuestran tener lástima de uno, hablan demasiado, vienen a hacer una visita y permanecen largo tiempo. No me agradan.

Tragg rió tolerantemente, y dijo:

—De lo cual deduzco que cuantas menos preguntas le haga y menos tiempo permanezca en su casa, más simpatía le mereceré.

—No —contestó Karr—. No me refería a usted, en absoluto. Usted ha venido a cumplir con su deber.

—En todo caso, me iré. Confío en que no será necesario molestarle nuevamente, míster Karr.

Mason se quedó mirándole, mientras salía del aposento; luego frunció el ceño y encendió un cigarrillo. Cuando oyó el ruido producido por la puerta de la calle al cerrarse, le pareció que se descargaba de un terrible peso.

—¿Por qué se le ocurrió hablarle de los estampidos, y alargar el tiempo que duraron los acontecimientos? —preguntó Karr al abogado.

—Habría sido una buena mentira si la hubiese creído —contestó Mason.

—¿Y piensa que no la creyó?

—No lo sé.

—¿Por qué tenía que decirle una buena mentira?

—Porque cuando un policía está tratando de descubrir un crimen, habla con una serie de testigos. Por todos ellos se forma una idea más o menos cabal de lo que sucedió y cuándo sucedió. Es algo natural que a los funcionarios les agrade que la Prensa les haga publicidad, y por eso se mantienen en muy buenas relaciones con los cronistas de los diarios. De otra manera no ascienden, y los diarios contribuyen a ello. Por eso, si usted le pide a un hombre como el teniente Tragg que los diarios no publiquen su nombre, le importará un bledo; pero si usted le suministra declaraciones que

no están de acuerdo con los hechos en el caso que el funcionario investiga, entonces es seguro que procurará que su nombre no aparezca en los diarios.

—¿Por qué?

—Porque si los diarios publican que la declaración de un testigo está en contradicción con las demás declaraciones, significa que la persona que cometió el crimen, y a quien busca la Policía, está respaldada. Quiere decir que cuando esa persona sea detenida, su abogado sabrá dónde encontrar un testigo que no estará de acuerdo con las declaraciones de los demás.

—¡Qué inteligente! —dijo—. ¡Condenadamente inteligente! Por eso le necesitaba, Mason. Tiene usted una imaginación rápida...

—Bueno, no se alegre demasiado —le previno Mason—, porque creo que no tuvo resultado.

—¿Por qué no?

—Tragg es terriblemente perspicaz —repuso el abogado—. Nadie engaña a ese hombre.

—¿Cree usted que comprendió cuáles eran sus deseos?

—Estoy completamente seguro de ello; pero no es eso lo que me preocupa.

—¿Qué es entonces?

—El hecho de que simpatizó con usted repentinamente, y le dijo que impediría que los periodistas le molestaran.

—Pero, ¿no es eso acaso precisamente lo que queremos?

—Sí, salvo en un punto.

—¿Cuál?

Mason contempló la manta colocada sobre las rodillas de Karr, y respondió:

—Si esa historia de su invalidez es una estratagema de la cual usted se vale para probar su coartada, y si en realidad puede andar, usted mismo encontrará que de quien más sospecha el teniente Tragg es de usted.

En el rostro de Karr, que se había contraído de emoción al escuchar la hipótesis de Mason sobre las reacciones del teniente Tragg, apareció súbitamente una sonrisa de alivio, y prorrumpió:

—Pues bien: en cuanto a eso, mi invalidez es una verdad absoluta y definitiva, míster Mason. No puedo andar. No puedo soportar peso alguno sobre mis rodillas. Ni siquiera puedo pasarme

desde la silla a la cama, ni desde la cama a la silla. Tienen que levantarme. Ni siquiera puedo aproximarme a un teléfono, si no tengo quien me ayude.

—En ese caso —señaló Mason—, creo que saldríamos ganando y que las cosas se simplificarían si yo mismo sugiriera al teniente Tragg que llamase a sus propios médicos para que le reconocieran.

—¿No sería eso una indicación de que no anda bien mi cerebro? ¿No contribuiría a hacer parecer que yo pensaba que él me estaba considerando persona sospechosa?

—Claro que sí —repuso Mason—. Al fin y al cabo, usted es un hombre inteligente. Usted estaba en la casa; se encontraba solo cuando se efectuó el disparo. Se ha rodeado de una buena dosis de misterio. Su sirviente chino no va a servirle de ninguna ayuda. Blaine bien podría ser considerado como un guardia de corps. Por la forma en que describió a esa dama de llaves, se deduce en seguida que ha sido polizonte. El teniente Tragg viene a su casa a averiguar lo que usted sabe respecto al suceso. Su historia está de acuerdo con las demás declaraciones. Le encuentra conversando conmigo. En realidad, a él ya debe habérsele ocurrido que yo le indiqué la declaración que debía hacer; en otras palabras: que he sido yo quien ha declarado por usted.

—¿Y bien?

—Si el teniente Tragg no ha descubierto algunas pistas reveladoras de la persona que verdaderamente cometió el crimen, está preparándose para achacárselo a usted.

—¡Eso sería un desastre!

—Eso es lo que a mí me parece, y le recuerdo que la inoportuna llegada de Tragg le impidió decirme por qué había decidido consultarme.

—Se trata de esa antigua sociedad —dijo suspirando Karr—, pero no me siento con ánimos ahora para seguir tratando ese asunto. Dígame, míster Mason: ¿cuál es la situación legal del socio superviviente de una sociedad comercial?

—La muerte de un socio disuelve la sociedad —respondió el abogado—. El otro socio tiene la obligación de liquidar la sociedad comercial y presentar una rendición de cuentas al albacea o apoderado del socio fallecido.

—¿Qué es eso de liquidar la sociedad comercial?

—Reducir todo a dinero en metálico.

—¿Y si no existe ningún albacea ni apoderado? ¿Qué sucede con la parte perteneciente al otro socio?

—Pasa a sus herederos.

—No tengo seguridad de que existan herederos.

—En todo caso, usted debe designar un administrador para protegerse a sí mismo.

Karr movió la cabeza enfáticamente.

—¿Por qué no? —preguntó el abogado.

—Tal procedimiento debería realizarse a través de la justicia, ¿no es así?

—Sí.

—¿Y si los negocios de la sociedad fueran de tal naturaleza que debieran mantenerse ocultos a la justicia?

—¿Por ejemplo?

—Si fuera sumamente peligroso que la justicia llegara a conocerlos.

—Peligroso, ¿para quién?

—Para mí.

—En ese caso —repuso Mason—, usted se libraría de su responsabilidad entregando la parte de los bienes del socio fallecido a sus herederos. Pero, en esas circunstancias, usted tendría que cargar con todas las eventualidades al tratar de reunir a todos los herederos, y...

—Quiere decir —interrumpió Karr— que si yo pago a alguien que no sea el pariente más próximo, tal vez más adelante tendría que pagar nuevamente a quien correspondiese.

—Eso es. Además, el pariente más próximo no es siempre el heredero. Por ejemplo, imagínese que uno de los socios haya dejado un hijo, y que algún tiempo después se revele que había estado casado secretamente; o que haya dejado un testamento que no se había presentado como prueba...

Karr confirmó las palabras de Mason con su intensa y alerta mirada, y dijo:

—Comprendo. Es mejor que me arriesgue a eso antes que tenga que comparecer ante los tribunales para prestar una serie de declaraciones.

—¿Era ése el caso que quería consultarme? —preguntó el

abogado.

Karr se echó hacia atrás, en su silla, y cerró los ojos. Al cabo de un momento, dijo:

—En un principio... era ése. Quería que usted averiguara la posibilidad que mi socio hubiera dejado algún heredero. Ahora ha surgido este otro asunto.

—¿Se refiere usted al crimen?

—Sí.

—¿Y usted querría que yo hiciese algo en relación con el asesinato?

—Sí, eso es. Me agradaría que usted tratase de que el asunto quedara resuelto a la mayor brevedad. No me conviene que la cosa se convierta en uno de esos misterios que ocupan las primeras páginas de los diarios. ¿En cuánto tiempo cree usted que Tragg lo aclarará?

—No tardará mucho. Es hombre competente.

—Le diré lo que debe hacer. Usted es un hombre hábil. Ayúdele. Trate de que se descubra pronto al culpable.

—¿Quiere usted que yo averigüe quién cometió el asesinato? —preguntó Mason.

—Exactamente.

—Tome nota, Della.

—Ya lo he hecho —contestó la secretaria mientras seguía trazando signos con la pluma en su libreta.

—¿Por qué quiere que se tome nota de esa petición mía? —preguntó Karr.

—Porque si usted es culpable, y yo descubro la prueba que le condene, quiero encontrarme en situación de enviar a sus herederos la correspondiente cuenta de honorarios.

—¡Usted es estupendo! ¡Verdaderamente estupendo! —dijo Karr riéndose—. Usted prevé las posibilidades. Es un hombre de una personalidad a toda prueba. Muy bien, Mason, adelante. Empiece a trabajar. Póngase en contacto con su agencia de detectives. Despeje cuanto le sea posible. Ayude a Tragg a descubrir lo sucedido. Transfírale cualquier prueba que usted descubra. Gow Loong, vaya a mi alcoba y abra el cajón de arriba a la derecha. Tráigame dinero. Este abogado ha menester dinero ahora mismo.

—Sí —contestó Gow Loong, y se encaminó hacia la alcoba.

—Deseche, Mason, esa idea de que Karr puede ser el culpable —dijo John Blaine volublemente—. Respecto a eso, puede estar tranquilo. Karr es absolutamente inocente, y me parece que la mejor manera de sacar esa idea de la cabeza del teniente Tragg sería suministrarle alguna prueba.

—Está bien; simplemente quería tener todas las cartas sobre el tapete. En este asunto nos encontramos con que una persona que tiene alguna cosa que ocultar, quiere disimularlo. Usted contrata a un testigo que se encuentre en la tarima de los testigos, e invariablemente empieza a acariciarse las mejillas con las yemas de los dedos; en seguida desliza su mano, de manera que oculte su boca cuanto le es posible mientras habla. Conocemos esos signos, y procuramos buscarlos. La idea de mister Karr de mantener calientes sus piernas puede ser muy buena; pero en lo que respecta al teniente Tragg, ese peso sobre sus piernas le dio la idea de que mister Karr las cubría porque tenía algo que ocultar.

Karr echó atrás la cabeza y rió, preguntando:

—¿Y a usted se le ocurrió la misma idea, Mason? Dígalo, sea franco. ¿No fue así?

—Sí.

Gow Loong regresó de la alcoba con una caja de dinero en efectivo. La colocó suavemente sobre el regazo de su amo. Éste abrió la caja, tomó un fajo de billetes, y preguntó a Mason:

—¿A cuánto ascienden sus honorarios en estos casos, abogado?

—Por regla general, a todo el dinero circulante —contestó Mason mirando el fajo de billetes.

Nuevamente Karr echó atrás la cabeza riéndose, y en seguida, dijo:

—Me agrada usted, Mason. ¡Le digo que en verdad me agrada! Usted no anda con rodeos.

—No. No ando con rodeos. Y si usted me lo permite, dígame si quiere contratarme para que le aclare el crimen cometido abajo, o para asesorarle en relación con su antigua sociedad.

—Para ambas cosas, pero primero haremos una, y en seguida nos dedicaremos a la otra, Mason. En primer lugar, quiero ver despejado el crimen. Eso constituye una pesadilla para mí. No pudo haber ocurrido en fecha más inoportuna. Tal como veo las cosas, la única manera de impedir que se convierta en misterio, es

descubriendo al culpable. Tal vez usted lo consiga esta misma tarde. Así podré hacer lo que debo. No comprendo por qué ese..., cómo demonios se llama..., no escogió una fecha más oportuna para que le mataran. Eso es ser verdaderamente un maldito desconsiderado.

Capítulo 4

Mistress Gentry parecía algo intimidada, debido a que su visitante era una persona un tanto importante. Tía Rebeca y Delman Steele, sentados juntos frente a la mesa del comedor, se hallaban descifrando un crucigrama, y alzaron la vista cuando Mason se presentó a la dueña de la casa. Se pusieron en pie cuando vieron que ésta acompañaba a Mason, dirigiéndose hacia ellos. La dueña de la casa hizo las presentaciones.

—Míster Mason, el conocido abogado. La hermana de mi marido, miss Gentry.

Siempre era menester acentuar la palabra miss al presentar a tía Rebeca.

Muchas personas se inclinaban a llamarle mistress, si no habían puesto mucha atención en el momento de la presentación, lo cual provocaba más tarde una corrección que, en cierto modo, era una explicación molesta.

—Y míster Steele, un inquilino, muy aficionado a los crucigramas —agregó mistress Gentry.

Tía Rebeca no se hallaba cohibida en manera alguna. Examinó a Mason con espíritu de crítica y le dijo:

—¡Ah! No parece tan terrible. Siempre que leí algo acerca de usted, me lo imaginé una persona atrozmente hostil.

Mason celebró la ocurrencia de Rebeca, y, mientras tanto, analizó a Delman Steele, joven de veintitantos años que miraba fijamente y que, en cierto modo, parecía colocarse a la defensiva. Era bien parecido, y su rostro revelaba que poseía una recia personalidad; pero había un no sé qué en sus herméticos labios que indicaba que tal vez podría tener algo que ocultar.

—Míster Steele —explicó mistress Gentry—, ordinariamente se halla trabajando a esta hora; pero después de lo que sucedió al lado,

la Policía ha insistido en que nadie se mueva de aquí; sólo permite salir a los dos niños menores, para que asistan al colegio. Junior, el mayor, se encuentra en casa. En este momento está subiendo del sótano... Junior, ven a conocer a míster Mason, el abogado. Ha venido aquí porque...; bueno, ¿cuál es el objeto de su visita, míster Mason? —preguntó la dueña de la casa, mientras su hijo estrechaba la mano del abogado.

—He venido a investigar el crimen cometido en la casa de al lado.

—¿Algún cliente suyo se interesa por el esclarecimiento del crimen?

—Pues bien, sí; pero sólo indirectamente. No se trata de la persona a quien se acusa de haber cometido el asesinato.

—¿Han señalado ya a alguna persona como presunto culpable?

—No —contestó Mason sonriendo—. Por eso puedo hablar resueltamente cuando digo que no represento a la persona acusada como presunta homicida.

Se volvió para observar a Junior, muchacho de, poco más o menos, diecinueve años, cuya frente, amplia y delicada, no estaba de acuerdo con sus gruesos labios. Su nariz era recta y bien proporcionada y Mason comprendió que, si bien el joven nunca sería considerado como un ídolo de las reuniones, era, sin embargo, lo suficientemente bien parecido como para hacer conquistas dentro del campo femenino.

Junior miró el diccionario, que se hallaba en la mesa, frente a tía Rebeca, y dijo:

—No es extraño que nunca lo halle en mi habitación. Cada vez que tengo que consultarlo, empleo media hora en encontrarlo.

Tía Rebeca dijo a manera de reproche:

—Bueno, Junior, no debes ser egoísta. Al fin y al cabo, no te destruyo el diccionario, porque consulte una palabra sólo de cuando en cuando. Deberías aprender a...

—Y mi linterna... —la interrumpió Junior—. Siempre la están usando y me gastan la pila.

—¿Cómo es eso, Junior? —preguntóle mistress Gentry—. No sé de qué estás hablando. Sólo ayer la usé durante algunos minutos, cuando fui al sótano a revisar las conservas que se guardan en los estantes. A lo sumo, la usé durante un minuto y medio.

—Bueno, alguien más debe de haberla usado durante largo tiempo —dijo Junior—. Esta mañana estaba la pila completamente descargada.

—Tal vez tú mismo la usaste anoche.

—Esa es la cuestión —respondió él—. Anoche no pude encontrarla.

—No puede ser. Yo la volví a colocar en tu habitación. Yo...

De súbito, su voz sonó incierta, y Junior, conocedor de las costumbres de la vida familiar, dijo:

—Quieres decir que pensaste ponerla en mi aposento; pero me imagino que la dejaste por ahí.

—Yo...; bueno, tal vez la puse aquí. Tenía ese canasto de remiendos, y la puse... ¿Dónde la encontraste, Junior?

—En mi alcoba, esta mañana.

—Pero, ¿no dices que anoche no estaba allí?

El muchacho movió la cabeza, haciendo una señal negativa. Mistress Gentry rió, y dijo:

—Bueno, míster Mason no tiene ningún interés en conocer las interioridades de nuestras desavenencias domésticas. Eso es lo que pasa en las casas de familias numerosas, míster Mason. Siempre hay alguien que cree que se violan sus derechos.

—Bien; supongo —dijo tía Rebeca— que míster Mason desea hacernos una serie de preguntas; pero antes que empiece, voy a aprovechar el hecho de que se encuentra aquí para averiguar la palabra con la cual no hemos podido dar en el crucigrama.

—¡Oh, Rebeca! —dijo mistress Gentry—. No vengas con tus tontos...

—Si puedo ayudarle, tendré mucho placer en hacerlo —dijo Mason—. Diga sin temor.

—Es una palabra de cinco letras; la segunda y la tercera son, respectivamente, *u-a*. Es un término jurídico, que quiere decir... ¿Cómo es, Delman? ¿Cómo lo explican?

Steele pasó una mirada sobre una lista de cifras y luego dijo, leyendo:

—Un término jurídico que significa «cerca de, aproximadamente, con corta diferencia».

—¿Cinco letras? —Preguntó Mason.

—Exactamente.

—¿Por qué no hacen la prueba con *cuasi*? —dijo el abogado, con el rostro contraído.

Rebeca tomó el lápiz, escribió separadamente cada una de las letras de la palabra, echó hacia atrás la cabeza y la inclinó a un lado, como lo haría un pájaro al examinar rigurosamente a una dudosa cucaracha, y súbitamente, exclamó:

—¡Sí, ésa es! Es exactamente la palabra que me faltaba. *Cuasi*. No la conocía.

—Es un término muy usado en Derecho —observó Mason.

—Muy bien —anunció Rebeca—, con esta palabra, Delman, ya hemos vencido todos los obstáculos. Me imagino que míster Mason desea saber todo cuanto nos ha preguntado ya la Policía...

—Sírvase sentarse, míster Mason —dijo la dueña de la casa.

Mientras Mason se sentaba, Rebeca dijo:

—Espero que no empiece a hacer una serie de preguntas, míster Mason. Me hallo nerviosa, y empecé a descifrar esos crucigramas para calmar mis nervios. Míster Steele ha tenido la gentileza de ayudarme en unos cuantos. ¿Hace usted crucigramas, míster Mason?

—No tengo mucho tiempo para emplearlo en juegos.

—Es cierto; tal vez yo debería realizar algún trabajo; pero no sé qué hacer. Creo que es mucho mejor que me dedique a descifrar crucigramas, antes que a desperdiciar completamente mi tiempo. Al fin y al cabo, se gana maravillosamente en la riqueza del vocabulario.

—Así me lo imagino —comentó el abogado.

—Bueno, Rebeca —dijo mistress Gentry—. El tiempo de míster Mason es sumamente valioso. No ha venido a nuestra casa a hablar sencillamente de crucigramas.

—Pues bien: no quiero empezar nuevamente a hablar de ese crimen. Todo sucedió ayer, cuando me sacaste de quicio con esa historia de la lata vacía. Desde entonces no he podido concentrarme.

—¿La lata vacía? —preguntó Mason.

—Se trata de un enigma doméstico —replicó mistress Gentry, muy cortésmente—. No debes recordarlo, Rebeca. Mi cuñada está siempre desenterrando enigmas domésticos.

—Me interesan los enigmas —dijo Mason, a tiempo que sus ojos

centelleaban—. Me proveo de misterios de la misma manera que su cuñada de crucigramas.

—¡Qué bueno! —dijo Rebeca—. ¡Cómo me gustaría que usted descifrara esto, míster Mason! No he podido desde ayer sacármelo de la cabeza.

—¡Rebeca! —replicó su cuñada, con tono de reproche.

—No; siga hablando. Me agradaría informarme del asunto —dijo el abogado—. Verdaderamente, me agradaría.

—No ha sucedido nada, míster Mason —replicó mistress Gentry, evidentemente muy desconcertada—. Ayer bajé al sótano para revisar las latas y frascos de frutas en conserva. En el estante encontré una lata vacía.

—¿Sólo una lata vacía? —preguntó Mason.

—Sí.

—No. Eso no es todo —observó Rebeca—. Era una lata enteramente nueva, míster Mason. Había sido colocada en el estante junto a las conservas. Esa lata no tenía ningún rótulo, y había sido cerrada...; vea usted, con el borde doblado hacia dentro, tal como se cierran las latas después de llenarlas con las respectivas conservas.

—¿Tienen ustedes en casa alguna máquina de cerrar? —preguntó Mason.

—Sí. Preparamos conservas de gran cantidad de frutas y legumbres. Una parte la guardamos en frascos, y el resto en latas. Tenemos una máquina cerradora, que dobla hacia dentro el borde de la lata.

—¿Y esa lata estaba vacía?

—En la misma forma en que salió del almacén —dijo mistress Gentry.

—No era precisamente así, Florence —observó Rebeca—. Cuanto más lo pienso mejor me doy cuenta de que había algo raro en relación con esa lata. Una lata cuando sale del almacén no está herméticamente cerrada.

—¿Qué hizo usted con la lata? —preguntó Mason.

—La arrojé al cajón de las latas viejas —contestó riendo mistress Gentry.

—¿No la abrió para mirar su interior?

—¡Válgame Dios! No se me ocurrió hacer tal cosa. Era

demasiado liviana como para creer que contenía algo. Era simplemente una lata vacía.

—Pero Arthur la abrió —dijo Rebeca—. Arthur Gentry es el marido de Florence.

—¿Estaba míster Gentry en casa cuando usted la encontró?

—No. Anoche buscaba una lata para mezclar pintura. Encontró esa lata en el cajón.

—¿Estaba vacía? —preguntó Mason.

—Eso es lo que él dijo.

—Yo vi la lata, míster Mason —dijo Delman Steele—. Anoche bajé al sótano para hacer una pregunta a míster Gentry. Pintaba el marco de las ventanas y la puerta por donde se sale al garaje. Le pregunté si había visto la lata...

—Yo pedí a míster Steele que bajara y sacara del cajón esa lata —interrumpió Rebeca—. Sencillamente, no podía quitármela de la cabeza.

—Y con eso, casi quedo en mal lugar con el teniente que está efectuando las averiguaciones respecto al disparo de la casa vecina —dijo Steele.

—¿Cómo fue? —preguntó el abogado.

—Quiso comprobar quiénes habían estado anoche en el sótano —respondió Steele—. En ocasiones bajo a conversar con míster Gentry o a observar a miss Gentry cuando está revelando sus fotografías en la cámara oscura. Pero anoche, si miss Gentry no me hubiese pedido que fuera a ver la lata, no habría bajado.

—¿Y qué relación podía existir entre el sótano y el crimen? —preguntó Mason.

—No alcanzo a comprenderlo. Tragg estuvo abajo rondando por aquí y por allá, y cuando subió nos hizo una serie de preguntas.

—Por mi parte, voy a echar la llave a mi cámara oscura —dijo Rebeca—. Abrieron la puerta, corrieron la cortina negra a un lado, dejaron entrar luz y me velaron media docena de películas. Me parece que la Policía debería guardar más consideraciones.

—Ha despertado en mí mucho interés esa lata —dijo Mason—. ¿Dice usted, míster Steele, que míster Gentry la usó para mezclar pinturas?

—Eso es. Me imagino que todavía debe estar allí.

—¿Cómo la abrió?

—Hay un abrelatas en el sótano.

—Estoy segura de que usted estará de acuerdo conmigo, míster Mason —dijo Rebeca—; se trata de algo cuyo origen debe averiguarse. Esa lata no brotó sola en el estante. Era una lata enteramente nueva. No estuvo allí mucho tiempo... Y, ¿cuál habrá sido el motivo para cerrar herméticamente una lata vacía?

—Indudablemente, yo no lo sé —repuso Mason.

—Pues bien: tampoco lo sé yo; pero alguien lo hizo.

—Usted habló de una puerta que conducía al garaje —dijo el abogado a Steele—. ¿Es la puerta que comunica con el garaje donde míster Hocksley guarda su coche?

—Ésa misma —contestó mistress Gentry—. Hay un garaje con capacidad para dos automóviles; tiene una puerta que comunica con el sótano. Vea usted: la casa está construida en un declive, y el terreno es tan empinado, que el sótano fue edificado en dos niveles. Me imagino que la casa fue construida antes del auge de los automóviles... o, por lo menos, antes que se apreciara la importancia de construir un garaje junto a la casa. Más tarde, fue reconstruida esa parte del sótano, dedicándola a garaje con capacidad para dos coches. Nuestro automóvil lo guardamos en una de las divisiones del garaje; la otra división la arrendamos. El lado que tiene la puerta que comunica con el sótano es más cómodo, motivo por el cual arrendamos ése, y, naturalmente, usamos esa puerta para entrar y salir de nuestra casa, especialmente en los días de lluvia.

—Si me lo permiten —dijo Mason—, me agradecería ver el garaje.

—Si quiere, míster Mason, puede bajar por la escalera que conduce al sótano y abrir la puerta..., o salir a la calle, y entrar por la puerta del garaje.

—Preferiría entrar por el sótano.

—Sírvase seguirme, míster Mason —dijo mistress Gentry.

Rebeca apartó a un lado el diccionario y el crucigrama y se levantó, diciendo:

—Florence, te equivocas si crees que voy a permanecer sentada, mientras míster Mason y tú habláis sobre la lata vacía, en el sótano. Mientras más pienso en el asunto, más creo que esa lata vacía puede constituir una pista para el esclarecimiento del crimen ocurrido ahí al lado.

—¿De qué manera podía servir de pista? —preguntó mistress Gentry, con los ojos centelleantes.

—No sé —contestó Rebeca, con decisión—, pero puede ser que sirva. ¿No le parece, Delman?

—No me comprometa en ninguna discusión familiar —repuso Steele sonriendo—. Yo solamente vivo aquí. Me tratan como si fuera de la familia..., pero no lo soy. No tengo derecho a tomar parte en las discusiones.

—Yo no he llevado las cosas hasta ese terreno, Delman —dijo mistress Gentry riendo—. Cuando usted arrendó esa habitación y me preguntó si podía moverse en la casa como cualquiera de la familia, le contesté que sólo una cosa estaba absolutamente prohibida..., y era el uso del teléfono. Deberíamos tener tres líneas aquí —prosiguió diciendo, mientras sonreía a míster Mason—. Mis tres hijos lo ocupan todo el tiempo, comprometiéndose para una cosa u otra; luego que han hablado, suena el teléfono y entre ellos se lo arrebatan; en ocasiones, pienso que lo haría pedazos, pues me cuesta conseguirlo por la mañana para hacer mi pedido al almacén, o por la tarde para comunicarme con mis amigas.

—Estábamos hablando de la lata, Florence —dijo Rebeca.

—Se te están aflojando los tornillos, tía Rebeca. ¡Qué diantres puede tener que ver una lata vacía con...!

—¡Junior! —le interrumpió mistress Gentry—. Nadie ha pedido tu opinión. Venga por aquí, míster Mason.

Todos, en tropel, siguieron al abogado y bajaron al sótano. Mason examinó el lugar. Mistress Gentry señaló el sitio en que había encontrado la lata. Junior mostró la puerta que daba al garaje. Mason tocó la pintura con sus dedos, y preguntó:

—¿Es esto lo que míster Gentry estuvo pintando anoche?

—Sí. Utilizó una clase de pintura que seca rápidamente —contestó Steele, a modo de explicación—. Míster Gentry es dueño de una ferretería. Ésta era una muestra que un vendedor de una fábrica de pinturas le había dado. Él quería probarla. Anoche me estuvo hablando respecto a eso.

—¿Es necesario mezclarla?

—Sí. Debe mezclarse, por mitades, con otra más liviana —explicó Steele—. A Gentry le parecía que era mucho mejor que cualquiera de las marcas que tenía en su ferretería. Viene en dos

envases. Uno le da el color, y el otro le sirve para que seque rápidamente. Se mezclan en partes iguales, y la pintura está lista para ser aplicada. Se ha calculado que seca en seis horas.

Mason señaló hacia un sitio cercano a la puerta del garaje, y dijo:

—Evidentemente, alguien que anduvo por aquí no sabía que la superficie había sido recién pintada. Al parecer, alguien que buscaba el picaporte de la puerta, a tientas, puso la manos sobre la pintura.

—Así parece —dijo Steele.

—¡A ver! —dijo Junior, avanzando con impaciente curiosidad.

—Es extraño —comentó Steele—. No lo había notado antes. También estuve aquí con la Policía. Es sólo una pequeña mancha.

—La pintura está ya seca —observó Mason—. ¿Dice que seca en seis horas?

—Sí; entre cuatro y seis horas, según lo que me dijo míster Gentry. De otra manera no lo sabría.

—Busquemos la lata —dijo Rebeca, moviendo el banco de carpintero y atisbando entre el variado surtido de herramientas—. Aquí hay una lata que contiene pinceles. ¿Será ésa, Delman?

—La misma —contestó éste—. Siempre se sabe cuándo ha sido míster Gentry quien ha abierto un tarro. Nunca pasa el abrelatas por todo el contorno, sino que se detiene antes que la tapa se suelte.

—Exactamente —confirmó mistress Gentry—. Dice que de otra manera cae dentro. Yo siempre sostengo la tapa y la corto íntegramente. Usted puede apreciar dónde fue doblada y arrancada ésta.

Mason, pensativo, miró la lata y dijo:

—Echemos un vistazo a la tapa para completar nuestra investigación.

—¿A la tapa de la lata? —preguntó mistress Gentry.

Mason hizo un signo afirmativo.

—Bueno, es probable que podamos encontrarla si miramos ese cajón de basuras; pero, francamente, no comprendo qué...

—Anoche la vi aquí en el banco —dijo Steele—. Allí está, cerca del rincón.

Mason cogió la tapa y examinó el lugar preciso en que había sido doblada.

—¿Es ésta? —Preguntó.

—Sí —dijo Steele—. Recuerdo ese recto pliegue de la lata. Se nota donde fue doblada...

Mason la observó con sumo interés, y al cabo de un momento dijo:

—Un momento. Ésta no es la tapa.

—¿Por qué no?

—La tapa de la lata fue doblada hacia la izquierda. Ésta ha sido doblada a la derecha.

Steele se inclinó a mirarla, y luego volvió a observar el tarro. En seguida dijo:

—Anoche vi ese disco de metal sobre el mostrador, y naturalmente supuse que sería la tapa de la lata. No podía ocurrírseme que mister Gentry hubiese abierto el tarro y tirado la tapa, y que después hubiese sacado del cajón de la basura otra tapa. Pero Gentry es zurdo. Tiene razón; ésa no es la tapa de esa lata...; pero, por qué...

—No sé por qué —dijo Mason—, pero está a la vista que eso fue lo que hizo. Echemos un vistazo al cajón de la basura.

—Te dije que esta lata vacía tenía alguna relación con el crimen —dijo Rebeca agriamente a su cuñada—. ¿Te das cuenta cuando un cerebro disciplinado empieza a relacionar hechos?

—Estoy segura de que no sirvo para detective —repuso mistress Gentry suspirando—. Indudablemente, parecía una simple trivialidad.

—Por mi parte, creo que me asemejo a su cuñada —dijo Mason sonriendo—. Si ocurre cualquier cosa fuera de lo normal, empiezo a imaginarme que existe un enigma. Al fin y al cabo éste es un lugar insólito para una lata vacía, y no comprendo qué interés puede tener nadie en cerrar una lata enteramente vacía. Debe de haber contenido alguna cosa.

—Pues bien: yo la sacudí y me pareció que no había nada dentro, y, ¡por Dios!, ¡era tan liviana, que nadie habría pensado que contenía algo! Es imposible que haya habido algo en su interior. Naturalmente, ahora que veo que todos le atribuyen tanta importancia...

—Y creo que no me equivoco —dijo Mason, que había estado inclinado, escudriñando en el cajón de la basura—; ésta es la tapa

perteneciente al tarro —y cogió un trozo de lata.

—Cuidado, puede cortarse —le advirtió, con voz severa, mistress Gentry.

—Míster Mason no necesita ser detective para deducir que eres madre de tres hijos, mamá —dijo riendo Junior—. «No hagas esto, no hagas eso».

El abogado se enderezó, con un pedazo de lata en la mano; se dirigió hacia el sitio donde estaba el tarro con los pinceles de la pintura y lo puso sobre la parte superior de éste, de manera que coincidieran los bordes.

—Ésta es —dijo Steele.

—¡Cáspita, míster Mason! Déjeme... —exclamó Junior.

—Junior —le censuró su madre—, no estorbes a míster Mason.

—Han raspado la parte inferior —observó el abogado—. Está áspera. Analicemos las estrías. Las examinaremos junto a la ventana, contra la luz, y...

—Es una clave —exclamó Rebeca nerviosa—. ¡Han escrito algo..., grabándolo en la lata! ¡Me lo imaginé! ¡Acabo de confirmarlo! Yo te lo dije, Florence. No querías hacerme caso, pero...

Mason sacó un lápiz de su bolsillo y arrancó una hoja de su libreta, mientras preguntaba:

—¿Quién escribirá las letras que yo lea?

—Yo —contestó con impaciencia Rebeca.

El abogado le pasó el papel y el lápiz,ladeó la tapa para poder leer más claramente las siguientes letras:

«CKDAKC CJIAJ HEDBCE CEIADD DLACC GIKADC
CLDGBD KFBCH CLGGBJ».

En seguida cogió la hoja de papel en la que Rebeca había escrito, y cuidadosamente confrontó las letras con el original.

—No comprendo lo que esto tiene que ver con lo ocurrido en la casa de al lado —dijo mistress Gentry, francamente estupefacta.

Mason guardó el pedazo de lata en uno de los bolsillos de su americana, y comentó:

—Puede ser sólo una coincidencia, un tanto extraña, y nada más. ¿Cuántas personas de la casa oyeron el disparo?

—Yo lo oí —contestó la dueña de la casa.

—Yo dormía profundamente —dijo Steele—, y el estampido me despertó. Cuando desperté, creo que todo había terminado; pero traté de darme cuenta cabal de qué era lo que me había despertado, y, de una u otra manera, tengo la impresión de que fueron dos disparos.

—¿Lo declaró así al jefe de la Brigada de Homicidios, teniente Tragg? —preguntó Mason.

—No —repuso Steele—. Parecía que él estaba muy convencido de que sólo había sido un disparo, y no le contradije. Naturalmente, no estoy muy seguro; lo que sé, son sólo impresiones al despertar de un sueño profundo. En todo caso, es sólo una vaga sensación..., un eco en lo más remoto de la conciencia.

—Sí; comprendo perfectamente lo que usted quiere decir —aseguró Mason—. Sería conveniente que se pusiera en contacto con el teniente Tragg y le dijera que, pensándolo bien, cree usted que fueron dos los disparos.

—No fueron dos —dijo Rebeca categóricamente—. Fue sólo uno. Yo estaba completamente despierta entonces. Pensé que tal vez sería un estampido del tubo de escape de un automóvil o de un camión. Sé que sólo hubo un estampido.

Mason se volvió hacia Junior y levantó las cejas. Éste movió la cabeza y dijo:

—Siento no poder ayudarle. Dormía profundamente cuando ocurrió el suceso. Debió de ser poco tiempo después de haberme acostado, probablemente no más de quince o veinte minutos.

—¿A qué hora se escuchó el disparo?

—Creo que alrededor de las doce y media.

—¿A qué hora se acostó usted?

—A las doce y diez, o doce y cuarto. En seguida me arrojé bien con las mantas y me quedé dormido. Había salido con una chica, y la llevé a su casa. Creí que iba a tener que trabajar hoy, y...; bueno, nadie puede decir que no estoy bien despejado.

—Junior, ¿no crees que deberías decirle a míster Mason con quién estuviste anoche? —preguntó solícitamente mistress Gentry.

El muchacho se ruborizó, y respondió lacónicamente.

—No.

—Advertí que evitaste mencionar su nombre al teniente...,

¿cómo se llama?

—Tragg —dijo Mason.

—No hay ninguna necesidad de mezclar en todo esto el nombre de una mujer —dijo Junior vehementemente.

—Junior, ¿fue...? —empezó a preguntarle su madre.

—No menciones nombre alguno —le interrumpió el muchacho, acaloradamente—. No quiero que te mezcles en mis asuntos. Ya es suficiente con que tía Rebeca esté siempre siguiendo mis pasos. ¡Dios mío! Ya estoy crecído y bastante grande como para poder cuidarme solo. Yo no ando metiéndome en tus...

—¡Junior!

—Perdona; pero, por favor, no nombres a nadie. De esto quedan constancias escritas, y no creo que tenga la menor importancia que se publique con quién andaba.

—Bien —dijo Rebeca—, ¿qué vamos a hacer con la clave de la lata? Aquí estamos charlando, y, mientras tanto, dejamos que el asesino se escape de manos de la Policía.

—Antes de dar paso alguno, asegurémonos sobre el significado de este misterio de la lata —dijo Mason—. ¿Está completamente segura, míster Gentry, de que no la colocó en el estante de las conservas?

—Yo sé que no, y no creo que Hester lo haya hecho. En ocasiones es una necia; pero, indudablemente, no hasta ese punto. Además, no me parece que esa lata haya estado allí durante más de uno o dos días. No veo cómo puede haber... Bueno...

—Bien, comuniquemos exactamente al teniente Tragg lo que ha ocurrido, y él podrá sacar sus propias conclusiones. Al fin y al cabo, a él le corresponde averiguar la relación que puede haber entre una y otra cosa.

Capítulo 5

Sentado en su oficina particular, echado hacia atrás en su sillón giratorio, con los talones apoyados en una esquina de su mesa-escritorio y con los dedos entrelazados detrás de la cabeza, Mason, perezosamente, miró sonriendo a Della.

—Pues bien —dijo—: en este momento tengo carta blanca. Karr dice que he de hacer todo lo posible por descubrir la verdad. No importa a quién perjudique.

—¿No importa que sea el mismo Karr? —preguntó la secretaria, estudiándole escrutadoramente.

Mason hizo un gesto afirmativo con la cabeza; su mirada era ahora vaga, como la de una persona que tiene su pensamiento concentrado en una idea.

—Indudablemente, usted le presentó la cosa como muy sencilla —prosiguió Della—. ¿Qué era lo que perseguía con su actitud? ¿Asustarle o enloquecerle?

—Ni una cosa ni otra. No quería que hubiese ninguna confusión..., y deseaba saber qué terreno pisaba. Al teniente Tragg no se le engaña. Lo más importante de las circunstancias que salvan a Karr de que se le catalogue como posible sospechoso es el estado de sus piernas. Respecto a eso, Tragg no va a confiar en la palabra de nadie. Va a comprobarlo.

—¿Pedirá permiso para efectuar un reconocimiento?

—¡Oh!, no será tan grosero, a menos que tenga algo en qué basarse. Al fin y al cabo, no tiene derecho a ofender a conscientes contribuyentes. Sondeará valiéndose de medios indirectos, pero lo hará tomando precauciones. No se preocupe por eso.

—¿Cree usted que puede abrigar sospechas acerca de la verdad de la enfermedad de Karr?

—Por mi parte las abrigaría, si me hallase en su lugar.

—Bueno; usted, en cierto sentido, sospecha —dijo Della riéndose.

Mason retiró sus manos de detrás de la cabeza, extendió su muñeca izquierda, y consultó su reloj. Luego dijo:

—Paul Drake se ha retrasado. Dijo que llegaría en diez minutos y me daría un informe preliminar. Él..., ya está aquí.

Della se dirigió a abrir la puerta tan pronto como sonó en la oficina particular de Mason la llamada característica de Paul Drake.

El jefe de la Agencia de Detectives Drake era un hombre alto, cuyo rostro aparecía constantemente perplejo. Penetró en la oficina de Masón y saludó a éste, diciéndole:

—¿Cómo le va, cofrade?

—Tome asiento —le invitó Mason.

Della Street cogió su libreta de apuntes, se sentó junto a una mesita y se dispuso a tomar notas. Drake se hundió en el gran sillón de cuero y se movió hasta quedar sentado a través; sacó una libreta de su bolsillo y dijo:

—Bueno, parece que se trata de un caso de alto vuelo.

—¿Por qué?

—La razón por la cual el teniente Tragg no fue muy comunicativo —dijo Drake—, es que anda averiguando por aquí y por allá. No quiere hablar con nadie hasta no estar seguro de cuánto es lo que puede revelar.

—A ver, cuénteme —dijo Mason.

—Me encuentro poco más o menos en la misma situación, Perry. Las averiguaciones que he practicado son las mismas que ha efectuado la Policía, y he llegado a curiosear un poco más.

—¿Qué ha descubierto?

—Ese tal Hocksley es un misterio. Me parece que Opal Sunley, la mecanógrafa que transcribe los discos que Hocksley graba, sabe más de lo que declara. Creo que mistress Pahlín, el ama de llaves, sabía mucho más de lo que habría convenido saber.

—¿En qué se ocupaba Hocksley?

—Nadie lo sabe. Al parecer, dormía la mayor parte del día, y por la noche dictaba a un dictáfono. Cuando miss Sunley venía, encontraba entre dos y quince discos, que transcribía a máquina. En ocasiones, tenía poco trabajo, pero también le tocaban días pesados. Algunas veces no alcanzaba a terminar el trabajo que le dejaba

Hocksley. La muchacha declara que todo el trabajo consistía virtualmente en hacer correspondencia, y que no ponía atención al contenido de las cartas; sencillamente las escribía a máquina, se aseguraba de que no hubiera errores, y se las dejaba a Hocksley para que las firmara. También sacaba una copia con papel carbón, que dejaba a Hocksley, sin saber ella qué hacía con tales copias. El resultado es que en la casa no aparece archivo alguno; solamente hay un dictáfono, una máquina de escribir, discos, una gran cantidad de artículos de escritorio, sellos de correos, un par de balanzas, y nada más en cuanto a material de oficina se refiere..., salvo la caja de caudales.

—¿Qué dice de la caja de caudales?

—Parece que la caja fuerte es la clave de toda la situación —dijo Drake.

—Tragg se mostró muy evasivo respecto a esa caja cuando hablé con él —dijo Mason.

—Tenía que hacerlo así. Es una caja fuerte que vale un dineral. Se encuentra en un rincón de la habitación de Hocksley. No se trata de una caja fuerte vulgar, de las que se comprarían usadas en cualquier parte, para guardar los documentos corrientes de la oficina. Se trata de una caja fuerte muy especial.

—¿Qué había dentro de la caja fuerte? —preguntó el abogado.

—Esa es otra cuestión —repuso Drake—. Cuando la Policía irrumpió allí, había cincuenta dólares en efectivo, alrededor de cien dólares en sellos de correos, y absolutamente nada más.

—¿Estaba cerrada?

—Sí; Opal Sunley reveló a Tragg la combinación.

—De modo que si un ladrón la hubiera forzado, se habría llevado un chasco.

—Así es.

—Bueno, ciento cincuenta dólares son ciento cincuenta dólares —dijo Mason.

—Sí, sí, pero la cosa es que la persona que compró esa caja no la compró para guardar sellos de correos y una pequeña cantidad de dinero.

—En efecto. ¿Y qué puede decirme del disparo?

—El disparo se hizo en la habitación en que se encuentra la caja fuerte —contestó Drake—. Existe la probabilidad de que Hocksley

sorprendiese a alguien tratando de abrir la caja. Pudo ser el ama de llaves.

—¿Y cómo han llegado a esa conclusión? —le preguntó Mason.

—Frente a la caja, en el suelo, hay un pequeño charco de sangre, lo cual podría significar que el asesino ha sido un ladrón. Pero han desaparecido Hocksley y el ama de llaves. Hay gotas de sangre en varias habitaciones de la casa, y, más aún, hay sangre en el automóvil de Hocksley. De modo que se deduce una de las siguientes conclusiones: un ladrón mató a Hocksley y al ama de llaves y sacó de la casa los cadáveres, o Hocksley mató a un ladrón, le colocó luego en su automóvil y le llevó a algún sitio lejos de la casa. La sangre del automóvil indica que la persona sobre quien se disparó fue colocada en el asiento trasero del coche. Y esto último nos conduce a lo que parece ser la explicación más lógica.

—¿Cuál es?

—Que la persona que fue sorprendida tratando de abrir la caja de caudales fue el ama de llaves. Hocksley le disparó, la hirió, la puso en el automóvil y se la llevó lejos de la casa. Hocksley era un hombre alto y fuerte, que bien pudo cargar con el ama de llaves y colocarla en su automóvil. Ella era una mujer delgada, como de cincuenta años. Por eso, no es posible que el ama de llaves hubiese cargado con él. En el pasillo de la casa de Hocksley se encontraron seis cerillas quemadas.

—¿Qué han averiguado respecto a Hocksley? —preguntó el abogado.

—No mucho. Hocksley es un hombre alto, fuerte, que cojea visiblemente. Es muy excéntrico, y, al parecer, se interesa principalmente en que se le deje absolutamente solo.

—Ya son dos —dijo Mason.

—¿Qué?

—Dos inquilinos del mismo edificio que no quieren tener nada que ver con sus vecinos.

—Me parece que el caso de Hocksley es muy diferente al de Karr. Éste es un viejo cangrejo neurótico. Hocksley estaba empeñado en hacer algo que quería mantener en absoluto secreto; trabajaba de noche y dormía durante el día. La firma que le vendió la caja de seguridad, el agente que le arrendó la casa, la compañía que le vendió su automóvil, todos le recuerdan poco más o menos

vagamente. Pero, reuniendo lo poco que cada uno puede decir sobre Hocksley, poseo una buena descripción del hombre: tiene entre cuarenta y ocho y cincuenta años de edad; es de espalda ancha, y su cabello es de un llamativo color rojo. Su cojera es muy notable, y no se trata de rigidez de una pierna, sino que tiene una más corta que la otra.

—¿No ha sabido si existe alguna relación entre Hocksley o su ama de llaves con alguno de los miembros de la familia Gentrie?

—No. Existe cierta amistad entre Sunley y Arthur Gentrie Junior. Algo también hay en esa amistad.

—¿Qué?

—Arthur Gentrie, el padre del muchacho, estuvo pintando esa noche en el sótano. Creo que usted fue el primero que notó que alguien, que evidentemente ignoraba que acababa de ser pintada la puerta del garaje, se acercó a ella en la oscuridad y se manchó los dedos. Después que usted señaló ese detalle a Tragg, éste ordenó a sus subordinados que buscaran vestigios de pintura en los montantes o en los picaportes de las puertas. En tal examen no encontraron nada; pero, al volver a revisar la casa de Hocksley, encontraron dos huellas de dedos impresas en pintura, del mismo color que el usado en la puerta del garaje.

—¿Dónde encontraron esas huellas dactilares? —preguntó el abogado.

—En el teléfono de la oficina —dijo Drake— que se halla encima del escritorio de Hocksley, o sea en la habitación donde se encuentra la caja de seguridad; el teléfono está exactamente junto a la puerta de ese cuarto. Además, en el garaje hay una puerta lateral, que Hocksley usaba para entrar y salir. Esa puerta da a un pequeño patio que se halla entre la casa de Hocksley y la de los Gentrie. Está junto a otra puerta lateral, por la cual se llega a la casa de Hocksley.

—Respecto a las huellas dactilares, ¿están lo suficientemente marcadas como para que la Policía pueda utilizarlas?

—Sí; están muy claras. Tragg está confrontándolas y espera conocer el resultado para dar el golpe de gracia.

—Es decir, que él... —Mason se interrumpió, pues en ese momento abrióse la puerta que comunicaba la oficina con la calle, y penetró tímidamente la muchacha que estaba a cargo del conmutador del teléfono.

—No me decidía a molestarle, míster Mason —dijo—. Le espera una señora, a quien dije que estaba usted conferenciando sobre un asunto muy importante, pero insiste en que quiere verle respecto al mismo asunto.

—¿Quién es?

—Su apellido es Gentrie; viene acompañada de su hijo.

Mason lanzó una mirada a Drake, y éste, consultando nuevamente su libreta, leyó:

—Estaba acostado, durmiendo, cuando se hizo el disparo, a pesar de que sólo había llegado a su casa quince o veinte minutos antes del estampido. Había salido con Opal Sunley, la mecanógrafa empleada de Hocksley.

—¿Está usted seguro? —preguntó Mason.

—¡Ah, ah!

—Tenía entendido que se negaba a dar el nombre de la mujer...

—Oh, sí —dijo Drake, interrumpiendo al abogado—. Galanterías de muchacho joven, pero Opal Sunley no se mostró reservada sobre ello. Al iniciar su declaración dio a la Policía ese dato. El joven Gentrie no podía pasear a amigas en el automóvil de la familia, en este caso a Opal Sunley, por lo cual la pareja utilizó el tranvía. Arthur Gentrie Junior llevó a la muchacha al cine, después le compró un helado de chocolate, la acarició suavemente en el parque y la condujo a su casa alrededor de las once y media. Permanecieron despidiéndose casi media hora en la escalera, y el joven Gentrie partió a medianoche. Evidentemente se dirigió a su casa y cuando llegó se acostó sin tardanza.

—Tuvo que trasladarse rápidamente si dejó a Opal Sunley en su casa a las doce y ya estaba acostado a las doce y cuarto —observó Mason—. ¿A qué distancia de la casa de Hocksley vive la muchacha?

—Alrededor de doce manzanas, que pueden recorrerse en quince minutos cuando se es joven... y se ha estado media hora despidiendo de la novia.

—Hágalos pasar —ordenó el abogado a la muchacha que estaba en pie en el umbral de la puerta—. Tengo idea de que hay algo que oprime el espíritu de ese joven.

Capítulo 6

Mistress Gentry entró en la oficina privada de Mason, seguida por Junior, lo cual hacía parecer que éste había sido arrastrado hasta allí.

Ella tenía todo el aspecto de la madre indignada.

—Míster Mason —dijo—, por favor, ayúdenos. Se trata de Junior.

Mason miró al joven con ceño adusto, y dijo:

—Le ruego, mistress Gentry, que no me haga ninguna confidencia, porque en el asunto que la preocupa no dispongo de libertad, y es muy posible que no pueda ayudarla.

—No obstante, tengo que hablar con alguien, y no sé a quién puedo dirigirme. El crimen cometido al lado de mi casa me tiene angustiada desde el momento en que Junior prestó su declaración a la Policía. Al principio, pensé que mi deber de madre era apoyar a mi hijo en su caballeresco gesto de poner a salvo el buen nombre de una joven. Después, cuando empecé a pensar en lo grave del caso, porque... Sí, porque tal vez ese asesinato está relacionado con... Pues bien: no puedo permanecer callada más tiempo.

—¿Qué se te ha ocurrido? —preguntó Junior.

Mistress Gentry continuó mirando con vehemencia al abogado y prosiguió:

—¿No cree, míster Mason, que en este momento estoy dando el paso que debo dar?

—Prosiga —repuso Mason—. Ya la he puesto sobre aviso.

—Prosigan y hablen de mí cuanto quieran —dijo el joven Gentry—, pero nada me hará titubear ni hacer una declaración diferente de la que he prestado. Quiero que tal cosa quede entendida completa y definitivamente.

—Mi deseo, míster Mason, es que trate usted de convencer a mi

hijo de la importancia que tiene decir la verdad.

—¿Se ha permitido algún pequeño embuste, Junior?

—No; no hay tal cosa —respondió Arthur malhumorado.

—Arthur, yo sé que has mentido. Te digo que oí el disparo y me levanté. Me asomé a tu aposento. No estabas en tu cama. No habías estado en tu habitación.

—¿Quieres decir que te asomaste antes de la medianoche? Estaba en mi alcoba a las doce, o diez o quince minutos después.

—Miré el reloj. Eran las doce y treinta y cinco.

—Viste mal la hora. Serían las once y treinta y cinco, y creiste que eran las doce y treinta y cinco. Seguramente no te habías puesto las gafas, ¿no es así?

—No las llevaba puestas; pero no me equivoqué. Estoy segura, y los demás testigos han declarado que el disparo se escuchó a esa hora.

—¿A quién te refieres?

—A todos los de casa.

—Pues bien: ese muchacho Steele es un mentiroso —dijo Junior—. Yo no confiaría en él en absoluto. Piensa tan sólo un momento en la forma que se conduce rondando en torno a Rebeca, ayudándola a descifrar sus crucigramas y pegado a la falda de ella. Sea lo que fuere, ¿qué persigue el tipo? Él no pertenece a la familia. Sólo alquiló una habitación, y nada más. Tú sabes tan bien como yo que tía Rebeca vive constantemente al acecho de cuanto ocurre. Es imposible que una persona que esté cerca de ella pueda mantener algo en secreto, pues Rebeca se encargará de divulgarlo.

—Junior, no debes expresarte así sobre tu tía Rebeca.

—La otra noche busqué y busqué mi diccionario y no pude encontrarlo; bajé a ver si ella lo tenía, y la sorprendí en el momento en que le estaba contando a Steele una serie de cosas acerca de mí. No tiene derecho a hacerlo.

—Eres demasiado suspicaz —dijo mistress Gentry—. Probablemente, ni siquiera pensaba hablar de ti.

—Oí todo lo que decía: que tú estabas preocupada porque yo estaba enamorado de una mujer mayor que yo. Dijo... —y al llegar aquí, Junior súbitamente se detuvo jadeante y su rostro cambió de color—. Dijo muchas brutalidades —terminó afirmando.

—A míster Mason no le interesan nuestras rencillas familiares,

Junior —advirtió la madre al muchacho—. He venido a verle porque...

—Tengo edad suficiente como para marcharme de casa y conseguirme un empleo. No necesito trabajar en el almacén de papá. Puedo ganar el sueldo que él me paga, y más también. Puedo ganarme la vida. Ya soy un hombre.

Mistress Gentry se dirigió al abogado y le dijo:

—Tengo una angustia que me oprime. Junior no estaba en su habitación en el momento del disparo. Sigue insistiendo en que estaba; pero a mí me consta que no es así. Tengo entendido que la Policía ha encontrado huellas dactilares en casa de Hocksley, y yo... Pues bien: deseo que Junior confiese la verdad. Eso es todo. Su confesión me descargará de un gran peso.

—¿Se refiere a las huellas dactilares que fueron marcadas en la pintura? —preguntó Mason.

La señora afirmó con la cabeza, y Junior dijo:

—Ya te dije que estaba en la cama.

—Junior salió con esa taquígrafa, Opal Sunley —dijo mistress Gentry a modo de explicación—, y jura que la llevó a su casa alrededor de las doce de la noche. Temo, míster Mason, que lo está haciendo... pues bien: para proporcionarle una coartada. Ahora, mira, Junior: en el momento en que se escuchó la detonación, tú subías la escalera de casa, dirigiéndote a tu habitación, ¿no es así? Tomaste tu linterna y a hurtadillas descendiste la escalera.

—Pero, ¿no decías que yo no estaba en mi habitación? —preguntó Junior.

—No estabas cuando me asomé. La cama estaba hecha. Pero oí que alguien se deslizaba por la galería y la escalera.

—Te digo que te equivocaste, que viste mal la hora porque no llevabas puestas las gafas.

—Pero todos dicen que el disparo ocurrió a las doce y treinta y cinco.

—¡Falso! —repitió Junior—. Tú no tenías puestas las gafas y...

—Entonces, tú crees que el tiro fue disparado a las once y treinta y cinco —le interrumpió su madre.

—Claro, si yo no estaba en mi habitación... No, espera un momento... Sí, cierto, así es. El disparo fue hecho a las once y treinta y cinco.

—Arthur, estás evadiendo la cuestión de la hora. Estás calculando que a las once y treinta y cinco Opal Sunley puede probar su coartada.

El joven Gentry golpeó en el suelo y exclamó:

—¡Oh, por favor, déjame tranquilo! Ya me tienes hastiado. Siempre estás interpretando todo lo que yo hago en forma que parezca que estoy pensando en Opal. ¿No puedes dejar de pensar en ella de una vez para siempre?

Mistress Gentry dirigió su mirada a Mason. Éste, sin levantar la voz, pero ordenando autoritariamente, dijo:

—Siéntese, Arthur. Quiero hablar con usted.

El joven Gentry y el abogado se miraron fijamente. Arthur vaciló un momento, y en seguida se sentó en el borde de una silla. Mason dijo:

—Se trata del primer caso de asesinato de que usted tiene noticia. Yo conozco muchos. No poseo muchas referencias acerca de miss Sunley; pero con las averiguaciones practicadas he reunido los datos suficientes para poder deducir que usted está tratando de protegerla. Tal vez a usted no se le ha ocurrido que la manera más segura de atraer hacia ella la indignación y la hostilidad del público, es que usted tergiverse la verdad para colocar a Opal Sunley el margen de los acontecimientos.

Muy a su pesar, Arthur Gentry mostró interés al escuchar las palabras del abogado, y dijo:

—No le entiendo.

—Usted está ocultando y falseando los hechos, a fin de colocar a Opal Sunley fuera de escena —dijo Mason—, y, al final, se dará cuenta de que no sólo la ha metido usted mismo en los acontecimientos, sino que, con su obstinada actitud, ha hecho más visible su presencia en escena.

—¿Qué quiere decir con todo eso? —preguntó Arthur Gentry súbitamente agresivo.

—Los jóvenes cautos, en casos de asesinato, no mienten por mujeres bonitas. ¿Me comprende?

—No estoy muy seguro de haber entendido.

—Usted produce buena impresión. El público le encontrará joven y simpático. Estimaré que el motivo que le obliga a mentir, a fin de proteger a una mujer, no era lo suficientemente poderoso; y,

francamente, que debe de ser más siniestro que la simple atracción que usted pudo haber sentido hacia una mujer bonita. Ahora bien: no voy a discutir con usted. No le voy a rogar. Le he hablado de consecuencias. Si quiere arrastrar a Opal Sunley al escenario de los acontecimientos, si quiere dejar por el suelo su reputación, si quiere que los periódicos la traten como a una mujer que tenía asido por la nariz a un mozalbete menor que ella...

Gentrie se puso en pie como si hubiese sido un luchador que se lanza sobre su antagonista al sonar el gong, y exclamó:

—No, usted no puede..., usted no...

Mason alzó las manos. Fuera de esto, no hizo ningún movimiento. Y luego dijo:

—Duele, ¿no es así? Duele, porque usted sabe que es verdad. Ahora bien: ¿qué tiene que decirme?

—Nada.

—Muy bien, regrese a su casa —dijo Mason—. Váyase. Le previne que no iba a discutir con usted, y que no iba a pedirle nada. Ya se lo he advertido. Lo que le dije es la exacta verdad, y ésta es un ácido que atraviesa toda falsedad. La única cosa que no le perjudicará es el oro puro de la verdad desnuda. Mis palabras van a pesar sobre su conciencia hasta que las falsedades sean expulsadas y surja la verdad. Entonces, usted confesará lo ocurrido, a su madre o a mí. Y después de eso se sentirá mejor. Ahora estoy ocupado. No tengo tiempo para seguir discutiendo. Hasta la vista.

Gentrie, que al ser arrastrado por su madre a la oficina del abogado se había preparado evidentemente para resistir halagos y zalamerías, pareció un tanto ofuscado ante esta abrupta despedida, y dijo:

—¡Cómo! No le he dicho ninguna...

—Lo lamento, Gentrie —dijo Mason—; no tengo tiempo que perder. No se moleste en decir nada hasta que haya reflexionado sobre lo que le he dicho. Buenas tardes, mistress Gentrie. Avíseme en caso de que quiera volver a verme.

—Gracias, míster Mason. Vamos, Arthur —dijo Mistress Gentrie, mientras dirigía al abogado una mirada llena de zozobra, y también de agradecimiento.

Arthur la siguió; luego, irguió su cuerpo y su rostro súbitamente, y salió, dando un tirón de la puerta automática.

Mason hizo un gesto socarrón a Della Street, y dijo:

—¡Joven fogoso, metido en la trifulca!

—Creí que iba a pegarle —observó la secretaria— cuando usted le habló de Opal Sunley.

—Además, el muchacho estaba tratando de convencerse a sí mismo. A su edad, los mozalbetes consideran que semejante actitud es varonil. En ocasiones, Della, no sé qué es mejor, si proceder previa meditación, o, como lo hace la juventud, sin pensar el pro y el contra ni las consecuencias de los actos.

—O sea, obedeciendo al primer impulso, ¿no es así? —dijo Della sonriéndole.

—Exactamente.

—Bueno; es una excelente idea —comentó la secretaria, esta vez riendo—. Tal filosofía parece más propia para oírla comentar en un autobús que en un despacho de abogado. ¿Y en qué quedamos respecto a ese mensaje en clave?

—Usted me hace volver a nuestro asunto. Pues bien: no cejaré hasta dar con la clave.

—¿No se le ocurre nada?

—Muchas cosas; probablemente demasiadas.

—Mire, jefe; si es un criptograma, ¿no podrá leerlo? Son nueve palabras, y tengo entendido que cualquier criptograma se puede resolver cuando el mensaje es lo suficientemente largo.

—Sí; pero no creo que se trate en este caso de un criptograma corriente en el cual se cambian las letras.

—¿Por qué no?

—Analicémoslo. Son nueve palabras. Cinco empiezan con la letra c. En todas las palabras hay una c, por lo menos.

—¿No equivaldría a una e o a una a?

—Me parece que está pasando por alto lo más significativo de todo este mensaje, Della.

Ésta examinó la copia escrita a máquina que Mason le pasó. Después de un rato de silencio, la secretaria dijo:

—Me parece que no acertaré.

—Vuelva a examinarlo. Es relativamente sencillo.

—¿Quiere usted decir que no hay palabras cortas?

—Eso ya es algo —dijo Mason—. La palabra más corta tiene cinco letras. La más larga, seis, lo cual es ya una particularidad

interesante del mensaje. Nueve palabras. Tres tienen cinco letras, y las otras seis tienen seis letras. Pero hay algo que es mucho más significativo que todo eso.

—¿Qué?

—¿Se da por vencida? —preguntó con tono zumbón.

Della movió afirmativamente la cabeza.

—Las últimas catorce letras del alfabeto no aparecen —dijo Mason—. Todo el mensaje consta de palabras formadas con las primeras doce letras del alfabeto.

Della Street contrajo el ceño, miró con fijeza la hoja escrita a máquina, y, meditabunda, dijo:

—Así es. ¿Y qué quiere decir?

—Le diré otra cosa que es significativa —dijo Mason—. Todas las palabras contienen la letra *a* o la letra *b*.

—Me parece que mayor importancia tiene el hecho de que con mucha frecuencia aparezca la letra *c*.

—Tal vez no, a menos que también consideremos la colocación. Todas las palabras contienen las letras *a* o *b*, pero ninguna de las dos aparece ni al principio ni al final de la palabra. En todos los casos, es la penúltima o antepenúltima letra.

Siguió un intervalo, durante el cual Della comprobó las conclusiones enunciadas por su jefe; al cabo de un momento, la muchacha volvió a hacer una señal afirmativa con la cabeza.

—Esa lata vacía es significativa en muchos sentidos —dijo Mason—. Desearía saber si Tragg ha pasado por alto algunas cosas o si sencillamente está a la espera de nuevos acontecimientos.

—¿Cuáles, por ejemplo? —preguntó Della.

—Esa lata contenía un mensaje dirigido a cierta persona —dijo Mason—. Lo cual significa que dos personas están mezcladas en el crimen. A su vez, tal suposición significa que la persona que colocó la lata en el estante tuvo fácil acceso al sótano. También significa que la persona a quien estaba dirigido el mensaje tenía fácil acceso al sótano. Y, sin embargo, también quiere decir que esas dos personas no podían comunicarse entre sí.

—No le entiendo —dijo Della Street.

—Es muy sencillo —repuso Mason—. Si esas dos personas hubieran podido reunirse y hablar, no habrían tenido necesidad de recurrir a ese complicado mensaje grabado en la tapa del tarro, ni

de sellar éste y colocarlo en el estante del sótano.

—Sí. Es verdad.

—El hecho de que se haya escogido el sótano como lugar para depositar el mensaje, significa que ambas personas tenían acceso allí.

La secretaria asintió con la cabeza.

—Por consiguiente —dijo Mason—, nos encontramos ante una especialísima situación. Dos personas tienen acceso al mismo lugar; sin embargo, tales personas no tienen contacto entre sí; el lugar aludido es un sitio extraño: el sótano de una gran casa de madera, llena de recovecos.

—Ahora que usted desmenuza la situación, aparece clara como la luz del día. Una de las personas tenía acceso al sótano por el garaje arrendado por Hocksley y la otra porque residía en casa de los Gentry —dijo Della.

—Ésa es una de las posibilidades —contestó el abogado.

—Pero, jefe —dijo la secretaria—, eso acarrea toda suerte de complicaciones.

—Ése es el problema.

—Entonces, ¿cree usted que Junior y Opal están complicados?

—Las pruebas parecen indicar lo contrario.

—¿Cómo es eso?

—Yo creo que debemos deducir que el mensaje contenido en la lata no tiene significado alguno... en relación con el crimen.

—¿Por qué? ¡Ah, sí, ya comprendo! Porque Junior y Opal se encontraban juntos. ¿No es así?

—Así es.

—Cuando se descifre ese mensaje —dijo Della Street sonriendo— puede resultar que diga: «Te amo, mi vida; no importa lo que sobrevenga». Usted sabe que las personas enamoradas se sienten inclinadas a hacer tales cosas.

Mason asintió con la cabeza y dijo:

—Francamente, Della, si se tratase de un simple criptograma, en el cual se hubiesen traspuesto las letras para escribir un mensaje, me sorprendería mucho que no tuviese que ver con el asesinato, pero, tal como se presentan las cosas, me siento inclinado a concederle mayor importancia al mismo. El *quid* perfectamente evidente y lógico parece haber escapado a la atención de todos.

—¿Cuál es?

—La única pista verdadera para identificar a la persona a quien fue dirigido el mensaje.

—¿Cuál es la pista?

—El hecho, naturalmente, de que sólo una persona lo recibió.

—¿Quiere decir...?

—Arthur Gentry...

—¿Junior? Creí que usted decía que él...

—No, el padre. El padre fue quien bajó al sótano. Él declara que encontró la lata en el cajón de la basura y la abrió para usarla como recipiente para hacer una mezcla de pinturas; agrega que en seguida arrojó la tapa; pero advierta que cuando Steele reparó en la tapa, Gentry se encargó de sustituirla por otra. La que contenía el mensaje en clave se arrojó al cajón, mientras en el banco de carpintero colocaba una tapa que no contenía mensaje alguno.

—¡Dios mío, jefe, ahora que usted reconstruye la escena, la figura aparece perfectamente clara! ¡La forma en que usted presenta las cosas es estupenda!

Mason tomó la hoja de papel escrita a máquina que su secretaria le había devuelto y nuevamente empezó a estudiarla. De súbito, rió:

—¿Qué pasa? —preguntó Della.

—La clave —respondió el abogado—, es de lo más simple.

—¿Quiere decir que ya puede leer el mensaje? —preguntó la muchacha.

—Examinando el problema desde el ángulo preciso, es ridículamente sencillo —repuso Mason.

—¿Cuál es el ángulo preciso?

—Repáre en que se usan sólo las primeras doce letras del alfabeto —dice el abogado—. Fíjese que todas las palabras contienen una *a* o una *b*; y que siempre estas letras son la penúltima o la antepenúltima de la palabra. Esto, agregado al hecho de que las palabras tienen cinco o seis letras, resuelve en forma definitiva todo el problema. ¡Cómo desearía saber si a estas horas Tragg ha dado ya con la clave!

—No doy con ella —dijo la secretaria.

—Doce letras —dijo Mason—. ¡Dios mío!, Della; el resultado está ya ante sus ojos.

—No lo veo, sin embargo —contestó Della Street riendo—. No

acierto en absoluto.

Mason empujó su silla hacia atrás y dijo:

—Voy a estar fuera quince o veinte minutos, Della. Vuelva a examinar la clave durante mi ausencia.

—Por lo general, soy una mujer tranquila. No se me ocurre matar a nadie, pero si persiste en despertar mi curiosidad en esa forma y luego intenta escaparse sin darme la solución, seré capaz de asaltarle con un arma mortal antes que tome el ascensor.

—No sé lo que dice el mensaje —repuso Mason.

—Había entendido que ya estaba resuelto...

—No. Dije que la solución era simplísima. ¡Por Dios, Della, no puedo indicarle más derroteros! Casi puede decirse que le he dado la solución.

—¿Estará de regreso dentro de veinte minutos?

—Sí.

—¿Y me revelará entonces lo que dice el mensaje?

—Poco después, sí.

—Pero, ¿yo también tendré que encontrar la solución mientras dure su ausencia?

—Debe acertar.

—¿Qué es lo que tienen que ver las doce letras en la solución?

—¿Cuánto es doce? —preguntó Mason.

—¿Quiere decir seis más seis? —preguntó Della con el ceño fruncido.

—No es eso.

—¿No quiere decir que si dos más dos son cuatro seis más seis son doce?

—No, no me refiero a eso.

—¿Será once más uno?

—Haga la prueba con diez más dos —dijo el abogado—, y se hallará en la verdadera pista. Y si ni aun así acierta, en castigo tendrá que pagarme una copa.

Mason sacó su sombrero del guardarropa, hizo una mueca a Della y se encaminó hacia el ascensor.

Capítulo 7

Della Street se hallaba sentada frente a su escritorio, garabateando un papel frenéticamente, cuando regresó Mason con un paquete alargado bajo el brazo.

—¿Dio con la clave? —preguntó el abogado.

—Ajá. Hice la prueba con diez más dos y acerté.

—¿Descifró el mensaje?

—Hay dos soluciones —respondió Della—. O bien las palabras empiezan con *a* y terminan con *j*, o empiezan con *c* y terminan con *l*.

—Empiezan con *c* y terminan con *l* —dijo Mason—. Las letras *a* y *b* permanecen en el mismo lugar que ocupan en la clave.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque en todos los casos las letras *a* y *b* son la penúltima o antepenúltima letras de la palabra.

—Pues bien, partiendo de esa base, he resuelto el problema —dijo Della.

—¿Sale bien?

—Bueno —repuso la muchacha—, si *c* representa uno; *d* representa dos; *e*, tres; *f*, cuatro; *g*, cinco; *h*, seis; *i*, siete; *j*, ocho; *k*, nueve y *l* un cero, *el mensaje se lee como sigue*: 192A19 187A8 20A11 632B13 137A22 579A21 1025B2 94B16 1055B8.

—Creo que por esa base podemos descifrarlo —dijo Mason.

—Pero hay una clave contenida dentro de otra —señaló Della—. Con esto no se resuelve el problema.

—No —dijo Mason mientras desataba el cordel del paquete alargado—, pero creo que esto lo resolverá.

—¿Qué es?

—Son dos libros que, posiblemente, han sido usados como códigos; dos libros que contienen muchos vocablos y en los cuales

las páginas se hallan divididas en columna A y columna B. Son la Biblia y el diccionario.

—Y debido a que Junior mencionó su diccionario, usted cree que...

—Se ha hablado mucho de un diccionario —convino Mason, quitando la envoltura del paquete—. Nadie ha hablado de la Biblia. Junior tiene un diccionario que nunca puede usar porque constantemente su tía Rebeca lo tiene en su poder. Ésta afirma que lo usa para descifrar más fácilmente sus crucigramas; pero tal vez no es así. En todo caso, creo que el diccionario nos interesa para algo.

—¿Cómo sabe usted qué diccionario...?

—Cuando estuve en casa de los Gentry, se hallaba sobre la mesa. Es un diccionario Webster, quinta edición.

—Entonces, ¿los números se refieren a las páginas?

—Eso es. Por ejemplo, la primera palabra del mensaje será la decimonovena palabra, contando desde arriba, de la columna A de la página ciento noventa y dos.

—Y la columna A, ¿es la primera?

—Eso es. La de la izquierda.

—¡Por Dios, jefe! ¡Estoy impaciente! ¡Estoy temblando! Veamos cuál es.

Mason volvió las páginas del diccionario; en seguida contó líneas hacia abajo.

—¿Qué palabra es? —preguntó Della.

—«Costa» —respondió Mason.

—Costa —la secretaria contrajo el ceño—. No parece que fuera ésa.

—Bueno; sigamos con la otra. ¿Cómo es?

—La octava palabra de la columna izquierda de la página ciento ochenta y siete.

Mason volvió algunas hojas del diccionario y luego anunció:

—Es la palabra «despejada». ¿Cuál es la siguiente?

En la voz con que habló Della distinguióse claramente su nerviosismo cuando dijo:

—¡Por Dios, jefe! ¡Uniendo las dos palabras tenemos: «No hay moros en la costa»! Sigamos. La siguiente es la undécima palabra de la columna A de la página veinte.

—Es la palabra «después» —dijo Mason, al cabo de una breve búsqueda—. ¿Cuál sigue?

—La decimotercera de la columna B de la página seiscientos treinta y dos.

Cuando Mason la encontró, emitió un silbido y Della le preguntó impacientemente:

—¿Cuál es?

—«Medianoche» —dijo Mason—. ¿Comprende? «No hay moros en la costa después de medianoche».

—Ya hemos despejado la incógnita. La hemos despejado —dijo ella—. Y el crimen se cometió después de medianoche. Una cosa se relaciona con la otra. Esto aclara todo el misterio.

—No esté tan segura —le previno Mason—. ¿Qué palabra sigue?

—La vigésimo segunda palabra de la columna A de la página ciento treinta y siete.

—«Pero» —anunció Mason al cabo de un momento—. ¿Cuál es la siguiente?

—La vigésimo primera palabra de la columna A de la página quinientas setenta y nueve.

Mason volvió las hojas y dijo:

—«Levante». ¿Cuál sigue?

—La segunda palabra de la columna B de la página mil veinticinco. ¡Dios mío, jefe, apresúrese!

Después de hojear el diccionario, nuevamente el abogado silbó y Della preguntó:

—¿Cuál es?

—«Auricular» —contestó Mason.

Della Street le miró estupefacta y resumió.

—«No hay moros en la costa después de medianoche, pero levante el auricular». ¡Y la policía encontró huellas dactilares en el teléfono!

—Así es. ¿Qué sigue?

—La decimosexta palabra de la columna B de la página noventa y cuatro.

—Es «antes». ¿Y la última?

—La octava palabra de la columna B de la página mil cincuenta y cinco.

—Es «tocar». Ya tenemos descifrado el mensaje, Della. «No hay

moros en la costa después de medianoche, pero levante el auricular antes de tocar».

—¿Antes de tocar qué? —preguntó Della.

—Evidentemente, no se trata del auricular —contestó el abogado, encogiéndose de hombros—. No puede levantarse el auricular sin tocarlo.

—Entonces, ¿qué, jefe?

—¡Maldito si lo sé!

—¿Va a ponerlo inmediatamente en conocimiento de Tragg?

—Me parece que no...; todavía no.

—¿Y se imagina usted que esto puede comprometer a Rebeca?

—No sé —respondió el abogado—. Al fin y al cabo, quien recibió el mensaje fue Arthur Gentry y, al parecer, sólo él. Con algún fin se dejó esa lata allí. Contenía un mensaje. Tanto la persona que colocó la lata en el estante como aquella a quien estaba dirigido el mensaje sabían que la lata lo contenía. Al parecer, nadie más, aparte de Arthur Gentry, pensó en abrir la lata.

—Pero él estaba acostado a la hora en que fue hecho el disparo.

—Exactamente.

En ese momento sonó el timbre del teléfono privado de Mason, que no figuraba en la guía, y cuyo número conocían menos de media docena de personas. Mason cogió el auricular.

—Diga.

—Le daré un informe confidencial —dijo Drake.

—¿Cuál es?

—¿Recuerda que le dije que había huellas dactilares en el auricular?

—Sí.

—Tragg no ha tomado ninguna medida todavía, pero ya sabe a quién pertenecen las huellas.

—¿A quién?

—A Arthur Gentry.

—El viejo —dijo Mason, con aire de triunfo—. En este preciso momento estaba diciendo a Della que...

—No —le interrumpió Drake—. El joven..., ése a quien llaman Junior.

Mason frunció el entrecejo y exclamó:

—¡Al diablo, Paul! Usted se deleita con arrebatarme el punto de

apoyo en el momento preciso en que alardeo ante mi secretaria. ¿Por qué diantres no esperó media hora más para darme esa información?

—Pues bien —dijo Drake alegremente—; es eso lo que pasa con las teorías. Uno forma hipótesis y luego se desmoronan.

—Pero todas las circunstancias indican por completo una sola conclusión lógica —dijo Mason—. Y según ella, esas huellas dactilares no deberían pertenecer al joven Gentry.

—Bueno; pero pertenecen a él. El dato me lo pasó confidencialmente un periodista. Tragg no ha revelado nada. El periodista lo supo por el empleado que confrontó las huellas dactilares en el Gabinete de Identificación, pero tuvo que dar su palabra de honor de que no divulgaría la noticia hasta que la misma no fuera dada a conocer por las personas autorizadas.

—Muy bien —dijo Mason—; téngame al corriente de lo que vaya sucediendo, Paul —colgó, miró a Della Street y movió la cabeza, mientras decía—: Nuestras suposiciones eran falsas.

—¿Las huellas dactilares son de Junior? —preguntó la secretaria.

El abogado hizo un movimiento de cabeza en señal de asentimiento y Della comentó:

—Lo cual quiere decir que el mensaje había sido dirigido a él. Mason introdujo las manos en sus bolsillos y dijo:

—Eso es lo que me pasa por meterme donde no me llaman.

Capítulo 8

El estridente timbre despertó a Perry Mason de su tranquilo sueño. Automáticamente, cogió el teléfono y contestó con voz ronca:

—¡Aló!

Sólo Della Street y Paul Drake tenían el número de ese teléfono que se hallaba al lado de la cama de Mason, teléfono que se utilizaba en casos de suma gravedad.

Paul Drake era quien llamaba. Mason escuchó:

—¡Aló, Perry! Siento interrumpir su sueño; pero despiértese, porque se trata de algo importante.

—Muy bien —contestó Mason—. Hable. ¿De qué se trata?

—Tenga presente —dijo Drake— que los diarios de la tarde informan que usted se halla empeñado en el caso y que ha contratado los servicios de la Agencia de Detectives Drake para efectuar una investigación.

—Sí —dijo Mason, encendiendo una luz.

—Pues bien: ella leyó el diario y me llamó.

—¿Quién?

—Dentro de un minuto se lo diré. Quiero cerciorarme de que está despierto antes de informarle.

—Estoy completamente despierto —dijo Mason impacientemente—. He encendido la luz. ¿Quién le llamó?

—Mistress Sarah Pahlin, el ama de llaves de Hocksley; telefoneó a la oficina diciendo que si podía hablar personalmente con míster Mason haría una confesión completa. Quería saber dónde puede verle. ¿Qué quiere que haga?

—¿Una confesión completa? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Dónde está ella?

—Esperando junto a un aparato telefónico.

—¿Ha comprobado desde qué número ha llamado? —inquirió Mason.

—Sí. Desde un teléfono público. No sabía qué hacer... Pensé llamarle para que usted mismo decidiera. Si no pasamos la información a la Policía y tratamos de mantenerla allí hasta que un automóvil llegue a atraparla, nos arriesgamos a caer en un atolladero; pero, por otra parte...

—Dígale que llame a este número —dijo Mason—. Dígale que puede comunicarse conmigo llamando a este número.

—¿Y no aviso a la Policía?

—Olvídese de la Policía.

—Muy bien —dijo Drake—. Está esperando en la otra línea. No corte, Perry, hasta que me cerciore de que todavía espera.

Mason sostuvo el aparato, oyendo sólo el zumbido del teléfono. Luego, oyó de nuevo la voz de Drake, que decía:

—Arreglado, Perry. Me ha contestado que le llamará dentro de veinte minutos. La mujer cree que he comprobado el número de teléfono desde donde ha efectuado su llamada y que estaba participándoselo a la Policía. Me ha dicho que se trasladará a otro teléfono público y agregó que, en caso de que me haya comunicado con la Policía, nada se ganará con ello, pues solamente hablará del asunto con usted.

—¿Dijo que llamaría dentro de veinte minutos? —preguntó Mason.

—Eso es.

—Muy bien, Paul. ¿Qué está haciendo en la oficina a estas horas de la noche?

—Los delincuentes no nos dan tregua —dijo Drake, cansado—. Nos ha sido encomendada una serie de trabajos. Me encuentro examinando los informes y distribuyendo el trabajo a mi personal. Ya iba a marcharme.

—¿Qué hora es?

—Cerca de la una.

—¿Qué le pareció la voz de esa mujer, Paul?

—No parecía nerviosa. Tiene una voz agradable.

—¿Le dijo que iba a hacer una confesión?

—Eso es. Me imagino que su declaración aclarará todo el

misterio. Es como la Policía se lo imaginó; hubo un solo disparo. Dos personas habían desaparecido. La presunción de la Policía era que Hocksley había dado muerte a su ama de llaves y retirado el cadáver, y que en seguida había huido; o que ella había dado muerte a su amo.

—En ese último caso —dijo Mason—, yo creo que ha habido un cómplice. ¿No le señaló ningún indicio sobre quién era?

—No, en absoluto. Dijo sólo que si se ponía en comunicación personalmente con mister Mason, le haría una confesión completa.

—Sería conveniente que usted permaneciera ahí —dijo Mason—, por si le necesito.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Oh, hasta que yo le avise que puede marcharse a casa.

—Muy bien —dijo Drake—; hay un sofá aquí en la oficina. Me acostaré en él, y el telefonista nocturno me avisará en caso de que usted me telefonee.

—Lamento tener que interrumpir su sueño —dijo Mason excusándose.

—¡Oh, no importa! Estoy acostumbrado.

—Muy bien —dijo Mason—. Le llamaré.

El abogado colgó, se desperezó, bostezó, salió de la cama, cerró las ventanas de la habitación, se vistió y ya fumaba un cigarrillo cuando sonó el timbre de su teléfono.

Mason tomó el aparato y dijo:

—Habla Perry Mason —y una vez dichas tales palabras, el abogado escuchó una voz que decía tranquilamente:

—Habla mistress Pahlin. He decidido confesar.

—Diga, mistress Pahlin.

—No trate de averiguar el número del teléfono desde el cual le estoy hablando.

—No lo haré.

—Nada adelantaría si llegase a hacerlo.

—Le aseguro que no lo haré.

—Quiero hablar con usted. Debo hacerlo.

—Hable. La escucho —dijo Mason.

—Por teléfono, no. Quiero hablarle en algún lugar donde nuestra conversación sea absolutamente confidencial.

—¿Quiere venir a mi casa? —preguntó el abogado.

—No. Usted tendrá que venir a verme.

—¿Dónde está?

—¿Me promete que no avisará a la Policía?

—Sí.

—¿Vendrá solo?

—Sí.

—¿Cuánto tardará?

—El tiempo necesario para llegar al lugar que usted me indique. Esto, en la inteligencia de que no me hará una jugada sucia y de que me presentará una declaración franca.

—Me encontrará en East Hillgrade Avenue, seis cero cuatro. No detenga su coche frente a la casa. No se dirija a la puerta principal. La encontrará cerrada y yo no contestaré a la llamada del timbre. Diríjase al garaje, en la parte trasera de la casa. Espere allí hasta que vea una luz encendida. Cuando vea esa luz encendida, penetre por la puerta trasera, que estará abierta. Venga solo y no intente informar a la Policía.

—Estaré allí dentro de quince o veinte minutos —dijo Mason.

—Muy bien. Recuerde que debe seguir mis indicaciones.

—Está bien, mistress Pahlin; pero, indudablemente, no es posible que salga de noche en persecución suya por el solo hecho de haber recibido una llamada telefónica de una mujer que dice tener que decirme algo confidencial.

—Usted entendió quién le está hablando, ¿no es así?

—El ama de llaves de míster Hocksley.

—Sí. Voy a confesarle la verdad. Quiero confesarme con alguien que me merezca confianza.

—Todo lo que me dice es un tanto vago, mistress Pahlin —dijo Mason, tratando de sonsacarla.

Mistress Pahlin titubeó durante un momento, y luego dijo:

—Yo disparé contra él. Me asistía derecho a hacerlo. Destruí el cadáver de manera que nunca podrá encontrarse. Y en seguida empecé a preguntarme si estaba bien lo que había hecho. Mi acción me hacía aparecer como una criminal. Y yo deseo consultarle sobre si debo o no confesar toda la verdad. La razón estaba de mi parte y justificaba mi acción. Ningún tribunal podrá condenarme nunca..., nunca... Y ahora, ¿quiere venir a verme o tendré que llamar a otro abogado?

—Iré a verla —dijo Mason—. ¿Está usted en esa casa de la East Hillgrade Avenue?

—Allí nos reuniremos..., si juega limpio. De otro modo, nunca me verá. Trate de proceder conforme a mis indicaciones. No entre en la casa inmediatamente, después de su llegada..., y no lo olvide, entre por la puerta trasera. Tengo que hacerlo de esa forma para asegurarme de que está jugando limpio. Probablemente pensará que soy una persona que pone muchos obstáculos, pero comprenderá todo cuando esté al corriente de las circunstancias del caso.

—Muy bien. Salgo ahora mismo —y tras decir esto colgó el auricular.

Miró su reloj. En seguida escribió la dirección 604 East Hillgrade Avenue en una hoja de papel; dobló ésta, la puso en un sobre, dirigió éste al teniente Tragg, lo cerró y lo colocó en una mesilla, al lado de la cama; después, llamó a la Agencia de Detectives Drake. Cuando Paul Drake acudió al teléfono, Mason dijo:

—Paul, en este momento salgo. No huele muy bien la cosa. Es posible que nos hallemos frente a una mujer paranoica homicida. En caso de que yo no le haya llamado antes de una hora, diríjase al seiscientos cuatro East Hillgrade Avenue... e introdúzcase allí aunque tenga que atropellar a los mil diablos. Asegúrese también de tener a mano su revólver cuando entre en la casa y, tal vez, sería conveniente que le acompañaran un par de hombres duros.

—Perry, ¿por qué no me permite que le acompañe ahora mismo? Llevaré a dos sujetos de agallas.

—Creo que no conviene. La mujer me ha dado algunas instrucciones concretas. Es evidente que me esperará en un sitio desde el cual comprobará si estoy siguiendo sus instrucciones. No me asombraría que estuviera plantada al otro lado de la calle para comprobar lo que hago.

—Muy bien, Perry. Exactamente dentro de una hora haré saltar la puerta de la calle en la dirección que me ha comunicado, caso de que no me haya llamado antes.

Mason colgó el auricular, se puso un abrigo ligero, se echó el sombrero sobre los ojos y salió de su departamento. Cuando se dirigía al garaje a buscar su coche evitó mirar a su alrededor, como si temiera que alguien pudiera estar espiándole. Se sentó tras el volante de su coche, calentó el motor, saludó al guarda nocturno

del garaje y se sumergió en la oscura y solitaria calle.

Siguiendo las instrucciones al pie de la letra, aparcó su automóvil a la altura del 500 de la East Hillgrade Avenue y, subiendo la empinada pendiente, se dirigió hacia la intersección.

El número 604 correspondía a la primera casa de la derecha, después de haber cruzado la calle. Era un típico chalet californiano, claro, fresco, muy bien arreglado, y en nada se diferenciaba de miles de chalets californianos. La casa aparecía oscura y solitaria. Sin embargo, se hallaba preparado para tal cosa. Si mistress Pahlín había decidido seguirle, a fin de asegurarse de que no le acompañaba la Policía, tendría que tardar algunos minutos entre el momento de convencerse de que podía entrar en la casa y el instante en que encendería las luces. Era muy posible que deliberadamente siguiera esperándole. El hecho de que le hubiese dado instrucciones en el sentido de esperar hasta que viera luz y en seguida penetrar por la puerta trasera, le convenció de que la mujer entraría por la puerta principal, se quitaría el sombrero y el abrigo y después simularía haber estado todo el tiempo en la casa.

Mason, caminando por la oscura calle, se dirigió hacia la puerta trasera. La luna, en cuarto menguante, irradiaba una tenue luz amarillenta que permitió al abogado orientarse y penetrar en el sendero que conducía al garaje. Bajo la sombra de un pimentero de desarrollado follaje el abogado encontró un cajón vacío, que utilizó como banco, y se sentó a esperar.

Atisbo para ver si aparecía alguna luz en la casa. Las agujas del reloj luminoso de Mason avanzaron durante un buen número de minutos sin que nada sucediera... Quince..., veinte minutos.

Mason se movió, impaciente. Pronto tendría que comunicarse con Paul Drake, pues de otra manera sobrevendrían complicaciones. Se levantó del cajón y anduvo lentamente hacia la casa. Una idea vaga e intranquilizadora rondaba en su cerebro. En caso de que se tratara de un engaño preparado de antemano, algún lazo que se le quisiera tender para localizarle en un lugar determinado, ¿podía haber algo que le colocara en una situación más comprometedora que el hecho de que se le pillara rondando la parte trasera de una casa a las dos de la mañana? Al fin y al cabo, había sido muy crédulo, demasiado crédulo en realidad. Tal vez su credulidad se había debido a un no sé qué que había percibido en la voz de

aquella mujer, y también a que acababa de despertarse, después de haber estado sumido en un profundo sueño. Las palabras de la mujer, moduladas reposadamente, habían impresionado a Mason por el tono de sinceridad que se advertía en ellas.

Nuevamente miró su reloj, y de mala gana pensó que tendría que telefonar a Paul Drake e interrumpir su sueño. Evidentemente, la mujer previo la situación y decidió hacerle esperar hasta...

Una luz se encendió en aquel momento en la casa.

La luz bañaba una faja de césped y el decorativo cerco de zarzas. Al mismo tiempo, por la mente de Mason cruzó la idea de que todo aquello podía ser una trampa que se le tendía inteligentemente. Tras una llamada telefónica..., Mason se trasladaba al patio posterior de una casa extraña. Quienes podían estar tendiéndole un lazo llamarían por teléfono al dueño de la casa. Cuando éste encendiera la luz para acercarse al aparato, Mason entraría por la puerta trasera. Quien disparara contra él sería absuelto por la justicia, puesto que se introducía allí como un ladrón.

Existía una gran coincidencia entre concertar una cita por teléfono con una persona que le había hablado con voz tranquila y reposada y su extraña espera en el patio posterior a aquella hora desapacible de la noche.

Mason decidió que la puerta trasera resolvería el problema. Si estaba sin llave, entraría sin pensar en lo que podía suceder. De otro modo, regresaría a casa y no diría nada.

Lentamente, avanzó por el sendero y se detuvo un momento, mientras buscaba con vacilación las gradas de la escalera. Luego se orientó, abrió la reja, retrocedió al oír el chirrido de las bisagras, recorrió un piso cubierto de linóleo y, a tientas, buscó el picaporte de la puerta.

Ésta se abrió al instante. Mason distinguió el ligero centelleo de una luz que desde una habitación alumbraba una galería. Avanzó prudentemente, y de repente apagóse la luz, dejando todo el interior de la casa sumido en la oscuridad. Mason no pudo orientarse para encontrar la habitación en la que habían encendido y en seguida apagado la luz. Detenido en medio de una oscuridad que súbitamente se había convertido en un desconcertante obstáculo para seguir avanzando, percibió esos característicos olores domésticos que, invariablemente, relacionamos con el arte

culinario. Mason esperó algún nuevo acontecimiento que le indicara lo que debía hacer.

Lo que el abogado esperaba se produjo repentinamente. Sus oídos percibieron una respiración contenida y luego el ruido de unos pasos ligeros que se deslizaban vacilantes por una galería. Los pasos se encaminaban hacia él. En la cocina podría haber una puerta de resorte...

Oyó que corrían cuidadosamente el cerrojo de una puerta y que ésta era abierta. Durante un fugaz instante tuvo el presentimiento de que alguien estaba detenido en el umbral de una puerta de resorte escuchando. Luego, una hoja se movió y Mason se dio cuenta de que una persona se encaminaba hacia donde él se hallaba, en busca de él o de la puerta trasera.

Cautelosamente, retrocedió un paso, buscando a tientas con su mano izquierda el interruptor de la luz, que suponía se encontraba en la pared, cerca de la puerta trasera. La persona que se hallaba en la habitación caminaba a ciegas. Mason advirtió que tal persona tropezó con una mesa, y aprovechándose del ruido producido, el abogado se volvió hacia la puerta trasera para tratar de hallar el interruptor que buscaba, pero tropezó con una silla. Oyó la respiración jadeante de una persona asustada y luego la voz de una mujer que decía rápidamente:

—¿Quién vive? ¿Quién es? Si no contesta, dispararé.

—He venido cumpliendo mi promesa —dijo Mason.

Comprendió entonces que la mujer ya no se dirigía hacia él, sino que retrocedía, oculta por la oscuridad, moviéndose calladamente, tratando de no hacer ruido alguno, a pesar de lo cual se alcanzaba a percibir claramente que caminaba a tientas. Deslizando sus dedos por la pared, encontró el interruptor de la luz y lo apretó.

Aquel interruptor pertenecía a una luz que iluminaba el porche, pero la misma, introduciéndose por la puerta abierta, alumbraba lo suficiente como para que pudieran verse mutuamente.

La mujer era, evidentemente, joven. Su cuerpo tenía la flexibilidad propia de la juventud. Era imposible para Mason alcanzar a ver la expresión de su rostro, pero podía ver el brazo, que tenía extendido hacia adelante, y un ominoso brillo metálico en la mano dirigido hacia él.

—No sea tonta —díjole Mason—, baje el revólver.

—¿Quién es usted y qué necesita? —preguntó la mujer, cuya mano vaciló.

—Estoy aquí porque me han citado.

—¿Quién?

—Una mujer. ¿Es usted?

—No, por cierto. Hágase a un lado y déjeme salir.

—¿No vive usted aquí?

—No —contestó la mujer, después de titubear un momento.

—Pase —dijo Mason, haciéndose a un lado.

Ella, prudentemente, caminó hacia donde se hallaba el abogado. La luz que se filtraba por la puerta alumbraba su rostro, y Mason distinguió que tenía ojos pardos, nariz atrevida, más bien corta y el cabello rubio claro, al cual su pequeño sombrero, inclinado graciosamente a un lado, permitía caer en ondas sobre sus hombros. Era más bien alta, y su corta falda dejaba al descubierto las piernas, que se extendían en una graciosa curva desde las rodillas hasta el tobillo.

—Hágase a un lado —advirtió, mientras avanzaba hacia Mason apuntándole con el revólver.

—¿Y a qué viene el uso del arma? —preguntó Perry, tratando de entablar conversación.

Ella no se dignó contestar a la pregunta del abogado y siguió avanzando lentamente, como precaviéndose de él.

—Cuidado con ponerse nerviosa y oprimir el gatillo de ese revólver —dijo Mason, receloso.

—Sé bien lo que hago.

—Entonces, cuidado con esa silla frente a usted. Si tropieza con ella, el revólver se dispararía y...

La mujer volvió lentamente la cabeza hacia la dirección indicada y surgieron los grandes brazos de Mason. Éste, con su mano izquierda, sujetó la muñeca derecha de la joven, cuyos músculos sintió contraerse tensos. Mason anuló con sus dedos la fuerza de la muñeca de ella. Cuando Perry sintió que se aflojaban los dedos de la mujer, le quitó el revólver y lo deslizó en el bolsillo del costado de su chaqueta.

La comprobación de que se hallaba desarmada comunicó a la mujer la fuerza que proporciona el pánico. Forcejeó, tratando de soltar su mano.

Mientras Mason la sujetaba, ella levantó la pierna derecha y le dio un feroz puntapié en la boca del estómago.

Mason se bamboleó y tiró de la muñeca de la mujer mientras él se tambaleaba. Durante el forcejeo la alejó y la aproximó, sucesivamente. Luego, cuando ella bajó la pierna para evitar la inminente caída, Mason rodeó su talle con la mano izquierda, y con la derecha la abrazó y oprimió sus brazos contra los costados. Finalmente, díjole:

—Ahora, seamos razonables.

Perry sentía la resistencia de la mujer.

—¡Nada de puntapiés ahora! —le advirtió, soltándole la muñeca.

—¿Quién es usted? —preguntó ella.

—Me llamo Mason. Soy abogado. ¿No fue usted quien me llamó por teléfono?

—¿Usted es..., usted es Perry Mason?

—Sí.

La mujer apoyó sus manos en los brazos de él con cierta desesperación. Perry podía percibir en las yemas de sus dedos la vibración de sus nervios torturados.

—¿Por qué no me lo dijo antes? —Preguntó ella.

—¿Es usted quien me telefoneó? —Preguntó Mason.

—No.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Vine..., vine a esta casa... a ver a una persona.

—¿A quién?

—No tiene importancia. Ahora me parece que han querido tenderme un lazo. Quiero salir a la calle. ¿No podemos salir de aquí?

—Iba a encontrarme con una mujer —dijo Mason—. ¿Puedo saber quién es usted?

—Soy Opal Sunley..., la que llamó a la Policía ayer por la mañana.

—¿Con quién iba a encontrarse aquí?

—Con mistress Pahlin.

—Yo también —dijo Mason—. ¿Le parece bien que esperemos juntos? Posiblemente, ella quiere vernos a los dos a la vez. Me dijo que iba a hacer una confesión.

—No la hará ahora —dijo la muchacha.

—¿Por qué no?

Perry sintió que la muchacha temblaba. Ella sufría por algo más que un simple nerviosismo. Se advertía en la joven el temblor de la persona víctima de un miedo que amenaza convertirse en pánico.

—Continúe —dijo Mason—. ¿Dónde está mistress Pahlin?

—Está..., está en la alcoba. Está muerta —respondió Opal Sunley, extenuada.

—¡Vamos a verla! —dijo el abogado.

—¡No, no! ¡Vaya usted solo!

—No me separaré de usted ahora. Debe venir conmigo.

—¡No puedo! ¡No puedo mirarla! ¡No puedo volver allí!

—¡Vamos! —ordenó Mason—. Sígame. Algo tenemos que hacer, y cuanto antes lo hagamos, tanto más fácil será.

Perry acompañó sus palabras con una suave precisión, y condujo a la joven hacia la puerta, al otro extremo de la cocina. El abogado abrió la puerta y encendió una cerilla. La vacilante llama le permitió divisar un interruptor, y lo oprimió. La habitación se iluminó con una luz que parecía deslumbradora. Los muebles eran de esa variedad indefinida que despoja a una habitación de todo vestigio de personalidad. Perry dedujo que esa casa, tan mal adornada, se alquilaba amueblada.

—¿Dónde está mistress Pahlin? —preguntó Mason.

—Allí..., en la galería.

El comedor tenía dos puertas. Una de ellas daba a una galería y la otra comunicaba con una sala de recibo. La galería se extendía a lo largo de la casa, ensanchándose y convirtiéndose en una sala de recibir hacia el lado de la puerta de entrada. Perry encendió una luz del zaguán. A la derecha había dos puertas que, al parecer, pertenecían a alcobas separadas por un cuarto de baño. Mason se deslizó con cautela por ese zaguán.

—¿Qué alcoba es? —preguntó.

—La del frente.

El abogado abrió, conduciendo suavemente a la muchacha. Abrió la puerta, oprimió un interruptor y se detuvo, inspeccionando su interior. Opal Sunley dio un pequeño salto, retrocedió y dijo:

—¡No puedo! ¡No podré verla! ¡No me obligue!

—Muy bien —dijo Perry—. No se asuste.

La mujer que yacía tendida en el suelo, frente al tocador, había

rodado evidentemente de la banqueta colocada frente al espejo. Se hallaba vestida con traje de calle, y su sombrero, como consecuencia de la caída, se había deslizado a un lado de su rostro. Estaba tendida sobre el costado izquierdo, con el brazo estirado, y la mano aferraba la alfombra. Los dedos eran cortos y regordetes; las uñas, muy cortas, no estaban barnizadas. El brazo derecho estaba flexionado sobre su cuerpo. Los dedos de la mano derecha apretaban todavía la empuñadura de un impresionante revólver de cañón corto. Era evidente que había recibido un balazo a muy escasa distancia del pecho izquierdo.

Mason atravesó la habitación, se inclinó y puso su dedo índice sobre la muñeca izquierda de la mujer.

La joven, de pie en el umbral de la puerta, miraba fijamente, como si la atormentase su indecisión de escoger entre el deseo de salir de la casa corriendo y gritando y un impulso por ver cada movimiento que hacía el abogado en torno a mistress Pahlín.

Terminado su examen, Perry dijo:

—Muy bien; tendremos que avisar a la Policía.

—¡No, no, no! —exclamó la muchacha—. ¡No lo haga! ¡No puede hacerlo!

—¿Por qué no?

—La Policía no comprendería...

—¿No comprendería qué?

—La razón por la cual yo me encontraba aquí.

—¿Por qué se encontraba aquí?

—Mistress Pahlín me telefoneó diciéndome que viniera.

—También me telefoneó a mí diciéndome que viniera —dijo Mason.

—Ella... dijo que quería confesar una cosa.

—¿Cuándo le telefoneó a usted? —preguntó el abogado.

—Hace una hora, poco más o menos. Tal vez menos.

—¿Qué le dijo?

—Que entrara en la casa por la puerta principal, que encendiera las luces y que la esperara en caso de que ella no hubiese llegado.

—¿Le dijo dónde estaba o qué hacía entonces?

—Vigilaba a alguien. No comprendo qué perseguía. No habló conmigo.

—¿No?

—No... salgamos de aquí. No puedo conversar aquí. No puedo...

—Espere un minuto —dijo Mason—. ¿Conoce a esta persona?

—Sí, sí, por supuesto.

—¿Quién es?

—Mistress Pahlín, el ama de llaves de Hocksley.

—¿Vivía aquí?

—No. Vivía en casa de míster Hocksley. No sé cómo ha llegado a encontrarse aquí.

—¿La había visto hoy?

—No van a interrogarme sobre ese punto.

—Eso es lo que usted cree —dijo Mason—. Será interrogada sobre el asunto hasta que sus tímpanos lleguen a insensibilizarse. ¿Quién la llamó por teléfono?

—No sé. Era una mujer de voz agradable, que me dijo que Sarah le había dado un recado para mí, y que yo debía estacionar mi coche a media manzana de la casa, conforme se sube la calle. Debía andar a pie media manzana y entrar en seguida. En caso de que Sarah no se hallara en la casa, que encendiera las luces y esperara como si estuviera en la mía propia. Dijo que mistress Pahlín llegaría lo más tarde unos pocos minutos después que yo. Agregó que Sarah vigilaba a una persona que parecía estaba tratando de traicionarla, y que por ese motivo no podía hablar ella misma conmigo.

—¿No pensó usted que podía tratarse de una trampa que se le tendía?

—En ese momento, no.

—¿La persona que le habló le dijo algo acerca de que no telefonara a la Policía?

—Sí.

—Y así y todo, ¿no pensó usted que podía ser una trampa en la cual querían cogerla? En otras palabras: ¿no sintió cierto recelo de venir a un barrio residencial y entrar en una casa extraña a las dos de la madrugada, encender las luces y permanecer en ella como si estuviera en la suya aunque no había ninguna persona conocida?

—Ya le he dicho que en ese momento no. Después, sí.

—¿Cuándo empezó a sentir recelo?

—Cuando llegué a la casa y empecé a pensar en las instrucciones que debía seguir. Esa mujer me dijo que la puerta principal estaría sin llave. Resolví aproximarme para ver si estaba abierta. En caso

afirmativo, entraría; en otro caso ni siquiera trataría de tocar el timbre, sino que me marcharía.

—¿De modo que la puerta principal estaba abierta?

—Sí. Entré. Parecía que no había nadie en la casa. Pensé ir al cuarto de baño...

—¿Qué quería confesar mistress Pahlin?

—La persona que me llamó no lo dijo. Sólo manifestó que Sarah le había pedido que me comunicara que quería hacer una confesión, y me solicitaba que la perdonara.

—¿Le pedía que usted la perdonara?

—Sí.

—¿Y no sabe quién era esa persona?

—No. Dijo que simplemente cumplía con el encargo de Sarah, que ésta se hallaba ocupada y...

—Sí. Usted no dio importancia a todo eso; pero, ¿no tiene idea de quién puede ser esa persona?

—No. No sé por qué supuse que era una criada de algún hotel donde Sarah estaría hospedada, algún hotel donde mistress Pahlin pudiera colocarse cerca de la puerta y estar al acecho. Esa persona agregó que Sarah se hallaba asomada a la ventana vigilando a un hombre a quien había telefoneado y del cual desconfiaba, pues pensaba que podía traicionarla.

—¿Vino usted desde su casa hasta aquí en su propio coche?

—Sí. Mejor dicho, no es mío. Es un coche que me prestan cuando lo necesito.

—¿Y lo estacionó media manzana más allá de la casa, en dirección de la colina?

—Sí.

—¿Esa persona le dijo claramente que lo estacionara allí precisamente, en dirección de la colina?

—Así fue.

—El disparo hecho contra mistress Pahlin la mató instantáneamente. No tiene ni el más leve vestigio de pulsación. Por la situación de la herida y la dirección de la bala, puede decirse que la muerte fue instantánea. Ahora bien: ¿por qué iba a suicidarse?

—No lo sé.

—¿Y cuál es la razón que le asiste para no prestar declaración a la Policía sobre el papel que le ha tocado desempeñar en todo esto?

—Porque..., porque estoy asustada; porque estoy envuelta en un embrollo terrible, míster Mason. Sarah era la única que podía responder por mí... en caso de que la Policía descubriera ciertas cosas.

—¿Y usted quiere que yo oculte todo esto —dijo Perry, abarcando con un ademán la habitación y el cadáver— solamente para que la Policía no la interrogue?

—Usted no se perjudicará en absoluto haciéndome ese favor —repuso la muchacha—. Nada puede hacerse por remediar el mal cometido.

El abogado la estudió detenidamente. De repente, le preguntó:

—¿Sabe usted si mistress Pahlín trabajó mucho tiempo como ama de llaves, o tal vez si tiempos atrás poseyó bienes y más tarde sufrió reveses de fortuna por los cuales se vio obligada a trabajar como ama de llaves?

—No. Hacía muchos años que trabajaba como ama de llaves. Recuerdo haberlo leído en la tarjeta de la agencia, cuando míster Hocksley contrató sus servicios.

Mason caminó a lo largo de la galería, dirigiéndose al comedor. Introdujo las manos en los bolsillos y avanzó con la cabeza inclinada. La muchacha le siguió, recelosa, en actitud suplicante.

—¿Sabe usted lo que está pidiendo?

Opal Sunley no contestó; sus labios inmóviles nada dijeron, pero sus ojos suplicaban elocuentemente.

—Usted me está pidiendo que haga la vista gorda —dijo Mason — para hacerme caer en una trampa, y me lo pide con tanta ingenuidad como me preguntaría si le compraré un helado o si quiero firmarle su álbum de autógrafos.

La muchacha siguió mirándole con los ojos suplicantes.

—Si al salir de esta casa no llamara a la Policía, me metería en un atolladero sin nombre —dijo Mason—. La he dejado que me domine por completo. ¿Quiere decirme hasta dónde se encuentra usted comprometida en este caso?

Opal Sunley movió la cabeza.

—Vamos, niña, hable.

—No tengo nada que ver con todo esto.

—Eso es lo que usted cree —dijo el abogado—. Usted llamó a la Policía ayer por la mañana, ¿no es así?

—¿Tenemos que hablar aquí?

—Sí.

—El solo hecho de estar aquí es peligroso.

—Lo peligroso es marcharse.

—Fui a trabajar ayer. No había nadie en la casa. Por lo general, mistress Pahlin estaba allí, y casi invariablemente míster Hocksley me dejaba discos para que yo los transcribiera a máquina.

—¿Discos? —preguntó Mason.

—Los discos que se graban cuando se dicta en un dictáfono.

—¡Ah!

—Ayer por la mañana no había ninguno. Mistress Pahlin no estaba allí.

—¿Y Hocksley?

—En muy raras ocasiones le veía. Acostumbraba dormir la mayor parte del día. Trabaja durante la noche.

—Pero, ¿usted le conoce?

—¡Ah, sí!

—Continúe.

—No me explicaba cómo mi jefe no me había dejado ningún trabajo ni tampoco recado alguno. Entonces empecé a rondar, y vi que se hallaba abierta la puerta del escritorio de míster Hocksley. Luego encontré manchas de sangre. Entré, y vi un gran charco de sangre frente a la caja de seguridad; en seguida me dirigí al garaje donde guardábamos el coche.

—¿Es decir, a la casa vecina?

—Sí. La familia Gentry arrienda un garaje a míster Hocksley.

—¿Y estaba allí el automóvil?

—Sí; pero había manchas de sangre en el asiento trasero. Verdaderamente, míster Mason, eso es todo lo que yo sé. En vista de lo anterior, llamé a la Policía.

—¿Y por qué no llamarla ahora?

—Porque no puedo explicar mi presencia aquí. Hay una serie de cosas que no puedo explicar.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Muchas cosas... complicaciones que se derivarían del crimen ocurrido aquí. Compréndalo usted. Pensarían que mistress Pahlin y yo estábamos en combinación para eliminar a Hocksley.

—¿Y cuál sería el motivo que ustedes tendrían para desear

eliminarlo?

—No sé; pero estoy segura de que se imaginarían eso. Parecería que hubiese existido cierto «complot» entre mistress Pahlín y yo, como si ella se hubiese comunicado conmigo hoy, a alguna hora determinada, y yo no hubiese informado a la Policía a este respecto.

—Se comunicó con usted, ¿verdad?

—En cierto sentido, sí.

—¿Y usted no avisó a la Policía?

—Me advirtió que no lo hiciera.

Mason miró su reloj, vaciló un momento, y luego dijo:

—Si yo hago esto por usted, ¿qué hará usted por mí?

—¿Qué quiere? —preguntó Opal, mirándole a los ojos, sin acobardarse.

—No quiero que corra detrás de mí si la cosa se pone difícil —dijo Perry.

—Muy bien.

—¿Comprendido?

—Sí... sólo que... sólo que, por favor, no me engañe.

—¿Qué quiere decir?

—No me diga que me dará una oportunidad, para llamar a la Policía tan pronto nos separemos.

—En cuanto a eso —dijo el abogado—, iré más lejos que usted. Conozco un restaurante que está abierto todavía a esta hora. La invitaré a un trago y a un bocadillo para que vea que ni siquiera me aproximo a un teléfono.

—¡No sabe usted lo que esto significa para mí! —dijo Opal sujetándose el brazo—. ¡Sig... significa todo!

—Muy bien —dijo Perry—; vamos.

—¿No deberíamos... apagar las luces?

—No —contestó Mason—. Deje todo tal como está.

—Pero fui yo quien encendió las luces.

—No importa; déjelas así.

—¿Y las puertas con llave?

—No. Déjelas tal como están.

—¿Por qué?

—Suponga que algo sucede, que a una manzana de aquí nos alcance un automóvil que hubiese estado acechando, que alguien nos ve salir. Les contaremos nuestra historia, pero la Policía

encontraría las puertas cerradas...

—Comprendo. Mire; tenemos dos coches. No podemos...

—Subirá al mío —dijo Perry—. La conduciré hasta el de usted; subirá a él, lo hará volver y me seguirá cuatro o cinco manzanas, detendrá su coche, bajará del mismo y entraremos en un club nocturno. La acompañaré, de regreso, hasta donde haya aparcado su coche, y, de tal manera, usted sabrá positivamente que no he telefoneado a nadie.

—Pensándolo bien —dijo Opal—, usted me parece maravilloso. No me imagino por qué hace esto por mí.

—Ni yo tampoco —dijo Perry.

Capítulo 9

Paul Drake, con su rostro pálido a causa del cansancio y la zozobra, miró a Perry Mason, sentado en su escritorio, y le dijo:

—Otra vez que me haga una mala jugada le retorceré el gaznate.

—¡Cómo, Paul! ¿Qué le pasa? —dijo el abogado, levantando los ojos.

—Sabe muy bien lo que pasa —contestó Drake.

—¿Se refiere al exceso de trabajo que le di, teniéndole en pie toda la noche? —preguntó Mason—. ¡Psch! Piense en mí. Me sacan de la cama a la una de la madrugada para salir a la caza de un ganso silvestre.

—¿Y usted cree que supongo que no ha averiguado nada acerca del ganso silvestre? —preguntó Drake.

—Confíese, Paul —dijo Perry—. ¿Qué idea se le ha ocurrido?

—¡Oh, no, usted no sabe de qué se trata! —dijo Drake sarcásticamente—. No tiene la menor idea. Durante mucho tiempo no podrá colocarme en otra situación peliaguda.

—¿De qué me está hablando, Paul?

—¿Por qué no me telefoneó?

—¿Cuándo?

—¡Cuando! Cuando dijo que iba a llamarme.

—¿Cómo! Dije...

—¿Olvidó que yo debía salir a salvar su pellejo a Hillgrade Avenue, si no llamaba en el término de una hora?

—Tuve un inconveniente, Paul —dijo Mason—. Estuve hablando con un testigo. No pude escaparme para hablar por teléfono, porque me exponía a echar a perder todo. Y, al fin y al cabo, a usted no le significó otra cosa que un paseo a Hillgrade Avenue. Fue sólo cuestión de veinte minutos, y era mejor que usted saliera en persecución de un ganso silvestre que echar a perder el trabajo que

tenía entre manos.

—¡Ah, sí!, cazar un ganso silvestre —dijo Drake—. ¿Sabe que está bueno?

—Pues bien —dijo Mason—: eso fue lo que a mí me pareció. Allí estaba la casa, triste y reposada, con una o dos luces encendidas, pero sin que nadie acudiera a la llamada del timbre.

—¿Y con todas las puertas sin llave, esperando que usted entrara? —preguntó Drake.

—Eso no reza conmigo —repuso Perry, haciendo una señal negativa con la cabeza.

—¿Por qué no?

—¡No sea niño! Una persona, X, le llama a la una de la madrugada, le indica que vaya a cierta dirección y que entre en una casa que usted nunca ha visto antes. Comete el disparate de entrar. Sale una persona armada con una escopeta de dos cañones, y dice: «Conque bandidos, ¿eh?», y le dispara ambas cargas exactamente en la mitad del estómago. No, gracias. Eso no reza conmigo. Contestan a mi llamada o yo no abro puerta alguna.

—¿Quiere decir que no entró en la casa?

—Quiero decir que si algún extraño me indica que entre sin preámbulo en una casa cuya dirección me ha dado, no me introduciré si no acuden a recibirme. Pero, ¿de qué se está quejando? Anduvo en persecución de un ganso silvestre, y se acabó. Debe de haber vuelto a los veinte o treinta minutos. Usted averiguó que yo no estaba allí. Usted sabía que, si no me habían secuestrado, me encontraba estudiando algún nuevo aspecto del caso.

—¡Ah, sí! Mi sacrificio no vale nada; sólo unos pocos minutos para trasladarme allí y regresar.

—Bueno, ¿de qué se está quejando? —preguntó Mason, dejando traslucir un tono de impaciencia en su voz.

—No creo que usted haya entrado —dijo Drake—. No creo que usted haya encontrado el cadáver y no haya querido cargar con la responsabilidad de telefonar a la Policía y tratar de explicarles a qué se debía que se encontrara usted allí. No creo que usted haya llegado a la conclusión de que ya había descubierto bastantes cadáveres en su vida, y que sería una magnífica idea dejar que éste lo descubriera Paul Drake. Usted sabía muy bien que iría acompañado de dos fornidos detectives, pertenecientes al personal

de mi Agencia, quienes irrumpirían en la casa. Usted sabía muy bien que yo encontraría el cadáver, y que cuando lo encontrara tendría que telefonar a la Policía.

—¿De qué cadáver está hablando? —preguntó Mason.

—Ah, no creo que usted se haya enterado de que había un cadáver dentro de la casa.

—¿Qué cadáver? ¿De quién?

—Según las apariencias —dijo Drake—, es el cadáver de mistress Sarah Pahlín, el ama de llaves de Hocksley. Puede haberse suicidado, y puede que hayan disparado sobre ella.

—¿Es decir que mistress Pahlín se hallaba, verdaderamente, en esa casa? —preguntó Mason, impaciente.

—Por supuesto; estaba en esa casa, en una alcoba, frente a su tocador. Cuando la bala la hirió, rodó al suelo.

El rostro de Mason apareció estupefacto cuando preguntó:

—Paul, ¿no me está engañando? Entonces, ¿ella estaba allí?

—Pues sí, sí...

—¿Y es el cadáver de ella? Quiero decir, ¿ha sido identificado el cadáver?

Drake asintió con un movimiento de cabeza.

—Entonces, Paul, debió morir después de telefonarme, y, ¡Dios mío!, dijo que quería confesar. Me telefonaría y en seguida empezaría a prepararse para encontrarse conmigo. El pensamiento de lo que había hecho empezó a agobiarla y decidió suicidarse. ¿Hay algún indicio que señale que no se suicidó?

—El recorrido de la bala y la posición del cadáver —respondió Drake.

—Cuénteme lo ocurrido, Paul.

—Esperé a que usted telefonara. Al principio no pensé mucho en su llamada. Simplemente un acto rutinario... Cuando ya habían transcurrido cuarenta y cinco minutos, y como no me había telefonado, empecé a preocuparme. Al fin y al cabo, muy bien podía tratarse de que le hubiesen tendido una trampa. Usted trabaja en un caso al margen de la Ley. Aventura a la Policía en dos o tres grados. En general, se encuentra muy cerca del asesino. Un hombre, al cual se le está tendiendo un cerco, puede voltearlo, y de esa manera evitarse el viaje de ida a la cámara de gas de San Quintín. La una de la madrugada es una hora de mil diablos para llamar a un

abogado y sacarle de la cama. Cuanto más meditaba el asunto, menos me agradaba. Escogí un par de fornidos ayudantes y me senté aquí con la vista fija en el reloj. No sé explicarme por qué, tenía el presentimiento de que no iba a llamar. Quería partir pronto. Sentía que los segundos tenían un valor de plazo, por lo que decidí esperar hasta el término de ese tiempo. Y créame, compañero, cuando el segundero de ese reloj eléctrico marcó el final del sexagésimo minuto, me puse en marcha. Y tal vez usted no lo crea, pero la verdad es que brotaban llamas de la carretera durante nuestro viaje a Hillgrade.

—Buen muchacho —dijo Mason—. Ya sabía que podía contar con usted. ¿Y qué sucedió después?

—Ni siquiera me molesté perdiendo tiempo en examinar el lugar. Llegamos a East Hillgrade seis cero cuatro, y vimos luces adentro. Detuve el coche frente a la casa; nos apeamos, y los tres subimos las gradas del porche de entrada y empezamos a tocar el timbre. Desde fuera oía cómo sonaba, pero nadie respondió, por lo que giré el picaporte de la puerta y ésta se abrió, pues estaba sin llave. Entramos, y ya sabe lo que encontré.

—¿Qué encontré, Paul? —preguntó, moviendo la cabeza.

—Nos encontramos —respondió Drake— con una galería que comunicaba con un salón; detrás de éste se hallaba el comedor, y en seguida la cocina. Al otro lado había una puerta por donde se salía a un zaguán. En éste había una luz encendida, y vimos la puerta de la alcoba que estaba abierta. Yo salí al zaguán y los muchachos se ocuparon del salón y del comedor. Llevaba mi revólver al alcance de la mano. Muy bien; me dirijo hacia la puerta de la segunda alcoba. Está abierta, echo un vistazo a su interior y veo la cabeza de una mujer de cabello negro tendida en el suelo. Veo un brazo izquierdo extendido y una mano derecha que empuñaba un revólver. Doy un grito a mis muchachos; luego me aproximo a la mujer y me cercioro de que está muerta. En seguida registramos la casa para buscarle a usted. Por entonces, ya empuño el revólver en mi diestra y me hallo sumamente tranquilo. No encontramos ni rastro de usted; busco un teléfono y llamo a la Policía, solicitándole que apresuradamente me envíe algunos detectives, y también con la mayor urgencia, que avisen a la Brigada de Homicidios.

—¿Mencionó, usted mi nombre?

—No. No creí que fuera conveniente. Sabía que examinarían las cosas muy a fondo. En ese momento yo creía que se trataba de un suicidio.

—¿No lo cree ahora?

—Que me lleve el diablo si sé lo que creo ahora. Estoy empezando a inclinarme en favor de la teoría de que se trata de un asesinato.

—¿Qué dijo la Policía?

—Quería saber el motivo por el cual yo me encontraba en aquella casa a esa hora de la madrugada y cómo había llegado a encontrar el cadáver.

—¿Qué explicaciones les dio?

—Sólo transcurrieron cuatro o cinco minutos entre la hora en que telefoneé al Departamento Central de Policía y la llegada de los detectives —contestó Drake, excusándose—. No tuve tiempo para pensar una historia absolutamente acorazada. Habría podido resultar mejor si hubiese tenido un poco más de tiempo. Yo...

—Pero, ¿cuál fue? —preguntó Perry.

—No estaba completamente seguro de la identidad de la persona que yacía muerta. A primera vista, parecía que se trataba lisa y llanamente de un suicidio, motivo por el cual expliqué a los polizontes que me había telefoneado una mujer, diciéndome que quería hacerme una confesión antes que fuera demasiado tarde; que si me trasladaba rápidamente en mi coche a la dirección que me indicaba me informaría sobre algo relacionado con el caso Hocksley que sería de sumo interés para mí.

—Después de todos sus trajines de la noche, Paul, no pudo haber hecho nada mejor —dijo Mason, sonriendo sarcásticamente.

—Usted pasa por alto el punto débil de mi declaración —dijo Drake moviendo la cabeza.

—¿Cuál?

—No sabía cómo explicarles que había acudido al cabo de una hora de la llamada telefónica. No sabía a qué hora había apretado la mujer el gatillo, pero supuse que fue después de haberle llamado por teléfono a usted, y por consiguiente, el examen médico revelaría que la muerte había ocurrido alrededor de una hora antes de mi notificación a la Policía, circunstancia que haría recelar un tanto a los funcionarios policíacos. En vista de eso, dije a los

polizones que, cuando recibí la llamada telefónica, me hallaba efectuando un trabajo que no me permitía salir de la oficina, y que para que la mujer no se impacientara aguardándome le había contestado que en seguida me pondría en marcha, pero que tenía mi coche en el garaje, por lo cual tardaría un poco. Tal fue la declaración que presté a la Policía.

—Prosiga —dijo Mason.

—Quisieron saber cuánto tiempo después de la llamada telefónica había llegado yo a la casa de East Hillgrade Avenue seis cero cuatro. Les respondí que posiblemente había transcurrido una hora, y me di cuenta de que me creyeron, pues adujeron que de no estar en la pista de algo tan importante habría acudido antes.

—¿Y qué más? —preguntó Mason.

—Les expliqué que no había prestado atención a la hora; que me parecía que había transcurrido un largo espacio de tiempo, porque tenía mucho que hacer, pero que podía haber sido menos de una hora; tal vez cuarenta y cinco minutos, o tal vez hasta media hora. Y en seguida me metí en un berenjenal...

—Es decir —dijo Mason frunciendo el ceño—, que la Pahlin estaba muerta hacía más de...

—Estaba muerta desde alrededor de la medianoche —dijo Drake—, y probablemente desde antes.

—¿Cómo lo saben?

—Por la temperatura de la habitación y la del cadáver, calculando cuánto tarda el cuerpo humano en perder un grado de calor, y detalles por el estilo —contestó Drake.

—No pudo haber sido a las doce de la noche. Me habló por teléfono más tarde.

—Eso es lo que a mí me parecía —dijo Drake—, pero no me hallaba en situación de discutirlo.

—Creo que así debe ser, Paul —observó Perry.

—¿Qué?

—Fue muerta alrededor de medianoche. Estamos ante un caso de asesinato.

—Pero ella habló con usted y...

—No —dijo el abogado—. Me habló una mujer. Una mujer que parecía bien educada... Es decir, hablaba armoniosamente, pero había algo en la forma en que hablaba..., algo como si hubiese

tenido un pedazo de mármol en su cara. Así se explica...

—¿Se explica qué? —preguntó Drake.

—Fue una mujer quien me habló —dijo Mason—. Dijo que era mistress Pahlín. Tragué el anzuelo, porqué no conocía la voz de esa señora. Pero la mujer que llamó a otra persona dijo a ésta que le hablaba en nombre de mistress Pahlín, en vista de que ella no podía acudir al teléfono.

—¿Qué otra persona? —preguntó Drake.

—A su debido tiempo se lo diré, Paul —contestó Mason.

El detective le miró, suspiró y dijo:

—Probablemente será así; pero, ¡por mi vida!, no lo comprendo.

—Cuando vi el cadáver, no me pareció que hubiese pertenecido a aquella mujer la voz que me había hablado por teléfono. Entonces pregunté (a aquella otra persona) si anteriormente el ama de llaves había sido mujer de familia distinguida, y si más tarde, debido a los reveses de fortuna, tuvo que emplearse como ama de llaves. Tal eventualidad habría explicado sus expresiones de persona bien educada.

—¿Y cuál fue la respuesta?

—Negativa.

—Lo cual significa —dijo Drake, al mismo tiempo que encendía un cigarrillo— que la persona que estaba con usted era alguien que conocía muy bien al ama de llaves, alguien que conocía el pasado del ama de llaves, alguien que se interesaba por el caso Hocksley, porque había acudido allí obedeciendo a una llamada telefónica. Probablemente una muchacha. ¿Me permite que adivine, Perry?

—No lo intente —le previno Mason.

Drake, sacándose el cigarrillo de la boca, dijo:

—Creo que a usted, Perry, no se le ha ocurrido; pero existe la probabilidad de que se le atribuya ese crimen a usted, juntamente con su cómplice.

—¿La mujer murió antes de medianoche? —preguntó Mason—. Mucho antes de esa hora yo estaba acostado, durmiendo.

—Eso es lo que usted dice.

—Debo saberlo.

—Si va a continuar metiendo las narices en casos de asesinato, es mejor que se case... De esa manera, su mujer podrá confirmar su declaración en cuanto a las horas en que estaba en casa, y así

probar su coartada —dijo Drake.

—¿De qué diablos está hablando? —preguntó Mason, irritado—. ¿Por qué diablos necesito probar una coartada?

—¡Que el diablo me lleve si es que yo mismo lo sé! —dijo Drake—. Pero tengo el presentimiento de que el teniente Tragg va a investigar sus actividades de anoche.

—Tragg no tiene la menor idea de que yo haya estado ni siquiera a un kilómetro de Hillgrade Avenue.

—Tragg es de los que rondan.

—Usted ha estado en pie toda la noche, Paul —dijo Mason echando atrás su silla—. Por eso está viendo todo de color gris.

Drake le miró en actitud pensativa, y luego dijo:

—Usted está siempre apremiándome y espera que le apoye, sin enterarme de todo el asunto. Le prevengo que si el teniente Tragg descubre que estuvo usted anoche en Hillgrade Avenue, o si averigua la verdadera razón por la cual no me volvió a llamar al cabo de una hora, usted se verá envuelto en dificultades.

—¿Cuál es la verdadera razón por la cual yo no le llamé dentro de la hora siguiente a nuestra conversación telefónica? —preguntó Mason.

—Si es la que creo, deseo no estar en lo cierto —dijo Drake mirando al abogado pensativamente.

—Diga sin temor lo que piensa. Desembuche —dijo Mason riéndose.

Drake alzó la mano izquierda, con los dedos extendidos. Con el índice de la mano derecha señalaba los puntos a medida que los mencionaba.

—En primer lugar —dijo—: usted no me está engañando en absoluto. El motivo por el cual no me llamó fue que se presentó algo muy importante. Segundo: ese algo importante era de tal naturaleza que impedía una llamada telefónica. Tercero: usted no llegó a saber nada que fuese verdaderamente nuevo. De otra manera, habría pasado la información; así yo tendría algo en qué ocuparme. Cuarto; su nueva amistad sabía bastante acerca del ama de llaves, pero usted debía mantenerla absolutamente oculta. Quinto: ella le colocó en una situación tal que ni siquiera se atreve a confiármela a mí. Está tratando de despistarme. Y ahora, ¿qué me contesta usted a esos cinco puntos?

—Me daré por vencido, míster. Sin rodeos. ¿Cuál es la respuesta a esos cinco puntos? —dijo Mason.

—Opal Sunley —contestó Drake.

—Le previne que no tratara de adivinar, Paul —dijo Mason poniéndose en pie—. Hago lo posible por dejarle a un lado, y usted salta justamente en medio del fuego.

—De cualquier forma ya estaba dentro de la sartén —replicó Drake, sonriendo sarcásticamente.

Capítulo 10

Della Street tarareaba una melodía en el momento en que abrió la puerta de la oficina de Mason, llevando la correspondencia de la mañana bajo el brazo.

—Bien, bien. ¿De manera que sus madrugones se están haciendo habituales?

—Venga y siéntese —le dijo Mason, haciendo una mueca y mostrando los dientes.

La secretaria se volvió para cerrar la puerta de la oficina exterior, y preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿Ha estado en pie toda la noche?

—No —repuso Mason—. Dormí algunas horas; algo más de lo que durmió Drake.

—¿Qué sucedió?

—Una mujer me telefoneó cerca de la una de la madrugada y me dijo que era Sarah Pahlin y que quería confesar quién era el asesino de Robin E. Hocksley, para lo cual debía trasladarme a East Hillgrade Avenue, seis cero cuatro; si ella no estaba allí, agregó, yo debía esperar hasta ver una luz; que entonces abriera la puerta trasera y entrara. Tomé la precaución de decir a Paul Drake que fuera a ver lo que me ocurría si en el término de una hora yo no le telefoneaba.

—¿Cómo se puso ella en contacto con usted? —preguntó Della Street.

—Llamó a Paul Drake, y éste la dejó esperando en el teléfono mientras él se ponía en comunicación conmigo. Ordené a Paul que le dieran mi número privado.

—¿Era mistress Pahlin, el ama de llaves de Hocksley?

—La persona que habló dijo que era mistress Pahlin. Pero no creo que fuera ella efectivamente.

—¿Por qué no?

—Creo que a esa hora mistress Pahlín ya estaba muerta. Cuando llegué a la casa de Hillgrade, la encontré tendida en el suelo con un revólver en la mano derecha y una bala en el corazón. Podía tratarse de un suicidio.

—¿Avisó usted a la Policía?

—Directamente, no —contestó Mason—. Tenía que freír otro pescado. Me encontré con Opal Sunley, que me contó una historia que era casi tan extravagante como la mía. No comprendí cuán increíble parecería mi historia al teniente Tragg hasta que oí a Opal Sunley una versión casi igual a la mía.

—¿Qué hizo usted?

—Dejé que Paul Drake fuera la víctima propiciatoria y cargara con todo —respondió el abogado, sonriendo sarcásticamente—. Faltaban pocos minutos para el plazo que le había fijado. Opal Sunley prometió jugar limpio si no daba aviso a la Policía y la dejaba escapar.

—¿No constituye tal cosa un delito?

—Ciertamente..., si ella hubiese cometido un crimen.

—¿Y por qué no dio aviso al encontrar el cadáver?

—Debía resolver rápidamente, porque sabía que Drake estaba en camino hacia la casa de seis cero cuatro East Hillgrade Avenue. El aviso a la Policía era dado sólo unos pocos minutos más tarde. Lo que me preocupa es esta muchacha, Sunley.

—¿Qué hizo con ella?

—La llevé a un club nocturno y traté de atraerla.

—¿Tuvo éxito?

Mason movió negativamente la cabeza y dijo:

—Si no es una mujer muy inteligente, yo asesté sumamente mal mis golpes. Opal Sunley empezó a colocarse a la defensiva aun antes de que yo pidiera el primer trago.

—¿De qué medios de defensa se valió? —preguntó Della Street—. Tal vez se me presente una ocasión en que deba apelar a medios de defensa.

—Galletitas con manteca —respondió Mason—, y manteca en abundancia. Comió cantidades fantásticas de galletitas con manteca antes de que yo pudiese hacerle beber el primer cóctel. Entonces me di cuenta que no sacaría nada en limpio.

—Evidentemente, esa mujer sabe lo que le conviene hacer —dijo Della Street.

—Me dio el número de su teléfono: Actón, uno-uno-uno-uno-cero —dijo Mason, al mismo tiempo que asentía con un movimiento de cabeza.

—¿Qué le dijo Opal acerca del joven Gentrie?

—No mucho. El joven Arthur Gentrie está locamente enamorado de ella. Opal es mayor que él, y estima que se trata de uno de esos frecuentes casos de enamoramiento de mozalbetes, pero no quiere destruir sus ilusiones. Dice que es algo sumamente serio que un joven eleve un pedestal a una mujer mayor que él y se enamore locamente de ella por primera vez en su vida.

—¿Es la primera vez que Junior Gentrie se enamora?

—Así lo dijo el muchacho a Opal —contestó Mason.

—No lo creo.

—Junior le contó que anteriormente había sentido afecto de muchacho hacia jovencitas de su edad, pero que nada podía compararse al devastador sentimiento que experimentaba por ella.

—¿Y por eso Opal sigue saliendo con él y animándole?

—Opal dice que ella no está animándole, sino que está tratando de conducirse con él como una hermana mayor; pero que Junior, según su opinión, no se apacigua. Me contó que había estado tratando de encontrar una mujer más joven que fuese suficientemente atractiva como para entusiasmar a Junior y apartarle de Opal. Lo peor del caso, Della, es que Opal tiene un novio de quien está sumamente enamorada..., y al cual le oculta lo del joven Gentrie, porque oculta a Gentrie que tiene novio, porque no quiere destruir las ilusiones del muchacho.

—¡Bonito juego! —comentó Della Street—. ¿Qué edad tiene Opal?

—Representa entre veintidós y veintitrés años, pero algo que dijo me hace pensar que debe de tener alrededor de veinticinco.

—¿Qué le contó sobre lo ocurrido en casa de Hocksley?

—La muchacha dice que llegó a trabajar, por la mañana, a la hora de costumbre, y que en el escritorio de Hocksley vio manchas de sangre; y luego salió a echar un vistazo al automóvil de su jefe, y pudo ver gran cantidad de sangre en los asientos posteriores, y que como no encontró a Hocksley ni a Pahlin, dio aviso a la Policía.

—¿Es esto todo lo que le dijo?

—Creo que sí. Tuve que sonsacarle mañosamente todo lo que se refería a su novio. Creo que por él no quiso que avisara a la Policía, pues entonces se habría sabido que ella se encontraba en el chalet a la una cuarenta y cinco de la madrugada. Sin embargo, usaba un auto prestado. Por supuesto, anoté el número de la matrícula.

—¿El automóvil era del novio?

—No. Bastante raro, pero no es el coche del novio. Pertenece a una muchacha llamada Ethel Prentice, que, evidentemente, es íntima amiga de Opal..., y presta a ésta su automóvil, bastante anticuado, cuando lo necesita.

—¿Nada más?

—Me dijo algunas cosas acerca de su empleo en casa de Hocksley. Éste es un hombre muy misterioso, como lo es asimismo Karr, que vive en los altos de la casa. En cierto modo, es un abuso de confianza. Dos hombres misteriosos llegan a una casa de departamentos. Se instalan en los respectivos pisos con una semana de diferencia el uno del otro y, hasta que ellos los alquilaron, llevaban estos departamentos cinco meses desocupados.

—¿Cree usted que puede haber cierta relación entre Karr y Hocksley?

Mason se encogió de hombros y dijo:

—Más bien es una coincidencia. ¿Ha visto el anuncio de Karr en el diario?

—No. ¿Cuál?

—Opal Sunley me contó..., dijo que se había fijado porque había visto el nombre de Wenston en la puerta de la otra casa. Hace dos días que se ha marchado.

Mason tomó del escritorio el diario de la mañana, lo abrió por la sección «Avisos clasificados», buscó en la subsección «personas buscadas», y dijo:

—Escuche esto. «Personas buscadas». «Necesítase información sobre la hija del hombre que era miembro de una sociedad que efectuó una expedición por el río Yangtzé, llevando contrabando de armas de fuego en el año mil novecientos veintiuno. Expresamente suprímense en este aviso informaciones detalladas, pero la persona a quien está dirigido sabrá quién soy y quién era su padre, y estará en condiciones de presentar las pruebas que atestigüen nuestra

sociedad en la expedición llevada a cabo a fines del año mil novecientos veinte y primer semestre de mil novecientos veintiuno. No deseo que se me moleste y, por tal motivo, advierto que cualquier impostor será enjuiciado y castigado con la pena máxima impuesta por la Ley. Por otra parte: la joven que sea la verdadera hija recibirá una considerable suma del activo de la sociedad, que mantengo en depósito, porque no supe, hasta muy recientemente, y por simple casualidad, que mi socio dejó un heredero legítimo. No procure obtener una entrevista hasta después de cambiar correspondencia con Rodney Wenston, setecientos ochenta y siete East Dorchester Boulevard, o de telefonar a Graybar, ocho, nueve mil trescientos cincuenta y uno».

Mason terminó de leer el aviso y echó el periódico a un lado.

Della Street frunció los labios y exclamó:

—¡Psch! ¿Y fue Opal Sunley quien le habló del aviso?

Mason hizo una señal afirmativa con la cabeza y dijo:

—La coincidencia parece muy significativa, ¿no lo estima así?

—Pues ¡claro! Karr dijo que había empezado a hacer rodar la pelota para liquidar su sociedad, pero no hizo mención de este anuncio.

—¿Cómo Opal llegó a hablarle del mismo?

—Simplemente, surgió el asunto en la conversación.

—¿Qué le dijo sobre Hocksley?

—Casi nada más de lo que yo ya conocía. El trabajo que ella realizaba era transcribir a máquina los discos de cera. Hocksley dictaba por la noche y pasaba en cama la mayor parte del día.

—¿Durmiendo todo el día?

—No. Estaría en su aposento. Seguramente se levantaba por la tarde, y leía los periódicos, desayunaba con café y tostadas y, en ocasiones, dictaba un poco.

—¿Al dictáfono?

—Sí; mistress Pahlin, el ama de llaves, era la única que entraba y salía de la habitación de Hocksley. Esperaba a que despertara para llevarle el trabajo que Opal Sunley había escrito a máquina, traía discos a ésta para que los transcribiera, le servía la comida..., le llevaba los periódicos; en ocasiones permanecía algún tiempo y conversaba con él. Opal alcanzaba a oír el rumor de las palabras moduladas en voz baja.

—¿Algún amorío entre Hocksley y el ama de llaves?

—Opal dice que no lo sabe.

—¿Considera entonces que existía la posibilidad? —preguntó la secretaria.

—Según las apariencias, existe una posibilidad muy definida.

Della reflexionó algunos segundos, y luego movió la cabeza, diciendo:

—Eso no es cierto, jefe.

—¿Qué no es cierto?

—La historia de Opal. Ninguna muchacha del mundo trabajaría en esas condiciones para un hombre, sin interesarse por saber algo más sobre el mismo. En primer lugar, habría preguntas inevitables que Opal tendría que hacer relacionadas con el trabajo. En segundo lugar, simplemente todo ese esfuerzo de Hocksley por mantener reserva respecto a sus cosas, despertaría la curiosidad de cualquiera.

—Entonces, ¿cree que Opal me mintió?

—Diría que sí.

Mason sonrió, como recordando, y dijo:

—Supo hacerlo de la manera más convincente.

—¡Buena pieza! —exclamó Della Street, con los ojos centelleantes.

—Bueno, nada adelantaremos con sentarnos a esperar que algo se produzca. ¿No es tiempo de que nos comuniquemos con el asesino?

—¡Espléndido...! Pero, ¿de qué manera se las va a arreglar?

—Por favor, Della, vaya a una ferretería y compre un aparato para sellar tarros. Compre también una lata nueva. Escribiremos un mensaje en la tapa, sellaremos el tarro. Tomaremos las precauciones del caso para no dejar huellas dactilares y lo colocaremos en el estante del sótano de la casa de la familia Gentry.

—¿Cree que el asesino lo cogerá?

—Sería interesante hacer la prueba.

—¿Y qué mensaje escribirá?

—¡Oh, algo tendente a que el destinatario efectúe determinado movimiento! —dijo Mason—. No deseo que el caso permanezca estacionado. Eso daría ocasión a la Policía para echarnos el guante.

—Piense un mensaje ingenioso y yo se lo escribiré en clave —dijo la secretaria, mientras tomaba el diccionario del escritorio de

Mason.

—Muy bien, Della, vamos a ver. Necesitamos un mensaje que dé por resultado una acción. Hagamos la prueba. Tendremos que usar palabras del diccionario, no podemos usar ni participios ni plurales. Ensayemos éste: «Abogado Mason tiene fotografía huella dactilar en su cartera, fatal si no es recuperada». No resulta. No podemos usar «recuperada», porque es un participio. La palabra del diccionario sería «recuperar».

Della Street, mirando con el ceño contraído su libreta de taquigrafía, propuso:

—Podríamos usar «recuperación», jefe. Es un sustantivo y aparece en el diccionario. Podríamos decir «recuperación hecha» en vez de «recuperada».

—Muy bien; tratemos de ponerlo en clave.

—No me agrada la idea.

—¿Por qué no?

—Es muy grande el riesgo que corre usted.

—Me pondrá en contacto con el asesino.

—Precisamente por eso. El asesino escogerá la hora y el lugar para ponerse en contacto con usted; hasta puede disparar primero, y después registrar su cartera.

—Siempre existe tal probabilidad —admitió Mason—, pero es más posible que decida escamoteármela. Ya tendré cuidado.

—Sí —observó Della—; me imagino a usted andando con mucho cuidado..., y cuando el asesino encuentre que en su cartera no hay ninguna fotografía de huellas dactilares, qué...

Mason se dirigió a la biblioteca de su oficina. En la parte superior del mueble se encontraba un primoroso esmalte japonés de color rubí claro. Sacó un pañuelo de su bolsillo, limpió el esmalte, se pasó varias veces por el cabello la mano derecha, luego oprimió las yemas de tres de sus dedos en la superficie, y dijo a Della:

—Llévelo a la oficina de Paul Drake y dígame que revele las huellas dactilares y que las fotografíe. No le diga para qué las necesitamos. Llevaré una copia de esa fotografía en mi cartera. Y así, en caso de que el asesino me la escamotee, no sospechará nada.

—Jefe, no quisiera que enviase ese mensaje. No es menester que usted mismo se arriesgue. ¿Por qué no decir que tiene la fotografía en su caja de seguridad de la oficina?

—No. Quiero habérmelas en este asunto yo solo.

—¿Por qué?

—Porque entonces no parecerá una trampa. La persona con quien estamos tratando es sumamente inteligente y no caerá en una trampa tan evidente.

Della tomó el diccionario y dijo:

—Bien; pondré el mensaje en clave. Pero, me gustaría que no lo enviara, jefe.

—A ver —dijo Mason—, deme el diccionario. Le ayudaré... «Abogado». Está en la columna *a* de la página quinientos setenta y nueve, y es la séptima palabra.

La secretaria deletreó la palabra en clave:

—GHKAL.

Perry Mason buscó nuevamente en las hojas del diccionario.

—¿No le parece simpático que mi nombre aparezca en el diccionario?^[7]

—Ojalá sucediera lo mismo con el de Paul Drake, pues así habríamos podido escribir «Detective Drake» en lugar de «Abogado Mason».

—No —dijo Perry, con risa burlona—. En este momento, Drake no se siente bien dispuesto. Se opondría a que se le eligiera como víctima de un asalto. Pero la idea es tentadora. «Detective Drake» tiene una alteración que no existe en «Abogado Mason».

—¿La usamos? —preguntó ella, con ansiedad.

—No, en absoluto. No me tientes, Satanás. Volvamos a nuestro mensaje. Aquí está Mason: columna *a*, página seiscientos quince, sexta palabra.

La secretaria dijo:

—Seis-quince-A-seis, lo que se traduce: HCGAH. ¿Qué sigue?

—Buscaré «tiene». Veamos. Segunda palabra, columna *b*, página cuatrocientos cincuenta y cinco.

—FGGBD.

—Magnífico —dijo Mason—. Ahora «huella dactilar». Página trescientos setenta y siete, séptima palabra de la primera columna.

—Tres-siete-siete-A-siete. Da EIIAI.

Súbitamente, la muchacha miró lo que había escrito y empezó a reír.

—¿Qué pasa? —preguntó Mason.

—Estaba preguntándome qué sucedería si el teniente Tragg se apoderara de este mensaje —respondió la secretaria—. ¿Se da cuenta, jefe, de que, de cuatro palabras, dos terminan en AI?

Mason frunció el entrecejo, se rascó la cabeza y luego dijo:

—Serviría a Tragg de pista. Comprenderá muy bien, entonces, que no se trata de un criptograma cualquiera, sino de una clave.

—Usted no cree que se apoderará de este mensaje, ¿no es así?

—Posiblemente, sí.

—No comprendo lo que está tratando de hacer. ¿No se dará cuenta el hombre que reciba el mensaje de que es una trampa?

—Si no me equivoco, no. Las dos personas que usan este medio de comunicación tienen acceso al sótano; pero, por alguna razón, no se atreven a que se les vea juntos conversando. Ahora bien: si ese es el caso, no tendrán la oportunidad de aclarar la ambigüedad del mismo. En otras palabras: la persona que recibe el mensaje no está en condiciones de coger un teléfono y decir: «¡Aló, Bill! Recibí tu mensaje. ¿A qué te refieres cuando me hablas de huellas dactilares? ¿Tus huellas dactilares o las mías...? O...» —Mason se interrumpió de repente para mirar a Della—. ¿Comprende usted lo que acabo de decir? —preguntó.

—¿Sobre el teléfono?

—Sí.

—¿Qué hay sobre ello?

—¿Por qué diablos una persona que podía comunicar con otra por teléfono iba a recurrir al complicado medio de escribir una clave en la tapa de una lata? Al fin y al cabo, usted sabe, Della, que se me ha ocurrido que la idea de la clave era necesaria, porque teníamos a dos personas que necesitaban comunicarse entre sí, que no podían verse, y que, por ese motivo, tenían que valerse de mensajes grabados en una lata colocada en determinado lugar.

—Bueno, ¿y qué hay de desacertado en eso?

—Pero, ¿por qué diablos no pueden comunicarse entre sí por teléfono? En ello no habría peligro alguno. Cualquier persona puede ir a una cabina de teléfono público, depositar una moneda, marcar un número y hablar con quien desee. De esa manera, una persona puede dar a otra instrucciones detalladas, sin el peligro de recibirlas mutiladas, o, como sucedió en el presente caso, que la dueña de la casa encuentre la lata y la arroje a los desperdicios.

La secretaría contrajo el rostro y preguntó:

—¿Y por qué no?

—Ésta es la cuestión. Hay sólo una explicación. Esas dos personas no están en condiciones de usar el teléfono.

—¿Por qué?

—Bien porque existe un impedimento para que puedan acudir a un teléfono o si pueden acudir no pueden usarlo.

—¿Qué quiere decir?

—Por ejemplo, una persona sorda no puede usar el teléfono.

—Ah, sí, comprendo.

—Y una persona lisiada —dijo Mason lentamente— puede no estar en condiciones de echar mano de un teléfono. Hay una persona que es lisiada y no tiene teléfono al lado de su cama —dijo Mason—. ¿Recuerda que Karr —dijo que le ponía nervioso el timbre del teléfono, que le era imposible tener uno al lado de su cama?

—A usted se le ha ocurrido algo —dijo la secretaría.

Mason se acarició suavemente la mandíbula y admitió:

—Esto parece ser una posibilidad. Pero, ¿por qué Karr iba a comunicarse en clave con una de las personas de la casa de la familia Gentry?

—En realidad, de todos nuestros personajes, él es el único que no puede echar mano de un teléfono en el momento en que lo necesita —dijo Della.

Mason frunció los labios y en seguida dijo:

—Tendremos que vigilar a míster Elston A. Karr. Está empezando a parecerme que él fue quien dirigió la maniobra en la casa de Hocksley. Esto no quiere decir, por supuesto, que él provocó el asesinato de su vecino.

—En caso de que hubiera sido él quien dirigió la maniobra, ¿no sería responsable ante la Ley? —preguntó Della Street.

—Sí —asintió Mason, parpadeando levemente—, bajo una condición.

—¿Cuál es la condición?

—Que pueda probársele.

—Usted, poco más o menos, ha llegado a esa conclusión, arrastrado por un razonamiento frío y cruel.

—Yo sí, pero eso no significa que el teniente Tragg vaya a deducir lo mismo. Él puede pasar por alto totalmente ese punto de

vista.

—¡Tonterías! Tragg simula estar perdiendo el tiempo, y después..., ¡hum!

De repente, Mason se dirigió a la percha y dijo:

—No deje de comprar esa lata y la máquina de sellar, Della. Lleve ese esmalte a la oficina de Paul Drake. Yo salgo para afeitarme, ponerme hermoso y tomar una taza de café.

—Lo haré luego —contestó Della, y agregó—: Y usted no se deje engañar por esa muchacha, por Sunley, con sus suavidades, sus sonrisas tontas y su *sex-appeal*.

—Podría haber agregado *seudo-sinceridad* —dijo Mason, haciendo una mueca y mostrando los dientes—. Todas esas palabras son aliterativas.

—¡Al diablo! No deberíamos haber comprado ese diccionario —dijo Della.

Capítulo 11

El teniente Tragg oprimió el timbre de la puerta de entrada y, nada más abrirla mistress Gentry, se descubrió.

—Lamento seguir molestándola —dijo—, pero debo informarme sobre unas cuestiones de poca importancia.

Durante un momento, mistress Gentry pareció temerosa; luego sonrió y dijo:

—Tenga la bondad de pasar, teniente.

—¿No la molesto?

—En absoluto. Usted es siempre un perfecto caballero, no parecido a esos otros funcionarios que se meten aquí, diciendo a cada momento: «Con su permiso», y sin descubrirse.

—Gracias —dijo el teniente, y, al cabo de un momento, agregó—: Pero, por favor, permítame excusar a esos policía rudos. Se encuentran agotados a causa del excesivo trabajo, y, sencillamente no tienen tiempo para pensar en la gente como seres humanos. Los consideran testigos, personas sospechosas, posibles víctimas y cómplices..., no sé si me expreso bien.

—Sí, comprendo —repuso mistress Gentry en el momento en que hacía entrar a Tragg en el salón.

Rebeca le miró ligeramente risueña, con una sonrisa tonta, y dijo:

—Buenas tardes, teniente.

Tragg se aproximó a ella, saludándola:

—¿Cómo le va?

—Bien, gracias.

—Realmente, tiene muy buen aspecto.

—¿Verdad que sí? —dijo mistress Gentry—. Ahora parece llena de vida.

—Pero, Florence —dijo Rebeca—, estás hablando como si yo

fuese una inválida.

—No seas tonta. Tú sabes que tienes muy buen aspecto y que te sientes mejor ahora que existe algo que ha despertado tu interés —y volviéndose al teniente Tragg, dijo—: Rebeca pasa mucho rato en su cuarto oscuro y permanece en casa la mayor parte del tiempo. Yo trato de convencerla de que salga y haga más ejercicio, pero no lo logro.

—Por el amor de Dios —dijo Rebeca—, ¿qué voy a ganar con salir? Nunca se me presentaría ocasión de disponer del coche de la familia..., aunque supiera manejarlo, y en cuanto a andar, no encuentro placer en machacar los pies sobre el cemento mientras los automóviles pasan a mi lado zumbando y despidiendo gases venenosos. No sé cómo se permite el tránsito de automóviles por las calles residenciales, teniente. Opino que es una atrocidad y una amenaza para la salud.

—Es posible —convino Tragg—. ¿No se han producido nuevos acontecimientos?

Mistress Gentry movió la cabeza.

Rebeca, que había empezado a conversar, dudó un momento. Luego dijo:

—Hace poco más o menos una hora estuvo aquí míster Mason. Vino a efectuar, según dijo, un examen final.

Los rasgos de Tragg, finamente trazados, perdieron algo de su aspecto infantil cuando habló:

—¿Ah, sí, míster Mason? Ha estado aquí varias veces, ¿no es así?

—Sí, algunas veces —contestó Rebeca.

El teniente Tragg miró a mistress Gentry y dijo:

—Desearía saber cuál es el interés de Mason en este caso.

—¡Cómo! ¿Qué quiere decir?

—Mason es abogado —dijo Tragg—. A él no le interesa que un crimen quede o no en el misterio, ni tiene especial interés en capturar al asesino. Le interesan los honorarios que obtiene de los clientes a quienes representa. No me ha sido posible descubrir a quién representa en este caso. ¿No les ha dicho nada a ustedes sobre esto?

—No..., no. No creo que lo haya dicho —replicó mistress Gentry.

—Bastante extraño —dijo el teniente en actitud pensativa—. Voy a tener que hablar francamente con usted acerca de un asunto bastante desagradable.

—¿De qué se trata? —preguntó ella.

—De su hijo mayor.

—¿Sí? Diga..., hable...

—¿Acostumbra ese muchacho a decir siempre la verdad?

La dueña de la casa contestó con un tono un tanto desafiante:

—Junior es un buen muchacho.

—Naturalmente —dijo Tragg—. Pero mi pregunta es si puede confiarse íntegramente en que siempre diga la verdad.

Rebeca, que había estado moviéndose impacientemente en la silla, ansiosa de tener un pretexto para inmiscuirse en la conversación, terció:

—Por supuesto, Florence, debes reconocer que empezó a...

—Por favor, Rebeca —le interrumpió su cuñada.

Tragg presentó sus excusas, pero insistió en los siguientes términos:

—Esta situación es un tanto molesta para mí, pero creo que su cuñada iba a hacer el comentario que esperaba me hiciera usted, señora —y, dirigiéndose a Rebeca, continuó—: Iba usted a decir que desde que se entusiasmó con la mecanógrafa que trabaja en la casa vecina, el muchacho se ha conducido en forma un tanto reservada, ¿no es así?

—Reservada no es la palabra adecuada —dijo Rebeca, haciendo una mueca desdeñosa—. Si usted me pregunta al respecto, nada bueno puedo decirle. Un muchacho joven como él, que sale con una mujer de mucha más edad... Cuando yo era jovencita, no se veían tales cosas.

—Rebeca —intervino mistress Gentry—, me parece que sería mejor que no te preocuparas de Junior.

—Yo no me pronuncio tanto en contra de Junior —repuso Rebeca—, como en contra de esa moza descarada que tiene esa manera tan especial de mirar. Y dice —la voz de Rebeca cambió completamente y adoptó un sorprendente parecido con la de Opal Sunley—: «Buenos días, miss Gentry..., y... ¿cómo está toda la familia?». Me dan deseos de obsequiarla con un poco de materia gris que a mí me sobra, y contestarle de sopetón: «Estarían muy

bien, gracias, si usted retirara sus garras de Junior y le dejara tranquilo, como debe estar un muchacho de su edad».

—¡Rebeca! ¡Basta! —exclamó severamente mistress Gentry.

—Siento mucho, señora, provocar esta situación —dijo Tragg, con amabilidad—. La culpa es mía. Yo he arrastrado a su cuñada a hacer tal declaración y quizás usted se ha dado cuenta ya de que lo he hecho intencionadamente. Mistress Gentry, ¿está usted absolutamente segura de que su hijo se hallaba en la cama cuando se oyó el disparo?

—No —contestó la dueña de la casa—. No tengo seguridad de que estuviese acostado.

—Tal vez sepa usted con certeza que no estaba —dijo Tragg, insistiendo con mesurada voz.

—No sé. ¿A qué viene eso? —inquirió ella.

—Yo mismo no lo sé —dijo el teniente, sonriendo aún—; sólo tengo la impresión de que usted es muy buena madre, que cuida de sus hijos, y que cuando oyó aquel ruido que le pareció podía ser un disparo, su primera intención sería asegurarse de que sus hijos estaban sanos y salvos. Y tengo entendido que el dormitorio de Junior se halla entre su aposento y la escalera.

Mistress Gentry le miró fijamente, y le preguntó:

—¿Existe alguna razón especial que le haga pensar que Junior puede tener alguna relación con lo ocurrido?

—No, mistress Gentry; pero creo conveniente decirle que las dos huellas dactilares del teléfono de la casa de míster Hocksley pertenecen a su hijo.

La dueña de la casa empezó a decir una palabra, pero luego cambió de parecer, y permaneció en silencio.

—Las huellas de pintura del teléfono eran de una persona que había tocado la puerta del garaje, pintada hacía poco por su esposo. Según tengo entendido, su marido no terminó de pintar hasta las nueve y media de la noche. Es evidente, pues, que su hijo, que a esa hora había salido, regresó algún tiempo después, entró en la casa posiblemente a oscuras y bajó al sótano con algún fin. Sin saber que la puerta del garaje tenía pintura fresca, se dirigió hacia ella, avanzando a tientas. Deseo que me comprenda, señora. Si Junior hubiese usado su linterna, o si el sótano hubiese estado alumbrado, el muchacho habría visto la pintura reciente de la puerta, y,

además, no habría caminado a tientas con las manos extendidas.

—Teniente, me parece que tiene razón —dijo Rebeca—. A mí me pareció oír caminar sigilosamente a alguien en el pasillo, poco más o menos a la hora en que me despertó el disparo.

—¿Alguien que caminaba sigilosamente por la casa? —preguntó Tragg.

—Sí.

—Y usted, mistress Gentry, me dijo que le pareció oír que alguien se movía.

—No. Oí a *Mephisto*, el gato.

—Sin embargo se levantó e hizo que su marido bajara a ver.

—Pues bien, así fue.

—¿Por qué?

—Porque estaba intranquila.

—Pero, ¿por qué?

—Porque me pareció que el ruido había sido un disparo.

—¿No le pareció que el ruido se había producido en su casa?

—Pues, no...; es decir, no pensé en situarlo.

—Hizo que su marido se levantara y registrara esta casa, ¿verdad?

—Sí.

Tragg permaneció en silencio durante varios segundos, para que mistress Gentry se compenetrara del significado de esas preguntas y respuestas; en seguida prosiguió suavemente:

—Su hijo descendió la escalera a oscuras. Buscó a tientas la puerta del garaje, la abrió y penetró en él. Luego abrió la otra puerta y pasó al departamento de Hocksley. Al abrir a tientas la puerta del garaje, se manchó los dedos de la mano izquierda. En casa de Hocksley encendió cerillas para alumbrarse. Su esposo es zurdo, pero su hijo no lo es. Junior sacaba las cerillas de su bolsillo con la mano derecha y las encendía con la misma mano; lo primero que tocó con la mano izquierda fue el teléfono de Hocksley. En ese momento estaba fresca todavía la pintura de los dedos, por lo cual es evidente que, a los pocos instantes de haberse manchado la mano, cogió el teléfono. Cuando regresó, él...

De súbito, Rebeca contuvo el aliento, como si hubiese estado a punto de lanzar una exclamación.

Tragg se volvió hacia ella, y al cabo de un momento, en vista de

que no decía nada, preguntó:

—¿Y bien?

—No era nada; sólo estaba preguntándome si...

—Me supongo que al teniente Tragg no pueden interesarle tus descabelladas teorías, Rebeca —exclamó su cuñada, amonestándola.

—¿Qué pensaba, miss Gentry? —preguntó el teniente, sonriendo afablemente.

—Creo que nada —contestó Rebeca—; sucede que mi cámara oscura se halla en el sótano, y tengo colocada una cortina en el lado interior de la puerta de la cámara, para impedir el paso de la luz al abrir la puerta.

—¿O sea que la cortina se halla a suficiente distancia de la puerta, de tal manera que usted puede abrirla y cerrarla antes de pasar por la cortina? —preguntó Tragg.

—Así es.

—Es muy interesante su cámara oscura —dijo el teniente.

—Está provista con el mejor equipo actual —repuso Rebeca, llena de orgullo—. Y la hemos construido nosotros mismos. Poseo ampliadora para luz natural, por lo que para ampliar mis fotografías, puedo usar luz diurna difusa, y...

—Pero, ¿no iba a decirme algo sobre la cámara oscura misma? —preguntó Tragg.

—Sí, exactamente.

—¿Qué era?

—Tenía una película cortada —dijo Rebeca— puesta en una caja sobre el estante de la cámara oscura. No había revelado una película expuesta en las otras placas, e iba a poner esta nueva en...

Mistress Gentry se interpuso para decir al teniente Tragg:

—Mi cuñada cree que los agentes de Policía no tuvieron cuidado. Abrieron la puerta de su cámara oscura, y luego echaron atrás toda la cortina, permitiendo así que la luz penetrara a la cámara, y velara...

—No, no era eso lo que iba a decir —exclamó Rebeca—. Puedo muy bien proseguir mi relato; gracias, Florence.

—¿Qué iba a decir, miss Gentry?

—Simplemente, que es posible que esas películas no se velasen por el día, sino la noche anterior, debido a que alguna persona se introdujese y encendiese una cerilla. En el piso de mi cámara oscura

encontré una cerilla quemada y pisoteada. Pensé que uno de los policías había encendido un cigarrillo, pero ahora me estoy preguntando si sería que alguna persona que hubiese ido allí a buscar algo hubiera encendido una cerilla. Mucha gente no comprende que encender una cerilla en una cámara oscura es lo mismo que encender la luz. Puede causar el mismo daño que al conectar el interruptor de la luz eléctrica.

—Eso es muy interesante —dijo Tragg—. Miss Gentry, ¿guarda muchos materiales en su cámara oscura?

—No. No tengo dinero para comprarlos.

—Es un pasatiempo un tanto caro —comentó la dueña de la casa.

—Bueno, no es preciso hablar de más. Se pagan solos.

—¿Ejecuta trabajos para otros?

—De cuando en cuando —respondió Rebeca.

—Para algunos vecinos —agregó mistress Gentry.

—No hago revelados ni copias —continuó Rebeca—. Con eso no se gana; pero, de vez en vez, hago ampliaciones. Desearía tener bastante dinero para no preocuparme siempre de los gastos. Podría, verdaderamente, ejecutar trabajos maravillosos si tuviese bastante dinero para adquirir un pequeño coche, y poder salir, y...

—Hace trabajos magníficos —explicó mistress Gentry a Tragg—. Frecuentemente le digo que si se especializara en fotografías de niños y...

—¡Niños! —exclamó encolerizada Rebeca—. Esa es tu obsesión. Quieres fotografías de los encantitos en los días de sus cumpleaños, fotografías en el día en que por primera vez se pusieron pantalones largos, fotografías cuando estrenan un traje nuevo. Esas fotografías sólo sirven para poner en desorden la casa.

—Significan mucho para Arthur y para mí —dijo mistress Gentry.

—Pues bien; para mí no tienen ningún valor. Representan simplemente un desprecio de buen material fotográfico. Se encuentran álbumes de familias llenos de tales naderías —y volviéndose al teniente Tragg, continuó—: Lo que a mí me gusta son fotografías con extraordinarios efectos de nubes, de árboles que tienen por fondo un bello cielo, fotografías de flores. Si yo tuviera dinero para permitirme el lujo de poseer coche propio y trasladarme

en él de un punto a otro para tomar constantemente fotografías de nuevos panoramas, podría ganar premios. Además, con dinero no sería necesario que empleara material caducado.

—¿Qué quiere decir con material caducado? —preguntó el teniente.

—¡Oh, usted debe de saber que las películas son buenas sólo cuando son frescas! Duran sin dañarse determinado espacio de tiempo. Tal vez ha reparado que en la tapa de los rollos se indica el plazo de duración.

—¿Se refiere a la fecha estampada con un sello que dice: «antes... de..., cierta fecha»?

—Eso es —repuso Rebeca.

—Pero, ¿pueden usarse después de la fecha indicada en el sello?

—¡Oh, sí! Depende del cuidado que se haya tenido con la película, del lugar en que se la haya guardado. Muy bien puede usarse hasta seis meses después de la fecha marcada, y, si ha estado en un lugar fresco y seco, puede usarse hasta años después.

—¿Compra usted esas películas con plazo de duración caducado? —preguntó Tragg.

—Eso es. Pueden comprarse en algunas partes a precio rebajado. El teniente reflexionó durante un rato, y luego dijo:

—¿Y qué pasa cuando verdaderamente son ya muy viejas?

—Diversas cosas. Generalmente se velan.

—Entonces —dijo Tragg—, ¿las que estaban en la caja eran películas viejas...; o sea, que había vencido su plazo de duración?

—Sí.

—¿Y el hecho de que se hubiesen velado no se debería a la misma circunstancia?

—Es posible —contestó Rebeca vacilante—, pero nunca me había sucedido que se me velasen las adquiridas en la tienda donde compré éstas. En ese almacén sólo venden las mejores clases.

—Pero, ¿estaban veladas?

—¡Oh, sí!; sin lugar a dudas.

—Es muy interesante —comentó Tragg—. Pero es algo completamente distinto de lo que estaba tratando de introducir en el ánimo de mistress Gentry, o sea, que su hijo se halla en una situación muy peligrosa, comparable con la confusión de los puntos en disputa de un caso de asesinato. Es muy posible que esté

amparando al delincuente.

—No comprendo cuál puede ser el motivo de que usted piense semejante cosa —dijo mistress Gentry, indignada—. Junior es un buen muchacho. Él...

—El motivo por el cual digo eso —interrumpió Tragg con firmeza— es que estoy convencido de que su hijo es un buen muchacho. Estoy convencido de que es muy joven, muy romántico y propenso a llegar muy lejos en su actitud galante. Está tratando de amparar a una persona en un caso de asesinato, lo cual es sumamente peligroso. Pienso que Junior es extremadamente bueno, pero también pienso que Opal Sunley es una mujer mayor que él, de mayor experiencia y, además, mundana. No creo que, bajo ninguna circunstancia, habría sido conveniente que se estableciese una camaradería entre ellos. Y ahora que nos hallamos frente a un crimen, estoy absolutamente convencido de que la camaradería que existe entre Junior y esa mujer impide a su hijo prestarnos una declaración verídica y le coloca en una situación muy dudosa frente a la Ley.

Mistress Gentry apartó la vista y, ahogando un sollozo, dijo:

—Mi hijo no sería capaz de cometer un acto delictivo.

—No se trata de nada semejante —dijo Tragg—. Si el muchacho no confiesa la verdad, vamos a tomar las medidas del caso para conocerla. Pensé que era mi deber venir a verla para hablarle con franqueza, en vista de que este asunto concierne a usted tan directamente y de que tanto ama a su hijo.

—¿Ves, Florence? —dijo Rebeca—. No quisiste escucharme. Espero que escuches al teniente. Cuando un hijo empieza a ocultar sus actos a su propia madre....

—¿Y qué ha tratado Junior de ocultarme? —preguntó, colérica, mistress Gentry.

—Muchas cosas —contestó Rebeca desdeñosa—. Junior y esa muchacha se ponían de acuerdo para encontrarse a escondidas. Tú sabes tan bien como yo que no se citaban por teléfono. Él nunca la llamaba..., por lo menos desde casa, y, sin embargo, se citaban, citas de las cuales nunca te hablé, y...

—Creo, Rebeca —dijo su cuñada—, que será mejor que esperemos a estar solas para hablar sobre el asunto. Siempre estás escuchando cuando los niños se comprometen para cualquier cosa

por teléfono, y luego les haces preguntas. Junior ya es bastante crecido para que acepte tal intromisión tuya. Ya no es un niño. Se está haciendo todo un hombre.

—Bueno; esta criatura se ve envuelta en un crimen —dijo Rebeca, aprobándose ella misma su actitud—, y estoy tratando de ayudar al teniente Tragg; eso es todo. Para mí es sumamente desagradable. Considero a Junior como si fuera mi propio hijo; pero, al fin y al cabo, cuando un joven empieza a callejear..., y ya lo ves: la prueba de esas huellas dactilares es tan evidente como las facciones de tu rostro. Ha entrado allí a hurtadillas por la noche.

—¡Por favor! ¡No sigas! —ordenó, indignada, su cuñada—. Tú no sabes si se ha introducido a hurtadillas; respecto a Opal Sunley, la muchacha no permanece allí durante la noche.

—¿Cómo sabes tú que no?

—Sé que viene a trabajar por el día.

—Pero se encuentra allí muy frecuentemente de noche.

—Sólo cuando tiene trabajo.

Rebeca hizo un gesto despectivo.

El teniente Tragg, que había seguido con el mayor interés el curso de la conversación y las expresiones de los rostros de ambas mujeres, se interpuso diciendo:

—Mistress Gentry, lamento que no me haya entendido. Lo único que me interesa saber es cómo su hijo dejó esas huellas dactilares en el teléfono.

—¿Está absolutamente seguro de que son de él?

—Absolutamente.

—¿No es posible que se manchase los dedos más... tarde?

—¿Quiere usted decir después de que el tiro fue disparado? —preguntó Tragg, levantando las cejas.

Mistress Gentry meditó un momento, y luego dijo:

—Pues bien; no. Quiero decir antes..., antes que su padre empezara a pintar.

—Creo que mister Gentry mezcló la pintura con muestras que había traído de la ferretería...

—Creo que sí —respondió la señora.

Desde la cocina vino Hester y se detuvo, sin decir nada, en el umbral de la puerta.

—¿Qué pasa, Hester? —preguntó la dueña de la casa.

—¿Quiere que use conservas de las que se hallan en los estantes de la despensa?

—Sí... —mistress Gentry miró al teniente Tragg y dijo—: ¿Podría dispensarme un momento, teniente? No he podido atender mi casa durante todo el día, y...

—Indudablemente —exclamó Tragg—. Comprendo muy bien...

—Saque todas las latas y frascos de los años treinta y nueve y cuarenta que se hallen en el lado izquierdo del estante, Hester. Tráigalos y póngalos en los estantes de la despensa. Echaremos mano de éstos hasta que los hayamos terminado.

—Si baja al sótano —dijo el teniente Tragg—, echaré un vistazo después que haya terminado.

—Como usted guste —contestó la dueña de la casa en tono indiferente.

Hester abrió la entrada al sótano. Los pesados pasos de sus pies planos resonaron en la escalera.

—Bueno —dijo Rebeca—; creo que esa lata ha tenido mucho que ver con el crimen. ¿No cree usted que ese mensaje fue dirigido a alguien que...?

—Rebeca —le interrumpió con firmeza su cuñada—, el teniente Tragg no tiene interés por tus teorías y, sin lugar a dudas, no voy a permitirte que insinúes veladamente que aquel mensaje fue una comunicación en clave entre Opal Sunley y Junior. Yo creía que hoy era día de reunión de los socios de tu club de crucigramas.

—Soy muy capaz de manejarme sola —contestó Rebeca, desdeñosa—. No tengo que salir hasta dentro de una hora, y la forma en que estás tratando de librarte de mí sólo hace que el teniente Tragg sospeche más de Junior. Sabes tan bien como yo que existe la posibilidad de que concertaran sus citas por medio de esos mensajes grabados en la lata. Nunca se atreverían a hacerlo por teléfono. Apostaría mi cabeza a que suponen que Opal era una mujer casada, dada la manera en que estaba actuando Junior. La muchacha habría podido...

Desde el sótano, Hester llamó a su ama, diciendo sin emoción alguna:

—Señora, aquí hay otra cosa.

Mistress Gentry se acercó al sótano, mirando por encima de sus hombros, consciente de la circunstancia de que dejaba solos a

Rebeca y a Tragg, consciente también de que era muy posible que fuese esto lo que deseaba el teniente. Por otra parte, era indudablemente lo que Rebeca quería. Llamando a Hester, preguntó:

—¿Qué pasa?

—Otra.

—¿Otra qué?

—Otra lata vacía en el estante —contestó Hester.

Mistress Gentry se dirigió al sitio en que el teniente colocaba una silla, muy cerca de Rebeca, como acto preparatorio para la intimidad de una conversación en voz baja. Tragg se volvió a mirar.

—Hester dice que hay otra lata vacía en el estante del sótano, teniente —exclamó la dueña de la casa.

Tragg se levantó y se dirigió al sótano con largos y rápidos pasos, descendiendo los escalones de dos en dos.

—Aquí. Yo...

—¡Por Dios! ¡No la toque! —exclamó Tragg.

La lata vacía chocó con el piso de cemento, produciendo un ruido característico.

—No le dije que la tocara.

—Me dijo que no la tocara —respondió Hester, impasible.

Tragg recogió cuidadosamente la lata, sosteniéndola de manera que sus dedos la tocaran en un solo lugar. La colocó en el banco de carpintero y sacó de su bolsillo un pequeño estuche de cuero provisto de un broche metálico, un estuche no mucho más grande que de gafas.

Las dos mujeres, que habían bajado la escalera detrás del teniente, le observaban fascinadas y en silencio mientras él abría el estuche, del cual sacó un cepillo de pelo de camello y tres pequeños envases. Quitó la tapa de uno de ellos y pudo verse que contenía un fino polvo. Tomó un poco de polvo con el cepillo de pelo de camello y lo extendió sobre la superficie de la lata.

Tragg examinó cuidadosamente las huellas dactilares que reveló el polvo y dijo a Hester en seguida:

—Muéstreme sus manos.

Cuando Hester las extendió para que el teniente las examinara, éste abrió otro de los pequeños botes, que contenía una pegajosa tinta negra, que Tragg colocó en las yemas de los dedos de la

criada; luego tomó la impresión sobre una hoja de papel de su libreta.

—¿Qué pasa? —preguntó Hester de mal humor—. Yo no he hecho nada.

El teniente Tragg no tenía las maneras bruscas, que infunden miedo, de los detectives graduados en la Brigada de Homicidios. Era, en cambio, afable, cortés y tanto más cuanto más cerca le parecía estar de la verdadera pista. Y por eso, con una sonrisa en sus labios para tranquilizar a la criada, díjole:

—Lo siento mucho. Creí que me comprendería. Estoy tratando de encontrar huellas dactilares de la persona que colocó la lata en el estante. Por esto, tengo que eliminar las suyas.

Mistress Gentry sabía muy bien que Hester no entendía lo que el teniente quería decir con la palabra «eliminar», por lo que a manera de explicación, agregó:

—Quiere tener sus huellas dactilares, Hester, sólo para echarlas a un lado.

—¡Ah, sí; está bien! —exclamó la criada.

Pero Tragg no descartó las huellas dactilares de nadie. En lugar de eso, confrontó las de Hester, mediante un magnífico cristal de aumento, con las que aparecían en la lata vacía. Mientras efectuaba tal examen, observó sumo cuidado a fin de que no se imprimieran sus propias huellas dactilares en la superficie de la lata.

—¿Dónde estaba esta lata? —preguntó Rebeca.

Al parecer, el teniente Tragg encontró innecesario contestar la pregunta. Rebeca, entonces, se volvió hacia Hester, preguntándole:

—¿Dónde la encontró?

La criada, sin decir palabra, señaló el estante, y Rebeca exclamó:

—¡Dios! ¡El mismo lugar en que estaba la otra lata!

Mistress Gentry hizo a su vez una señal afirmativa con la cabeza.

—En el interior de la otra tapa había escrito algo. Mister Mason lo descubrió.

—Yo lo pasé por alto —comentó el teniente, riendo—. Es preciso reconocer el ingenio de mister Perry Mason. Es un abogado muy perspicaz, muy astuto. ¿Puede facilitarme un abrelatas, mistress Gentry?

—Sí. ¿Y qué me dice usted acerca de las huellas dactilares?

—Las que se distinguen pertenecen a Hester —contestó Tragg moviendo la cabeza—. Al parecer, la persona que colocó la lata ahí tomó previamente la precaución de no dejar huellas.

—Pero quienquiera que la haya colocado tiene que haber dejado algunas huellas —comentó Rebeca.

—No las ha dejado, en el caso que deliberadamente haya tratado de que no quedaran impresas —replicó el teniente.

Mistress Gentry entregó el abrelatas a Tragg. Éste abrió el tarro y desprendió la tapa.

Hester permaneció a cierta distancia con el ceño fruncido, pero la dueña de la casa y Rebeca se aproximaron al teniente cuando ésteladeó la tapa para poder examinar su superficie más cerca de la luz.

—Muy bien —dijo—. Aquí tenemos algo escrito. Parece otro mensaje en clave.

—¡No diga! —exclamó Rebeca con la voz temblorosa por la emoción—. No me diga que se producirá otro crimen, teniente.

Tragg, dirigiéndose a mistress Gentry, dijo:

—¿Quiere leer...?

La dueña de la casa miró de soslayo la tapa de la lata, y luego se excusó así:

—No puedo leer sin mis lentes estas letras tan pequeñas...

—Yo sí puedo —se ofreció Rebeca.

—Mi cuñada tiene magnífica vista —comentó mistress Gentry.

—Sosténgala por la orilla para no dejar marcadas sus huellas —ordenó Tragg—. Después que haya visto qué palabras son, voy a espolvorear la tapa para fotografiar las huellas.

Lentamente, Rebeca deletreó el mensaje en clave, mientras el teniente lo transcribía en su libreta. En seguida, Tragg se acercó a ella para examinar y comparar lo que él había escrito en el mensaje de la lata.

—¡Muy bien! —exclamó finalmente—. Ahora la espolvorearé. Me parece que no encontraré huellas; pero, de cualquier modo, veamos.

Cuando se aseguró de que no había huella dactilar alguna, agregó:

—Muy bien. No hay nada que hacer.

Rebeca hizo una mueca desdeñosa y, categóricamente, se dirigió a su cuñada:

—Yo apostaría a que se trata de un correo amoroso y a que esa taquígrafa está tratando de sacar las castañas del fuego valiéndose de Junior.

—¿Dónde está Junior? —preguntó Tragg a mistress Gentry.

—En la ferretería, con su padre.

—Creo que sería conveniente llamarle por teléfono para que venga en seguida —dijo el teniente.

La dueña de la casa, obediente, se dirigió hacia la escalera, pero a medio camino se detuvo para preguntar:

—¿Debo decirle para qué le necesita?

—No. Dígale sólo que estoy aquí y que deseo que venga en seguida.

—Respecto a esa lata —dijo la señora—, Junior no...

—Comprendo —le interrumpió Tragg—, pero, ¿no le parece mejor que el mismo Junior lo declare?

Mistress Gentry siguió ascendiendo la escalera y cerró la puerta. El teniente se dirigió a Rebeca y le dijo:

—Trataremos de...

—Mire —exclamó Rebeca con los ojos brillantes por la emoción que la embargaba—, se me acaba de ocurrir una manera de averiguar si es Junior.

—¿Sí? —inquirió Tragg, y en el tono de su voz distinguióse una afable cortesía.

—Podemos cerrar esa lata —dijo Rebeca— y volver a colocarla en el estante.

Trataba simplemente de impresionar a Tragg al sonreír con coquetería.

El representante de la justicia frunció el ceño y exclamó:

—Podríamos obtener algún resultado en el caso de que fuera posible volver a colocar la tapa sin que pareciese que la lata ya hubiera sido abierta.

Rebeca menospreció esa objeción con rápida réplica mordaz del apasionado que sostiene una idea propia:

—Podríamos copiar el mensaje en la tapa de otra lata y colocarla en el estante. Al fin y al cabo, la persona a quien está dirigido el mensaje no puede saber en qué lata le han escrito.

Tragg miró a Rebeca, revelando en su vista cierto respeto hacia ella, y aceptó su insinuación.

—Eso sería estupendo.

Rebeca, consciente de la impresión que había producido, bajó la vista modestamente. Su falda agitóse levemente, mientras contoneaba sus huesudas caderas, y dijo:

—De una u otra manera, teniente, usted provoca la inspiración en quienes le rodean.

Tragg titubeó durante un momento; luego, corrió hasta la escalera y subió de dos en dos los escalones, llamando a mistress Gentry para que no se comunicara por teléfono con su hijo.

—Ahora, miren ustedes —dijo cuando volvieron a rodearle las tres mujeres en el sótano—. Voy a llevarme esta lata como prueba. Pero voy a copiar el mensaje en otra, que sellaré y colocaré en el estante. No quiero que nadie más sepa lo que he hecho. Ninguna de ustedes comunicará a nadie lo ocurrido. ¿Comprende, Hester?

—Si mistress Gentry está de acuerdo... —repuso la criada, mirando a su ama.

—Sí, Hester —dijo la dueña de la casa—. No debe informar a nadie.

—¿Y usted? —preguntó el teniente a Rebeca.

La solterona apretó los labios y asintió, haciendo con vehemencia una señal afirmativa con la cabeza. Tragg miró ahora a mistress Gentry, quien dijo:

—Es incomprensible para mí la circunstancia de que estén usando el sótano de mi casa para...

—Pero, ¿comprende usted la absoluta necesidad de que este asunto quede únicamente entre nosotros? —preguntó el representante de la justicia.

Lentamente, la interpelada contestó moviendo la cabeza.

—Lo cual significa que no debe contarle ni siquiera a su marido —agregó Tragg.

—Yo no le oculto nada a Arthur. Yo...

—Pero se trata ahora de algo que «debe» ocultarle. Todas deben guardar absoluto y completo silencio. ¿Comprenden?

—Si usted lo ordena, así será.

—Así lo ordeno; y esto significa especialmente que Junior ha de ignorar lo ocurrido.

—Supongo que debo agradecerte a ti... —dijo mistress Gentry, dirigiéndose, resentida, a su cuñada.

—¿Me promete? —le interrumpió Tragg.

—Sí —respondió la interpelada—. Sí, si me lo ordena. Pero verá cómo no será Junior quien caerá en su trampa.

—Ahora adquiriré una lata —dijo el teniente—. Grabaré estas letras en la tapa del tarro con la hoja de mi cortaplumas.

Rebeca dirigió a Tragg una sonrisa de esas que la mujer libre de cuarenta años otorga a un hombre atrayente.

—Yo le buscaré una lata y le indicaré cómo hay que cerrarla.

—¡Gracias! —dijo Tragg—. Pero antes desearía usar el teléfono. ¿Está en un sitio desde el cual pueda hablar sin que nadie me escuche?

—Bueno —dijo mistress Gentry—; no se halla en una cabina, si a eso se refiere. Se encuentra en el salón, pero...

—Está bien —repuso el teniente.

—No escucharemos —le aseguró Rebeca.

—Y para que se convenza de que no le escucharemos —agregó la dueña de la casa, esbozando una leve sonrisa—, todas permaneceremos en la cocina.

—Bueno —dijo Rebeca, indignada—; no veo razón alguna para que permanezcamos apiñadas como...

—Todas permaneceremos en la cocina —le interrumpió con firmeza su cuñada.

Rebeca, indignada, apretó los labios y subió la escalera, pisando los talones a Florence, en dirección a la cocina; mientras Hester taconeaba tras la solterona, Tragg se encaminó hacia el salón. Cerrando cuidadosamente la puerta, echó la llave suavemente a la misma. Muy a su pesar, la llave chirrió; pero ya no podía remediarlo. El representante de la justicia tomó el teléfono, sacó su libreta, llamó al detective Texman, y cuando éste contestó, el teniente dijo:

—Tex, habla Tragg. Tome el diccionario y consulte las palabras correspondientes a los datos que voy a dictarle. ¿Tiene lápiz...? Muy bien. Séptima palabra de la primera columna de la página quinientas sesenta y nueve. Sexta de la primera columna de la página seiscientos quince. Segunda palabra de la segunda columna de la página cuatrocientas cincuenta y cinco. Séptima palabra de la primera columna, página trescientas setenta y siete. Duodécima palabra de la primera columna, página setecientos cuarenta y ocho.

Decimoséptima palabra de la segunda columna, página cuatrocientas setenta y dos. Undécima palabra de la segunda columna, página mil ciento treinta y una. Sexta palabra, segunda columna, página trescientas sesenta y cuatro. Vigésimo segunda palabra: segunda columna, página mil noventa y cuatro. Cuarta palabra, primera columna, página ochocientos treinta y dos. Y vigésimo sexta palabra de la segunda columna de la página seiscientas. Cuando tenga la lista, llámeme a casa de Arthur Gentry. Permaneceré aquí hasta que usted me llame. No puede tardar mucho. Léame las palabras en el mismo orden. Y guarde absoluto silencio sobre este mensaje. No quiero que una sola palabra del mismo trascienda a los periódicos..., ni siquiera a nadie más del departamento de Policía. Manténgalo en el más absoluto secreto en su oficina. ¿Entendido? Muy bien. Hasta luego.

Tragg colgó el receptor y regresó a la cocina, donde Hester estaba ocupada mondando patatas y la dueña de la casa limpiaba con un trapo un tarro de lata, al mismo tiempo que observaba a su cuñada con tolerante buen humor.

Rebeca, sentada muy erguida en la silla de la cocina, golpeaba el suelo con los pies. Su magro y rígido cuerpo se estremecía de indignación. Se puso en pie para enfrentarse al oficial:

—¿Era menester echar la llave a esa puerta?

El representante de la justicia la miró, y sus ojos azules revelaron una cándida sorpresa cuando exclamó:

—¡Dios santo! ¿Eché la llave? Producto de la costumbre de un hombre que toda su vida se ha ocupado en descubrir crímenes. Miss Gentry, le pido mil perdones. Espero no me guarde rencor.

Al decir las palabras anteriores, le tendió la mano y como Rebeca, con vacilación, estirase la suya, magra y huesuda, Tragg la oprimió con su mano izquierda, y permaneció un momento sonriéndole.

La indignación desapareció del rostro de la solterona y también ella sonrió, mimosa y picarescamente. Luego, contestó:

—¡Nadie podría negar el perdón a un arrepentido tan atrayente!

—Olvida el incidente, Rebeca —le dijo su cuñada—. El teniente es un hombre que tiene mucho trabajo. No tiene tiempo para ocuparse de nimiedades. Al fin y al cabo, no es un pretendiente.

Rebeca se volvió hacia su cuñada y empezó a decir algo; pero

luego cambió de parecer. Al volverse de nuevo hacia Tragg desapareció la furia de su rostro y esbozó una sonrisa al decir:

—Siéntese, teniente.

—Usted primero, miss Gentry —repuso él, haciéndole una reverencia y sosteniéndole la silla galantemente.

Rebeca suspiró llena de satisfacción. Se sentó en la silla de respaldo recto de la cocina como si hubiese sido la estrella de una película que acoge a un enamorado arrepentido y fervoroso.

—¿Descifra crucigramas de cuando en cuando..., en sus días francos, teniente? —le preguntó de un modo atrayente.

Capítulo 12

Mason salió del ascensor y recorrió el largo pasillo del edificio en el cual estaba su oficina. Llevaba el sombrero ladeado graciosamente y las manos metidas en los bolsillos. Silbaba la atractiva melodía de una de las canciones en boga y todo su aspecto revelaba al hombre satisfecho de sí mismo y de la vida.

Abrióse la puerta de la oficina de Paul Drake, y Della Street, asomando la cabeza, salió a su encuentro.

Mason se volvió para mirarla, sonriéndole, y exclamó:

—¡Hola, Della! ¿Por qué tanto apresuramiento?

—Estaba esperándole —dijo—. He estado tratando de encontrarle.

—¿A qué se debe?

Della miró a todos lados, colocó su mano en el brazo de Mason y le dijo:

—¡Vamos a la oficina de Paul Drake!

Lentamente se desvaneció la sonrisa de los labios de Mason. Della Street le condujo, pasando cerca de la mesa del conmutador, hasta la oficina privada de Paul Drake.

Este último, al ver entrar a Mason, dijo a Della:

—Veo que dio con él.

Mason, descuidadamente, se apoyó en el borde del escritorio de Drake y preguntó:

—¿Qué sucede?

—Averiguaron algo relativo al teléfono, Perry —contestó el interpelado.

—¿Qué averiguaron?

—Algo relacionado con la casa de Hocksley.

—¿Las huellas dactilares?

—No. Otra cosa.

—¿Qué?

—La casa había sido conectada con una ingeniosa alarma contra ladrones. En la base tenía un pequeño agujero que parecía servir para un telégrafo eléctrico. En realidad, era una pequeña lente. Un rayo de luz invisible lo atravesaba de parte a parte, y cuando alguien caminaba a través de ese rayo, funcionaba la alarma. Al levantar el auricular del teléfono, éste desconectaba todo el sistema. Para volver a establecer la conexión había que hacer girar un interruptor que se hallaba al lado de la caja de seguridad y volver a colocar el auricular en su lugar.

—¡Ah, ah! —dijo Mason.

Su secretaria y Drake le miraron con ansiedad, y al cabo de un momento éste le preguntó:

—¿Se da cuenta de la situación en que aparece el joven Gentry? El abogado asintió con un movimiento de cabeza.

—Y todo se relaciona —comentó su secretaria— con el mensaje de la lata. Con esos antecedentes, Tragg puede llevar el asunto a los tribunales.

Perry encendió un cigarrillo y dijo, en actitud pensativa:

—Sí; ésa sería una explicación. La lata misma era una señal. La colocación de ésta en el estante significaba que había llegado la hora de robar la caja de seguridad. Si cualquier acontecimiento imprevisto requería la menor modificación en los planes, ésta sería anotada en clave en el interior de la lata.

—Tal modificación fue anotada —dijo Drake—, y la persona a quien estaba dirigida la recibió.

—Y obró de acuerdo con la misma —agregó la secretaria, mirando significativamente a su jefe.

—Y son las huellas dactilares de Junior —agregó Drake— las impresas en el teléfono. Y supongamos, Perry, para reforzar el argumento, que el mensaje está relacionado con el teléfono. Puede darse cuenta de la situación en que tal circunstancia coloca al joven Gentry. Naturalmente —prosiguió Drake—, es posible que no acierten jamás a descifrar esa clave. Pero la Policía hoy en día está asesorada por algunos descifradores muy inteligentes. Cualquiera que sea el mensaje, apostarí a que Tragg lo tendrá descifrado dentro de una semana o dos, o tal vez mucho antes.

Mason encendió un cigarrillo, echó humo por la nariz, y dijo:

—¿Cuál cree usted, Paul, que sería el porcentaje de probabilidades?

—¿Probabilidades de qué?

—De que el mensaje tenga algo que ver con el teléfono.

—Me parece que las apuestas estarían niveladas —respondió Drake.

—Bueno —dijo el abogado, evitando mirar a su secretaria—; nos ocuparemos del asunto a su debido tiempo. ¿Nada más de nuevo?

—Sí —contestó Della—. Rodney Wenston le espera en la oficina. Le acompaña una mujer que afirma ser la hija del socio de Karr. Wenston cree que es una impostora y quiere que usted le tienda un lazo.

—¿Ha visto ella a Karr?

—No. Karr convino con Wenston que éste contestara las llamadas telefónicas y atendiera todas las solicitudes que se produjeran con motivo del aviso. Wenston dice que si no le presenta una prueba ni siquiera va a dejarla hablar con Karr. Agrega que él no era partidario de que su padrastro publicara ese aviso en el periódico, porque es indudable que atraiga a algunas estafadoras. Expresa que si Karr quisiera hacer algo efectivo, debería contratar los servicios de una agencia de detectives que se encargara de averiguar el paradero de la hija de su ex socio, pero que su tutor se hallaba muy impaciente y había dicho que no podía esperar.

—¿Dónde está ahora esa mujer?

—Esperando en su oficina, con Wenston. Éste no le ha permitido que cuente su historia. Quiere que usted esté presente cuando ella hable por primera vez.

—Hay algo más, Perry —agregó Drake.

—¿Qué?

—Wenston desempeña el papel de «niño bien». Posee una propiedad entre Culver City y Santa Mónica, un hangar y un estupendo campo de aterrizaje. Va y vuelve de San Francisco en avión constantemente. ¿Adivina a quién lleva de pasajero en casi todos los viajes?

—¿A Karr? —preguntó Mason.

Drake asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Algo más?

—Sí, cuando Karr va a tomar el avión, llega al hangar una gran

limousine. El chófer abre una reja cerrada con llave que se halla en la cerca que rodea la propiedad, sigue por la calzada para coches, para el lado de la casa y continúa hasta el extremo del hangar. Wenston ya tiene para entonces caliente el motor de su aeroplano. El taxímetro gira en torno a éste; se abre una puerta; descienden dos hombres..., ese sirviente chino y John Blaine, quien, al parecer, es un guardia de corps. En seguida Karr, y...

—Espera un minuto —le interrumpió Mason—. ¿Dijo usted baja?

—Eso dije.

—¿Quiere usted decir que anda?

—¡Ah, ah! No muy bien, pero anda.

—¿Cómo lo supo, Paul? —preguntó Mason, excitadísimo.

—Conversando con un curioso vagabundo que vive en una choza junto a las vías del ferrocarril, a la derecha del camino, cerca de donde Wenston tiene su campo de aviación. Usted sabe cómo son tales vagabundos. Se establecen en un lugar baldío abandonado y construyen sus chozas con latas de petróleo, pedazos viejos de chapa y unas pocas tablas por aquí y por allá.

Mason movió la cabeza.

—Este vagabundo ha visto partir y regresar a Wenston. De cuando en cuando, un pasajero desciende o asciende en el extremo más distante del campo de aterrizaje. Un hombre fornido, probablemente John Blaine, está siempre a mano, y también un chino. Por lo general, el pasajero camina los pocos pasos que median entre el avión y el automóvil y sube a éste. Anda un tanto despacio, pero anda. De acuerdo con la descripción, debe de ser Karr.

—¿No engaña ese vagabundo? —preguntó Mason.

—No puedo responder de él —contestó Drake—. Me parece que no es un pillo, pero es un curioso tunante. Encontré su choza y me pareció que merecía la pena tratar de sonsacarle. Usted me dijo que me informara sobre Wenston. No creo que habría logrado sobornar al viejo con ninguna cantidad de dinero, pero me vestí con ropas gastadas y un rollo de mantas y caminé a lo largo de las vías. Me detuve para pasar el día con él; había llevado una botella de licor barato en mi rollo de mantas. Nos regalamos con una soberana mona. Todavía me duele la cabeza a consecuencia de la misma,

pero a él se le desató la lengua y me contó una serie de cosas.

—Tal vez sea conveniente que yo vaya a conversar con él —dijo Mason haciendo una mueca y mostrando los dientes.

—¡Usted! —dijo Drake—. Es horrible, Perry. Si hubiera pasado por lo que yo pasé se habría muerto. Ese licor era terrible. Siento la cabeza como una bomba próxima a estallar.

—¿Y por qué no bebe un licor mejor cuando quiere emborracharse, Paul? Eso se carga a gastos de representación. Es la primera vez que se economiza en cuanto a eso.

—Sí —contestó Drake, ásperamente—. Algo muy agradable me sucedería si fuese caminando por los rieles como un vagabundo y luego sacase de mi rollo de mantas una botella de licor fino. Me paso la noche encontrando cadáveres para cubrir de gloria su nombre; apenas duermo un par de horas; salgo y me emborracho con licores baratos y, como resultado, jése es el agradecimiento que recibo de usted!

—Es falta de imaginación, Paul —dijo Mason dirigiéndose hacia la puerta—. Debiera haberle dicho que usted era un ladrón de licores, o bien haber puesto un licor fino en una botella con etiqueta de marca barata.

—Ensaye esa maniobra con esta clase de zopencos. Haga la prueba, compañero. Manos a la obra.

Fuera, en el pasadizo, Mason preguntó a su secretaria:

—¿Esa gente está esperando?

—Sí —contestó Della—. Les dije que usted se hallaba en una conferencia en el despacho de otro abogado, y que no podía avisarle por teléfono porque me había dado órdenes estrictas de no molestarle, pero que me parecía que podría ir a explicarle la situación y hacer que usted regresara conmigo. ¿Qué le parece? ¿Colocó esa lata con el nuevo mensaje?

—Eso no es nada —dijo Mason—. Fui con una pequeña caja y con guantes; dije que deseaba examinar nuevamente la casa y especialmente que quería ver las manchas de la pintura de la puerta del garaje. Para que me acompañara, enviaron a Hester, la impasible criada que, indudablemente, no parece nada inteligente. Esperé a que se volviera y coloqué la lata encima del estante sin ser visto por nadie.

—¿Cree usted que la criada no se ha dado cuenta?

—Ni siquiera se volvió para mirar cuando empecé a subir la escalera. La criada es un asno o está tratando de mantenerse al margen del asunto aparentando que lo es. Pues bien: ahora hemos tendido la trampa, y esperaremos a ver lo que resulta.

—No me agrada el cebo colocado —dijo Della—. Tenga cuidado; cualquier persona puede encontrarlo.

—Me preocuparé de eso —le prometió Mason.

Mason abrió la puerta de su oficina privada y entró. Su secretaria dijo:

—Los haré pasar. Míster Wenston quiere conversar con usted antes que hable con la muchacha.

—Muy bien; hágalo pasar. Veamos qué le ocurre.

Wenston, muy acicalado, penetró en la oficina privada de Mason. Saludó con una afable sonrisa a Della Street y con un apretón de manos a Mason.

—Sobreviene una complicación —dijo—. La muchacha que ha acudido al aviso es una impostora. No he querido ni siquiera oírla. Deseo que cuando por primera vez cuente su historia usted esté presente. No quiero que comparezca ante mi tutor hasta después que usted haya hablado con ella. Luego tendré que llevarla a verle a él. Usted puede hacerla caer en el lazo y desenmascararla...

—¿Qué le hace pensar que es una impostora, cuando ni siquiera ha hablado con ella? —preguntó Mason.

—No lo sé —respondió Wenston—; yo creo que es algo así como una intuición telepática. No parece ser la verdadera hija del socio de mi tutor. La circunda un halo de falsedad.

—¿Y quiere usted que yo hable con ella? —preguntó el abogado.

—Quiero que la interrogué, que la someta a un examen.

—¿No sería mejor hacerlo frente a míster Karr?

—No. Estoy en conocimiento de la mayoría de las circunstancias. Quiero saber si dice la verdad. En caso negativo, no le permitiré ni siquiera aproximarse a Karr.

—¿Y quiere usted que yo la interrogué? —preguntó Mason.

Wenston asintió con un movimiento de cabeza, a lo cual el abogado dijo:

—Bueno; la haremos pasar, y veremos qué sucede.

Doris Wickford penetró en la oficina de Mason, precedida por Della Street. Tenía entre veintisiete y treinta años —calculó Mason

—, cabello muy negro, cejas finas, largas pestañas, ojos apizarrados y tez pálida, lo cual, agregado a su semblante rígido, le comunicaba un aire de extraordinaria desenvoltura.

—Buenas tardes —dijo—; ¿es usted míster Mason? —y se aproximó a estrecharle la mano. Sus ojos negros grisáceos le escudriñaron con firmeza largo rato. Luego agregó—: Me imagino que míster Wenston le ha dicho que soy una impostora.

El abogado rió, y Wenston dijo con dignidad:

—Le he pedido que la interrogué.

—Era lo que esperaba —repuso Doris Wickford—. La razón por la cual no di a míster Wenston todos los detalles es que no quiero que se me interrogué una y otra vez. No me importa decirle a usted, míster Mason, que yo sé que no fue míster Wenston quien puso ese aviso en el diario. Salta a la vista que míster Wenston es demasiado joven para haber estado asociado con mi padre en el año mil novecientos veinte. Además, algo sé respecto de las personas con quienes mi padre estuvo asociado. Uno de ellos era un hombre llamado Karr, y presumo que es él quien, en realidad, ha puesto ese aviso en el periódico. Le he preguntado a míster Wenston si así era efectivamente, y se ha negado a responderme. Le he preguntado si tiene alguna relación con un tal Karr, o si trabaja a sus órdenes, y me dijo que trataríamos esa cuestión en su despacho. Pues bien, la manera en que yo considero que debe procederse es ésta: si míster Karr es la persona realmente interesada, debo entrevistarme con él, para proceder a arreglar las cosas de una manera o de otra.

Wenston movió la cabeza con firmeza y exclamó:

—No someteré a mi tutor al esfuerzo que le produciría una entrevista si no me cercioro previamente de que la misma se justifica. Tiene que convencerme antes que pueda verle.

—¿Y hasta qué punto va a exigirme pruebas convincentes? —preguntó miss Wickford, examinando a Wenston de pies a cabeza con una mirada mucho menos que cordial.

—Necesitaré una serie de pruebas convincentes.

—Muy bien; aquí están —exclamó alegremente miss Wickford, aproximando una silla y abriendo el cierre de un gran bolso que llevaba bajo el brazo.

—¿Cómo se llamaba su padre? —dijo Wenston mirando significativamente a Mason—. Así economizaremos tiempo.

—Wickford —contestó la muchacha mirándole despreciativamente—. Sufrió algunos reveses de fortuna y sus acreedores le persiguieron, por lo cual se dirigió a Oriente. En Shanghai adoptó el nombre de Tucker.

—Su primer nombre era algo raro —dijo Wenston estudiándola detenidamente—. Tal vez pueda decirnos cuál era.

—Puedo decirle cuál era —dijo—, y también puedo decirle cómo lo adoptó. El nombre era D-O-W, y proviene de las iniciales de mi nombre, Doris Octavia Wickford. Octavia era el nombre de mi madre, y cuando mi padre necesitó un nombre propio, con esas iniciales formó la palabra *Dow*.

Esta vez Wenston trató de que su rostro no revelara nada, y preguntó:

—¿Tiene con qué probarlo?

Miss Wickford sacó de su bolso un sobre con las esquinas un tanto ajadas. El sobre tenía un sello chino, y el sello de la oficina postal de origen también pertenecía a una ciudad de China. La muchacha dijo:

—Esta carta fue enviada desde Shanghai el ocho de enero de mil novecientos veintiuno.

Tanto Wenston como Mason se pusieron en pie para echar un vistazo al sobre. Wenston lo tomó en sus manos; pero miss Wickford se lo arrebató con un rápido movimiento, diciendo:

—¡Picaro, picaro! Puede mirarlo, y nada más.

—¿Es una carta escrita por su padre?

—Así es, y notará el nombre: Doris O. Wickford, escrito en el sobre.

—La dirección del remitente, indicada en la esquina superior izquierda —dijo Mason—, es la de George A. Wickford, de Shanghai.

—Eso es. Ése era su verdadero nombre. He aquí una reproducción fotográfica de su certificado de matrimonio con mi madre, septiembre de mil novecientos doce, y aquí tengo una copia del certificado de mi nacimiento, noviembre de mil novecientos trece. Pueden ver el nombre de mi madre: Octavia, y repararán en que fui bautizada con el nombre de Doris Octavia Wickford.

Mason examinó las reproducciones fotográficas de los documentos, y luego levantó la vista para encontrarse con la mirada

perpleja de Wenston.

Miss Wickford dijo:

—Ahora les leeré algunos párrafos de esta carta. Recuerden que a la sazón yo tenía ocho años, y que él me escribió como lo haría un padre a una niña de mi edad.

Sacó del sobre algunas hojas dobladas que estaban escritas con lápiz. El papel era ese papel de arroz delgado, característico de la manufactura china. La muchacha leyó:

Mi querida hija:

Me parece que hace una eternidad que no te he visto. Te echo mucho de menos y espero que seas muy buena. No sé cuándo regresaré para verte, pero confío en que no pasará mucho tiempo. Aquí estoy haciendo buenos negocios, y espero volver y pagar todas las deudas que dejé. Debes recordar que no hay que decir a nadie dónde se encuentra tu papá, porque esa gente que tanto daño me hizo tratará de impedir que reúna lo suficiente para pagar lo que debo. Si me dejan tranquilo por algún tiempo más, no sólo podré pagar todo, sino que me quedará algún dinero. Entonces, volveré a verte, y estaremos juntos mucho tiempo. Tendrás hermosos vestidos y un caballito, si es que todavía lo deseas.

La muchacha miró a los circunstantes y dijo:

—Yo le había escrito diciéndole que quería un caballito para la Navidad.

—¿Y su madre? —preguntó Mason.

—Murió cuando yo tenía seis años de edad, poco antes que papá fuera a China.

—Continúe.

Miss Wickford siguió leyendo la carta:

Tengo un negocio muy bueno aquí, pero no puedo decirte cuál es. Tengo un socio llamado Karr. ¿No te parece divertido cómo se deletrea su nombre? Pero es un buen socio. Y un hombre muy valiente. Hace tres semanas salimos en viaje a lo largo del río Yangtzé, y el bote en que él iba volcó. Algunos barqueros chinos se aproximaron al bote volcado, pero uno de ellos fue arrastrado

por la corriente. Este hombre no sabía nadar. Era chino y aquí no se apreciaba mucho la vida de un trabajador. Dudo de que alguno de Los chinos habría tratado de salvarle, aunque hubiesen sido todos muy buenos nadadores. Pero mi socio Karr nadó, yendo en auxilio del chino, y le rescató. En ese momento mi bote había llegado al costado de aquel en que viajaba mi socio, y los peones chinos maniobraron hasta que lograron enderezarlo, pero perdimos en el río muchísimos objetos que no pudimos recuperar.

El agua es muy amarillenta. Está llena de una especie de lodo. Aun después que desemboca en el océano, colorea toda la zona que circunda la desembocadura del río. Éste es muy grande, y Shanghai se encuentra en un afluente del mismo, llamado Whangpoo.

Shanghai es una ciudad enorme. Nunca podrás imaginarte el bullicio de una de estas ciudades chinas. Parece que todo el mundo estuviese constantemente gritando a voz en cuello. No creerías posible que la gente pudiese hacer tanto ruido.

Papá quiere que Doris sea una buena niñita, y que estudie mucho en la escuela, y lamenta no poder enviarle ese caballo para la Navidad, pues no hay modo de enviar un caballo desde China a los Estados Unidos; pero algún día tu papá volverá, y te llevará un caballito. El papá solitario envía una montaña de cariño a su hijita. Tu querido papá.

P. S. Cuando me escribas aquí, recuerda que debes dirigir el sobre a nombre de Dow Tucker, y enviar la carta a cargo de la American Express Company. En esa forma la recibiré muy bien.

Miss Wickford dobló la carta, la retuvo en sus manos un momento como si se mostrase indecisa en entregársela a Mason para que la examinara. Luego, de repente, la introdujo en el sobre, y dijo simplemente:

—Salvé esta carta porque fue la última que recibí. Me envió otras, pero las perdí. No volví a saber de él, ni supe qué le sucedió.

Wenston se esforzó por evitar aparecer impresionado, y preguntó:

—¿Tiene algo más? ¿Alguna otra prueba mejor?

La muchacha le dirigió una de esas miradas de apreciación impersonal que uno echaría a un insecto pinchado en un alfiler, y

dijo:

—Tengo montones de pruebas. Aquí tengo una fotografía..., un grupo de familia, tomada el año en que murió mi madre. Entonces yo tenía seis años, casi siete.

Sacó de su bolso una fotografía un tanto descolorida, cuya impresión era característica de la época en que fue tomada. Era una fotografía de 9 x 9; aparecían en ella un caballero y una señora sentados en la grada superior de un parque. El caballero sostenía en sus rodillas a una niña. A pesar de las trenzas y de la gran diferencia de edad entre la niña de la fotografía y la actual miss Wickford, el parecido con ésta era muy marcado.

Wenston apretó los labios, miró a Mason y casi imperceptiblemente le hizo una seña afirmativa.

—¿Recuerda a su padre? —le preguntó Mason.

—Naturalmente. Los recuerdos que de él tengo son, por supuesto, los que puede tener una niña de siete años, pues esa edad tenía yo cuando él partió. Supongo que hay cosas que mi memoria ha desfigurado, pero usted deberá tener en cuenta que a la sazón era una criatura; pero, fuera de eso, recuerdo muchas cosas de él; su tolerancia, su indefectible consideración hacia los derechos de los demás, y algo que en ese tiempo no me causaba impresión alguna, pero que, ahora que conozco el mundo, me impresiona, y es que nunca le vi encolerizarse, ni decir una palabra hiriente a nadie. Sin embargo, antes de su partida a Oriente debió pasar por angustias horribles.

—¿Dónde vivía usted?

—La dirección está escrita en esta carta —respondió—. Vivía en Denver, Colorado.

—¿Vivió allí todo el tiempo que transcurrió hasta la desaparición de su padre?

—No desapareció. Simplemente se marchó. No se conseguían empleos en Denver y...

—Muy bien; estímelo usted como guste —la interrumpió Mason—. ¿Vivió mucho tiempo allí? Advertí que su certificado de nacimiento dice que nació en California.

—Así es. Vivimos un tiempo en California, luego fuimos a Nevada y en seguida a Denver. Mi padre trabajaba en las minas. La situación de los trabajadores llegó a ser tan mala que papá presentó

un pliego de peticiones a la compañía y empezó a organizar a los obreros. En esa localidad nunca había sido posible que prosperaran los sindicatos, y la compañía le despidió. Papá se estableció con un pequeño almacén, y todos los mineros empezaron a comprarle. Luego, simplemente, la compañía le arruinó, haciéndole una competencia desastrosa. Querían echarle del país, alegando que su pretendido socialismo iba a arruinar la región. Fue entonces cuando contrajo todas esas deudas. Él...

—Creo, míster Mason, que, al fin y al cabo, vamos a tener que ver a mi tutor —dijo Wenston.

—Podemos comprobar el incidente de ese bote volcado en el río Yangtzé antes que cualquier otra cosa —dijo el abogado.

—No es necesario —repuso Wenston—. He oído hablar sobre ello a mi tutor por lo menos media docena de veces.

Mason se sentó un momento, y, mientras meditaba, se dedicó a tamborilear con los dedos en el borde del escritorio. Súbitamente, preguntó a miss Wickford:

—¿Y usted vio ese aviso en el periódico de esta mañana?

—No. En el que apareció ayer por la mañana.

—¿Por qué no contestó en seguida?

—Estaba trabajando y... Pues bien —respondió sonriendo ligeramente—: convine con la persona que me reemplaza en que hoy no asistiría a mi ocupación. Fui a la peluquería, y desde allí llamé al número de teléfono indicado en el aviso. Pregunté por míster Karr y contestó míster Wenston. Me dijo que él tenía a su cargo las entrevistas preliminares, y me citó. No me dio oportunidad de que le contara absolutamente nada. Apresuradamente me condujo a su despacho. Ahora, si ese aviso no es un engaño, yo deseo ver a míster Karr. Se trata de dinero que me pertenece. No voy a engañarle a usted, míster Mason, ni tampoco a mí misma. Si me llega un dinero de mi padre, bien venido sea, pues tengo necesidad de él.

—¿Trabaja usted? —preguntó Mason.

—Soy actriz, pero actualmente no puedo conseguir empleo. Un hombre me prometió que si iba a Hollywood, él me conseguiría algún papel en el cine, pero me mintió. Actualmente trabajo como camarera en un restaurante, y no me agrada tal ocupación. ¡Cómo me gustaría poder dar al jefe una bofetada y marcharme en seguida!

—¿Con quién vivía cuando iba al colegio?

—Con una tía. Murió hace trece años. En realidad, míster Mason, todo esto puede usted comprobarlo. Pero si este aviso del periódico es sólo una patraña, estamos perdiendo mucho tiempo.

—Creo que a mi tutor le agradaría verla —dijo Wenston a Mason, y luego agregó—: Inmediatamente.

—Muy bien —contestó el abogado tomando su sombrero—; salgamos.

Capítulo 13

Un grupo de personas con rostros tensos rodeaba a Elston A. Karr, sentado en su silla de ruedas. El día había sido caluroso y, sin embargo, una manta cubría sus piernas. Su tez no estaba pálida como siempre, sino sonrojada. Mason, al estrecharle la mano, advirtió que ésta se hallaba seca y caliente. Karr revolvió en sus manos la fotografía y la carta; miró primero a John Blaine y luego a Gow Loong.

—¿Y qué hay? —preguntó.

Blaine no dijo nada. Rodney Wenston habló así:

—Cuando la conduje al despacho de Mason, creía que era impostora, pero esa prueba es muy convincente.

—No soy impostora, y estoy cansada de que se me trate como a tal —exclamó indignada Doris Wickford—. Al fin y al cabo, la idea fue de usted. No he puesto aviso alguno para ponerme en contacto con usted. Usted publicó el aviso para tratar de ponerse en contacto conmigo. Si mi padre dejó algún dinero, no le pertenece a usted, y no hay motivo para que se conduzca como si el dármelo fuera un acto de generosidad por su parte. Al fin y al cabo, existen Tribunales para proteger los derechos de las personas en casos como el presente.

Karr no la miró. Vigilaba a Gow Loong.

El chino extendió su índice, cuya uña sobresalía más de un centímetro de la yema del dedo, y señaló con ella el rostro del hombre que aparecía en la fotografía, exclamando:

—¡Hola! El mismo Dow Tucker.

Karr hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Tal vez esté cansado —dijo el chino dirigiéndose a Karr—. Demasiado *tlabajo*. Tal vez usted *dolmil*... Tal vez una o dos *holas*. *Despielta*, siente mucho *mejol*. Mucha gente. Mucho *hablal*. Mucho

no bien.

—No veo razón para prolongar la entrevista —dijo Karr dirigiéndose a John Blaine—. Esta niña parece ser la hija de mi ex socio. Tendremos que hacer un cheque adicional. No cabe la menor duda de que éste es el retrato de Dow Tucker. Parece lógica su explicación sobre la manera en que llegó a adoptar el nombre de Dow Tucker. Tráigame el álbum de fotografías que tengo sobre el escritorio de mi alcoba.

Gow Loong se transformó en una simple parte del mobiliario. Parecía haber ocultado hasta su personalidad tras la inexpresiva serenidad de su rostro tranquilamente indiferente. John Blaine se dirigió rápidamente hacia el dormitorio.

—¿Siempre guarda esas fotografías en su alcoba? —preguntó Mason con tono indiferente.

—Las fotografías, sí —contestó Karr—. Los negativos se hallan en un lugar seguro. No aceptaría ni un millón de dólares por esos negativos. Representan aventuras en China que le pondrían los pelos de punta. He visto cosas que a los blancos no se les permite ver, cosas que nadie debería ver jamás; el Templo de Buda bajo los muros de la Ciudad Prohibida..., el muerto que se levanta de la tumba para obedecer a un dios Lama. Puede usted pensar que se trata de hipnotismo, de superstición, de imaginación, pero el hecho es que he visto cosas que la razón humana no puede explicar, cosas que no podemos comprender, cosas de las cuales uno no se atreve ni siquiera a hablar. Mire ese álbum, John. Busque algo en esas fotografías tomadas en Shanghai a fines de mil novecientos veinte y a principios de mil novecientos veintiuno.

Blaine volvió las hojas del álbum de fotografías, y dijo:

—He aquí una tomada en un junco chino en el Whangpoo. Aquí aparece él muy bien.

—Muéstrasela a Mason —ordenó Karr—. Quiero que él la vea.

El abogado contempló la fotografía de tres hombres sentados en la cubierta de un junco muy grande. La cámara había enfocado los rostros. En el fondo aparecía una confusa extensión de agua, y los vagos contornos de una ribera y una pagoda fuera de foco. Los hombres sonreían a la cámara con esa expresión tonta con que se obedece al fotógrafo cuando éste ordena sonreír. Sobre una mesa, delante de ellos, había una enorme tetera. Tres tazas chinas se

hallaban colocadas sobre esos característicos platillos que proporcionan un firme lugar de apoyo a los recipientes. Detrás del grupo, un poco a un lado, un chino, que indudablemente era Gow Loong, miraba solícitamente al hombre del centro del grupo, que era Elston A. Karr, más robusto, veinte años más joven, pero siempre con esa mirada resplandeciente y fría, con esa resolución despiadada e indomable estampada en su rostro. Un cambio notable se había producido en el transcurso de los veinte años. Había perdido peso. Su piel se había aflojado y aparecían bolsas bajo sus ojos; pero no cabía la menor duda de que era Elston A. Karr.

El hombre de la derecha era el mismo que aparecía en la fotografía presentada por Doris Wickford. Eso era indudable; las dos fotografías debían de haber sido tomadas, poco más o menos, en la misma fecha. La cabeza parcialmente calva, la nariz chata, el largo labio inferior, la barba hendida, las tupidas cejas, las sobresalientes orejas de murciélago eran inconfundibles.

Mason fijó la vista en el tercer hombre de la fotografía. Era un individuo gordo de cuello bovino y labios gruesos que, aunque sonreían en la fotografía, no concordaban con la expresión de los ojos, los cuales miraban sombríamente hacia la lente de la cámara. Parecía que aquel hombre había estado acariciando durante largo tiempo un siniestro plan, que sus pensamientos se habían estampado indeleblemente en su rostro.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Mason.

—Un Judas, un sucio traidor... Nos vendió por unas inmundas monedas de plata... Casi causó mi muerte —contestó Karr, y mirando a Doris Wickford, agregó—: Fue el responsable de la muerte de su padre. No lo olvidaré... nunca.

Hubo algo en la manera en que dijo esto último que resonó tan siniestramente como el sonido de un puñal cuando se afila sobre una piedra.

Mason comparó la fotografía del libro con la presentada por Doris Wickford. Movi6 lentamente la cabeza, y luego preguntó:

—¿Tiene más fotografías de Tucker?

Karr hizo una señal a John Blaine y éste, volviendo las hojas del álbum, se detuvo en cuatro ocasiones para mostrar fotografías a Mason. En cada caso aparecían los mismos cuatro hombres: Karr, su socio Tucker, Gow Loong y ese hombre macizo, de rostro siniestro,

que, al parecer, los había traicionado.

De súbito Karr dijo algo a miss Wickford:

—Quiero comprobar más detalles... Dónde ha vivido, en qué se ha ocupado, quiénes la conocen...

—Naturalmente. Usted comprenderá..., era casi una criatura cuando papá se marchó, pero recuerdo claramente. De todos modos, puedo decirle en qué casas hemos vivido... algunas de ellas. ¿Podría decirme si mi padre dejó una cantidad considerable de bienes?

—Formamos una sociedad para realizar una operación peligrosa —contestó Karr—. Yo no sabía que su padre tuviese herederos. La sociedad funcionó, y obtuvimos algunas ganancias. Él fue ejecutado. No llevé ninguna contabilidad formal. La índole de nuestro negocio no hacía posible que nadie promoviera un pleito testamentario. Nos habrían decapitado o enviado a la horca si nos hubieran sorprendido. El negocio era de lo más peligroso, el más arriesgado, el más fascinante del mundo. Fuimos traicionados por un maldito Judas. Pero salí del atolladero con un buen producto. Invertí el dinero. Hice magníficas inversiones. Recientemente, Gow Loong me contó que una noche en que se hallaba apoyado en la batahola del junco con Dow Tucker, viendo bailar a unas niñas en un pueblo chino junto al cual atracamos, éste señaló a una niña china de siete u ocho años, y dijo que había dejado en los Estados Unidos a una hijita de poco más o menos aquella edad. Mi socio nunca me habló al respecto..., era muy reservado en sus asuntos privados y de familia. Gow Loong nunca se dio cuenta del significado de eso hasta hace poco, cuando le hablé de la noche en que Tucker fue capturado y ejecutado. Estoy cansado. Lo pensaré, seguiré el consejo de Gow Loong y descansaré. Dé a míster Blaine todos los datos que pueda recordar: dónde vive, para quién trabaja, el colegio al cual asistió y todo lo demás. Conteste las preguntas que pueda dirigirle míster Wenston.

Miss Wickford hizo un ligero movimiento de cabeza en señal de asentimiento.

—Una cosa más —dijo Karr de repente—. ¿Vivía con una tía?

—Sí.

—Tal vez hayan quedado más cartas de su padre entre los objetos de su tía.

—No había pensado en eso.

—¿Sabe dónde están?

—No.

—Trate de encontrarlas. Puede haberle escrito a ella. Vuelva a verme. No; no vuelva a verme. Manténgase en contacto con míster Mason, que es mi abogado. No haga caso de la hostilidad que pueda manifestarle Rodney Wenston. Él no tiene ni voz ni voto en el asunto. Le di instrucciones en el sentido de conducirse escépticamente en el trato con las pretendientes. Si es usted hija de mi socio, desearé serle útil. Si es una impostora, la enviaré a la cárcel. No quiero perder mucho tiempo en decidir cuál será la medida que deba tomar.

Mason advirtió que Gow Loong estuvo a punto de decir algo, pero que luego cambió de parecer, pues permaneció completamente rígido. En apariencia, ni siquiera había escuchado la conversación.

—¿Quería decir algo, Gow Loong? —preguntó Karr.

—*Maskee* —dijo el chino.

Miss Wickford miró interrogadoramente a Karr, y con toda inocencia preguntó:

—¿Es chino?

Los fríos ojos de Karr parpadearon en una semisonrisa al contestar:

—Algo así como chino. Habla inglés chapurreado de los grandes puertos chinos. La suprema palabra: *maskee* significa «no importa». Y ahora, váyase, hijita. Espero poder comunicarle pronto noticias importantes; pero dejemos que míster Mason compruebe su autenticidad y...

El desagradable sonido del timbre de la puerta le interrumpió. Miró en seguida a Gow Loong, y dijo:

—Vea quién es. No quiero ver a nadie.

Al parecer, Gow Loong no tenía nada que decir a ese respecto. Le oyeron descender la escalera y abrir la puerta, y luego se escuchó una voz autoritaria y violenta y los pasos de dos hombres que subían por la escalera.

El teniente Tragg precedió al chino. Al penetrar en la habitación donde se hallaba reunido el grupo en torno a Karr, dijo:

—Buenas tardes. ¡Ah! Nuevamente aquí, Mason. Y una joven. Espero no resultar molesto. Su criado me dijo que estaba ocupado, Karr; pero, en cumplimiento de mi deber, debo adoptar tal actitud

en todas partes. Espero que me comprenderá.

Tragg interrumpió su discurso y miró inquisidoramente a Doris Wickford.

—Miss Wickford —dijo Mason presentándola—; el teniente Tragg de la Brigada de Homicidios.

—¡Homicidios! —exclamó la muchacha, un tanto espantada.

—Eso es —replicó el teniente—. Es probable que a usted no le interesen los asesinatos, miss Wickford; pero si ha leído los periódicos, sabrá que un hombre y su ama de llaves fueron...

—Pero, ¿usted trabaja en «eso»? —preguntó ella.

Tragg la examinó detenidamente, y luego contestó con voz que pareció evitar pronunciarse decididamente:

—Sí, miss Wickford. Vivían en el departamento de abajo.

—¿Vivían abajo? —preguntó la muchacha con los ojos dilatados que parecieron súbitamente más oscuros.

—En la casa de abajo, a la derecha —repitió Tragg—. ¿No lo sabía?

Miss Wickford miró resueltamente; sus ojos no denotaban vacilación alguna cuando contestó:

—No.

—Perdone —dijo Tragg—, pero tengo que hacer algunas preguntas. Volvamos a la noche del asesinato, caballeros. Usted, Gow Loong, ¿dónde estaba?

—En el *balio* chino. Había ido a *visital* a mis *plimos*.

—¿Cuántos primos? —preguntó Tragg.

—Veintiuno —y al nombrar esa cifra, en los ojos del chino apareció un destello de triunfo.

Miss Wickford interrumpió el silencio al reírse y exclamar:

—¡Veintiún primos!

Karr explicó al teniente:

—Los primos chinos son diferentes de los nuestros. En China, en realidad, sólo tienen cien nombres. Todos los que tienen el mismo nombre se supone que son parientes. Se trata de un vago parentesco. No existe nada comparable en este país.

—Comprendo —dijo Tragg—. Muy interesante. ¿Y usted se llama Loong?

—Ése, en realidad, no es su apellido —intervino Karr—. Él mismo se denomina Gow Loong. Traducido literalmente significa

«nueve dragones...» cantoneses. Por eso, no trate de encontrarlo en los diccionarios oficiales de lengua mandarina. El cantonés es un idioma diverso. Gow Loong el algo así como un sobrenombre chino que significa que posee la fuerza, la sabiduría, el atrevimiento y el coraje de nueve dragones, cada uno de los cuales confiere un atributo: lealtad, valor, perspicacia, sometimiento, sagacidad en asuntos de dinero, inteligencia para el estudio... ¿Cuántos van? Siete. He olvidado los otros dos. No importa. Es suficiente. Con todo, tiene veintiún testigos que pueden confirmar que no se hallaba aquí. Yo también sé que se encontraba ausente de casa. Si quiere comprobarlo, es fácil. ¿Qué otra cosa se le ofrece?

El teniente se dirigió a Blaine, y éste dijo:

—Creo que ya he explicado que cuando se cometió el asesinato regresaba en avión con míster Wenston desde San Francisco. Salimos de esa ciudad a las once. Algunos amigos fueron a despedirme al aeródromo.

—Y estuvo bien —comentó Wenston—. De otro modo, ni yo mismo habría podido probar la coartada.

Tragg, súbitamente, se volvió, dirigiéndose a Karr:

—¡Usted!

—Me hallaba aquí solo —contestó desafiando al teniente con la mirada de sus ojos fríos.

—Es algo excepcional, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿En su sillón de ruedas?

—No. En cama. Creo que ya se lo he dicho antes, teniente...

—No. Me lo dijo Mason.

—¿Qué quiere decir?

—Yo hice las preguntas; pero, según recuerdo, fue Mason quien las contestó.

El hombre sentado en la silla de ruedas siguió mirando fijamente al detective con esa mirada fría y concentrada de la persona que se siente completamente dueña de la situación y se ofende ante familiaridades no consentidas.

—¿Ha encontrado alguna contestación susceptible de infundir sospechas entre las respuestas de míster Mason?

—Tal vez —contestó Tragg.

—Si es así, creo que será menester que pida a míster Mason que

conteste de nuevo por mí. No me siento bien, y esta entrevista me ha fatigado.

—No comencemos mal, míster Karr; estoy tratando de evitarle futuras molestias.

—Gracias por su consideración. No es menester que trate de evitarme nada. Puedo cuidarme solo.

—¿A pesar de que no puede andar? —preguntó Tragg.

—A pesar de que no puedo andar.

—No quiero que exista ningún equívoco al respecto.

—No es necesario. No puedo andar.

—Se encontraba usted solo en el departamento —dijo Tragg—. De acuerdo con mis informaciones, usted, el ama de llaves y Hocksley eran las únicas personas que se hallaban bajo este techo.

—¡Hocksley! —exclamó miss Wickford.

—Hocksley —repitió el detective, volviéndose a mirarla.

—¡Cómo...!

—¿Ese nombre le dice algo? —preguntó el teniente.

La muchacha sonrió y movió la cabeza con aire de duda; pero Tragg siguió observándola, traspasándola con su mirada, y afablemente le preguntó, como si quisiera iniciar una pequeña conversación:

—Ha conocido a un Hocksley en alguna parte, señorita, ¿no es así?

—No —respondió ella.

—¿Le llamó la atención ese nombre por alguna asociación de ideas? A ver, no andemos con rodeos.

—Mi padre mencionaba a un Hocksley en una de sus cartas.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Oh, hace mucho tiempo, unos veinte años.

Karr rió alegremente y dijo:

—Es difícil que sea el mismo Hocksley.

Tragg no desvió la mirada, y siguió interrogando a miss Wickford.

—Usted era una niña entonces...

—Sí.

—¿Qué edad tenía?

—Siete años.

—¿Dónde se hallaba su padre?

—En China.

—¿Qué le dijo respecto a Hocksley?

La muchacha miró a Karr como tratando de captar alguna señal de éste. El teniente dijo:

—Está conversando conmigo, miss Wickford. ¿Qué le dijo su padre respecto de Hocksley?

—Mi padre tenía una sociedad en China. Creo que Hocksley era uno de los socios.

Tragg meditó la contestación de la muchacha durante algunos segundos y luego le preguntó súbitamente.

—¿Cuándo conoció a míster Mason?

—Hace, poco más o menos, hora y media.

—¿Y a Karr?

—Alrededor de cuarenta minutos.

—¿No conoce a alguno de los presentes desde hace más tiempo?

—Conocí a míster Wenston antes que a míster Mason.

—¿Cuánto tiempo antes?

—Pocos minutos antes.

—¿A qué ha venido aquí?

—Ha venido por un asunto de negocios —intervino Wenston apresuradamente—. Es algo sumamente confidencial. No deseo que se diga nada al respecto.

Tragg cerró los labios y murmuró:

—Bien, bien. Veamos ahora. ¿No publicó un aviso, en los periódicos de esta mañana, alguien que deseaba encontrar a la hija de su socio fallecido?

El único ruido que se dejó oír en la habitación fue el ronco resuello de Elston A. Karr. Como impulsados por un resorte, se volvieron para mirarle.

—¿Su padre se llama Wickford? —preguntó el teniente a la muchacha.

—En China actuaba bajo el nombre de Dow Tucker.

—¿Le escribió respecto de la sociedad?

—Sí.

—¿Cuándo? ¿En qué fecha exactamente?

—A fines de mil novecientos veinte.

—¿Qué sucedió después de eso?

—Yo puedo informarle —dijo Karr—. El...

—Cállese, Karr —ordenó Tragg sin quitar los ojos del rostro de la muchacha.

—Mi padre no volvió a escribirme después de una carta de principios de mil novecientos veintiuno. Más tarde supe que había muerto.

—¿Cómo murió?

—Entiendo que fue asesinado.

—¿No lo sabe?

—No.

—¿No fue embarcado su cadáver para ser enterrado aquí?

—No.

—¿Nunca ha recibido bienes de su propiedad?

—No, todavía no.

—¿Viven algunos otros parientes suyos?

—No.

—¿Cuándo murió su madre?

—Cerca de año y medio antes que papá se marchara a China.

—¿Con quién quedó viviendo después que partió su padre?

—Con una tía.

—¿Hermana de su madre o de su padre?

—De mi madre.

—¿Dónde está actualmente?

—Muerta.

—¿Cuánto tiempo hace que murió?

—Tres años.

—¿Y su padre le escribió que estaba en sociedad con un hombre llamado Hocksley?

—Sí.

—¿No mencionó su primer nombre?

—No...

—¿No conserva esa carta?

—No.

—¿Mencionó el nombre del otro socio?

Miss Wickford vaciló un momento y luego respondió:

—Pues bien..., sí.

—¿Se llama Karr?

—Sí.

—¿Recuerda el primer nombre?

Después de transcurridos varios segundos sin que la muchacha contestara, Tragg insistió:

—Le pregunté si sabía su primer nombre.

—Estaba tratando de recordar.

—Bueno, piense de prisa.

Miss Wickford se dirigió a Karr, preguntándole:

—Su primer nombre es Elston, ¿verdad?

—Sí.

—Tenía idea —dijo ella— de que el primer nombre de Karr era Elston. No puedo recordar. Tal vez se deba a una asociación de ideas, porque precisamente esta tarde he conocido a míster Elston Karr. Yo... puedo haber confundido su primer nombre.

—¿Con qué?

—Con el nombre del socio de mi padre.

—¿A qué otros Karr conoce usted?

—A ninguno cuyo nombre se deletree como éste.

—¿Y qué dice usted? —preguntó Tragg a Karr.

—A fines de mil novecientos veinte y principios de mil novecientos veintiuno estuve asociado con tres hombres en Shanghai. Uno de ellos se llamaba Dow Tucker. Creo que era el padre de esta joven. El otro era un hombre llamado Hocksley.

—¿De veras? —dijo el teniente Tragg demostrando interés—. ¿Y qué sucedió con Hocksley?

—Desapareció —respondió Karr, escogiendo cuidadosamente las palabras—. Desapareció en circunstancias sospechosas, llevándose una gran suma de dinero perteneciente a la sociedad. Felizmente, no todos los fondos, pero sí una gran parte.

—De modo que —dijo Tragg—, naturalmente, usted sentía encono hacia Hocksley.

Los ojos de Karr no pudieron dejar de centellear, a pesar de esforzarse para dominar su expresión, al decir:

—Ese hombre no merecía ni siquiera el desprecio.

—¿Y se llevó consigo una gran parte de los bienes de la sociedad?

—Sí.

—En otras palabras: ¿se llevó también una parte de sus bienes?

—Sí.

—Y, naturalmente, ¿usted hizo cuanto pudo por encontrarle?

—Eso es.

—En resumen, Karr: por fin sus esfuerzos se vieron coronados por el éxito. Usted localizó a Hocksley en el departamento de abajo. Arrendó la casa de arriba, y...

—Nada de eso —le interrumpió Karr—. Arrendé esta casa porque deseaba vivir de incógnito. Creo que los recibos de alquiler le mostrarán que diez días o dos semanas después de haberme instalado aquí, el departamento de abajo fue alquilado a un hombre llamado Hocksley. Puedo asegurarle que ni siquiera supe su nombre hasta que se produjo el crimen. Estoy recluido entre las cuatro paredes de mi cuarto. No salgo. Yo...

—¿Su criado chino sale?

—Se encarga de las compras.

Tragg se apretó los labios con los dedos, se volvió hacia Gow Loong y luego hacia Karr, y dijo a éste:

—Bueno, terminemos esta primera parte. ¿Cuál era el primer nombre de su socio en China?

El hombre sentado en la silla de ruedas titubeó, y el detective dijo:

—Vamos, dígamelo. No gana nada con poner obstáculos.

—Le llamábamos Red —repuso Karr—. Creo que nunca supe cuál era su primer nombre... Si lo supe alguna vez, lo he olvidado.

—Tal vez yo pueda ayudarle, teniente —dijo miss Wickford—. Se llamaba Robindale E. Hocksley. Recuerdo que mi padre me escribió hablándome de él. En ese tiempo yo era una niña, pero los nombres siempre se me graban. Le iba a decir esto antes, pero usted me interrumpió haciéndome otra pregunta...

Sin mirar alrededor, Tragg dijo:

—No me está ayudando absolutamente nada, señorita. Yo sabía cuál era su nombre. Sabía todo lo relativo a esa sociedad antes de venir aquí. Las preguntas que he dirigido las he hecho porque quería averiguar quién está tratando de cooperar y quién de encubrir. Karr, ¿por qué no me dijo que su socio tenía el mismo nombre del hombre que fue asesinado?

—No lo supe hasta después del asesinato. Entonces no se me ocurrió que fuera otra cosa que una coincidencia. Creo que nunca supe que el primer nombre de Red Hocksley era Robindale.

—¿Y qué puede decirme usted? —preguntó Tragg a Gow Loong.

—¿Qué *quiere* *saber* de mí? —preguntó el chino nerviosamente.

—¿Cuánto tiempo hace que sirve a míster Karr?

—Hace mucho tiempo.

—¿Desde China?

—*Clalo*, desde China.

—¿Recuerda usted a los tres hombres que formaban la sociedad de que ha hablado míster Karr?

—Red Hocksley —dijo Gow Loong—, *hombre* muy malo. Nunca puede *confial*.

—¿Vio usted alguna vez al hombre que vivía abajo? —le preguntó el detective.

—No *vel* —respondió el chino moviendo la cabeza.

—¿Ha leído su nombre en la puerta?

—No *leel*

—Y usted, ¿qué puede decirme? —preguntó el teniente dirigiéndose a Blaine.

Éste contestó afablemente:

—Hace sólo un año que estoy con míster Karr.

—¿De qué se ocupa?

—Desempeño un papel semejante al de enfermero. Ya lo comprende, míster Karr está...

—¿Asistió a enfermos anteriormente?

—Bueno...

—¿Tiene permiso para usar el revólver que lleva? —le interrumpió Tragg.

Blaine llevó automáticamente la mano a su bolsillo y contestó:

—Obtuve permiso. Yo...

Se detuvo al distinguir que los ojos del detective fulguraban con aire de triunfo.

—¿En qué se ocupaba antes de trabajar como guardaespaldas de Karr? —le preguntó el teniente, riendo.

—Dirigía una agencia de detectives en Denver, Colorado —repuso Blaine abruptamente y sonrojándose—. No ganaba mucho dinero con ese trabajo, y cuando se me presentó esta oportunidad de ganar un sueldo seguro y bueno, la aproveché.

—Eso está mejor —observó Tragg—. Si desea conservar el permiso para llevar esa arma, y si alguna vez quiere volver a trabajar como detective, será conveniente que coopere un poco.

Ahora: ¿qué sabe acerca de Hocksley?

—Absolutamente nada.

—¿Vio alguna vez al hombre?

—Mire, teniente; voy a ser franco con usted. Fui contratado para actuar como guardián de Karr. Sabía que, a causa de una antigua enemistad que databa desde los tiempos en que había vivido en China, su vida podía hallarse en peligro. Nunca le oí mencionar el nombre de Hocksley, y hoy es la primera vez que he tenido noticia de esa sociedad formada en Shanghai. Nunca me especificó Karr el peligro que temía. Tenía idea de que aún efectuaba cierto contrabando de armas..., que consistía en pasar armamento a los japoneses. No entraré en detalles, pero creo que Karr es el cabecilla. Creo que se armaría un lío de todos los diablos, no sólo en torno de Karr, sino en derredor del rumor que circula acerca de que se está haciendo contrabando de municiones, si se llegara a hacer cualquier publicidad relacionada con Karr. No sé cuál sería la reacción del Gobierno, pero me imagino que, por lo menos, fuera de las esferas oficiales, el público se apasionaría por la cuestión. Esa es una de las razones por las que he guardado silencio. No es mucho lo que puedo decirle acerca de los métodos que emplean; pero, según tengo entendido, hay una enormidad de juncos chinos de pesca que parten de todos los lugares de la costa. Esa gente tiene que vivir, y precisamente por eso se dedica a la pesca. Los japoneses han sabido aprovechar la situación. De cuando en cuando registran esos juncos. Algunos son considerados libres de toda sospecha, y otros no. No pueden registrarlos a todos. Como usted comprenderá, a Karr le conviene mantenerse en el anonimato, y... Bueno, ése ha sido mi trabajo. Lo he mantenido oculto.

Tragg respiró profundamente, y luego miró en dirección a Karr.

Este último se dirigió despreciativamente a Blaine, diciéndole:

—Puede guardarse sus chismes. Sus ideas respecto a mis actividades son descabelladas.

Blaine, encogiéndose de hombros, dijo:

—Estoy contratado por usted. Desempeño bien el cargo. Deseo seguir trabajando en la misma forma; pero sé muy bien de qué lado del pan está la manteca. No quiero tener embrollos con la Policía.

—¿Dónde obtuvo su información? —preguntó Karr con frialdad—. ¿Ha estado husmeando?

—No he estado husmeando —contestó Blaine, indignado—. Me informé por usted mismo.

—¿A qué se refiere?

—A pequeños detalles observados en usted, a insinuaciones que ha hecho, a la expresión de su rostro —respondió Blaine, impaciente—. Al fin y al cabo, he sido detective particular, y anteriormente fui policía. ¿Qué diablos creía? ¿Que estando al lado de una persona desde hace un año, no voy a saber para qué ha contratado mis servicios? ¡Caramba!

Tragg se puso en pie, caminó hacia la ventana, permaneció mirando hacia fuera, con las manos en los bolsillos, y luego se volvió para mirar a Perry Mason.

—Mi opinión personal es que estoy girando en círculo. No quiero decir nada todavía. Me sucede esto cada vez que estoy empeñado en descubrir un crimen y me topo con usted; estamos siguiendo una pista, nos encontramos de sopetón en nuestras diligencias, y automáticamente volvemos al punto de partida, de modo que nos hallamos dentro de un círculo vicioso. No es nada más que coincidencia; sin embargo..., son demasiadas las coincidencias.

—Hablando de círculos viciosos —dijo Mason—. ¿Vino aquí simplemente porque le pareció que encontraría a miss Wickford y ella podría informarle acerca de las relaciones que tiempo atrás había tenido Karr?

—No diga necedades —exclamó la aludida—. No es posible que el teniente supiese que yo vendría aquí, pues ni yo misma lo supe hasta el momento que cogí el periódico y...

—He venido a interrogar —interrumpió Tragg.

—Exactamente —prosiguió el abogado—, y me imagino que las preguntas eran muy importantes; y en vista de que para todos nosotros ha sido puramente casual el descubrimiento del antiguo socio de Karr, es natural que yo esté preguntándome a qué se debió en realidad su visita. ¿O es acaso miss Wickford una socia disimulada?

—Muy bien; satisfaré su curiosidad, Mason. He venido a hacer esta visita para averiguar algo relativo a un teléfono.

—¿Qué teléfono? —preguntó Mason.

—Uno que parece haber sido algo más que teléfono, y he

pensado que Karr podría tener algún interés en el mismo.

—No me interesan los teléfonos —replicó Karr, fastidiado—. Soy un hombre enfermo, y las pruebas de esta tarde no me han sentado muy bien.

—El *señol* debía *habelse* acostado hace ya tiempo —dijo el chino—. *Podlía acostarse ahola*.

—Muy bien, Gow Loong —respondió su amo.

—Un momento —ordenó el detective—. Quiero hacer un par de preguntas más.

—El *señol enfelmo* —dijo Gow Loong—. No puede *hablal*.

—Acerca de ese teléfono —insistió Tragg colocando una de sus manos en la silla de ruedas.

—¿Qué sucede con el teléfono? —preguntó Karr con la voz ahogada por el esfuerzo.

—Existen motivos para creer que la persona que cometió el asesinato tenía una razón muy plausible para levantar el auricular telefónico.

El abogado evitó mirar a Tragg.

—Supongo que querría llamar a alguien —dijo Karr—, para lo cual es preciso levantar el auricular telefónico.

—Cuando por primera vez examinamos ese teléfono —prosiguió el teniente, pasando por alto el sarcasmo del hombre sentado en la silla de ruedas—, reparamos sólo en un teléfono de escritorio corriente que tenía dos huellas dactilares estampadas con pintura en el auricular. Después efectuamos una investigación más detallada, y encontramos que hay algo extraordinario.

—No ande con rodeos —dijo Karr—. Si quiere lanzarme una acusación, hágalo.

—Está tratando de sorprender su buena fe, míster Karr —dijo el abogado—. Son los métodos de que se vale la Policía para lograr confesiones. La salud achacosa de una persona no hace cambiar sus sistemas.

—No estoy acusándole de cosa alguna —replicó el detective haciendo caso omiso de la intromisión de Mason—, sino diciéndole lo que hemos encontrado.

—Muy bien, ¿qué encontraron?

—Había un pequeño agujero oculto en la base de ese teléfono de tal manera que, al efectuar un examen superficial, difícilmente se

distinguía. El teléfono estaba atornillado en el escritorio, circunstancia fuera de lo corriente. Más adelante encontramos que el escritorio estaba también sujeto con tornillos al piso, de manera que el teléfono y el escritorio se mantenían fijos en su posición, lo cual despertó nuestras sospechas. Practicamos un detenido examen y encontramos que la base del teléfono contenía una alarma contra ladrones muy ingeniosa: un rayo de luz invisible que podía ser interrumpido al entrar por la puerta de esa habitación. La única forma en que podía desconectarse ese mecanismo era haciendo girar un interruptor colocado en el extremo del rayo de luz, o levantando el auricular telefónico de su soporte, lo cual producía el efecto de interceptar el rayo de luz.

—Todo eso me importa un bledo —dijo Karr—. No comprendo por qué me lo cuenta.

—Porque —prosiguió el detective pacientemente— cuando una persona quedaba dentro de la trayectoria de ese rayo de luz, sin que previamente hubiese levantado el auricular telefónico, sonaba un timbre en la mampara de la galería de la casa de abajo. Y ese timbre, míster Karr, se halla en el costado de la casa, de manera que ¡está directamente debajo de la ventana de su alcoba!

Karr colocó su enjuta mano sobre el brazo de la silla, y la empuñó en forma tal, que los tendones se vieron claramente bajo la piel del dorso de su mano; exclamó:

—Un timbre... colocado bajo mi ventana. Entonces, me lo explico.

—¿Se explica qué?

—Eso debió de ser lo que primero me despertó, antes que oyera nada. Hasta mis oídos llegó un raro e insistente sonido, semejante al zumbido de los mosquitos, un sonido agudo, claramente perceptible, irritante en grado sumo para un hombre de mi temperamento. Seguía escuchando, y pensé al principio que había un mosquito en la habitación; luego comprendí que el sonido procedía de afuera.

—¿Durante cuánto tiempo lo oyó? —preguntó el teniente.

—Un breve tiempo. No sé cuánto tiempo habrá estado sonando antes que yo me despertara.

—¿Cuánto tiempo antes de escuchar los disparos?

—Hubo sólo un disparo —dijo firmemente el hombre sentado en

la silla de ruedas.

Tragg suspiró y dijo:

—Lo acepto. El otro disparo se lo debe a la mente versátil de Mason.

—Ese otro disparo se debe a lo que yo relaté a míster Mason —dijo Karr en forma impertinente—. Entonces, yo creía que habrían podido ser dos. Después, pensándolo bien, llegué a la conclusión de que sólo hubo uno, y que el otro ruido se debió tal vez al eco producido en la casa de al lado.

—¿Y el zumbido? —preguntó el detective.

—El zumbido continuó durante algunos minutos después del estallido de la bala, y en seguida cesó.

—Piénselo bien. ¿Volvió a oírlo?

—No —respondió Karr, categóricamente—. Después no volví a oírlo.

El teniente le observó durante un momento, y luego le dijo:

—Las cosas se habrían simplificado mucho si me hubiera dicho lo que ahora me dice, la primera vez que le interrogué.

—Y también se habrían simplificado si me hubiera hablado entonces del auricular telefónico.

—No estaba en conocimiento de la alarma para ladrones.

—Y yo no sabía que tenía tanta importancia el zumbido de un mosquito.

—Entonces, ¿hubo un solo disparo?

—He llegado ahora a la conclusión de que sólo fue uno.

—¿Sabe qué hora era?

—No puedo decirlo exactamente. Era poco más de medianoche, pero estoy casi seguro de que todavía no era la una de la madrugada. Y ahora, con su permiso, teniente, voy a retirarme. Pasado el punto culminante, no voy a permitir que me maneje nadie. Ya he condescendido más de lo que debía.

Sin decir una palabra más, Karr maniobró para poner en movimiento su silla de ruedas. Gow Loong le ayudó y, rápidamente, el inválido se trasladó a la parte trasera de la casa.

Doris Wickford se dirigió a Mason, diciéndole:

—Parece que tendré que montar guardia en su oficina hasta que este asunto se despeje.

—Conozco muy bien a mi tutor —dijo Rodney Wenston,

moviendo la cabeza—. No le apresure. No hará nada si le presionan.

El teniente Tragg dijo a Mason, con la misma voz indiferente que habría usado para comentar el maravilloso tiempo que se disfrutaba ese día:

—Indudablemente, es extraño el número de coincidencias que se presentan en este caso. Y en casa ocasión le encuentro a usted aquí.

Mason rió, y repuso:

—A mí me parece todo lo contrario. Cada vez que vengo a hablar con mi cliente aparece usted. Estaba pensando que tal vez usted me persigue.

—Su idea no es del todo descabellada.

El detective se dirigió hacia la escalera; al aproximarse al primer peldaño se detuvo e hizo una señal al abogado. Cuando éste se aproximó le dijo:

—Por el momento no se me ocurre sino arrestar al joven Arthur Gentry, e imputarle a él el asesinato.

—¿Qué asesinato? —preguntó Mason.

Tragg, sonriendo cordialmente, dijo:

—Pensó que me cogería desprevenido, ¿verdad? Bueno, sólo para dejarle tranquilo le diré que cuando descubrimos el cadáver de mistress Pahlin efectuamos un prolijo registro de la casa. Examinamos todo, hasta sacamos las cenizas del horno, y entre esas cenizas encontramos algunas cosas interesantes, algunos trozos de tela carbonizada, botones, restos de un par de zapatos. En las partes que no han sido completamente destruidas por el fuego, encontramos manchas oscuras. El análisis practicado ha demostrado que tales manchas corresponden a sangre humana. Puede reflexionar sobre esto, Mason. Y ahora, con su permiso, me escapo. Quiero hablar con el joven Gentry tan pronto como regrese de la ferretería.

Capítulo 14

Mason habló por teléfono con Della Street poco después de las cinco.

—¿Ya iba a cerrar?

—Le estaba esperando. ¿Cómo van las cosas?

—Ni bien, ni mal. Nos vamos de viaje.

—¿Adónde?

—A San Francisco.

—¿Cómo?

—En el avión de las seis. La espero a usted en el aeródromo.

—Voy a empolvarme la nariz y corro al ascensor.

—Muy bien —repuso Mason—; póngase guapa. Estaré en el avión. Dejaré su billete en la oficina de pasajes. Pase a recogerlo y suba a bordo.

—Hasta la vista —se despidió la secretaria, y colgó el auricular.

El último avión de la tarde estaba próximo a partir. Llegaban automóviles, corriendo a toda velocidad, o partían estruendosamente. Por aquí y por allá se formaban pequeños grupos de personas que se despedían de sus seres queridos o daban la bienvenida a los pasajeros que llegaban. El anunciador pregonó en voz alta que el avión de las seis de la tarde estaba listo para partir, y Mason, dirigiendo una mirada alrededor, se encaminó hacia la entrada; en ese momento apareció Della Street. Ella, afablemente, le saludó agitando la mano, y en seguida corrió hacia la oficina de pasajes para retirar su billete. Della se reunió con Mason en la escalera del avión.

—No pude llegar antes —dijo la secretaria— porque la congestión del tráfico era enorme. ¿Hace mucho que está aquí?

—Diez o quince minutos. ¿Ha habido algo de nuevo en la oficina?

—No. Drake ha obtenido informaciones de algunos hombres de las afueras. Los ha hecho hablar con *whisky* de la peor calidad. Por tercera vez estaba tomando sales, como consecuencia de la fea borrachera que pescó, cuando pasé a decirle que esta noche comprobaría las informaciones que había recogido.

—¿No le dijo a dónde iba?

—No.

Abogado y secretaria se acomodaron en los confortables asientos del avión. A los pocos minutos apareció la señal que solicitaba de los pasajeros que dejaran de fumar y que sujetaran las correas a los asientos; y, en seguida, los motores, que habían estado funcionando muy lentamente, rugieron con ese sonido ronco, peculiar exponente de potencia. Luego el avión tomó altura.

—Siempre me agrada observar cuando el avión despegue —dijo Mason, asomándose por la ventana.

—Ahora efectúan esa operación tan suavemente que es difícil saber cuándo el avión ha despegado del suelo —comentó Della.

Mason no respondió, y observaba el terreno, cuando súbitamente pareció desprenderse del suelo el avión. Éste se hallaba ya en el aire, deslizándose suavemente sobre los techos de las casas, atravesando una vía de ferrocarril, sobre una calle congestionada a esa hora por el febril tráfico de miles de automóviles que luchaban por avanzar, poco a poco.

El sol se había puesto, convirtiendo a las nubes que avanzaban del Oeste en largas barras de oro rojizo. Abajo, se encendían las luces de los automóviles. Los anuncios luminosos empezaron a centellear. Luego, súbitamente, desapareció toda huella de civilización. El avión volaba sobre las montañas cubiertas de chaparrales y de mezquites. Las oscuras sombras de los valles y desfiladeros contrastaban enormemente con el difuso fulgor de la puesta del sol que aún alumbraba las cimas de las altas montañas.

Abajo, un tortuoso camino de automóviles se curvaba por aquí y por allá, para que los coches pudiesen trepar a las montañas. Bruscamente seguía una llanura, en seguida más montañas altas, ahora coronadas de pinos. Lentamente, el crepúsculo extendió una cortina sobre el paisaje, y las luces que se encendieron en el interior del avión oscurecieron la poca luz natural que quedaba.

Mason se acomodó en su asiento y dijo a Della:

—Siempre me agrada este viaje.

—Cuénteme todo lo que ha sucedido —solicitó la secretaria.

—Después de haberme separado de usted, fui a ver a Tragg —respondió el abogado—. Charlamos, y en seguida salí a comprar algunos periódicos de San Francisco.

—¿Qué sucedió en casa de Karr? —preguntó curiosamente Della Street—. ¿Hizo buena impresión la muchacha?

—Al parecer, sí. Por lo menos, impresionó bien a todos, excepto al criado chino.

—¿Qué le pareció a él?

—No sé —contestó Mason—. Es difícil saber lo que piensa. En ocasiones, los chinos son inescrutables.

—¿Pudo averiguar algo positivo?

—Sí. Elston Karr y ese hombre que actuaba con el nombre de Dow Tucker habían constituido una sociedad entre los años mil novecientos veinte y novecientos veintiuno. A fines de mil novecientos veinte ingresó en la misma sociedad un tercer socio, que traicionó a sus compañeros. Parece que Tucker fue capturado, y en seguida ejecutado o asesinado. Karr consiguió escapar, y es evidente que una buena parte de los bienes de la sociedad quedó en poder de él.

—¿Quién era el tercer socio? —preguntó Della.

—Robindale E. Hocksley.

La secretaria miró, sorprendida, a su jefe y preguntó:

—Indudablemente, Karr no lo ha confesado, ¿verdad?

—Sí.

—Pero, ¡Dios mío!, si así son las cosas..., ¿cómo es que Karr vivía allí? Lógicamente, será considerado como sospechoso número uno.

—No olvide las huellas dactilares del teléfono —dijo Mason—; pertenecen al joven Gentry. Tragg está en duda.

—¿Y este viaje va a sorprenderle?

—No es eso precisamente.

—¿A qué se debe?

—Simplemente a que necesito observar a un sujeto.

—¿Significa eso no tratar de arrancarle mañosamente una respuesta más definida?

—No me importune. Si tengo razón, quiero ser espectacular. Si

no la tengo, no quiero perder mi reputación.

—¿Ha avanzado mucho el teniente Tragg?

—Me va pisando los talones. Con sus descubrimientos de esta mañana puede aventajarme en dos pasos, si no tomo un poco de impulso.

—¿Y éste es el impulso?

—Sí.

El abogado afirmó la cabeza en los cojines de la butaca y cerró los ojos. La secretaria examinó su perfil algunos instantes. Luego, ella también se acomodó en su asiento. Mason oprimió su mano, diciéndole:

—¡Niña buena! —y luego se sumió en agradable sopor.

El avión se encontraba ya en el aeródromo de San Francisco, deslizándose sobre la superficie de la pradera, para deslizarse luego en terreno firme y correr por tierra hasta el lugar en que debían apearse los pasajeros. Un hombre con traje azul oscuro, que usaba gorra de chófer, se llevó la mano a la visera y preguntó:

—¿Míster Mason?

El abogado afirmó con la cabeza.

—El coche está listo.

—Subiremos y esperaremos aquí —respondió Mason—. Esté listo para partir en cualquier momento.

El chófer abrió la puerta del coche para que el abogado y su secretaria subieran.

Mason dijo a Della Street:

—Me parece que tendremos que esperar un rato.

—¿Cuánto?

—Tal vez una hora; tal vez más.

—Supongo —dijo ella— que esto tiene algo que ver con nuestro balbuciente aviador, Rodney Wenston.

Mason asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Reparó usted en que se desconcertó bastante cuando esa muchacha empezó a presentar pruebas de que era hija del antiguo socio de Karr?

—Su expresión no indicó que le gustara mucho la presentación de tales pruebas —contestó el abogado, sonriendo con sarcasmo.

—Estuve observándole detenidamente. ¿Producirá algún efecto sobre Wenston la presentación de las pruebas de miss Wickford,

junto a la demanda que, probablemente, presentará ella contra Karr?

—Podría afectar al importe de los bienes que Wenston espera heredar, si es que existen bienes —repuso Mason, sonriendo—. Vamos, Della. Trasladémonos al extremo del campo. Espere un minuto. Mejor será que estemos cómodos. ¡Chófer! ¿Quiere avanzar hacia el extremo del campo, lejos de las luces, donde podamos estar cómodos?

—Muy bien —respondió el chófer—. Puedo colocarme a la orilla de esa acera.

—Adelante. ¿Tiene radio?

—Sí, señor. ¿Le agradaría alguna estación determinada?

—Desearía escuchar música de órgano, si es que alguna estación la transmite.

El chófer puso el coche en movimiento. Mason se echó atrás, y encendió un cigarrillo para aliviar la tensión de sus nervios. Después de buscar mucho, el conductor encontró un programa en el cual se tocaba música de órgano y de guitarra. Cuando el abogado se echó atrás, entregándose al deleite de la música, desaparecieron los surcos de su frente.

Transcurrió media hora. El programa cambió. El chófer se volvió para solicitar instrucciones de Mason, y éste dijo:

—Vea si encuentra música de órgano en otra estación, o música hawaiana. Tal vez... ¡Un momento!

El rostro del abogado experimentó un rápido cambio. Se movió hacia adelante, apoyando su mano en una rodilla para estudiar el avión que venía del Sur, un monoplano con tren de aterrizaje retráctil.

—Ponga el motor en marcha —ordenó Mason al chófer cuando las ruedas inferiores del avión se deslizaron suavemente sobre la superficie de cemento.

El conductor, obediente, puso en marcha el motor.

—Cierre la radio —agregó Mason.

Della Street se volvió para mirar a su jefe; luego dirigió de nuevo su vista hacia el avión. En el rostro de Mason se asomaba la zozobra que le oprimía; aparecía tan inquieto como el corredor que espera la orden de partida.

El avión corrió por tierra hasta un punto que se hallaba casi

directamente frente al lugar en que Mason estaba sentado en el automóvil detenido.

Abrióse una puerta. Un largo automóvil de color gris, con un reflector rojo, atravesó las barreras.

—Una ambulancia —dijo Della Street.

Mason, sin desviar los ojos del coche, le impuso silencio.

La ambulancia giró y se colocó detrás del monoplano. El conductor saltó y abrió las puertas de la parte posterior. La carrocería de la ambulancia ocultó lo que ocurría y Mason reveló en su rostro el disgusto que tal circunstancia le ocasionaba.

—Esté preparado para partir —ordenó al conductor—; tendrá que correr mucho. No haga caso de las señales de tráfico. Yo pagaré las multas.

—¿Desea que siga a esa ambulancia?

—Sí.

—Usarán una sirena y un reflector, y seguirán directamente atravesando todas las señales.

—Sígalos.

—Me detendrán.

—No, en el caso de que los siga inmediatamente detrás. Los policías pensarán que se trata de un miembro de la familia que corre al lecho de muerte de un pariente.

—¿Qué pensará el conductor de la ambulancia?

—No me importa un bledo lo que él piense; sólo me interesa averiguar a qué punto se dirige. Muy bien; ya, ¡vamos!

Las puertas de la ambulancia se cerraron con estrépito. El conductor dio un trote hacia la parte delantera del automóvil, saltó tras el volante y las barreras se abrieron una vez más, mientras la gran máquina tomaba impulso.

El chófer del coche de Mason partió en primera, y se volvió para decir al abogado:

—Podría tratarse no tan sólo de una multa. Aquí ellos...

—Olvédelo —le dijo Mason—. Tomaré yo el volante.

—No puedo permitirlo. Yo...

—Mire, si yo le amenazara con una llave inglesa y le hiciera vencer los obstáculos, usted lo haría, ¿verdad?

—No sé. Yo...

—Entonces, si algo sucediera, usted podría decir que había

temido por su vida, que le parecía que yo me había vuelto loco; y que le quité el automóvil por la fuerza... Listo.

El hombre detuvo el coche, se deslizó al asiento de al lado, y dijo con tono de duda:

—No me agrada esto. Usted ni siquiera tiene una llave inglesa.

Mason ocupó el asiento del chófer, saltando por encima del respaldo, encorvó su gruesa figura, se inclinó tras el volante y partió con el coche en segunda velocidad, aflojando el embrague a la par que apretaba el acelerador. El coche se deslizó suavemente hacia adelante. El abogado le hizo girar, y entrando en tercera, corrió detrás de la ambulancia.

Los rayos rojos del reflector del coche de delante formaban un siniestro haz de luz. Dejó oír el sonido de una sirena. Mason, manejando con hábil pericia el volante del coche alquilado, se colocó a un metro de la ambulancia y pasó las señales de tráfico en el camino abierto por el reflector y la sirena.

El chófer se asió al respaldo del asiento delantero con la mano izquierda y al borde de la puerta con la derecha, y se lamentó, diciendo:

—¡Dios Santo! ¡No sabía que sucedería esto!

Su rostro revelaba su tensión nerviosa. Varias veces, instintivamente, golpeó con los pies las tablas del piso, como si tratara de frenar. En una ocasión en que el choque pareció inminente, estiró la mano hacia la llave del encendido. Mason, agitando la mano, puso el pie sobre el acelerador, y evitó el choque con el otro automóvil.

—No sea loco —dijo el abogado, sin apartar la vista del camino—. No podía detenerme a esa velocidad; nuestra única salvación fue el uso del acelerador. Si vacila, está embromado.

Della Street, en la parte posterior del coche, sujeta al respaldo del asiento delantero, con los talones apoyados en la barra para los pies, observaba el calidoscópico aspecto del tráfico al paso del veloz automóvil. Tenía los labios un poco abiertos y los ojos centelleantes. El chófer del coche, que la miraba para reconfortarse moralmente si ella accedía a apoyarlo en su petición de disminuir la velocidad, cambió de parecer súbitamente y se concentró en sujetarse.

La ambulancia tomó una curva, y disminuyó la velocidad frente al edificio de ladrillos de un hospital.

Mason se separó de la ambulancia cuando ésta penetró por la entrada de urgencia. Detuvo su coche frente al hospital y dijo al chófer:

—He aquí la llave inglesa que tenía en suspenso sobre su cabeza. Le entregó tres billetes de diez dólares.

El chófer guardó los billetes en su bolsillo sin proferir palabra.

—¿Está bien? —preguntó el abogado.

El conductor trató de hablar. Su voz resonó como un grito ronco. Tosió, carraspeó, respiró profundamente y dijo:

—Muy bien; pero la verdad es que no lo volvería a hacer ni por mil dólares.

Mason bajó del coche y dijo:

—¡Vamos, Della!

La secretaria le siguió al hospital. El abogado se dirigió a la empleada del mostrador de «Informes», diciéndole:

—Estoy en conocimiento de algo acerca del enfermo de la ambulancia que entra en este momento. Tengo que hablar con el médico sobre el paciente.

—¿Sí? ¿Qué quiere decirle?

—Algo que él necesita saber —dijo Mason.

—No quería la información precisa, sino saber sólo si se trataba del enfermo.

—Naturalmente.

—No podrá verle en seguida. Parece ser un caso de operación. Telefonaron desde Los Ángeles, y nuevamente desde el aeródromo. El médico estuvo esperando la llamada.

—¿Cómo se llama el doctor? No estoy seguro de haber entendido bien.

—Doctor Sawdey.

—¿Sus iniciales?

—L. O.

—Esperaré aquí, en el salón de entrada. No. Tal vez sea mejor que me ponga en contacto con la enfermera. Creo que la información que debo dar la necesita antes de efectuar la operación. ¿Dónde encontraré al paciente?

—Un momento —dijo. Insertó una clavija de conexión en un teléfono; consultó una libreta de apuntes y dijo—: ¿En qué habitación estará Carr Luceman? Acaba de llegar en ambulancia.

Operación de urgencia. Doctor Sawdey. Ah, sí —la empleada de «Informes» desconectó el aparato—: El paciente estará en la habitación tres, cero, cuatro. El doctor Sawdey está preparando al enfermo para operarle. Vaya al tercer piso, díglele a la enfermera encargada quién es usted y pídale que le ponga en contacto con la enfermera del doctor Sawdey.

Mason asintió con un movimiento de cabeza y dijo a su secretaria:

—¡Vamos! —atravesó el salón de espera y luego el pasadizo hasta el ascensor—. Tercero —indicó al ascensorista.

Una vez en el tercer piso, Mason hizo señas a Della y la condujo hasta el extremo del corredor, donde había un solarío. La habitación se hallaba a oscuras y los muebles de mimbre, dispuestos ordenadamente, parecían estar ocupados por fantasmas vestidos de blanco.

En su recorrido, Mason miró la puerta que ostentaba el número 304, siguió adelante, y luego dijo:

—Nos sentaremos aquí durante un rato para observar.

Una enfermera vestida con un uniforme inmaculado y tiesamente almidonado pasó con sus zapatos de goma y atravesó el pasillo cubierto con linóleo; desapareció por la puerta de la habitación 304. Al cabo de algunos momentos, un hombre como de cincuenta y cinco años, vestido con un traje oscuro, empujó la puerta y entró; poco después, el hombre volvió a salir.

Algunos instantes después salió la enfermera. Perry Mason tocó a Della en el brazo y le dijo:

—Bien; entremos.

Recorrieron el pasillo, cargado de olores de desinfectantes. Mason se detuvo delante de la puerta de la habitación 304, sobre la cual había una placa que decía: «Dr. Sawdey», y un cartel en el cual se leía: «Prohibidas las visitas».

El abogado, silenciosamente, empujó la puerta.

El hombre que se hallaba en el aposento yacía en la cama. La colcha blanca estaba dispuesta, con la pulcritud acostumbrada en los hospitales, sobre la delgada figura. Una luz tenue permitía distinguir el extenuado rostro, cuyos rasgos acentuaba intensamente la blancura de la almohada.

El hombre que yacía inmóvil en la cama, con los ojos cerrados,

era Elston A. Karr.

En el ambiente del hospital, con los párpados cerrados, sin el abrasador poder de sus ojos hipnóticos, aparecía extenuado y tan desprovisto de fuerza como una lamparilla eléctrica quemada. Mason estuvo en la puerta el tiempo suficiente como para notar que la ropa de la cama se elevaba y caía a causa de la respiración regular del hombre que duerme bajo la influencia calmante de un poderoso narcótico. En seguida cerró la puerta, tomó a Della del brazo, y de puntillas atravesaron ambos el pasillo.

—¿Qué significa esto? —preguntó la secretaria, cuando Mason oprimió el botón del ascensor.

—¿No sabe? —preguntó él.

Della movió la cabeza y su jefe, sonriendo, le contestó:

—Todavía guardo con celo mi reputación de profeta. No me atrevo a arriesgarme, pero creo que tal vez visitemos en su residencia al doctor Sawdey para sostener con él una breve conversación.

Capítulo 15

El taxi de Mason se detuvo frente al edificio de uno de los periódicos. Una oficina brillantemente iluminada en la planta correspondía a la sección de anuncios. «Necesítase». Una puerta suplementaria que daba a la calle facilitaba a quienes deseaban colocar anuncios en esa sección el acceso al largo mostrador, tras el cual dos señoritas jóvenes, que trabajaban con rapidez, atendían a quienes iban a poner anuncios en la columna «Clasificados» o llevaban sus respuestas para que fueran entregadas a los avisadores.

Mason pagó el taxi y se dirigió a Della, diciéndole:

—Es mejor que entre, Della, y me ayude a mirar.

Una de las jóvenes de detrás del mostrador se aproximó a él, le miró detenidamente y le preguntó:

—¿En qué puedo servirle?

—Necesito ver los ejemplares de la semana pasada. Sólo les daré un vistazo aquí.

La joven le entregó una doble barra con tornillos, en la cual habían sido archivados los últimos ejemplares del periódico.

—¿No tiene dos de estos archivos? —preguntó Mason—. Me agradaría que mi secretaria me ayudara.

—¿No desea retirarlos de la oficina?

—No.

La joven recorrió algunos pasos a lo largo del mostrador, sacó otro archivo y lo entregó a Della Street.

—¿Qué vamos a buscar? —preguntó la secretaria.

—Podemos no encontrarlo —repuso el abogado—, pero es posible que sólo hallemos un pequeño párrafo en alguna página interior que dé cuenta de que mientras un tal Luceman limpiaba un revólver, se le cayó accidentalmente de entre las manos y se disparó. El doctor L. O. Sawdey había sido llamado para efectuar

una operación de urgencia.

Della Street, durante un momento, no miró al periódico. En cambio, miró a Mason, revelando por la expresión de sus rostro que comprendía la situación. Luego dijo:

—Entonces quiere decir que...

El abogado la interrumpió diciéndole:

—Le aseguro, una vez más, que no quiero arriesgar mi reputación de profeta. Reunamos primero los hechos y después formularemos las deducciones.

Mason se hundió en la hojas del periódico, pero fue su secretaria quien primero encontró la noticia. Della anunció:

—Aquí está.

El abogado dio algunos pasos para leer por encima de sus hombros el artículo siguiente:

«UN LADRÓN»
SOLICITA LECHE
Y DISPARA AL DUEÑO DE LA CASA EN UNA PIERNA

Una desgracia ha sobrevenido a Carr Luceman, que reside en Delington Avenue 1309. Eran cerca de las dos de la madrugada cuando Luceman oyó el ruido producido por un ladrón que trataba de penetrar por la puerta trasera. El dueño de la casa se sentó en la cama para escuchar. A los pocos minutos se convenció de que un ladrón estaba forzando la puerta.

Luceman, que, a pesar de sus sesenta y cinco años, es un vehemente individualista que gusta de la acción directa, desdeñó avisar a la Policía. Resolvió propinar al ladrón una lección que no olvidaría en mucho tiempo.

Escuchemos lo que dice el mismo Luceman: «No pensé en golpearle; mis intenciones fueron causarle el mayor susto de su vida».

Con tal pensamiento en la mente, sacó del cajón de su escritorio un revólver del calibre treinta y ocho; se puso un par de chinelas con suela de fieltro y, sin hacer ruido, de puntillas, se dirigió a la cocina. Cuando abrió la puerta del comedor, claramente pudo oír que alguien corría, escapando por la puerta trasera.

Luceman cargó su revólver.

El valeroso dueño de la casa se deslizó lenta y furtivamente. Teniendo presente la advertencia de un general que ha exhortado a sus soldados a no disparar el arma hasta que el enemigo se halle a la vista, Luceman atravesó la cocina de puntillas. Contra la cortina de la puerta trasera vio recortarse una silueta..., y en seguida depositó su revólver cargado sobre la mesa de la cocina..., pues el «ladrón» era el gato de Luceman. Éste había olvidado dar al animal su ración acostumbrada de leche caliente. El gato había tratado de recordárselo saltando por la mampara. Después de aguardar allí durante varios segundos, se había lanzado nuevamente al piso del porche y luego repitió la maniobra.

Luceman abrió la puerta trasera, corrió el cerrojo de la mampara, dejó entrar el gato airado y se aproximó al refrigerador de la cocina. Había abierto la puerta y estaba sacando la botella de leche, cuando el gato, runruneando ante la expectativa de su tan deseado alimento, saltó a la mesa de la cocina y, en forma verdaderamente felina, se revolcó, retorciéndose sibaríticamente. El revólver cargado se balanceó en el borde de la mesa. El dueño de la casa soltó la botella de leche y trató de coger el arma antes que cayera al suelo, pero ya era demasiado tarde. No alcanzó a asirla. La bala se abrió paso en el muslo derecho de Luceman, ocasionándole una profunda herida. El gato, asustado por el ruido de la detonación, salió precipitadamente, y Luceman, horriblemente herido, trató de arrastrarse hasta el teléfono. La conmoción y el dolor, sin embargo, le hicieron perder el conocimiento, y solamente cerca de las cuatro de la madrugada lo recobró como para poder llamar al doctor L. O. Sawdey, que vive en las inmediaciones.

Luceman deberá permanecer inactivo durante varios días; pero, fuera de eso, no es de esperar que se produzcan complicaciones, pues la bala no dañó las principales arterias y sólo pasó rozando el hueso. Según los últimos informes, el «ladrón» no ha regresado aún. Tal vez haya decidido que le resultaría menos molesto rondar las callejuelas en busca de cuadrúpedos nocturnos y renunciar a su dieta de leche.

Mason miró a su secretaria, sonrió, se dirigió hacia el mostrador

y dijo:

—Deseo comprar un ejemplar del catorce. Quiero contestar algunos anuncios —depositó una moneda sobre el mostrador y, al cabo de algunos minutos, la joven le entregó un ejemplar del periódico.

El abogado dio las gracias y con Della Street regresó al automóvil.

—Ahora sostendremos una conversación con el doctor Sawdey, quien, sin duda, ya debe de haber regresado del hospital —dijo él.

Mason llamó a casa del doctor Sawdey. Al cabo de algunos instantes, el hombre a quien habían visto en el hospital les abrió la puerta.

—¿El doctor Sawdey? —preguntó Mason.

El médico asintió con un movimiento de cabeza, mirando solapadamente a uno y a otro de sus visitantes y luego al taxi que los esperaba. Parecía practicar un diagnóstico.

—Es tarde y sólo en un caso de extremada urgencia...

—Le entretendré un momento, doctor —dijo Mason—. Soy amigo de Carr Luceman. Le conocí en Oriente y quería verle a mi regreso al país. Obtuve su dirección y me dirigí a su casa tan pronto como...

—Sufrió un accidente —repuso el doctor Sawdey—. Se encuentra en el Parker Memorial Hospital. Desgraciadamente, no puede recibir visitas.

El abogado demostró inquietud y luego dijo:

—Mucho deseo verle, y creo que a él también le agradaría verme. No puedo permanecer aquí más que otras veinticuatro horas. ¿No es posible que se me permita verle?

—Estimo que no. Se halla muy extenuado. Le advertí especialmente que no se preocupara de nada, pero el hombre ha tenido inquietudes y, como resultado, su capacidad de resistencia ha disminuido y han sobrevenido complicaciones. Será necesario que permanezca absolutamente tranquilo durante varios días.

—Yo podría esperar si pasado mañana...

—Será necesario que guarde reposo absoluto por lo menos durante tres días —dijo Sawdey, terminantemente.

—¡Dios mío! Le enviaré una tarjeta. Siento enormemente no verle. ¿Hace tiempo que usted le conoce, doctor?

—Le he visto en varias ocasiones —repuso el doctor Sawdey, cautelosamente.

—Bueno; espero que esto no ha de afectar su otra enfermedad —dijo Mason impulsivamente—. ¿Cómo van sus piernas, doctor?

El médico respondió gravemente:

—En un hombre de su edad no es posible esperar mejoría... Sin embargo, creo que será mejor que usted escriba directamente a míster Luceman. Puede hacerlo al Parker Memorial Hospital y no hay razón para que no pueda leer dentro de las próximas cuarenta y ocho horas. Y ahora, si ustedes se sirven excusarme... Hoy ha sido para mí un día de ardua labor y tengo que efectuar algunas operaciones por la mañana.

Mason, gravemente, hizo una reverencia y dijo:

—Siento haberle molestado, doctor; pero estaba muy preocupado. Tiempo atrás fui íntimo amigo de míster Luceman.

—Si me deja su nombre —dijo el doctor—, podría...

El abogado ya había empezado a descender la escalera y dijo:

—Lamento la molestia que le he causado, doctor. Tendré mucho gusto en servirle en la primera ocasión que me ofrezca —y para impedir que el médico se diera cuenta de que no había respondido a sus palabras, Mason prosiguió—: ¿A qué hora opera usted por la mañana?

—A las ocho y media —dijo el doctor Sawdey, y cerró la puerta.

—¿Tiene hambre, Della? —preguntó el abogado a su secretaria cuando se aproximaban al taxi.

—Me gustaría comer algo —admitió Della.

—Yo no tengo mucho apetito y deseo vigilar al doctor Sawdey. Me gustaría ver si sale dentro de diez o quince minutos. ¿Qué le parece si va usted sola en el taxi al Locarno Grill? Yo estaré allí, dentro de veinte minutos o media hora.

Della le miró con esa caprichosa expresión que reserva la mujer para el hombre que le gusta y que no ha sabido darse maña para ser más listo que ella.

—¿Tiene inconveniente? —preguntó Mason.

—El doctor Sawdey es un médico. Si sale será atendiendo a una llamada.

El abogado hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Y sería atendiendo a una llamada urgente, por lo cual saldrá

en automóvil. ¿Es posible que usted le siga a pie?

—No. Quiero saber si sale, no dónde va.

—Ahora, Perry, amigo mío, escúcheme —dijo Della—. Algo me oculta usted. Si se trata de un escalo, uno y otro vamos a estar igualmente metidos en un pantano.

—¿Y por qué piensa que voy a escalar una casa?

—¡No sea tonto!

—Es un delito. Es peligroso. En caso de que nos sorprendan, no sabremos dar las explicaciones del caso.

—Con tanta mayor razón, entonces; usted debe tener un cómplice.

—No. Es demasiado peligroso. Usted irá al restaurante y...

—¡Tonterías! Me quedaré con usted. ¿Tomamos el taxi o...?

—Despachemos el taxi aquí —dijo Mason. Se aproximó al chófer, le entregó un billete y díjole—: El cambio es suyo, muchacho. No volveremos hasta dentro de diez minutos. El doctor no tendrá lista la receta hasta entonces. Mientras tanto iremos andando.

—Podría esperar —dijo el chófer—, si se trata sólo de diez minutos, y...

—No, gracias. Después de eso, iremos a visitar a unos amigos que viven en este barrio; por eso no vale la pena que espere.

El chófer se quitó la gorra y partió.

—¡Henos aquí! —dijo Della—, ¡embarcados en una aventura criminal! Si he de ser cómplice, es mejor que aprenda la jerga del hampa y que hable con la boca ladeada. ¿Qué tengo que hacer? ¿Seré el señuelo?

—No; usted hará de «campana» —respondió Mason—, y va a encubrir el asunto.

Della caminó moviendo exageradamente las caderas y emitiendo las palabras por un ángulo de la boca:

—Mire, jefe, yo seré la «campana», y le daré aviso en caso de que algún policía trate de molestarnos. Yo pasaré y le haré señas, y...

—Y la arrestarán por tratar de atraerse a un respetable oficial de policía en la calle —interpuso Mason.

—Bueno, ¿y qué? ¿Acaso no me a va a defender usted? ¿Por qué ha de importarme, si tendré el mejor defensor? Usted podría hablar

y justificarme... Pero ahora tenemos que hacer algo urgente... No podemos perder tiempo...

Se detuvo cuando, detrás de ella, oyó claramente que alguien contenía la respiración sobresaltado. Miró y vio a Mason que sonreía mostrando los dientes, y un caballero de edad madura que sin hacer ruido, con sus zapatos de suela de goma, se había aproximado y la miraba con consternación. En seguida, el hombre murmuró: «¡Perdón!», y prosiguió su camino, andando tan rápidamente, que parecía que sus pies apenas tocaban al suelo.

Della Street, jadeante, murmuró:

—¡Dios Santo! ¿Me habrá oído?

—¡Sí! ¡La oyó! —dijo el abogado, conteniendo la risa—. Bien lo demuestra su actitud.

—¿Por dónde apareció?

—No sé. Volví de pronto la cabeza y le vi caminar detrás de nosotros, cautelosamente. Su rostro se transformó como si repentinamente hubiese recibido aviso para pagar el impuesto a la renta.

—¿Cree usted que pudo haber estado siguiéndonos?

Mason movió la cabeza y respondió:

—No. Es un apacible pajarraco que se ha retirado a la vida privada y que vive en las inmediaciones. Indudablemente, usted le dio qué pensar. Por la manera en que se marchó y dobló la esquina, se habría pensado que era un monigote que alguien manejaba con una cuerda.

—Yo creí que estaba representando un papel estupendo —dijo Della Street—. Tan sólo mi paso debe haber sido bastante como para alarmarle. Me parecía ser una Fátima, la danzarina turca de los espectáculos de última moda.

—Bueno —dijo Mason—, ahora tendrá algo que contar a sus amigos. Ha visto actuando, en realidad, a la «campana» de un bandido. ¿Cuál es el número de la casa donde vivía Luceman?

—Delington, trece, cero, nueve.

—O sea, en la próxima manzana. Ahora, escuche: cuando yo entre, usted se quedará afuera. En cuanto vea que alguien se aproxima por la acera, sea quien fuere, camine hacia la puerta de entrada y oprima sin tardanza el timbre. Trate de no tener aspecto culpable. Proceda con naturalidad y, sobre todo, no mire hacia

atrás. Simplemente, camine y llame, en forma que su acción parezca lo más natural posible.

—¿Llamo una sola vez?

—Eso es. Ahora, si esa persona se dirigiera hacia la casa, llame tres veces, tres toques cortos y claros. Una vez hecho esto, vuelva a la calle y entonces aparente que por primera vez ve a esa persona. Puede sonreírle, y decirle: «Parece que no hay nadie aquí». Cuando acudan a abrir, pregunte si la familia está suscrita al diario *Chronicle*. Diga que usted es agente del periódico, y que, si la familia desea suscribirse, está en condiciones de hacerle una oferta preliminar extraordinaria. Hable en voz alta, de manera que la oigan en la casa próxima.

—¿Y si la persona no espera todo ese tiempo y entra simplemente?

—No importa —repuso Mason—; usted dará esos tres toques cortos y claros, en cuanto vea que se dirige hacia la puerta. Con eso, tendré tiempo para salir.

—No dispondrá de mucho tiempo —dijo ella—, especialmente si se encuentra en el segundo piso.

—Está bien —dijo Perry—. Tardaré un rato, y no importa que yo no salga por la puerta trasera antes que él abra la puerta del frente..., precisamente entonces saldré yo. Al fin y al cabo, no hay muchas probabilidades de que tal cosa suceda. Simplemente estamos poniéndonos a buen recaudo; eso es todo. No debe de avisarme con el timbre en el preciso momento en que alguien aparezca por la calle. Probablemente tendré que usar la linterna, y la persona que llegara a ver el rayo de luz a través del cristal de la ventana podría llamar a la Policía.

—¿Y eso es todo lo que tengo que hacer? —preguntó Della.

—Es suficiente con eso.

—¿No está tratando de asignarme trabajos fáciles con el solo objeto de excluirme de sus actividades?

—No.

—¿Se cuidará solo?

—Trataré de hacerlo.

—¿Cómo va a entrar?

—Ensayaré por la puerta trasera, y después saltaré por la mampara para convertir en un ser real al ladrón de Luceman.

Della colocó sus manos sobre los brazos del abogado y le dijo en voz baja:

—Tenga cuidado, jefe.

—Pienso tenerlo.

—No obtendré ventaja alguna con decirle que no se arriesgue, porque usted no está hecho de la pasta de los sumisos. No podría quedarse sentado en la oficina esperando que llegaran asuntos, y dedicarse a ellos ciñéndose a las normas convencionales; eso es tan imposible como que una trucha viva en un charco de agua estancada. Pero ¡esté alerta!

—Muy bien, y si tuviera que regresar al centro, espéreme en...

—En el *grill* de Locarno —le interrumpió ella—. Con el más exquisito *filet mignon* de la casa.

Mason miró alrededor, inspeccionó los oscuros contornos de la casa de madera de dos pisos, y dijo:

—Muy bien, Della; separémonos ahora. Tenga los ojos muy abiertos y recuerde las señales.

Se dirigió a las gradas del frente, pero luego dio de repente un rodeo para pasar entre las dos casas. Una pequeña linterna, apenas un poco más larga que una pluma estilográfica, le dio suficiente luz como para dejarle ver la acera de cemento que conducía a la parte trasera de la casa.

Un reconocimiento de la puerta de atrás demostró a Mason que entrar en la casa no iba a ser tan fácil como él había creído. La puerta de tela metálica estaba desenganchada, pero había una puerta de madera provista de una buena cerradura, la cual había costado mucho más que una cerradura corriente. Una somera inspección de las ventanas reveló que se hallaban cerradas herméticamente, y algo había en la firme rigidez de los marcos que indicaba que los cerrojos eran más eficaces que los que comúnmente esperarían encontrar un ladrón nocturno.

Confundido, pero siempre con el mayor interés, Mason regresó a la puerta trasera. Una vez más examinó la cerradura con su linterna. Hizo girar el picaporte y trató de empujar la puerta. Se hallaba tan firmemente sujeta como si hubiese sido encajada en hormigón.

Alzó la linterna para inspeccionar los pequeños cristales cuadrados de la parte superior de la puerta, y en seguida

comprendió que alguien había estado allí poco antes que él.

La masilla que sujetaba uno de los gruesos cristales había sido quitada esmeradamente, de manera que un cristal de veintidós por treinta centímetros, aproximadamente, se sostenía ahora en su lugar mediante cuatro clavitos, que habían sido clavados en la madera, en los ángulos del panel.

Mason tardó sólo unos instantes en sacar los clavos. Luego, con la hoja de un cortaplumas, pudo atraer el cristal en forma de que cayera suavemente en su palma extendida. Después, fue cuestión simple introducir el brazo por el hueco, encontrar el picaporte de bronce de la cerradura, hacerlo girar y abrir la puerta.

Cuando la hubo abierto, tomó la precaución de poner el vidrio en su lugar, sujetándolo con los clavitos. Al efectuar esta operación, le intranquilizó el pensamiento de que alguien le había precedido en la misma operación.

«Esa persona —pensó Mason— había efectuado su trabajo con la hábil destreza de un buen técnico. La masilla fue desprendida cuidadosamente con un cuchillo. Las partículas secas habían sido recogidas, también en el piso de madera del porche trasero. Al volver a colocar el cristal, con los cuatro clavos tan esmeradamente clavados en las esquinas del panel, la puerta parecía ser absolutamente normal a los ojos de cualquier observador».

Mason se hallaba precisamente cerrando la puerta cuando oyó el sonido del timbre, que interrumpía el silencio de la noche.

Tan repentino fue el sonido y tan absorto había estado en el problema al cual hacía frente que quedó rígido al oírlo. Luego, tenso a causa del esfuerzo que hacía por escuchar cualquier ruido que se produjese, permaneció esperando. Como nada sucedía, hizo girar el picaporte de la cerradura y corrió el pestillo. Sin ser observado, salió al porche y suavemente cerró la puerta tras sí. No oyó pasos; pero al aproximarse al frente de la casa, vio aparecer en la acera una forma oscura que caminaba muy rápidamente, casi corriendo. Se dio cuenta de que era el hombre que había pasado delante de ellos algunos minutos antes. Probablemente, algún inquilino de la vecindad —se tranquilizó a sí mismo Mason— que había ido al correo a despachar una carta, o a la droguería de la esquina para proveerse de artículos de tocador.

Moviéndose silenciosamente, se acercó a Della, para

tranquilizarla. Emitió un suave silbido cuando la vio en pie en el porche de la entrada, en la posición de la persona que va a oprimir el botón del timbre.

Della se aproximó a la baranda del porche y murmuró:

—El mismo hombre que hace un rato. Volvió la esquina como si le hubieran disparado un balazo.

—Probablemente vive en una de las casas del barrio. Déjela abierta la puerta de atrás, Della. Voy a entrar.

—¿No cree, jefe, que sería mejor desistir?

—No. Sólo quiero echar un ligero vistazo a la casa. Ese viejo probablemente ya la ha olvidado.

—Por mi parte, no le olvido tan fácilmente —dijo ella susurrando.

—Muy bien. Quédese tranquila. Es mejor que no vuelva a la calle. Su amigo puede ir a hacer otra diligencia. Empezaría a sospechar si, por segunda vez, la viera atravesar la acera hacia la puerta. Permanezca aquí amparada en las sombras del porche. Si alguien viene, llame. Recuerde las señales. Quiero estar enterado si alguien se acerca por la calle. No se aturda. Es posible que hasta tenga que encender las luces.

—Pero, ¿qué busca? —preguntó Della.

Mason hizo un movimiento con la mano, pasó por alto la pregunta de su secretaria y, una vez más, volvió a la parte trasera de la casa. Cuando llegó a la cocina, pensó si debía dejar sin llave la puerta trasera, pero por último decidió soltar el pestillo.

Su linterna le permitió ver la cocina. Olores rancios de comida de varios días flotaban entre las estanterías. El linóleo estaba gastado frente a la artesa y delante del hornillo, las partes que naturalmente se pisaban más.

El refrigerador era eléctrico y la frescura de su esmalte blanco resaltaba entre los colores más oscuros del recinto. Daba la impresión de haber sido recientemente instalado.

Recordó la historia del gato nocturno, y abrió la puerta del refrigerador. Cuando lo hizo, se encendió una luz eléctrica iluminando la inmaculada blancura del interior.

Había allí comida como la que un solitario solterón acostumbra a servirse en sus rápidas colaciones: un platillo que contenía la mitad de una lata de habas, una botella de leche de un cuarto de

litro, llena, y otra que estaba mediana. Un plato contenía un cuarto de libra de manteca, todavía en su envoltura original, y un trozo más pequeño de forma irregular. Había una botellita de crema batida, un frasco de mostaza, lonchas de jamón cocido, que evidentemente había sido comprado en una tienda de fiambres, y un pequeño envase de cartón con macarrones del tipo al que más importancia conceden las mejores tiendas de manjares culinarios.

Había porciones sobrantes, pero Mason no se detuvo a examinarlas. El rápido inventario que hizo le reveló todo lo que necesitaba saber. Reparó en que la leche y la crema estaban, todavía frescas. El regulador del frío se hallaba en un punto que mantenía los alimentos guardados en su interior a baja temperatura. Éstos despedían un olor fresco, lo cual no quería decir nada tratándose de un refrigerador de la calidad de éste. Tanto podían hallarse allí desde el día anterior como desde hacía una semana.

Mason cerró la puerta, y con su linterna practicó un rápido examen de la cocina. De allí pasó al comedor.

También su linterna le proporcionó una idea general de los muebles, toda una variedad pasada de moda que, evidentemente, había sido comprada muchos años antes. La alfombra del comedor era nueva, y de pacotilla. La mesa había sido vuelta a encerar y las sillas reparadas con barniz para muebles; pero la discordancia de la alfombra nueva, simplemente, hacía pensar que la persona que durante muchos años vivió en la casa decidió arrendarla amueblada, reemplazando sólo las cosas que estaban más gastadas.

Del comedor pasó al salón. Aquí había estantes para libros, contruidos a ambos lados de una chimenea, y amplios ventanales que daban al porche. Las cortinas parecían relativamente nuevas, y Mason se dio cuenta, con cierta aprensión, de que si bien cubrían íntegramente las ventanas, el material de las mismas no era lo suficientemente compacto como para ocultar toda la luz. El rayo de la linterna era visible, probablemente, desde la calle, y las pequeñas ventanas rectangulares colocadas sobre los estantes, a ambos lados de la chimenea, no tenían cortinas. Su secretaria podía prevenirle contra cualquier transeúnte que se aproximara, pero las personas de las casas vecinas podían notar la luz de la linterna que rondaba de un lado a otro en la habitación.

El problema de Mason no era el de un simple ladrón. Necesitaba

más luz que la indispensable para no tropezar con los muebles. Quería hacer un detallado estudio de los objetos de esa habitación para establecer con cuáles había sido arrendada la casa, de manera que pudiera apreciar más claramente el significado de los objetos que había traído consigo el arrendatario.

Mason vaciló durante un momento. Luego caminó hacia la puerta del frente y oprimió el interruptor de la luz.

Al instante, el aposento quedó radiantemente iluminado. Encontró varias lámparas de pie, las cuales encendió. Abrió un libro y lo colocó sobre la mesa, con el lomo hacia arriba. Por si algún curioso vecino estuviera atisbando a través de las ventanas sin cortina, colocadas en lo alto de la chimenea, se quitó el sombrero y retardó sus movimientos, para que éstos parecieran simplemente naturales del legítimo inquilino, y no los apresurados de un ladrón merodeador.

Un automóvil conducido a gran velocidad dobló la esquina. Los neumáticos hicieron un ruido de protesta cuando el coche frenó para detenerse súbitamente. Oprimieron el timbre de la puerta... una vez. Mason se detuvo, permaneciendo inmóvil.

Oyó el golpe estrepitoso de la portezuela del coche, y luego tres timbrazos cortos y agudos. Mason escuchó en seguida los pasos de alguien que por el pasadizo de cemento caminaba hacia la parte posterior de la casa. Una vez más sonaron tres timbrazos; luego, dejáronse oír pasos en el porche.

El abogado, consciente de que su secretaria había sido atrapada, tomó en un instante su decisión. Abrió la puerta de entrada y saludó a su secretaría, que se hallaba en pie en el umbral, con el rostro blanco como la cera:

—Buenas noches. ¿En qué puedo servirla? —y en seguida, al parecer por primera vez, reparó en el coche de la policía, detenido frente a la casa, y a un fornido oficial no uniformado, que se hallaba detrás de Della Street.

—Buenas noches —repitió Mason—. ¿Vienen ustedes juntos?

—No —respondió Della rápidamente—. No. Soy agente del *Chronicle* y el objeto de mi visita es ofrecerle una interesante suscripción...

—Un minuto, compañera. ¡Un minuto! —exclamó con voz de trueno el oficial.

Della se volvió para examinarlo con ojos hostiles, y dijo ásperamente:

—Gracias. Éste es mi medio de vida y no tolero que se me atropelle. El hecho de que no me halle acompañada no le importa nada... a usted.

—¿Quiere entrar? —dijo Mason. Y al oficial—: ¿En qué puedo servirle? —El agente de Policía avanzó, pisando los talones a Della—. En verdad —dijo Mason, con la cortés indignación de un dueño de casa atropellado—, mi invitación fue...

—¿Qué sucede?

El abogado pareció sorprendido y dijo:

—También a mí me agradaría saber qué sucede.

—Un hombre que vive en una manzana de aquí nos informó que oyó a una pareja de bandoleros cuando planeaban asaltar esta casa.

Mason miró a Della Street, preguntándole:

—¿Ha visto alguna pareja, miss...?

—Miss Garland.

—Tome asiento, miss Garland. Presumo que usted está efectuando visitas a todas las casas de la manzana. Tal vez haya visto...

—No vi una sola pareja —respondió ella—. Pero sí a una mujer de aspecto sospechoso. Me pareció que salía del porche. Yo tocaba el timbre en la casa contigua, donde me parece que no hay nadie, y advertí que subió al porche de ésta, se detuvo un momento, y luego se volvió y salió a la calle. Pasaba en ese momento un hombre, y observé que la miraba como si la hubiese conocido.

—¿Y esa mujer subió al porche de mi casa? —preguntó el abogado.

—Sí, pero creo que no llamó al timbre. Subió, se detuvo un momento, luego se volvió y bajó las gradas, dirigiéndose rápidamente hacia la esquina.

—¿En qué dirección? —inquirió el policía.

—Hacia abajo.

—¿Pudo usted formarse una idea exacta de ella?

—Era un tanto... Sí, parecía un tanto... ordinaria —respondió Della—. Lo indicaba su manera de andar.

—Voy a consultarlo con mi compañero —dijo el policía con el ceño fruncido—. ¿Por dónde se pasa a la parte posterior de la casa?

—Por aquí —dijo Mason, dirigiéndose hacia el comedor—. Tome asiento, por favor, miss Garland. Tendré mucho placer en conversar con usted.

El funcionario policíaco dijo:

—Puedo salir solo, gracias.

—Le encenderé las luces —dijo Mason; y agregó, excusándose—: Tengo un desorden terrible, a causa de un trabajo de investigación que estoy efectuando. Por el polvo que se acumula en los muebles, me parece que no soy muy buen dueño de casa.

La luz que Mason había encendido puso al descubierto lo que su linterna no le había revelado...; que las sillas y la mesa estaban completamente cubiertas de polvo.

El agente, frunciendo el entrecejo, dijo:

—Indudablemente, no es muy buen dueño de casa. ¿No come aquí?

—Creo que soy el prototipo del letrado completamente distraído. En realidad, casi siempre como en la cocina. Y, además, mis comidas son muy frugales.

El funcionario policíaco siguió al abogado a la cocina. Cuando éste encendió las luces, distinguió los vagos contornos de una corpulenta figura de pie en el porche de atrás, en el umbral de la puerta trasera, y aparentando no verla, dijo, muy naturalmente:

—Mi comida consiste principalmente en leche, huevos y fiambres. Y, a propósito, si quiere servirse un vaso de leche, agente, tengo una botella en el refrigerador. No conozco las reglas de etiqueta para casos semejantes; pero, en vista de que ha acudido a proteger mi casa, yo...

El agente, que había estado dando vueltas por la cocina, se dirigió hacia el refrigerador, lo abrió, miró al interior haciendo un rápido inventario mental de su contenido, cerró la puerta y dijo:

—Mi compañero me espera fuera —y salió en dirección a la puerta trasera. La abrió y preguntó—: ¿Ha observado algo, Jack?

—No.

—En el porche me encontré con una muchacha —dijo el primer policía— que ha venido a ofrecer suscripciones de un periódico. Cuenta que en el porche de esta casa vio a una mujer que salió a la calle, dobló la esquina y se dirigió hacia abajo. Quizás ha sido la que vio ese hombre.

—¿Tiene su filiación?

—No. Voy a volver a hablar con ella. Venga. Mi compañero, míster... ¿Cómo es su nombre?

—Tragg —contestó Mason—. George C. Tragg —y luego agregó, un tanto esperanzado—: Tengo un hermano que trabaja en la Policía de Los Ángeles.

—¿Ah, sí? —preguntó el funcionario, y sus maneras experimentaron un sutil cambio.

El abogado hizo un movimiento de cabeza en señal de asentimiento, y dijo:

—El teniente Tragg, de la Brigada de Homicidios. Tal vez hayan oído hablar de él. Él...

—Indudablemente que sí —repuso el policía—. ¿De manera que es usted el hermano de Tragg? ¡Bien, bien! Escuché a Tragg en el congreso que se celebró aquí hace dos meses. Nos dio conferencias sobre la manera de interrogar a los testigos que se han encontrado en el escenario de un crimen. Es un muchacho inteligente.

Mason asintió con vehemencia, diciendo:

—Sí. Estuvo aquí hace dos meses —y agregó algo entristecido—. Pero apenas le vi. Yo tenía mi trabajo y él estaba horriblemente ocupado. Esos congresos policíacos son... Creo que acaparan todo el tiempo a los funcionarios.

Los policías hicieron gestos y comentaron:

—Así es, en realidad.

Mason apagó las luces detrás de ellos. Della Street, sentada en un sillón del salón, miró indiferentemente su reloj cuando los tres penetraron en esa habitación.

—¿Cómo dijo que se llamaba? —preguntó el primer funcionario.

—Miss Garland —respondió ella, con dignidad.

—Que gestiona suscripciones para el diario *Chronicle* —explicó el segundo oficial—. Y ahora, miss Garland, descríbanos a esa mujer sospechosa a quien usted vio rondando en torno a esta casa, y a quien perdió de vista al doblar la esquina.

Della alzó la vista mirando a un ángulo del cielo raso del salón. Apoyó la barbilla en su mano enguantada y dijo pensativa:

—Bueno. Déjeme pensar. No sabría decirle cómo iba vestida, pero algo raro la distinguía. Ah, sí, su andar, con un exagerado balanceo del..., de sus... caderas... Recuerdo que usaba un

sombrero con ala pequeño y... No, no creo que llevara abrigo, sino una chaqueta. Sus faldas eran más bien cortas, y tenía... Sí, tenía las piernas largas.

El agente de Policía se rió de buena gana, repitiendo:

—¡Piernas largas! ¡Eso está bueno! ¡Caramba! ¡Qué bien describe a esa pajarraca!

—Creo que usted la reconocería si llegara a verla caminando por la calle —dijo Della.

Los policías se miraron, y uno de ellos preguntó:

—¿No vio a un hombre junto a ella?

—No. Iba sola.

—¿A qué distancia de ella estuvo usted?

—Muy cerca —admitió Della—: yo me hallaba en el porche de la casa de al lado. Pero usted ha de saber cómo es este trabajo. ¡Hay que visitar a muchos posibles clientes en un período limitado de tiempo! Una no se atreve a empezar muy temprano, a visitar a una familia después del almuerzo, hora en que la dueña de la casa tiene múltiples quehaceres. Después se hace tan tarde que intimida efectuar tales visitas, aun cuando se sabe que la familia se encuentra en pie. En muchas ocasiones el timbre despierta a una criatura, lo que contribuye a que se le reciba mal. Y, de esta manera, el período de tiempo en que uno puede trabajar es relativamente muy corto.

—Ahora es realmente tarde, ¿verdad? —dijo el policía mirando la hora. Della hizo un movimiento de cabeza, se mordió el labio inferior, bajó la vista y dijo con vacilación:

—Pero ahora me hallaba en una situación de emergencia..., mi hermana menor... Bueno, simplemente necesitaba algún dinero adicional. Recibo el pago de mis comisiones tan pronto como entrego al periódico la solicitud firmada por el nuevo suscriptor.

—Muy bien, miss Garland —dijo el policía—. Vamos, Jack, echemos un vistazo por los alrededores para ver si podemos atrapar a esa ratera, a pesar de que no tenemos ninguna acusación contra ella. ¿Está usted segura de que no estuvo rondando aquí por el porche?

—Subió un momento. No sé explicarme por qué, tuve la sensación de que trataba de evitar encontrarse con el hombre que pasó por la calle. Por eso reparé más en él que en ella. Usted

comprende cómo son las cosas. Las muchachas, a las que el trabajo obliga a permanecer en la calle por la noche, tienen muy frecuentemente... ¡Oh, usted bien sabe!

—¿Los hombres le dicen cosas al pasar? —preguntó el policía, sonriente.

—¡Ah, ah! —respondió Della, indiferentemente—. No me importa que me galanteen finamente, pero lo que me saca de quicio son esas proposiciones sucias que hacen muchos hombres. Y luego, una nunca sabe cuándo alguno puede insistir violentamente. Una se hastía al cabo del tiempo.

Los funcionarios policíacos cambiaron miradas, y uno de ellos dijo:

—Bueno, nos iremos. La atraparemos y la llevaremos a la Comisaría. Una cosa es segura: si la prendemos, no podrá engañarnos más. Tiene una manera de hablar vulgar, muy característica... ¿De manera que es usted el hermano del teniente Tragg? Bien, bien. No sabía que tuviera un hermano que viviese aquí en San Francisco. No habló nunca de usted.

Los ojos de Mason refulgieron de alegría al decir:

—Me siento sumamente orgulloso de él. Por todo lo que he podido oír, creo que está haciendo una espléndida carrera. En ocasiones me envía algunos recortes de periódicos.

—Es muy buena persona —convino el oficial—. Bueno, hasta luego. Por cualquier cosa que suceda, o si ve rondar a alguien, telefonee simplemente a la Comisaría. Probablemente no tiene ninguna importancia, pero el hombre que dio el aviso dijo que una pareja de bandoleros hablaba de efectuar un saqueo en el barrio. Agregó que había pasado delante de ellos en la acera, y que les había oído claramente. Buenas noches, Tragg. Buenas noches, miss Garland.

Perry Mason cerró la puerta de entrada, se volvió e hizo una reverencia a su secretaria, exclamando:

—Sería un placer para mí suscribirme a un diario por intermedio de una joven tan atrayente y equilibrada. Me doy cuenta de cuánto ha de menester usted el dinero, debido a su hermana, pero realmente, si fuera a suscribirme sólo por simpatía...

—Gracias —le interrumpió Della Street—. Conozco la intriga. Muy frecuentemente se nos presenta el caso. Pero casi no esperaba

que el hermano de un teniente de Policía apelara a semejante maniobra.

Ambos rieron de buena gana. Mason apagó las luces de las paredes, dejando la habitación iluminada sólo por las lámparas de pie, y exclamó:

—¡Casi nos llevamos el soberano susto del siglo!

—¿Y a mí me lo dice? —preguntó Della.

El abogado se levantó de la silla y dijo:

—Bueno, nos iremos.

—¿Cree que hay peligro?

—Oh, sí. Esos agentes buscarán en las próximas tres o cuatro manzanas; no encontrarán vestigios de la mujer que buscan; informarán a la Comisaría y entonces volverán a efectuar otras indagaciones. No permanezcamos aquí mayor tiempo del que debemos.

—¿Y qué está buscando?

—Deseo encontrar algo que me dé la pauta acerca de la personalidad de Karr en San Francisco.

—¿Cree que ha actuado en esta ciudad bajo el nombre de Carr Luceman?

—Sí. Reparé en la circunstancia de que el nombre de pila de Luceman se pronuncia exactamente como el apellido de Karr, aunque se deletrea en otra forma. Advierta que esta casa, según las apariencias, sólo ha sido habitada por breves períodos de tiempo. Es evidente que a Karr se le persigue, probablemente a causa de sus contrabandos de armas, o tal vez debido a esa antigua enemistad con su socio, que data del año mil novecientos veintiuno. Cuando viene a San Francisco, no quiere alojarse en los hoteles, pues, naturalmente, a una persona como él es muy fácil localizarla.

—Y ¿qué hay de cierto sobre la enfermedad de sus piernas? —preguntó Della.

—En cuanto a eso, resuélvalo usted misma. Ahora, una bala le ha atravesado una pierna. Naturalmente, no se ha atrevido a llamar a ningún médico de Los Ángeles, porque un balazo ha de ser explicado satisfactoriamente. Si Karr les hubiese dado su dirección en Los Ángeles, y si la desaparición de Hocksley y de su ama de llaves fue advertida debidamente...

—Comprendo —le interrumpió su secretaria—. En San Francisco

tenía en regla sus documentos de identidad. En esta ciudad nadie había desaparecido y, por consiguiente, podía venir aquí a inventar esa historia del accidente. Pero ¿quién le disparó?

—Se disparó él mismo —contestó Mason, sonriendo sarcásticamente—. Su gato hizo saltar el revólver de la mesa cuando él estaba...

Della hizo una pequeña mueca y dijo:

—Resérvelo para su hermano, el teniente.

—Registraremos la casa antes que empecemos a conjeturar. Hay lugares mejores que éste para conversar.

El abogado empezó a examinar el salón, haciendo comentarios en voz alta:

—Cuadros en las paredes, de mediano gusto artístico. Muebles de acuerdo con la casa en que se encuentran. Nada que confiera personalidad a la persona que la habita. ¡Ah, ah! Aquí tenemos algo: «La lucha por el Pacífico», «Asia en época de transición», «La situación económica del Japón», «La operación estratégica sobre Singapur». Aquí se hallan quince o veinte libros que tratan de la situación en Oriente, intercalados entre otros que, incuestionablemente, figuraron entre los propios de la casa, libros antiguos con encuadernaciones deshilachadas. Bueno, esto ya indica algo. Sigamos mirando.

—Della, con el ojo avizor de la dueña de la casa que observa a fondo el orden interior, dijo:

—Parece que alguien viene a efectuar la limpieza una vez a la semana. Fíjese en este cenicero.

—¿Qué tiene?

—Tiene una trampa —indicó— en la base. He aquí los desperdicios que contiene: vitolas y puntas de cigarros, colillas de cigarrillos, cerillas, y...

—¿Rouge de labios marcado en las colillas? —preguntó Mason.

—Sí.

—Voy a echar un rápido vistazo por arriba. Probablemente me revelen, más que esta habitación, la alcoba y la ropa contenida en los armarios.

—Pero, ¿qué es lo que busca?

—No lo sé, exactamente. Estoy tratando de formarme una idea general. Karr se halla empeñado en alguna actividad especial. De

alguna manera, mantiene relaciones con los chinos. Tiene mucho dinero. Probablemente no es un filántropo. Hocksley era su socio, y tal vez éste estaba en conocimiento de muchas actividades. Hace veinte años, Hocksley le traicionó, y uno de sus socios encontró la muerte. Ahora, de pronto, Hocksley aparece.

—¿Cree usted que se ha propuesto vengar la muerte de un socio y la traición de que le hizo víctima?

—Ésa es la cuestión —dijo Mason, tomándola del brazo para ayudarla a subir la escalera, y encendiendo una luz en el rellano—. Veinte años es un período de tiempo demasiado largo para seguir buscando infructuosamente a una persona. Las probabilidades son que, después del episodio de mil novecientos veintiuno, Karr no haya pensado mucho en Hocksley, hasta que la actual situación del Oriente le impulsó a reanudar sus actividades. Veamos lo que podemos sacar en limpio. Penetre en la habitación de la izquierda, Della. Encienda las luces y examine los roperos. Vea si han dormido en la cama. Registre los cajones del tocador. Descubra todo lo que sea posible sobre la persona o personas que viven aquí. Yo examinaré la alcoba de la derecha.

Mason abrió la puerta, encendió las luces, y luego, súbitamente, permaneció completamente quieto.

Della, volviéndose, le contempló en su actitud de estupefacción, y preguntó:

—¿Qué pasa, jefe?

—No venga —le dijo él, haciéndole una seña para que se alejara.

Pero Della vino a asomarse y luego retrocedió, respirando dificultosamente.

El cuerpo de un hombre yacía en la cama, con la cabeza colgando; su rostro tenía el lívido color de la muerte. Una bala le había perforado el corazón, y la sangre había manado, empapando las mantas y formando un charco en el piso. Era el cadáver del inquilino de la familia Gentry, Delman Steele.

Capítulo 16

Della Street tomó de la mano a Mason. En su estado de nerviosismo, concentró toda su fuerza en sus dedos y exclamó:

—No..., no...

El abogado se desprendió de su fría mano y ordenó:

—Quédese ahí, Della. No entre. ¡No toque nada!

—¡Jefe, no se meta en esto! No. ¡Por favor, no! Yo...

—Tengo que hacerlo —repuso él—. Ya estamos metidos. Cállese.

—Penetró cautelosamente en la habitación. Palpó la sangre de la colcha, levantó la mano suavemente, buscó el pulso de Steele, se volvió y salió de la alcoba. Con su pañuelo limpió la plancha metálica y la llave del interruptor de la luz; en seguida apagó las luces con la mano cubierta por un pañuelo.

—No se arriesgue —solicitó Della—. Avise a la Policía. Ahora debe hacerlo.

—Sí —dijo su jefe, riendo sardónicamente—. Nos hallamos en una situación muy a propósito como para avisar a la Policía. He declarado a los funcionarios policíacos que vivo aquí, que soy hermano del teniente Tragg, de la Brigada de Homicidios de Los Ángeles. Usted ha desempeñado el papel de una joven que solicita suscripciones para el periódico *Chronicle*, de San Francisco. Podemos decir a la Policía que no hemos estado en la casa el tiempo suficiente como para haber descubierto el cadáver, que no conocíamos el secreto de esta alcoba, que irrumpimos en la casa como resultado de un trabajo detectivesco de aficionados; que, tan pronto como encontramos el cadáver, decidimos que era mejor cooperar y conducirnos debidamente. Después tendríamos que comparecer ante un jurado y, tal vez, ante un Tribunal procesal.

—Pero no queda otro remedio. Debemos hacerlo.

Mason movió la cabeza con énfasis y dijo:

—Los principales actores se regocijarían de habernos arrastrado a la situación en que querían colocarnos. Permaneceríamos a la defensiva no sólo en el proceso de este caso, sino para todo el resto de nuestras vidas.

—Sin embargo, me parece que debemos hacerlo —murmuró la secretaria—. Tan pronto como se descubra el cadáver, la Policía iniciará las investigaciones del caso. Interrogarán al teniente Tragg acerca de su hermano. Le harán una detallada descripción de la pareja que encontraron en la casa, y... Bueno, usted ya conoce la respuesta.

—Naturalmente que conozco la respuesta —dijo Mason—. A eso es a lo que quiero llegar.

—No lo entiendo.

—Hay una sola forma de evitar colocarnos a la defensiva, y es atacar.

—Pero, ¿de qué manera podemos atacar? No tenemos más esperanzas de que nos sea posible efectuar un ataque que un conejo perseguido por una jauría de galgos.

—Ésa es la cuestión —dijo Mason—. ¿Comprende?, no están todavía siguiéndonos los pasos. No lo harán hasta que encuentren este cadáver. No lo encontrarán hasta que alguna persona venga a la casa.

—¿Quién?

—Tal vez sea Rodney Wenston, a pesar de que no lo creo muy probable. Aunque él sea quien venga aquí, es difícil que se encuentre en mejor situación que nosotros para llamar a la Policía.

—¿Por qué?

—Por el fin para el cual se usaba esta casa, y por la impostura de Karr. Es evidente que éste teme a la Policía tanto como nosotros. En cuanto a Rodney Wenston, a menos que pueda probar su coartada rigurosamente, es más probable que haya apretado el gatillo que cualquier otro... Recuerde que él ha estado conduciendo a Karr en su monoplano desde Los Ángeles a San Francisco, y viceversa, ayudándole a mantener el secreto de esa pierna enferma.

Della hizo una señal de asentimiento, y luego, señalando la alcoba con una leve inclinación de cabeza, preguntó:

—¿De qué manera llegó Steele a encontrarse aquí, y por qué le

mataron?

—Salgamos de aquí —dijo Mason—. Hablaremos en el *grill* del Locarno. Por el momento, lo más importante es escapar.

Apagaron las luces del rellano y descendieron la escalera, dirigiéndose al salón. Mason dio vueltas, apagando las luces, y dijo:

—No es menester que nos creemos preocupaciones dejando huellas dactilares aquí. Una vez que lleguen a sospechar de nosotros, los dos policías pueden identificarnos en forma precisa.

—¿Saldremos por la puerta de entrada o por la falsa?

—La de entrada, sin duda. Saldremos cogidos del brazo, como esposos que van al cine.

—Es tarde para ir al cine, y a mi estómago le gustaría que se tratase de esposos que van a un restaurante.

—Muy bien —dijo Mason—. Marido y mujer van a un restaurante. Espere aquí hasta que apague las luces del comedor.

—No espero —protestó Della—. ¿Qué cree que soy? Estaré junto a usted como la cola de un zorro junto a la oreja de un perro hasta que salgamos de esta casa.

Mason rodeó el talle de la muchacha y le dijo lleno de ternura:

—Comprendo cómo se siente, Della.

—Diablos —repuso ella a punto de derramar lágrimas, conmovida ante la ternura que le demostraba su jefe—: ¿Por qué no dejar a Paul Drake que siguiera descubriéndonos los cadáveres?

—Nosotros llevamos la batuta; eso es todo. Vamos derechos al grano, y yendo derechos al grano vamos a llevar la batuta y a desenredar la maraña.

Della dio una vuelta para enfrentarse a Mason. Apoyó su cuerpo contra el de él y colocó las manos sobre sus hombros, diciéndole:

—No piense que me estoy echando atrás. La sacudida que he recibido es terrible; eso es todo.

El abogado terminó de apagar las luces. Su linterna iluminó el camino hacia la puerta.

—¿Lista? —preguntó.

—Lista —contestó la muchacha.

—Y ahora, salgamos bien erguidos.

El abogado abrió repentinamente la puerta.

El aire cargado de humedad golpeó sus rostros. La calle aparecía desierta. Mason ofreció el brazo a Della y dijo:

—Los próximos segundos serán los peores.

Juntos descendieron las gradas dirigiéndose a la acera. Al llegar a ésta, la secretaria dijo:

—¡Dios mío! ¡Qué deseos tan grandes de correr tengo! Parece que mis pies quisieran volar. ¿Tomamos un taxi?

—Sí. Recuerde que ese automóvil de patrulla de la Policía anda de un lado a otro en busca de dos personas de nuestras señas.

—Pero si nos detienen, nos reconocerán.

—Eso es lo peor. El hecho de que nos vean juntos les dará a entender cuánto nos asemejamos a las señas dadas por el espantado hombre de los zapatos con suela de goma.

—Ah, ah. Y hasta en el tranvía nos haremos notar. ¡Si tuviéramos un teléfono a nuestro alcance para llamar un taxi...!

—En cualquier caso —dijo Mason, riendo—, hay que reconocer que nuestras vidas no consisten en una simple cadena de acontecimientos carentes de interés.

—No —admitió ella, charlando nerviosamente para dominarse—. En ese sentido, no podemos formular queja alguna contra la vida. ¿Esperamos aquí el taxi?

—Caminemos un par de manzanas hasta llegar a una parada... No, aquí viene un tranvía. Subamos.

El tranvía que se aproximaba a la esquina disminuyó su velocidad, obedeciendo la señal de Mason.

—¿Lleva dinero? —preguntó a Della.

—Sí, por supuesto.

—Muy bien, suba sola. Siéntese atrás. Yo me sentaré delante. Simplemente somos dos personas que por casualidad hemos tomado el tranvía en la misma esquina.

El conductor frenó, Mason se cogió al pasamanos y saltó un par de segundos antes de que el tranvía se detuviera para permitir subir a Della. El conductor puso nuevamente en marcha el tranvía.

Después de una serie de vueltas se detuvo en respuesta a la señal de Mason. Éste descendió y se alejó caminando rápidamente. Della le siguió con toda naturalidad, caminando media manzana tras él. De repente, Perry se volvió, vio a Della y salió a su encuentro, descubriéndose cuando estuvo cerca de ella y exclamando:

—Bien, bien. ¡Qué gusto verla por aquí!

El rostro de la muchacha se iluminó, sonriendo alegremente al

exclamar:

—¡Oh, Perry!

Dos marinos que, evidentemente, seguían a Della, se volvieron desengañados.

Mason dijo:

—Es verdaderamente un placer para mí el haberla encontrado. ¿Qué le parece si vamos a cenar?

—¡Qué coincidencia más extraordinaria! Justamente pensaba ir a un restaurante.

—Hay uno muy bueno en la próxima manzana; el «Locarno»..., famoso por sus asados.

—Es precisamente lo que deseaba en estos momentos: Dos cócteles y un asado me dejarán nueva.

—¿Vamos a efectuar un trueque a la antigua?

—En eso estaba pensando. ¿Qué se me ofrece a cambio?

—Dos cócteles y un asado.

—Trato hecho.

Riendo, Della le cogió del brazo, y partieron rumbo al «Locarno». Luego dijo:

—Las piernas me vacilan. Estoy nerviosa. Necesito una bebida, pero tengo hambre.

—Al cabo del tiempo se acostumbrará a ver cadáveres —le dijo Mason.

—Sí. Tiene sus inconvenientes trabajar para un hombre que no se contenta con sentarse a esperar que un caso siga su curso, sino que tiene que salir decidido a impulsarlo él mismo.

—Una de las primeras reglas que debe observar una secretaria competente es no encontrar nunca faltas en su jefe cuando éste la ha invitado a comer.

—¿Acaso la secretaria no tiene derecho a llevar pagados los gastos del viaje?

—Sí, pero cuando se sale de su posición de secretaria y se convierte en cómplice, pierde su condición de aficionada.

—¿Qué quiere decir con la palabra cómplice?

—La «campana» de un delincuente que ayuda a éste en su cometido.

—¡Alto! En el caso actual yo llevo la batuta. Me sonrojo cada vez que pienso en ello.

Mason la condujo hasta las puertas del restaurante.

—Tengo que efectuar algunas llamadas por teléfono —dijo—; la dejaré en su asiento; pediré unos cócteles y volaré al teléfono.

Sonriente, un *maitre* se acercó a ellos y les preguntó:

—¿Desearían cerca de...?

—Un rincón, lo más lejos posible —repuso Mason.

El *maitre* sonrió afectadamente y dijo:

—Sí, señor. Comprendo. Por aquí, por favor.

Después de pedir dos cócteles, Mason se dirigió a la cabina del teléfono. Primero llamó al aeródromo; encontró que en el avión de medianoche había disponibles dos asientos, y los reservó. Luego llamó a la oficina de Paul Drake. Éste no se encontraba allí, pero Perry le dejó instrucciones, diciendo:

—Necesito saber lo más fielmente posible dónde ha estado Rodney Wenston durante cada minuto del día. Dígale a Paul que investigue sobre Delman Steele, un inquilino de la familia Gentry, en East Dorchester. ¿Entendido?

—Sí. Paul regresará dentro de una o dos horas.

—Dígale que me espere. Estaré en su oficina a las dos cuarenta y cinco. Colgó el receptor, y regresó a la mesa, en la que ya estaban dos cócteles. Sorprendido, preguntó a Della:

—¿Observando las reglas de etiqueta y esperándome?

—No. Éste es mi segundo cóctel. El camarero acaba de traérmelo. ¡Por el crimen!

—¡Por el crimen! —dijo Mason, y chocaron las copas.

Capítulo 17

Paul Drake, sentado sobre la mesa-escritorio de su oficina, con una taza de café negro frente a él, dijo, mientras el agua burbujeaba en la cafetera eléctrica:

—¿Cómo están ustedes? Me caigo de sueño.

—Dormir demasiado es un mal hábito —dijo Mason—. Uno debe aprender a dominarse. Si no lo hiciera, usted podría llegar a creer que le son necesarias dos o tres horas de sueño por la noche.

—Bueno; todavía no he llegado hasta ese punto. Una hora u hora y media me parece suficiente descanso. Dos horas me dejarían narcotizado. Supongo que ustedes han estado divirtiéndose en los clubs nocturnos, y no han podido venir antes porque la orquesta todavía tocaba.

—Eso es —repuso Della, extendiendo los brazos y bailando un vals mientras tarareaba una melodía—. ¡Hemos pasado una velada divina, Paul!

Drake sonrió sarcásticamente y dijo:

—¡A otro perro con ese hueso! Ninguno de los dos me engaña. Han estado cometiendo un asesinato en alguna parte. ¿Qué cadáver han descubierto ahora?

Della dejó de bailar, y dijo despectivamente:

—Eso es lo malo de usted; no es romántico en absoluto. Ha hecho de su vida toda una serie rutinaria de hábitos de trabajo, y precisamente cuando yo empiezo a bailar, trae usted a colación el tema de los asesinatos. Ahora, el jefe hablará de asuntos profesionales..., después de habernos divertido tanto.

—Yo me he divertido muchísimo entreteniendo a mistress Gentry. Tragg arrestó esta noche a su hijo. Está loca. Me llamó alrededor de la medianoche. Le dije que usted, Mason, estaría aquí cerca de las dos y media o tres de la madrugada. Contestó que le

esperaría en pie. Le manifesté que no creía que fuera a verla esta noche, pero ella insistió en que le esperaba.

—Iré a verla.

—No sabe nada nuevo, Perry. Está loca, y sólo trata de salvar a su hijo.

Mason se sentó en el borde de la mesa escritorio de Drake, y preguntó:

—¿No tiene más tazas de café, Paul?

Éste abrió un cajón, sacó unos cubiletes imitación de ágata, y dijo:

—Puedo darle dos de estas tazas. Es la medida que acostumbro tomar.

—No hable tanto y sírvanos —dijo Della.

Drake abrió la espita de la cafetera y llenó dos grandes tazas de café.

—No tengo azúcar ni crema —dijo—. Ésta es una oficina —y rió sarcásticamente.

—¿Qué averiguó respecto de Rodney Wenston? —preguntó Mason.

—Estuve tratando de encontrarle a usted para informarle de que Wenston partió a San Francisco inmediatamente después de la visita efectuada por el teniente Tragg a casa de Karr. Esta vez deben de haberse dado cuenta de que mi ayudante estaba al acecho, porque Karr no tocó el suelo. Le sacaron del automóvil en vilo, y le subieron al monoplano como si se hubiese tratado de una criatura.

—¿Qué hizo Wenston antes de eso?

—Ha andado de un lado para otro todo el día.

—¿Es posible que fuese a San Francisco y volviese antes de hacer el viaje de la noche? —preguntó Mason.

Drake consultó su libreta de apuntes, y dijo:

—Siempre que haya sido muy temprano por la mañana. Nadie ha estado espíandole. De las averiguaciones practicadas, he llegado a la siguiente conclusión: se puso en camino hacia la ciudad alrededor del mediodía; esto es lo que el vigilante de su calle dijo; y el hombre de la estación de servicio, en la bifurcación del camino, donde acostumbra a comprar la gasolina, dijo que pasó por allí cerca de la una, pero que no se detuvo a proveerse de combustible.

—¿Conduciendo su automóvil?

—Ah, ah. Luego estuvo en su oficina de usted, alrededor de las tres, me parece, ¿no fue así?

—Poco más o menos.

—Llegó a las dos cincuenta y cinco —dijo Della Street.

Drake la miró, preguntándole:

—¿Anota usted la hora en que cada persona entra en la oficina?

—Y también la hora en que se van. ¿De otra manera cree que puedo saber cuánto debe cobrar Perry por su tiempo?

—Es una buena idea. Creo que voy a darle instrucciones a mi empleado para que empiece a hacer lo mismo. Cobraría doble tarifa por horas intempestivas, ¿verdad, Perry?

—Debería hacerlo, pero no creo que persevere. ¿Y qué me dice de Delman Steele?

—No he encontrado a ese pájaro. Se cree que trabaja en la oficina de un arquitecto; pero no obtuve resultado positivo.

El abogado dirigió a su secretaria una rápida mirada, y preguntó a Paul:

—¿Qué quiere decir?

—Es cierto que va a la oficina de un arquitecto; pero éste dice que, realmente, Steele no trabaja allí. Arrienda un escritorio, y entra y sale cuando quiere.

—¿A qué hora estuvo ayer en la oficina?

—Como de costumbre, llegó a las nueve de la mañana, salió a las diez y volvió a las dos. Estuvo allí hasta alrededor de las tres, y luego salió, sin que volviese otra vez. Divertido, Perry. Arrienda esa habitación en la casa de la familia Gentry. Tiene puerta a la calle, de manera que puede entrar y salir a la hora que quiere, pero se ha hecho como de la familia, y permanece un buen tiempo con ellos. Mistress Gentry piensa que está muy solo y...

—Estoy en conocimiento de todo eso. ¿A qué hora llegó anoche?

—No sé. Recibí su mensaje demasiado tarde para llamarle bajo cualquier pretexto. En realidad, mistress Gentry expresó a uno de mis ayudantes que Steele no tenía derecho a hacer uso del teléfono. Casi por casualidad, averigüé la cuestión del convenio en la oficina del arquitecto. No quisimos aparecer como si estuviésemos investigando, porque usted dejó instrucciones en el sentido de que nadie debía tener la más ligera sospecha. Por eso, en cada caso hemos procedido sobre la base de que damos por sentado que es

arquitecto. Su nombre se halla en la puerta de la oficina, en el lado derecho, e indudablemente dio a comprender a la familia Gentry que ésa era su profesión. Pero esta tarde, a la hora del aperitivo, y como al acaso, empezó a hacerle preguntas. De esta manera, se informó sobre Steele. Mistress Gentry puede saber a qué hora llegó anoche e informarle, en el caso de que usted vaya a verla ahora.

—Bueno, supongo que no hay nada más que hacer esta noche, sino dormir.

—¿Esta noche? —preguntó Drake mirando su reloj—. Ya va a amanecer.

—Hasta que amanezca siempre es de noche. Termine su café, Della. Vamos.

La secretaria bebió el último sorbo de su café, y preguntó:

—¿Vamos a ver a mistress Gentry?

Mason asintió con un movimiento de cabeza.

—¡Qué manera de trabajar! —dijo Drake—. Por mi parte, voy a tratar de dormir.

El abogado se dirigió hacia la puerta; luego, súbitamente, se volvió; se detuvo con las manos metidas en los bolsillos y, mirando con inquietud a Drake, dijo:

—Paul, tiene que hacer algo.

—Pero en ningún caso hasta después de haber dormido un poco —protestó Drake.

Mason, simplemente, continuó mirándole.

—¿De qué se trata? —preguntó, por fin, Paul.

—Tiene que obtener una confesión de Karr.

—¡Una confesión!

El abogado hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—No le entiendo.

—Le daré la gran noticia. A Hocksley no le mataron. Sólo fue herido. Necesito descubrir quién disparó contra él y por qué.

—¿Cómo sabe que sólo fue herido?

—Porque le he visto.

—¡Le ha visto! —repitió Drake, espantado.

—Sí.

—¿Dónde?

—En una habitación del Parker Memorial Hospital de San Francisco.

—¿Qué le dijo?

—Nada. Es evidente que le habían administrado hiposulfito. Va a vivir, pero el doctor está tratando de que nadie le vea.

—¿Cómo se trasladó a San Francisco?

—Wenston lo llevó en un monoplano.

—¡Wenston! Quiere decir que está traicionando a Karr...

—No; no es así —le interrumpió Mason—. Karr y Hocksley son una misma persona.

Drake echó atrás su silla y se levantó, exclamando:

—Uno de nosotros ha tomado mucho café, Perry; no sé si ha sido usted o yo. Indudablemente uno de nosotros está bizco. Hocksley es un hombre pelirrojo, cojo, que...

—Yo lo interpreto así —dijo Mason—. La persona que arrendó el departamento fue John Blaine, disfrazado con una peluca roja, y cojeando expresamente. Sin embargo, al arrendar el departamento bajo el nombre de Hocksley, actuaba como representante de Karr. No admito ni por un instante que un hombre de la astucia de Karr se escondiera en una vivienda situada en un edificio de dos pisos, sin dominar ambos.

—Eso me parece muy razonable; pero ¿qué le hace pensar que la casa de Karr es un escondite?

—Karr se ocupa de enviar contrabando de armas a China y, naturalmente, no quiere que por ningún motivo trascienda su nombre a la opinión pública.

—Entonces, ¿la caja de caudales de la casa de abajo pertenece a Karr?

—Sí.

—¿Por qué no tenía esa caja en el piso de arriba?

—Probablemente porque John Blaine vigila la caja de caudales, y duerme en el piso bajo.

—Entonces, el ama de llaves, Sarah Pahlín, estaría en conocimiento del embrollo.

—Por supuesto.

—¿Y Opal Sunley?

—Necesariamente, no. Puede haberlo sabido, como es posible que no sea así. Da casi lo mismo. El ama de llaves vivía allí. Opal Sunley iba de día.

—Pero usted dijo que Hocksley fue herido. Entonces, si Hocksley

es Karr, éste debe de tener una perforación de bala...

—En la pierna —interpuso Mason—. Por eso las tiene tapadas; de esa forma no muestra el vendaje.

—Probablemente; pero su enfermedad no es tan grave como quiere hacernos creer ahora.

—¿No padece de artritis?

—Espere un minuto, Perry. Un médico no atendería a un herido de bala sin que la Policía hubiese sido informada previamente.

—Así es —convino Mason, sonriendo.

—No le entiendo.

—Karr es hombre de actividades varias. Es muy listo. Salta a la vista que ejecuta la mayor parte de sus actividades en otras direcciones y bajo otros nombres. Aquí, en Hollywood, es Robindale E. Hocksley, cuando se trata de efectuar operaciones comerciales. En San Francisco, es Carr Luceman, y reside en la Avenida Delington trece, cero, nueve.

—Perry, no me importan un bledo los nombres que tenga. Sin embargo, ningún médico puede tratarle su herida de bala sin...

—Sin que medie una explicación que satisfaga al doctor y a la Policía. Como Elston Karr, que residía en una casa, sita en los altos de un departamento donde se había cometido un crimen, es natural que no hubiera podido presentar una explicación satisfactoria en Los Ángeles; pero como Carr Luceman, que vivía en San Francisco, en un barrio donde no se había cometido asesinato alguno, no le era difícil discurrir una historia que satisficiera a la Policía.

—¿Qué debo hacer?

—Hacerle reconocer todo esto. Yo no me encuentro en situación de tener una conversación con él. Usted, sí.

—¿Dónde se halla ahora?

—En un hospital:

—¿El doctor no le envió a un hospital la primera vez que le vio?

—Al parecer, no. No se trata de una herida verdaderamente grave, a menos que surgieran complicaciones. Probablemente, el doctor le aconsejó que guardara absoluto reposo y no tuviera preocupaciones, y que le llamara en el caso de que sobrevinieran síntomas extraños.

—¿Qué es exactamente lo que debo hacer?

—Obtener cuanta información pueda; averiguar su versión de lo

que sucedió en la noche del disparo.

—¿No me comprometeré al no informar a la Policía?

—Usted carece de informaciones, ¿verdad?

—Usted me ha contado una serie de cosas.

—¿Cree que es su obligación correr a dar aviso a la Policía cada vez que un abogado le expone una hipótesis acerca de un caso?

—Bueno... Pues bien: no.

Mason le guiñó un ojo y dijo:

—Con toda probabilidad, es simplemente una hipótesis disparatada la mía; pero aquí tengo un diario que relata la manera en que Carr Luceman se disparó él mismo en San Francisco. Me agradecería que usted efectuase una investigación acerca de las circunstancias.

—¿Cuándo debo partir?

—Reserve su pasaje. Puede dar unas cabezadas en el avión.

—Unas cabezadas sería mucho. Tal vez una o dos, sí. ¡No quiero empezar a acostumbrarme a dormir demasiado! ¿Está en conocimiento de esto Wenston?

—Debe de estarlo.

—¿Sabe lo de la herida de bala?

—Probablemente. Llevó a Karr en su monoplano esta tarde. A éste le empezaba a subir la temperatura en el último momento en que le vi. Le abrasaba la fiebre, y su rostro ardía.

—¿Quién sabe lo que sucedió la noche del disparo? ¿Alguna otra persona fuera de Karr?

—Sí. En todo caso, una persona.

—¿Quién?

—La persona que apretó el gatillo.

Drake cogió el teléfono, y tan grande era su cansancio, que habló con tono de voz muy bajo:

—Comuníqueme con el aeropuerto. Quiero reservar una buena cabina en uno de los próximos aviones que efectúen la carrera más rápida a San Francisco.

El abogado hizo una seña a su secretaria y seguidamente le dijo:

—Muy bien, Della. Vamos a hacer frente al otro final de este caso.

Mientras conducía su automóvil en dirección a casa de los Gentry, Mason dijo:

—Yo habría señalado a Steele hace tiempo.

—No veo cómo.

—Muy sencillo. Recuerde que cuando conversábamos sobre el caso, dije que la persona de la casa que recibía los mensajes debía de ser alguien que fácilmente podía hacer uso del diccionario, y que, por alguna razón, no podía ser llamado por teléfono. Recuerde que mistress Gentry me dijo desde un principio que Steele arrendaba una habitación y que era tratado como si fuera un miembro de la familia, pero que no tenía derecho a usar el teléfono. Ya había muchos que lo usaban en la casa. Tenía tres hijos, los cuales se hallaban en edad de concertar citas o conversar con sus amistades. Cada vez que sonaba el timbre se escuchaba un coro de gritos, pues cada uno quería contestar. Cuando alguien llamaba desde fuera, casi siempre uno de los hijos lo tenía ocupado. Recuerde lo que dijo.

Della asintió con un movimiento de cabeza.

—Yo pensaba —prosiguió Mason— en alguien que no pudiese usarlo debido a un impedimento físico, como un sordo o un inválido. Nunca se me ocurrió considerar la solución más simple..., una persona que viviera en la casa y no tuviera derecho a hacer uso del teléfono, y, además, que no pudiese colocar un teléfono propio sin que tal cosa llamara mucho la atención.

—Pero, ¿por qué mataron a Steele si era a él a quién iban dirigidos los mensajes?

—Es evidente que nos hallamos frente a los resultados de una antigua enemistad. Por el momento, no se me ocurre ninguna otra explicación. A Steele debieron matarle por lo menos dos horas antes que nosotros estuviéramos allí. No hay que darle vueltas a la circunstancia de que Karr ha estado y está todavía muy enfermo. La perforación producida por la bala en su pierna, la pérdida de sangre, el disparo y el curso normal de los acontecimientos deben de haberle restado energías en forma considerable. Físicamente, no es hombre fuerte. Fuera de eso, ha padecido de artritis en sus piernas. Es indudable que podía caminar, pero sólo lentamente y padeciendo dolor. ¡En cuanto a Steele se refiere, podemos eliminar a Karr!

—¿Cree usted que Karr estuvo en el piso bajo, la noche del disparo?

—Esa es la única deducción lógica. La alarma para ladrones se hallaba colocada en un sitio en que podía ser oída por él. Admite que la oyó. Debió de levantarse, y bajó lentamente. Sorprendió a alguien en la caja de caudales, y tal persona le disparó.

—¿Cree usted que Steele recibió el mensaje que usted dejó en la lata antes..., antes que le mataran?

—No sé. Su muerte va a complicar un tanto las cosas.

—¿En qué forma?

—Hay dos personas comprometidas. Una de ellas es la que enviaba los mensajes, y la otra la que los recibía. Ahora bien: si suponemos que Steele es la persona que recibía los mensajes, surge la pregunta: ¿quién los enviaba? Supongamos que fuera Sarah Pahlin. Steele ve una lata colocada en el estante después de la muerte de Sarah Pahlin. Por consiguiente, sabe que se trata de una trampa. Por esa razón, no tocará la lata. Por otra parte, si esa mujer no era quien enviaba los mensajes, Steele (en el supuesto que fuera la persona que los estaba recibiendo) habría caído, indudablemente, en la trampa de esa lata en la primera ocasión.

—Se nos ha armado un embrollo horrible. Pensaba que la persona que había enviado el mensaje y aquella a quien estaba dirigido eran los asesinos. Ahora parece que son las víctimas. ¿Qué vamos a hacer?

—Cuando estemos en casa de los Gentry buscaré un pretexto para bajar al sótano. Si la lata todavía se encuentra allí, el hecho será muy significativo.

Della Street habló como una persona perfectamente convencida de lo que se dice, cuando expresó:

—La lata estará allí. Completamente abierta y vuelta a cerrar. Mistress Pahlin debió de ser quien enviaba los mensajes y Steele quien los recibía. Ambos han sido asesinados. Aun en el caso de que careciéramos de una prueba rigurosa contra ellos, sus muertes lo estarían revelando. Vea usted cómo ha sucedido. Mistress Pahlin era una espía. Ella informaba a Steele. Por esa razón fracasó la tentativa de Karr de hacer caer en la trampa al verdadero Hocksley. Karr fue alcanzado por un disparo en una pierna, pero eso era todo cuanto él necesitaba para saber lo que ocurría. Procediendo con astucia verdaderamente oriental, siguió la pista a los dos culpables, y los mató.

—Hay otro ángulo de la cuestión que me da que pensar. ¿Qué se hizo del verdadero Hocksley?

—¿El que estaba en China?

—Sí.

—¿No cree usted que está muerto?

—No hay nada que lo indique. Karr debió de tener algún motivo para tomar la vivienda de abajo a nombre de Hocksley. Pudo haber escogido mil nombres ficticios; pero, en vez de proceder en esa forma, tiene a John Blaine para que se haga los afeites necesarios de manera que parezca ser Hocksley. Eso tiene que ser por algo.

—¡Dios mío, jefe! Desearía saber si Hocksley forma parte del cuadro. Al fin y al cabo, si aún viviera y hubiese visto su nombre en los periódicos, puede usted imaginar lo que sucedería. Karr se las ha arreglado para arrendar su departamento a nombre de Rodney Wenston, pero en torno a este caso se hará mucha publicidad. Si Hocksley se encuentra en el país, verá su nombre en los periódicos y... Pues bien: ¿no se da cuenta? Es una especie de tamiz que cierna todo menos una partícula de peculiar tamaño. Karr se ha ocultado de todos menos de Hocksley, pero éste leerá lo ocurrido y es tan seguro que acudirá a este departamento como... Pero, ¿qué estoy haciendo charlando de esta manera? El café de Paul Drake debe de haberme comunicado la chispa del parloteo.

Mason frunció el entrecejo y, en actitud pensativa, dijo:

—Adelante, Della, siga hablando. Lo está haciendo bien.

La secretaria movió la cabeza y exclamó:

—Me niego en forma absoluta a aclararle misterios. Sería una infracción a mi compromiso con el Sindicato.

—Usted no está procurando aclarar los misterios. Simplemente, me está proporcionando ideas.

—No es menester que nadie le dé ideas. ¿O acaso lo es?

Ambos rieron. Della se afirmó en un hombro de Perry, en forma un tanto insinuante y expresó:

—Estoy procediendo inversamente a como debo. Para llegar a alguna parte en este mundo, una mujer ha de ser femenina y dejar a los hombres que piensen. A ellos les agrada más así.

—Usted debe de haber estado tomando lecciones.

—Sí. He estado leyendo un libro estupendo, en dos volúmenes, llamado *Sex appeal para secretarias*, que dice que una buena

secretaria nunca debe discutir con su jefe.

—Pero, ¿acaso no puede un jefe cambiar impresiones con su secretaria?

—Cuando uno no quiere, dos no discuten. Adelante, jefe, y aclare sus misterios. A mí me corresponde sostenerlo. Estaba olvidándome de mi papel, y..., no creo que esté bien.

La casa de la familia Gentry se hallaba a oscuras, a excepción del comedor y la cocina, que estaban iluminados. Mason detuvo su coche y ascendió las gradas que conducían desde la calle hasta el pórtico.

—Recuerde ahora —previno a Della Street— que debe demostrar mucho interés por esa lata.

Golpeó suavemente. Oyéronse rápidos pasos procedentes del interior de la casa. Mistress Gentry abrió de repente la puerta. Llevándose un dedo a sus labios, les indicó silencio.

—Por favor, guardemos el mayor silencio posible —dijo—. Preferiría que mi cuñada no interviniese en esto. Nunca ha sido tolerante con mis hijos.

Mason asintió, haciendo un movimiento de cabeza.

—Pasen —les invitó la dueña de la casa.

Penetraron en fila, conducidos por mistress Gentry, hasta el comedor.

—No me agrada recibirles aquí —murmuró ella en voz queda—, pero la alcoba de Rebeca está precisamente encima del salón. Ella quiere saber todo lo que está sucediendo, y resueltamente no es justa con Junior. Y lo que es peor aún: ese teniente de Policía la ha estado adulando y le ha trastornado la cabeza. Cualquier cosa que ella oyera de la conversación que nosotros sostengamos, la sabría el teniente Tragg antes del mediodía. El la lisonjea y Rebeca piensa que es un hombre maravilloso.

—¿Qué reacción fue la de su cuñada ante el arresto de Junior?

—Todavía no lo sabe. No me he sentido con ánimos para decírselo. Yo ignoraba la hora a que usted vendría, y estaba segura de que ella se quedaría charlando interminablemente.

—¿Qué sucedió? Cuéntemelo con todo detalle.

—Yo esperaba, naturalmente, que ocurriría esto. El teniente Tragg vino cerca de la hora de la cena, y Junior no se hallaba aquí. Mi marido me contó que el muchacho se había quejado de no

sentirse bien, alrededor de las tres de la tarde, por lo cual él le había dicho que se viniera a casa. Por supuesto, le sorprendió y le produjo mucha ira ver que Junior no estaba aquí.

Mason hizo un movimiento de cabeza en señal de asentimiento, y preguntó:

—¿Qué comentarios hizo el teniente Tragg?

—Se enojó mucho..., no con nosotros precisamente, sino con el muchacho, y expresó que ya debería haber tomado medidas contra él. Apostó policías para que custodiaran la casa y dio instrucciones a la compañía de teléfonos para que interrumpieran el servicio. Toda la tarde hemos permanecido en nuestra casa como verdaderos prisioneros. Es natural que mis otros hijos tuvieran que saberlo.

—¿Estaba en casa Steele?

—No. Todas las semanas se pasa fuera varias noches. No puedo todavía darme cuenta cabal de lo que ocurre con ese muchacho. Parece ser muy solitario. Indudablemente, es bastante atrayente, pero no creo que tenga amigas a quien corteje. Parece que solamente le agrada estar en familia.

—Y, ¿qué me dice de Rebeca?

—Felizmente, no llegó hasta después que Tragg se hubo ido. Fuera de sus crucigramas y de la fotografía, hay una sola cosa que le interesa, y es la ópera. Semanalmente asiste a una reunión de su club de crucigramas, y en la noche de ese mismo día concurre a la ópera.

—Y por último, ¿a qué hora llegó Junior?

—Casi a las once.

—¿Le interrogó Tragg?

—No. Se lo llevó a la cárcel; luego, retiró a los policías que habían estado vigilando la casa, y al rato sonó el timbre del teléfono. Llamaba la compañía para explicar que nuestro aparato había estado temporalmente interrumpido y que ahora el servicio quedaba restablecido. En seguida llamé a la oficina de usted. Nadie me contestó. Después llamé a la agencia de míster Drake, y alrededor de la medianoche logré comunicarme con él. Me dijo que creía que más tarde podría comunicarse con usted y que, si yo esperaba, le transmitiría mi recado.

—Pero si había agentes de policía que vigilaban la casa, a Steele deben de haberle detenido al entrar.

—Sí; eso es, si es que llegó antes que Junior.

—Me gustaría saber —dijo Mason— el lugar preciso en que Tragg situó a sus polizontes y si éstos conocían de vista a Steele. Desearía saber si podríamos despertarle para hacerle un par de preguntas.

—¡Oh, no me atrevo a hacer eso! Al fin y al cabo, usted sabe que es un inquilino.

—¿Hay una puerta que conduzca a su habitación desde aquí?

Mistress Gentry señaló una, por la que se salía al pasadizo que se prolongaba hasta la escalera, y dijo:

—El aposento de míster Steele tiene puerta a la calle y baño privado. Le alquilamos la habitación, permitiéndole el acceso al resto de la casa cada vez que él lo desee. Procuramos tratar a nuestros inquilinos como si fueran de la familia; únicamente no les concedemos el uso del teléfono... Recibimos tantas llamadas telefónicas debido a los hijos y...

—Comprendo. ¿Le parece que llame a su puerta?

—¡Oh, yo no desearía...!

—Bueno; al fin y al cabo, se trata de algo importante.

—Preferiría que usted se asomara; prefiero cualquier cosa antes que Rebeca aparezca haciendo mil preguntas y... Sepa usted que si ella tuviese idea de que Junior no estaba en su habitación cuando se disparó ese tiro, se lo diría al teniente Tragg. Oh, míster Mason; por favor, dígame que no fue Junior quien cometió ese crimen. Eso es lo que me está torturando. Usted sabe lo que ocurre con un joven cuando se ha enamorado locamente de una mujer de más edad y con más experiencia del mundo. Si ella quiere manejarlo, puede hacer lo que quiera del muchacho. Y, en este caso, ¡Junior ha actuado de forma tan extraña! Cuando el teniente Tragg le arrestó, simplemente se irguió, poniéndose blanco como la cera. No dijo ni una sola palabra.

—Quiero ver si Steele cierra su puerta con llave. Esa circunstancia puede estar íntimamente relacionada con todo lo ocurrido —y diciendo esto, se dirigió al pasadizo; suavemente hizo girar el picaporte de la puerta, que se abrió de repente, sin hacer ruido alguno; la abrió por completo para que la luz del comedor iluminara la alcoba—. No hay nadie aquí —dijo.

Mistress Gentry se aproximó de puntillas y exclamó:

—¡Cómo, Dios mío! Son más de las tres. Es cierto que en ocasiones se queda fuera hasta tarde, pero nunca supe que llegaba a estas horas.

—Sin embargo, como su aposento tiene puerta a la calle puede entrar y salir fácilmente sin que usted le oiga, ¿verdad?

—Sí; así creo.

Mason abrió la puerta y luego la cerró, volviéndola a abrir y cerrar para ver cómo funcionaban los goznes, y dijo:

—Estos goznes parecen haber sido engrasados hace poco.

—¡Cierto! —exclamó mistress Gentry, examinándolos—. Así parece.

—¿No los engrasó usted?

La dueña de la casa movió negativamente la cabeza.

—¿No serían engrasados algún tiempo atrás sin que usted reparara en ello?

—Rebeca hace la limpieza de esta habitación. Indudablemente, ella lo habría advertido...; pero no ha dicho nada a este respecto. Hester limpia y sacude afuera. Es posible que la criada no se haya fijado. No es muy perspicaz.

—Quiero decir que Steele se hallaba en situación admirable para salir de su habitación, atravesar la cocina, bajar por la escalera que conduce al sótano y efectuar el recorrido hasta la puerta del departamento de al lado.

—Por supuesto..., por supuesto; creo que sí, si hubiese querido hacerlo.

—Hay una puerta que comunica al sótano con el garaje; después, una puerta en el garaje que da al patio, y poco más allá se encuentra una lateral por donde se penetra al departamento de Hocksley. ¿Es así?

Mistress Gentry asintió con un movimiento de cabeza y dijo:

—Pero no puedo entender... Indudablemente, míster Mason...

—Entremos un momento en esta habitación. Quiero observar algo.

—Me parece que a míster Steele no le agradaría, si por casualidad llegase ahora.

—Yo asumo las responsabilidades del caso. Tiene suma importancia llegar a descubrir por qué míster Steele no se encuentra en casa a estas horas y por qué han sido engrasados los goznes de su

puerta.

—Quiere usted decir que él...

—Todavía no formulo acusaciones contra nadie. Si hemos de salvar a Junior, debemos averiguar exactamente lo que sucedió la noche del disparo.

Penetraron en el aposento de Steele, y Mason inició un minucioso registro.

—Me pareció oírle entrar esta tarde, entre dos y media y tres. Parecía ir muy apresurado; iba de un lado para otro. Estoy segura de que fue míster Steele. Sin embargo, no habló con nadie. Cuando viene a casa a esa hora acostumbra reunirse con nosotros, entreteniéndose en una cosa u otra.

—¿Viene frecuentemente a media tarde?

—En ocasiones. Muy rara vez por la mañana, pero por las tardes suele venir.

Mason abrió la puerta de un armario y echó una ojeada a la ropa. Luego preguntó:

—¿Sabe cómo iba vestido?

Mistress Gentry señaló un traje de color gris claro y exclamó:

—¡Vaya! Por la mañana llevaba este traje.

—¿Sí?

—Sí. Debe de haber venido a ponerse un traje más grueso. Veo que no está aquí el traje de *tweed*.

El abogado, tranquilamente, empezó a registrar los bolsillos del traje gris claro.

—¡Oh! Yo... ¿Cree usted que está bien hacer eso?

—Creo que es necesario descubrir todo cuanto podamos acerca de él.

—Lo sé; pero, ¿no es eso un tanto...?

—Creo que es correcto —significativamente miró a Della Street y dijo—: Que mistress Gentry le muestre dónde guarda su ropa interior, Della.

Ésta, distraído a la dueña de la casa, dijo:

—Supongo que en este cajón... —se detuvo cuando vio la expresión que asomó al rostro de Mason cuando éste sacó de un bolsillo de la chaqueta un telegrama que Steele había dejado.

—Bien, bien. ¿Qué es esto? —preguntó Mason.

—Realmente —protestó mistress Gentry cuando Mason

desdobló la hoja de papel—, preferiría que no lo leyera.

El abogado lo había abierto y ya estaba leyendo el mensaje.

—Muy bien —dijo—. Esto tiene algún valor. Es un telegrama enviado a Steele a la oficina del arquitecto, y dice: «Hombre llamado Carr Luceman accidentalmente se disparó en circunstancias que su gato hizo caer el revólver de una mesa. Dirección de Luceman: avenida Delington, trece, cero, nueve, San Francisco. Tome avión para efectuar investigaciones». Y está firmado. K. Anamata.

Mistress Gentry, visiblemente perturbada, exclamó:

—Desearía, míster Mason, que pudiera arreglárselas sin entrometerse en las cosas de míster Steele.

—¿No comprende, señora? Steele alquiló esta habitación con un fin predeterminado. Por la noche, cuando todos ustedes se retiraban a dormir, posiblemente acostumbraba abrir esta puerta, bajar a hurtadillas al sótano y pasar por la puerta del garaje al departamento de al lado. Si no entraba, por lo menos se asomaba a las ventanas y se informaba sobre lo que ocurría dentro.

—¡Vaya..., vaya! No lo creo.

—Y —prosiguió Mason, dirigiendo una significativa mirada a su secretaria— es muy posible que ahora mismo se encuentre allí.

—Pero, ¿por qué iba a querer espiar a la gente de la casa vecina?

—Es evidente que Steele sirve a un japonés. Tengo entendido que el teniente Tragg es de la opinión de que algunas de las personas que habitan ese departamento podrían hacer declaraciones referentes al contrabando de armas enviadas a China.

—¿Se refiere usted a míster Hocksley?

—Hay pruebas que indican que Hocksley, durante años, se ha dedicado al contrabando de armas para China.

—¡Dios mío!

—Y es evidente que Steele alquiló esta habitación porque le proporcionaba una excelente oportunidad para vigilar lo que ocurría en la casa contigua.

—¿Cómo es posible? Entonces él debe de haber estado... él debe...; eso significa que él...

—Exactamente.

—Entonces, míster Mason, ¿no cree que es mejor que nos

comuniqemos con la Policía?

—Todavía no. Esté tranquila, para que no perturbemos a nadie. Efectuaremos algunas investigaciones por nuestra cuenta.

El abogado se dirigió a la puerta del sótano, la abrió silenciosamente, y, de puntillas, descendió la escalera. Mistress Gentry dio vuelta a un interruptor de la luz, que iluminó el sótano.

Mason caminó hacia el estante en que se guardaban las conservas, manteniendo su vista, no obstante, dirigida hacia la puerta del garaje.

—Según tengo entendido, ésta es la puerta que pintó su marido la noche del asesinato... Entre paréntesis, ¿dónde está él?

—Hice que se acostara. Nada íbamos a ganar con que él se desvelara; va a tener un trabajo terrible en el almacén atendiendo él solo a los clientes sin contar con la ayuda de Junior. Mi marido es así. Suceda lo que suceda, puede dormir como un tronco. Verdaderamente nunca se inquieta por nada. No quiero decir que no le importe lo que ha ocurrido. Simplemente, no se atormenta por ello. Si supiera que al día siguiente iban a ejecutarle, no creo que por eso perdiera un minuto de sueño. Sencillamente diría: «Bueno; si así ha de ser y nada puedo hacer para impedirlo, no hay motivo para que por esto deje de dormir».

Luego, el abogado se volvió como por casualidad para poder mirar al estante donde había colocado la lata. Al parecer, nadie la había tocado. Notó que su secretaria también miraba hacia allí. Ella se volvió: le sorprendió mirándola y entonces dirigió su vista a otro lado.

—¿Existe la posibilidad de que su hijo se haya manchado los dedos en otra parte que no fuese la puerta del garaje? Su marido debió de traer esa pintura cuando regresó de la ferretería.

—Así es; pero no la mezcló hasta después de salir Junior.

—Tengo entendido que esta puerta no se cierra con llave.

—No. Pero la puerta que comunica con el garaje, sí. Esa tiene una cerradura de resorte, y mister Hocksley tiene la llave. Creo que tiene tres o cuatro duplicados de la misma.

—Vamos al garaje —Mason abrió la puerta y se dirigió al interior—. ¿Hay alguna luz aquí?

—Sí. Hay una lámpara y un cordón con enchufe. Aquí está.

La luz se encendió.

—No hay ningún automóvil en el garaje —dijo el abogado.

—No. La Policía se lo llevó. Había manchas de sangre en los cojines, y me expresaron que debían llevarlo para tomar las huellas dactilares y demás. Todavía no lo han devuelto.

—Comprendo. Esta puerta lateral da al patio que comunica con el departamento.

—Así es. Usted ya conocía la distribución de la casa, mister Mason.

—Sí; pero quiero grabármela exactamente en la memoria. En esta puerta hay una cerradura de resorte. Puede abrirse desde dentro sin llave. Y corriendo el tope se sujeta el pestillo y la puerta puede abrirse desde afuera. Tal como ahora.

Mistress Gentry miró y dijo:

—¡Vaya, por Dios! ¡La puerta está sin cerrar! Recuerdo que precisamente esta mañana la miré y estaba cerrada con el pestillo.

—Entonces, es evidente que el sujetador ha sido movido, ya sea por alguien que tenía una llave y abrió desde afuera o por alguien que entró en el garaje por la puerta del sótano de su casa. Pues bien: de la gente que vive en la casa de al lado, mister Hocksley ha sido asesinado o ha desaparecido. Su ama de llaves ha sido asesinada. Opal Sunley, que trabaja allí como mecanógrafa, es la única persona que queda actualmente. ¿Sabe usted si ella estuvo allí hoy?

—La vi esta mañana cuando entraba en el departamento..., y no comprendo con qué objeto. Indudablemente, no tendría ningún trabajo que hacer.

—Y ahora, de la gente de su casa, ¿quién pudo haber estado aquí? ¿Mister Steele?

—Sí: es posible que él haya estado. Tiene libertad para ir de un lado a otro de la casa como cualquiera de la familia. Cuando mi marido se halla aquí, Steele baja a conversar con él un rato, lo mismo que cuando ayuda a Rebeca en sus crucigramas, sólo con objeto de tener un pretexto para estar con la familia.

—¿Estuvieron aquí sus hijos después de regresar del colegio?

—Sí; los menores.

—Junior no regresó hasta muy tarde, según me manifestó anteriormente.

—Sí, eso es.

—¿Rebeca estuvo aquí?

—No. Esta tarde tuvo que asistir a la reunión del club de crucigramas, y desde allí fue al teatro a escuchar la ópera que daban hoy.

—¿A qué hora llegó?

—Cerca de medianoche. Vino cotorreando sobre la ópera y una cantidad de cosas que no me interesaban en absoluto.

—¿Y después subió a acostarse sin bajar al sótano?

—Sí. Estaba vestida con sus mejores galas. Usted no habría conseguido traerla aquí.

—¿Quién más estuvo aquí? ¿Su marido?

—Sí; Arthur estuvo. Cuando regresa de la ferretería, por la tarde, pasa aquí la mayor parte del tiempo. Pero estoy completamente segura de que él nunca habría dejado esa puerta con el pestillo sin correr. Es sumamente cuidadoso en todas sus cosas.

El abogado meditó sobre esto último durante varios segundos. De repente se volvió, dirigiéndose hacia la puerta, y dijo:

—Después de pensarlo bien, creo que no hay para qué seguir investigando. Tal vez fuera conveniente cerrar esa puerta con el pestillo ahora mismo.

Mistress Gentry soltó el sujetador y exclamó:

—Sí; la dejaremos cerrada con el pestillo. No me agrada la idea de dejar esa puerta sin pestillo. Cualquiera puede entrar en la casa sin que nos demos cuenta..., y simplemente introducirse.

—Así es. ¿Por qué no colocan una cerradura como ésta en la puerta que conduce al sótano? Para penetrar en el garaje es menester pasar por el sótano, ¿verdad?

—No. En realidad no es menester. Hace algún tiempo le dije a Arthur que deberíamos colocar una cerradura allí, pero después de haber arrendado el garaje a míster Hocksley habría parecido que desconfiábamos de él. Arthur me contestó que deberíamos haberla puesto cuando le arrendamos el garaje y que ahora debíamos esperar hasta que Hocksley se mudara y viniera otro inquilino.

—Sí, lógicamente —dijo Mason, y luego bostezó—. Bueno; ya es hora de que me vaya.

Della Street, con el entrecejo fruncido, le observaba atentamente.

Mistress Gentry no trató de ocultar su inquietud cuando

preguntó:

—¿Qué voy a hacer respecto a Junior? Tengo que hacer algo por él. Para eso quería verle a usted. ¿No hay algo que podamos hacer? ¿Y qué hay de Steele?

—Tenga paciencia hasta el mediodía. A esa hora ya sabré lo que Tragg está planeando. Con toda probabilidad únicamente deseaba hacer hablar al muchacho, y procedió en la forma en que lo hizo sólo con ese objeto.

—Pero Junior no hablará; por lo menos en cuanto tenga relación con esa mujer.

Él abogado, caminando hacia la escalera del sótano, dijo:

—Bueno; esta noche no podemos hacer nada más.

—¿Efectuará las investigaciones del caso respecto a Junior por la mañana?

—Será la primera cosa que haga.

—Por favor, salgan en silencio. No quiero que nadie sepa que he estado en el sótano a esta hora ni que he permanecido en pie hasta tan tarde.

Ya en la puerta de entrada, Mason murmuró:

—Procure dormir. En este momento nada puede hacer. Me ocuparé del asunto en cuanto empiecen las actividades del nuevo día. Buenas noches.

Abrió la portezuela del coche para que subiera Della. Ésta subió ágilmente; en seguida encendió la lámpara y dirigió una mirada al asiento de atrás.

Mason rió, preguntando:

—¿A qué se deben tales precauciones?

—No me he sentido tranquila desde que armó esa trampa y se colocó usted mismo como cebo.

—¿Notó que la lata estaba todavía en el estante?

—Ah, ah. Eso debe significar que era Steele quien recibía los mensajes.

—Hay una o dos posibilidades más —dijo Mason poniendo en marcha el coche.

—Veamos...

—Tragg arrestó a Junior antes que se le presentara la ocasión de bajar al sótano.

Meditando sobre lo expresado por su jefe, la secretaria dijo:

—Eso es.

Luego, la muchacha permaneció en silencio. Poco antes que Mason llegara a la casa de Della, ésta dijo:

—Me parece que no tengo lo que usted llama espíritu lógico. Cuanto más pienso en todo esto, más me embrollo.

—Vaya a dormir y olvídense de todo —le dijo Mason.

Della, mostrándose angustiada, le preguntó:

—Dígame: ¿me está ocultando algo?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Porque cuándo la Policía encuentre el cadáver de Steele significará que nosotros hemos caído en la trampa; y, sin embargo, usted está conduciéndose como si no hubiera nada de qué preocuparse.

—Y no hay motivo alguno.

—¡A veces le pegaría!

—Aquí tiene mi mejilla —luego, después de un momento—: Si eso es una bofetada, le presentaré la otra mejilla.

Ella rió ligeramente cuando descendió del coche y dijo:

—No olvide limpiarse el *rouge*. ¡Buenas noches!

—Buenas noches —contestó Mason, y permaneció mirándola mientras ella subía las gradas del edificio de apartamentos.

Capítulo 18

Mason empezaba a quedarse dormido cuando sonó con bastante insistencia el teléfono colocado al lado de su cama.

A tientas, buscó el auricular y, amodorrado, contestó:

—*Aló!* ¿Qué pasa?

La voz que le habló resonó histérica y las palabras se oyeron mezcladas con sollozos:

—Habla mistress Gentry. Desde un principio me di cuenta de que usted sabe lo ocurrido. No he podido contenerme más. Haga lo que pueda por Junior. Me metí en esto por él. Creo que el crimen nunca es justificable, pero una madre... Esa Opal Sunley fue...; míster Mason, no puedo... Por favor..., no permita que Junior se vuelva en contra de su madre. Usted tiene mis huellas dactilares. Así lo decía el mensaje de la lata. El teniente Tragg cambió las latas. Yo tenía un lápiz en mi bolsillo y, a escondidas, saqué copia del mensaje. Usted es demasiado inteligente para mí. Sabía que de nada serviría engañarle. Sé que tratará de detenerme, pero no puede hacerlo. Usted, míster Mason, es inteligente, demasiado inteligente. Hasta luego. Yo...

Mason la interrumpió, hablando con la voz borrosa del hombre que ha estado bebiendo en exceso:

—Está bien, compañera. Esté tranquila. Apuesto a que no sabe lo que he estado haciendo. He estado celebrando una boda. Rodney Wenston se casó con Doris Wickford. ¡Buena muchacha también ella! ¡Corrió mucho champaña! Nunca bebí tanto champaña en mi vida. Y ahora no me hable de trabajo. Mañana..., mañana... Le dije que trataría de sacar a Junior mañana...; mañana estaré bien. Hasta lueeego.

Mason colgó el auricular, echó atrás las mantas, se quitó el pijama, se cubrió con una bata, se puso las chinelas y corrió hasta la

galería, en la que había un teléfono público. Colocó una moneda, llamó a «Telefonista» y dijo:

—Comuníqueme con el Departamento Central de Policía lo más rápidamente posible. Se trata de un caso urgente. Apresure la llamada.

Casi inmediatamente oyó una voz que decía:

—Habla el Departamento Central de Policía.

—Perry Mason. ¿Podría comunicarme con el teniente Tragg?

—No. El teniente Tragg está franco. El... ¿De qué se trata? Un minuto...

—*Alo...!* Dicen que acaba de llegar de San Francisco. ¿Quiere hablar con él?

—Por favor, inmediatamente. Es más importante que el infierno.

—No corte.

Transcurrieron algunos segundos; luego, Mason oyó la hostil voz de Tragg que decía:

—Diga Mason. Habla Tragg.

—Teniente, no se ponga a discutir. Avise a los coches de la Policía del barrio. Envíelos apresuradamente a casa de la familia Gentry. Que no usen las sirenas. Que todo se efectúe muy tranquilamente, pero que vayan allí y detengan a todos sus moradores hasta que usted llegue. No permita que nadie tenga ocasión de matar a nadie o de suicidarse.

—¿Qué ideas son esas? —preguntó Tragg.

—¡Al diablo! Le dije que no discutiera. Haga lo que le digo y mañana recibirá las felicitaciones de su jefe. Salga en seguida. Lo veré allí.

Mason no dio oportunidad a Tragg para que le formulara pregunta alguna, y colgó el auricular telefónico; a toda velocidad se dirigió por la galería a su departamento. Se despojó de la bata y se vistió apresuradamente. Una vez vestido, se detuvo un instante antes de dedicarse a marcar el número del teléfono del departamento de Della... Luego oyó la voz soñolienta de ésta que decía:

—*Aló!*

—Levántese —le dijo Mason—. Mójese los ojos.

—¿Quién...? ¿Qué? Ah, sí —respondió ella, revelando en la voz su terrible sueño—. ¿Dónde está?

—Salgo para casa de los Gentry. Tome un taxi y trasládese allí lo más rápidamente posible. Traiga una libreta, o mejor, la máquina portátil. Es posible que logremos una confesión. No puede saberse. El criminal parece debidamente arrepentido; pero ahora cada segundo es precioso. Tengo que volar hacia allí. Nos veremos en seguida.

Colgó el auricular, tomó su sombrero y salió precipitadamente del apartamento sin siquiera apagar la luz. Mediante un arreglo con el encargado del garaje, el coche de Mason se hallaba colocado en un sitio desde el cual siempre era fácil partir y sólo tenía que abrir la puerta, saltar al otro lado del asiento y poner el pie sobre el arranque. El encargado del garaje le vio aparecer por un costado de la calzada para coches y movió la cabeza, como dudando; en seguida miró su reloj. Eran las cinco y cinco de la madrugada.

—Este tipo debería hacerse miembro de un sindicato —murmuró entre dientes el encargado.

Cuando llegó Mason, dos automóviles de la Policía se hallaban ya estacionados frente a la casa de la familia Gentry, y mientras hacía las maniobras propias para detener su coche, el teniente Tragg, en uno de los automóviles rápidos de la Brigada de Homicidios, apareció dando vuelta a la esquina.

Mason se detuvo en la primera grada de la entrada para hacer una señal a Tragg. Este corrió para reunírsele y exclamó:

—Espero, Mason, que no me esté haciendo una jugada sucia.

—Yo también lo espero —respondió el abogado—. Entremos.

Tragg empujó la puerta de entrada. Estaba sin cerrojo. Los hombres avanzaron en extraño grupo. Cuatro oficiales de la división motorizada custodiaban a los miembros de la casa de la familia Gentry; los niños menores, acurrucados y espantados; Rebeca, arropada con una gruesa bata, con el cabello envuelto en aparatos para ondular, el rostro sin afeites y los ojos relucientes de indignación; mistress Gentry, procurando tomar las cosas filosóficamente; Arthur Gentry, vestido con pijama y albornoz, bostezaba en el momento en que Mason y el teniente Tragg penetraron en la habitación.

Rebeca se dirigió al teniente, diciéndole:

—Espero que se sirva decirme de qué se trata.

Tragg hizo una airosa reverencia, se dirigió a Mason y dijo:

—Espero, abogado, que se sirva decirme de qué se trata.

Mason sonrió aliviado cuando vio a los miembros de la familia Gentry reunidos bajo la vigilancia de los oficiales de la Policía motorizada y habló así:

—Hace algunos minutos mistress Gentry me llamó por teléfono para confesarme que ella había cometido los asesinatos y anunciarme que iba a suicidarse.

Mistress Gentry exclamó prontamente:

—¿Qué? ¡Jamás he dicho tales cosas! Lo niego absolutamente. Usted, mister Mason, está loco.

Éste rió con sarcasmo, y luego dijo:

—Era su voz. Fingiendo encontrarme tan borracho que no podía esperarse que recordara lo que había ocurrido o lo que se me decía por teléfono, eché por tierra el contemplado suicidio...

—Le repito que no le he telefonado —exclamó, indignada, la dueña de la casa—. Si usted afirma que lo hice, dice algo que no es cierto.

—Es claro —prosiguió Mason— que su voz sonaba forzada, lo que era muy natural en vista de que estaba atacada de histerismo; pero ciertas expresiones que empleó eran sin duda de usted.

—Usted está loco —exclamó llanamente mistress Gentry.

—También me dijo algo que tenía mucho valor como información...: que el teniente Tragg había encontrado la lata que yo había colocado en el estante, que había quitado la tapa y en seguida había colocado allí otra lata que sirviese de trampa. Eso explicaba una peculiaridad del caso que me había dado que pensar.

—Eso es verdad respecto al teniente Tragg. Me ordenó que no dijera nada y obedecí sus instrucciones. No tenía la menor idea de que usted hubiese colocado la lata aquí.

Tragg se dirigió a Mason, preguntándole:

—¿Usted la colocó?

El abogado asintió, haciendo un movimiento de cabeza, y contestó:

—Con objeto de ayudar a aclarar el misterio. Lo habría aclarado antes si no hubiese sido por su intromisión allí.

—Pero coloqué una lata que reemplazara a la suya, en cuya tapa se copió el mensaje.

—Pero, ¿no ve que la persona a quien estaba destinada se

encontraba presente cuando usted abrió la lata, y de esta manera la recibió sin que tuviese necesidad de retirarla del estante? Usted se cruzó en mi camino, teniente.

Tragg, frunciendo el entrecejo, miró a mistress Gentry y dijo:

—Señora, voy a preguntarle...

—No necesita hacerlo —gritó ella, encolerizada—. He aguantado una serie de estupideces y de groserías en este caso. Comprendo que la gente no sea perfecta, pero nunca había visto tan absoluta ignorancia como...

El abogado la interrumpió para decir al teniente Tragg:

—Es natural que ahora niegue en toda la línea. Quería tentarme para que yo viniera aquí y pudiera matarme...; posiblemente no aquí en la casa, sino, quizá, cuando yo saliera de mi departamento. Comprenda. Ella había recibido ese mensaje y creyó lo que decía. Y en el caso de que usted todavía no haya descifrado la clave...

—La he descifrado.

—Entonces, ¿comprende lo que estaba tratando de hacer?

Tragg lentamente hizo una señal afirmativa con la cabeza y contestó:

—No me di cuenta entonces de que se trataba de una trampa, y estaba pensando hacer algo al respecto.

Mason, bostezando, dijo:

—En cuanto me hizo sus declaraciones por teléfono, yo empecé a embrollarla. La hice creer que me hallaba completamente borracho. Mire, Tragg, hay sólo dos personas que conocen el número de mi teléfono privado, el cual, por supuesto, no aparece en la guía. Esas dos personas son Paul Drake y Della Street; pero por tratarse de un caso de urgencia, la otra noche dimos el número a la mujer que simulaba ser mistress Sarah Pahlín. Esa persona debe de haber sido quien asesinó al ama de llaves. Por eso, cuando sonó mi teléfono y escuché que no era la voz de Della Street ni de Paul Drake, comprendí que hablaba con la asesina. Simulé que el champaña que había bebido en celebración del matrimonio de Rodney Weston había sido demasiado para mí.

—¡El matrimonio de Weston! —exclamó, sorprendido, Tragg—. ¿Se ha casado?

—¿No lo sabía?

Tragg movió la cabeza, y el abogado dijo:

—Se casó con Doris Wickford. Puede estar seguro de que Wenston nunca habría permitido que Doris Wickford presentase una demanda solicitando la mitad de los bienes de Elston Karr sin haber tomado las precauciones para que después ella no se riera de él.

—¿Quiere usted decir que Wenston respaldaba eso?

—Naturalmente. Karr tenía dinero que pertenecía a los herederos de Tucker. Sin embargo, no tuvo conocimiento de que su socio había dejado un heredero hasta que casualmente lo supo. Entonces colocó un aviso para tratar de dar con su paradero. Ésa fue una oportunidad demasiado buena para que Wenston la pasara por alto. Sabía que solamente tenía que inventar algunas cartas haciendo mención de hechos conocidos por él, debido a su íntima unión con Karr, para formular una petición en regla. Si podía lograr que la reclamante presentase una fotografía de su padre que correspondiera a la de Dow Tucker, el caso encajaría perfectamente. Lo más probable es que Wenston haya tropezado con la persona a quien presentó como la hija, fortuitamente, y antes que se le ocurriera manejarla como heredera. Con toda probabilidad, el padre de Doris Wickford fue verdaderamente a China y le escribió algunas cartas. Como coleccionista de sellos, ella había conservado los sobres. Sucedió, probablemente, que Wenston, al examinar su colección y ver el sobre inutilizado, concibió la idea. Bueno, teniente, le dejo con su caso. Si arresta a mistress Gentry, estoy seguro de que podrá efectuar un buen trabajo contra ella. Y ahora, si me perdona, regresaré a casa para tratar de dormir un poco —y diciendo esto, se volvió y se dirigió hacia a puerta.

—Escuche —dijo Tragg, siguiéndole—: no puede irse y dejarme así. No estoy seguro de que usted pueda ni siquiera formular una acusación fundada contra mistress Gentry. Respecto a esa conversación telefónica, sólo existe su afirmación contra lo que ella sostiene.

—Bueno, teniente, le he proporcionado bastante material de trabajo. Los hechos manifiestos son ya de su conocimiento. Ahora, puede permitirles a todos que se retiren, con excepción de mistress Gentry.

Uno de los niños empezó a llorar. La dueña de la casa, lentamente, se levantó y dijo:

—No vaya a hacer semejante cosa delante de mis hijos. No

son...

Uno de los oficiales de la fuerza motorizada colocó su pesada mano sobre un hombro de ella, diciéndole:

—¡Siéntese!

Arthur Gentry, echando atrás su silla, dijo:

—Ahora, escuchen...

Dos guardias le detuvieron.

—Arrégleselas usted, teniente —dijo Mason—. Buenas noches.

Abrió la puerta y rápidamente bajó las gradas.

—¡Eh, Mason! —exclamó Tragg, siguiéndole—. No puede irse ahora.

Abrió la puerta de un tirón y bajó las gradas detrás del abogado.

Perry Mason se detuvo al llegar a la acera. El teniente se aproximó corriendo, encolerizado, y dijo en voz alta:

—Mire, usted me ha hecho partícipe de algunas ingeniosas teorías, pero... —se aproximó al abogado; de repente, bajó la voz para preguntar—: ¿De qué se trata? ¿Es una trampa?

—Ah, ah —repuso Mason—. Adelante, Tragg. Creo que nos encontramos cerca del fin.

—¿Dónde está el fin?

—Por aquí.

Mason corrió rápidamente hacia la esquina de los garajes y dijo:

—Ayúdeme a subir la cerca, Tragg, y en seguida le daré un tirón.

El teniente ayudó al abogado a trepar por la alta cerca de madera. Una vez encaramado, Mason tendió la mano a Tragg y dio un tirón. Los dos hombres juntos se introdujeron silenciosamente en el patio situado entre la casa de la familia Gentry y el edificio de dos pisos contiguo.

—¿Y ahora, qué? —susurró el teniente.

—Aguarde.

En la oscuridad esperaron durante casi un minuto. Luego, suavemente abrióse la puerta del garaje y una figura oscura atravesó de puntillas el patio, dirigiéndose a la puerta lateral del departamento de Hocksley. Una llave rechinó en la cerradura. Se abrió la puerta y la figura se deslizó hacia el interior.

Mason y Tragg se introdujeron cautelosamente en el solar. La puerta se hallaba todavía entornada. Indicando a su compañero que

guardara silencio, el abogado marchó hacia adelante, avanzando en medio de la oscuridad. Escuchando intencionadamente, oyeron el sonido producido al marcar un número de teléfono; luego, al cabo de un momento, la aguda y emocionada voz de una mujer que decía:

—¿Qué clase de juego cree usted que está haciendo? ¿Qué hay respecto a lo que oí sobre que se había casado con esa...? ¡Sí; usted también! Se casó con ella esta mañana. Bueno, anoche entonces. ¡No me mienta! Después de todo lo que he hecho por usted, no crea que voy a dejarle escapar así. En el mismo instante en que trate de hacer algo semejante, están liquidados todos ustedes... Bueno; él lo dijo..., míster Mason... No creo que haya sido una trampa. No. Yo no dije ni una sola palabra... ¿No me mentiría usted a mí? ¡Tú, vidita! Noooo. No lo creí realmente; mi corazón no lo creyó, pero quería convencerme. Yo..., yo debo irme. Los policías están allí. Mason se está acercando mucho a lo sucedido en realidad. Tendrás que hacer algo respecto a él inmediatamente. Recuérдалo ahora, por ti he liquidado a los otros. Tú tienes que hacer esto por mí. Muy bien, amor.

El auricular telefónico sonó con golpe seco. Percibíase cada vez más cerca un roce de vestidos, a medida que una mujer se aproximaba a ellos.

—Muy bien —dijo Mason susurrando quedamente.

La linterna del teniente Tragg perforó la oscuridad con un haz de luz que hirió el blanco y espantado rostro de Rebeca Gentry y la detuvo petrificada.

Capítulo 19

El sol de la mañana tocaba la parte superior de los edificios altos cuando Mason, al salir de la residencia de los Gentry, ayudaba a Della a subir a su coche y le decía:

—Muy bien; creo que tenemos derecho a hacer novillos hoy. Ha sido muy grande el esfuerzo nervioso que tuvo que realizar usted para cumplir un horario de trabajo de veinticuatro horas sin interrupción y mecanografiar el texto de una confesión.

—¿No cree que sería estupendo que tomáramos un avión para Catalina, nos pusiéramos los trajes de baño y nos tendiéramos al sol, y no hiciéramos otra cosa en la playa que dormir y comer emparedados?

—¡Tentador!

—Si nos dirigiéramos directamente a la costa, podríamos tomar el primer avión.

Mason hizo girar el volante de su automóvil hacia Wilmington, y dijo:

—Creo que ésta es la dirección de la oficina, ¿verdad?

—Así es; siga derecho.

—Estoy medio atontado esta mañana y, por consiguiente, tendré que confiar en usted. Si nos perdiéramos, tendríamos que telefonar a la oficina y explicarlo a Gertie.

—Gertie es tremenda. No hay que darle explicaciones, pues pondría obstáculos a todos los clientes.

—Usted está actuando como si fuéramos a perdernos.

—En verdad, no. Acabo de tomar la dirección de la oficina. Escuche, de nuevo ha estado ocultándome algo.

—No. Verdaderamente, no.

—Lo de Rebeca.

Mason rió, y dijo:

—Lo crea o no, lo cierto es que, a pesar de que tenía en mis manos todos los elementos de la solución, no supe resolver el problema.

—¿Qué quiere decir con todos los elementos de la solución?

—¿Recuerda que cuando conversamos sobre el tema decidimos que las dos personas comprometidas tenían que ser personas que no podían dejarse ver juntas y que no podían comunicarse por teléfono, pero que ambas tenían acceso al sótano? Pensamos en alguna persona sorda o inválida que no podía coger el teléfono; pero la verdadera solución no se me ocurrió.

—¿Cuál fue?

—Sumamente simple. Rebeca podía acudir al teléfono cuando la llamaban, pero sólo después que los niños contestaran; y ella misma no podía llamar, porque habría despertado sospechas debido a que toda su vida había vivido como una prisionera.

—Pero, ¿por qué Wenston no habría podido llamarla y preguntar por...? ¡Ah! De veras..., aquel ceceo suyo. Cualquiera lo habría advertido en seguida, y después, cuando el caso se ventilara, habría sido comentado. El ceceo de Wenston es demasiado marcado para que pueda pasar inadvertido.

—Eso es. Y después de haber sentado todos los factores básicos para sacar la consecuencia lógica, simplemente no supe aplicarlos.

—Pero me pareció que usted dijo que la voz de la mujer que llamó era de persona muy culta y...

—No olvide que Rebeca sabe imitar maravillosamente. ¿Recuerda cómo remedaba la voz de Opal Sunley? Hasta trató de imitar la voz de mistress Gentry, pero su desarrollada inteligencia le hizo comprender que tendría que fingir que se hallaba horriblemente desesperada, y de esa manera disimular cualquier defecto de imitación. Léame su confesión, Della. Quiero confrontar ciertos detalles.

—Tendré que leerla en mis apuntes taquigráficos.

—Adelante.

Della abrió su cuaderno de taquigrafía y leyó:

Yo, Rebeca Gentry, hago esta confesión voluntaria para que el teniente Tragg comprenda lo estúpido que fue. Creyó que podía adularme y vendarme los ojos. Todo el tiempo me estuve riendo

de él. Me confieso íntegramente responsable de los asesinatos cometidos. No acepto que sean achacados a Rodney Wenston, quien no ha tenido nada que ver con ellos.

Rodney y yo nos conocimos casualmente después que Karr tomó los departamentos vecinos a la casa. Fue un caso de amor a primera vista. Siempre me han agradado los trucos fotográficos. Con un poco de práctica, una persona puede transportar negativos a una cámara fotográfica ampliadora, y de esa manera pueden cambiarse los rostros de una persona a otra. Yo me había hecho una fotografía a la cual coloqué el rostro de Hedy Lamarr. La tenía en mi mano cuando salí al patio situado entre los departamentos. Mister Wenston estaba allí. Le mostré la fotografía, y le interesó. Le llevé a mi cámara oscura y le hice conocer, demostrándoselo con ejemplos, la habilidad que había adquirido en cambiar los rostros. Le dije que tal vez se podía explotar comercialmente mi habilidad, porque muchas veces a la persona que se retrata le agrada el rostro, pero no la postura.

Rodney me dijo después que se enamoró terriblemente de mí aquella vez, si bien no lo demostró hasta tres días después cuando volví a verle. Esta vez no pudo disimularlo.

Siempre he odiado a mi cuñada. Nunca quise vivir con ella. Yo odiaba a los hijos y quería un coche. Ni siquiera pude aprender a conducir mientras he vivido a su lado. No tenía posibilidades de que me prestaran el coche de la familia. Entonces Rodney me habló de un proyecto según el cual podía ganar bastante dinero para casarse conmigo y podríamos vivir estupendamente y dar la vuelta al mundo tomando fotografías. Todo lo que yo tenía que hacer era tomar una antigua fotografía de la familia de Doris Wickford y colocar la cabeza de otro hombre en el cuerpo del padre, que aparecía en el retrato. Le contesté que podía hacerlo siempre que dispusiera de ambos negativos. Él me dio uno de los negativos y me explicó que el otro estaba guardado en la caja de caudales del departamento de Hocksley y que creían que Rodney no lo sabía. Mantenían una vigilancia tan estrecha en el piso bajo que él ni siquiera podía aproximarse a la caja de caudales. Hocksley tenía un ama de llaves que conocía la clave de la caja, y una secretaria que no la conocía. Fuera de estos personajes, estaban también el

guardaespalda de su padrastro, John Blaine, y Gow Loong, el chino. Éstos usaban la escalera trasera para bajar al piso bajo y volver a subir. Simulaba que estaban efectuando algunos negocios con este Hocksley. Rodney descubrió que no era cierto. Hocksley había sido uno de los socios de una empresa dedicada al contrabando de armas, sociedad que había existido hacía veinte años. Hocksley les había hecho traición en aquel tiempo. Después, se había ocupado en el contrabando de armas y traicionado sus clientes chinos, informando solapadamente a los japoneses acerca de la fecha y el lugar en que las armas serían colocadas en los juncos chinos. Como resultado, los japoneses permitían la realización de todos los negocios de Hocksley, por lo cual Karr adoptó simplemente el nombre de Hocksley.

En una ocasión en que Rodney condujo en un avión a su padrastro a San Francisco, Karr se durmió profundamente y Rodney pudo sacarle una libreta de su bolsillo. En ésta había una hilera de cifras, y Rodney supuso que era la combinación de la caja de caudales. Me pidió que yo fuera e hiciera la prueba. Agregó que convendría que llevara un revólver para el caso de que algo sucediera. Rodney era el único que podía inventar asuntos urgentes que alejaran de la casa a todos, con excepción del viejo tullido. Con ese fin, él mismo tenía que ausentarse. Iba a idear algunos planes para que la cosa resultara bien. Convinimos en que la hora fuese a la medianoche, y que la señal sería una lata vacía que dejaría en el estante. Si algo sucedía, escribiría un mensaje en clave en el interior de la lata. Si no aparecía mensaje alguno, simplemente quería decir que todo estaba preparado para la medianoche del día en que fuese colocada la lata en el estante.

»Teníamos que usar ese medio de comunicación, porque no era posible que él me llamara por teléfono, ya que su voz habría sido reconocida.

El patio situado entre la casa de los Gentry y el departamento era algo así como propiedad en común de ambas casas. Rodney tenía acceso al mismo y había mandado hacer una llave a la puerta del garaje. En vista de que el ama de llaves no le tenía simpatía y sospechaba de él, Rodney estimó que sería mejor que nunca nos vieran juntos y por eso urdió esa señal y la clave. En algunas ocasiones, cuando le veía en el patio, él

saludaba sonriente, y yo también saludaba y sonreía vagamente, a pesar de que mi corazón palpitaba hasta causarme vértigos.

La noche del disparo todo salió mal. En primer lugar, mi cuñada encontró la lata que Rodney había colocado como señal. Eso fue antes que yo hubiera bajado. Temí que ella sospechara, por lo cual comenté lo de la lata y pude apreciar que no tenía idea de que se trataba de una señal convenida. Después pensé en bajar para ver dónde había dejado la lata, y si Rodney había escrito un mensaje en clave en ella. Descubrí entonces que Arthur la había usado para hacer con ella una mezcla de pinturas. Aparentemente, no había mensaje alguno. Pedí a Steele que buscara el tarro. Naturalmente, éste no supo cuál era mi objeto. Le dije nada más que quería examinar la lata, porque me parecía que se trataba de algo muy inusitado. No sabía entonces que Steele era detective. Lo supe después.

A causa de un error cometido, no recibí el mensaje relativo a que debía desconectar la alarma para ladrones. Pasé al otro lado poco después de la medianoche y abrí la caja de caudales. Saqué de la caja una serie de papeles, y entonces oí pasos lentos, vacilantes, siniestros. Me escondí detrás de la caja. Karr penetró en la habitación y vino directamente a mi encuentro. Al principio creí que no sabía que yo estaba allí, pero en seguida me ordenó que saliera. Yo disparé. Él cayó, y entonces el terror me paralizó. Al cabo de algunos momentos salí de la casa, y vi aparecer a Junior, encendiendo cerillas. Casi lo maté. Seguí retrocediendo. El no pudo verme, porque la luz de las cerillas le deslumbraba. Retrocedí y me oculté detrás de la caja de caudales. Llamó por teléfono a esa muchacha de las uñas pintadas para saber si estaba bien. Cuando se informó, salió. Yo me hallaba atrapada en esa habitación. Karr yacía allí inconsciente, pero yo no me atrevía a salir pisando los talones de Junior. Esperé durante varios minutos. Saqué del sobre el negativo que necesitaba y restituí a la caja de caudales las demás cosas; cerré y eché la llave a la caja; inmediatamente salí.

Me hallaba cerca de la puerta cuando oí el crujido de una llave en la cerradura. Abrióse la puerta y entró el ama de llaves. Debía de haberle disparado en aquel momento, pero hice la prueba de contar con el factor sorpresa y, en medio de la

oscuridad, pasé al lado de ella corriendo. La mujer me agarró. La golpeé con el revólver. Ella me desgarró el vestido, pero luché hasta libertarme y cerré de golpe la puerta. En seguida entré en casa a hurtadillas y me acosté. No supe hasta el día siguiente que mi vestido estaba desgarrado y que faltaba un pedazo. El ama de llaves me había visto ese vestido. Tarde o temprano, reconocería el pedazo del vestido destrozado.

Oí que alguien sacaba el coche del garaje. Comprendí que conducían al viejo al consultorio de un médico. Rodney me había dicho que el ama de llaves arrendaba un departamento en East Hillgrade Avenue. A la noche siguiente salí para tratar de llegar a un acuerdo con ella. La Pahlín sabía que había visto ese vestido en alguna parte anteriormente, pero no recordaba dónde. Eso fue lo que me salvó. Más tarde lo habría recordado y me delataría a la Policía. Me apuntó con un revólver, luché con ella; el revólver se disparó en medio de la lucha. En realidad, yo no había pensado matarla.

No me aterroricé en absoluto. Pensé que podía llamar a mister Mason y a Opal Sunley, simulando ser el ama de llaves, que se confesaría como la asesina, y después hacer aparecer como algo lógico que se hubiese suicidado. Casi salió bien. Pensé matar a Steele el curioso. Éste había andado metiendo las narices, y sabía mucho. En su bolsillo encontré un telegrama en el que le llamaban desde San Francisco. No me importaba por mí misma, pero no podía permitir que Rodney fuese arrastrado. Amo a Rodney como nunca habría creído posible que pudiera amar una mujer.

Después, cuando el mensaje de la segunda lata anunció que Perry Mason tenía huellas dactilares, urdí una maravillosa treta para aclarar todo el misterio. Siempre he odiado a mi cuñada. En múltiples ocasiones, he pensado que me agradaría matarla. Llamé a Mason, simulando ser Florence, que confesaba ser la autora de los asesinatos, y dije que iba a matarme. No tenía más que ir lentamente a la habitación de Florence, decirle que había oído el timbre del teléfono y que yo había contestado, que Mason quería hablar con ella, y que estaba esperando. Arthur duerme tan profundamente que podía hacer esto sin despertarle. Cuando ella estuviera cerca del teléfono, yo le dispararía y luego

colocaría el revólver en la mano.

Nunca se habría sabido nada de esto si Mason no me hubiese mentado, diciéndome que Rodney se había casado con esa mujer. No pude seguir realizando mi plan de matar a Florence, porque parecía estar tan borracho que pensé que no recordaría lo que le había dicho. No siento ningún arrepentimiento de todo cuanto he hecho. Hice todo por el hombre a quien amo...

—Bastante —dijo Mason—. Con eso Tragg ya dispone de cuanto necesita.

—¿Y quién fue la persona que entró en su cámara oscura y encendió una cerilla? —preguntó Della Street.

—Nada más que simple material adicional para probar la coartada. Esas películas no estaban veladas. Rebeca simuló simplemente que deseaba ayudar. En realidad, fabricó una serie de detalles confusos.

—¿Y voló ella a San Francisco?

—Sí. Ese día debía asistir a una reunión de un club de crucigramas, y después había ópera, de esa manera tenía una buena excusa para una de sus no comunes ausencias de la casa.

—Nunca habría sospechado de ella.

—Yo debí haber sospechado de ella antes. Cualquier persona que haya estudiado criminología reconoce en ese tipo al asesino potencial más peligroso. Se trata de un ser que ha vivido contenido en sus anhelos y pasiones, una mujer desengañada. Wenston, al fingir haberse enamorado de ella, no halló dificultad alguna en hacerla su cómplice. Rebeca habría hecho cualquier cosa por él. No tiene más que leer una de las buenas obras de criminología, que incluyen numerosos ejemplos reales, para reconocer su imagen en centenares de asesinatos.

—¿Se le ocurrió pensar que aquel retrato presentado por la Wickford había sido objeto de un truco?

—Sí. Gow Loong me hizo pensar en eso. Él es chino. Sus ojos percibieron pequeños detalles que a nosotros nos pasan inadvertidos, probablemente porque los chinos poseen una memoria maravillosa. Él notó que el retrato del grupo de la familia Wickford mostraba el rostro del padre no solamente parecido a la fotografía del retrato de Tucker tomado en Shanghai, sino absolutamente

idéntico en cada línea y sombra. Gow Loong no sabe mucho de fotografía para comprender el significado de sus observaciones, pero tal como sucede con los chinos que encontramos en cualquier parte del mundo, al hallarse ante algo que no comprendía, esa fotografía le infundió sospechas.

—¿Y qué hay de Opal Sunley?

—Una buena muchacha que sabía que algo misterioso estaba ocurriendo. Sabía que recibía un sueldo para tener cerrada la boca, y no hablaba. Estaba allí para transcribir los discos. No hacía preguntas, y no trataba de averiguar lo que pasaba. Verdaderamente, Junior se hallaba enamorado de ella. Cuando el muchacho oyó lo que le pareció que era un balazo en la casa vecina, corrió allí para averiguar, porque temió que Opal hubiese regresado a la residencia de su jefe. Él estaba enamorado. Su reserva en lo relacionado con su empleo le hacía pensar que ella podía tener algún asunto con su jefe. Era suspicaz y estaba celoso. Como no la encontró allí, le telefoneó. Reparé en que el número del teléfono de Opal podía fácilmente ser marcado a oscuras. Cuando la muchacha contestó, él simuló que la llamaba desde su propia casa. En seguida, volvió a su casa, avergonzado de sí mismo. Nunca quiso que Opal supiera que él había sospechado de ella, hasta el punto de introducirse en el departamento vecino para efectuar un registro. Junior es joven y romántico. Hasta habría preferido que le encarcelaran antes de confesar la verdad. Della, en realidad, estamos aproximándonos a la costa.

—Sí, así parece. ¿Cree acaso que yo confundo las direcciones? ¿Y qué hay sobre los restos carbonizados de ropa que Tragg encontró en la casa de mistress Pahlin?

—Eso es sencillo. Karr fue a San Francisco para ser operado de su herida. De acuerdo con la historia, le dijo al doctor que la bala lo había alcanzado después que se había retirado a dormir. Por consiguiente, tenía en su poder ropa ensangrentada de la cual quiso deshacerse: pantalones, ropa interior, camisas, posiblemente una chaqueta, y con toda seguridad un par de zapatos. Cuando Karr regresó, dio todas esas cosas a mistress Pahlin, indicándole que no se dejara ver durante algún tiempo, y que hiciera desaparecer esa ropa. El ama de llaves la quemó en el horno de su casa.

—¿Por qué no quería que mistress Pahlin se dejara ver?

—Probablemente porque era el punto débil de su organización. No habría hecho frente resueltamente a los interrogatorios de la Policía. Della, definitivamente nos dirigimos a la playa.

—Pues bien...

—Tendremos que telefonar a Gertie. Sea buena: Cúbrase con arena tibia, échese un sueñecito, y después zambúllase en el agua salada.

—¡Ah, ah! También sería bueno jamón con huevos y café.

—¿Y con un buen plato de sopa de cereales?

—No. Eso es demasiado pesado. Tengo que cuidar mi silueta, usted lo sabe.

—No cuando está en una playa con traje de baño. No lo necesita, criatura. Otras muchas mujeres lo hacen por usted.

—Usted es terriblemente simpático. No sería tan malo estar a punto de morir de un susto en la investigación de los casos de asesinato, si sólo hubiera entre ellos intermedios más largos. ¿Saldremos a pasear en lancha?

—¿Salir a pasear en lancha? Bueno, le contestaré. Después que hayamos dormido un poco, fletaremos una lancha y correremos a toda velocidad por el océano. No sé si ha reparado en que «velocidad» es nuestro segundo nombre.

—A manera de ejemplo, Mason apretó el acelerador hasta que la aguja del cuentakilómetros fue subiendo a las más altas cifras.

—Sí; ya había reparado —y luego, aplicándose polvo en la nariz, agregó suavemente—: Y por si le interesa la noticia, detrás de nosotros viene un caballero en motocicleta, que parece que también ha observado esa faceta de su personalidad.

Mason disminuyó la marcha de su coche, y empezó a sacar su cartera, en la que guardaba su licencia de conductor. La sirena de la motocicleta gimió cuando el policía que la manejaba se colocó al lado de Mason, quien detuvo tímidamente su coche.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué nos detiene? —preguntó indignada Della Street, apoyándose en él volante—. Corremos para interrogar a algunos testigos del caso de asesinato Hocksley.

—¿Es usted uno de los muchachos que investiga el caso? —preguntó el agente.

—Bueno, yo se lo diré. Es el hermano del teniente Tragg.

El agente sonrió sarcásticamente y, haciéndoles señas de que

siguieran, dijo:

—Nos acaban de comunicar que Tragg ha descubierto al culpable.

En el momento en que Mason volvía a hacer avanzar el coche, Della Street, sonriéndole, dijo:

—Al fin y al cabo, ¿para qué sirve tener parientes si de cuando en cuando no nos sacan de apuros?



ERLE STANLEY GARDNER (17 de julio de 1889, Malden, Massachusetts - 11 de marzo de 1970) fue un abogado y escritor estadounidense. Autor de novelas policíacas, que publicó bajo su propio nombre, y también usando los pseudónimos A. A. Fair, Kyle Corning, Charles M. Green, Carleton Kendrake, Charles J. Kenny, Les Tillray, y Robert Parr.

Sus novelas destacan por su acción y sus ingeniosas revelaciones legales transformando la vida de la abogacía en una apasionante profesión. Así nacieron más de cien relatos policíacos con la diferencia innovadora con relación a las historias de la época, de que sus protagonistas eran atrevidos e inteligentes abogados y no solamente policías y ladrones. La característica que hizo a Gardner notorio en el medio, es que, a pesar de pertenecer al género policíaco, el héroe de sus novelas no era un policía ni un detective, sino un abogado o un fiscal.

Sin duda alguna su personaje más conocido fue Perry Mason, el cual apareció en más de ochenta novelas e historias cortas. Perry Mason no solo demostraba la inocencia de su cliente, sino que acababa desenmascarando al verdadero culpable. Mason siempre ganó los casos en los que intervino, excepto uno (El caso de la mecanógrafa aterrorizada).

Además de las novelas de Perry Mason, Gardner escribió bajo el pseudónimo A. A. Fair, varias novelas con los detectives Bertha Cool y Donald Lam; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal Doug Selby, y su enemigo Alphonse Baker Carr. En esta última serie, era evidente el contrapunto a la serie de Perry Mason, pues los papeles del investigador infalible y su eterno rival eran invertidos entre el fiscal y el abogado de las novelas.

Notas

[1] En castellano: escarpa. < <

[2] En castellano: esguín. < <

[3] En castellano: izquierda. < <

[4] En castellano: derecha. < <

[5] En castellano: próximo. < <

[6] En castellano: armado de dientes poderosos. < <

[7] Mason, en inglés, significa «albañil». (N. del T.) < <